



TE DEJÉ

Marchar

HELENA PINÉN



Te dejé marchar

Helena Pinén



Primera edición en ebook: octubre 2019

Título Original: Te dejé marchar

©Helena Pinén, 2019

©Editorial Romantic Ediciones, 2019

www.romantic-ediciones.com

Diseño de portada: Isla Books

ISBN: 978-84-17474-52-2

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Para todos los que habéis creído en mí.

PRÓLOGO

Varios meses antes...

Dawson se paró en medio del salón, los dedos suspendidos sobre la corbata; no fue capaz de deshacer el nudo. Se quedó mirando con fijación a Ray, quien se había quedado dormida en el sofá.

Era preciosa, aunque despierta también lo dejaba sin palabras. Se le entrecortaba la respiración cada vez que sus labios desplegaban aquella sonrisa tan tierna y natural. Su corazón se rompía de emoción cada vez que acariciaba su piel de terciopelo.

Y ahora él iba a romperle el suyo.

No le quedaba más remedio que hacerlo. Por supuesto, no quería dejar a Ray atrás, pero no podía ponerla en peligro. Al menos, no más de lo que ya estaba.

Esos malnacidos le habían enviado al despacho varias fotografías donde salían ellos dos. Y también instantáneas donde Ray se encontraba sola en el supermercado, en una cafetería con sus amigas o trabajando.

Una forma clara de avisarle de que la tenían en el punto de mira y que, de seguir investigando, irían a por ella. Porque secuestrándola o acabando con su vida, llegarían hasta él y lo destruirían.

Ray era su punto débil.

Ellos lo sabían, y pensaban aprovecharse de eso.

Debía alejarla de él.

Cerró un momento los ojos; la imagen de un precioso anillo de compromiso estaba quemándole las retinas. Lo había comprado semanas atrás, y tenía la intención de declararse en Navidad. Pero aquella sortija ya no serviría de nada.

Se sentó en el borde del sofá y puso las piernas femeninas sobre su regazo. Las acarició durante unos momentos, lleno de angustia.

Se inclinó para apartarle el flequillo a un lado. Sólo quería notar su piel bajo las yemas de los dedos una última vez...

Soltó un tembloroso suspiro. Simons se había posicionado como su superior, había sido claro: si quería seguir en la investigación, tenía que dejar atrás a su chica. Y Dawson no podía quedar fuera de aquel caso. Le importaba un cuerno el ascenso que lograría si atrapaba a esos cabrones, quería permanecer dentro porque estaba investigando el asesinato de diez federales.

Y uno era su mejor amigo.

Ya has perdido a Fred, ¿vas a condenar a Ray?, le preguntó una voz interior desgarradora.

Si algo malo le sucediera... no se lo perdonaría jamás. La prefería viva y en brazos de otro que muerta por culpa de su amor y su egoísmo.

—Ray, ángel, despierta...

Tienes que hacerlo, se insistió.

—Hola... —Aturdida, se incorporó y se frotó un ojo—. Perdona, me he quedado dormida. ¿Qué hora es?

—Tenemos que hablar, Ray.

Ella se puso rígida. Aquellas tres palabras nunca auguraban nada bueno. Se apartó de él y se abrazó las rodillas mientras pegaba la espalda contra el reposabrazos del sofá, a la espera.

Se iba a odiar toda la vida por tener que alejarla así, de aquel modo. Por hacerle daño. Pero no tenía otra opción: si Ray se enteraba de que una banda de matones armados hasta los dientes iba tras ella por su culpa, se quedaría a su lado. Protegería al rey como toda buena reina hace en el ajedrez, sabiendo que casi siempre esta cae antes que el monarca.

No pensaba permitir que sus ganas de demostrarle al mundo que nadie mandaba sobre ella la

enviases a la tumba.

—Ray, lo nuestro... —No encontró las palabras.

Ray no era estúpida. Sabía lo que seguía a esa vacilación, sabía lo que venía después. No había tenido mucha experiencia en las relaciones; Dawson sabía que el amor y Ray no se habían llevado muy bien.

No obstante, ella ya había oído suficiente.

—Quieres terminar conmigo, ¿es eso? —Cuando vio cómo él asentía, respiró hondo—. Está... bien. De acuerdo —Parecía calmada, pero sólo era un volcán a punto de entrar en erupción. Lo miró y Dawson preferiría jugar a la ruleta rusa que ser el destinatario de semejante mirada—. ¿Por qué? Creí que estábamos bien.

—Me he dado cuenta de que... no me quieres lo suficiente.

—¿Disculpa?!

—Tengo la sensación de que siempre estoy compitiendo con él.

Él.

Al principio de su relación, cuando Ray le habló de Nicholas Montgomery y de lo mucho que lo había querido, había sentido celos de ese hombre sin rostro. Le hubiese gustado ser su primer amor, al igual que ella era el suyo. Sin embargo, Dawson pronto se había dado cuenta de que Montgomery sólo era el recuerdo de una profunda herida ya cicatrizada, no tenía que preocuparse.

Lo había escogido a él por encima de un fantasma del pasado.

Nunca había desconfiado de los sentimientos de Ray, nunca había vuelto a pensar en Montgomery.

Hasta ese momento.

Y ella se había creído aquella mentira, porque había abierto la boca como si acabase de abofetearla.

Saltó del sofá y se pasó una mano por el pelo alborotado; sin duda, estaba más que sorprendida por aquella confesión. Estaba incrédula, la rabia y el dolor luchando en su interior. Dawson conocía bastante bien todas sus expresiones, eso era lo que más le gustaba de ella: su rostro era un libro abierto.

—Esto es una pesadilla —susurró Ray. Se volvió hacia él con los brazos en jarras, los ojos chispeando—. ¿Lo dices de verdad, Dawson?

—Lo hemos pasado bien todo este tiempo, Ray. Pero... ya no puedo más. Cuando te besaba o cuando me explicabas que te había ocurrido durante el día. Incluso cuando hacíamos el amor... —Las palabras salían pastosas y a trompicones de su boca, pero estaba dispuesto a todo para mantenerla lejos de él y toda aquella mierda—. Yo... he tenido la sensación de que me faltaba un pedacito de ti. Imagino que se quedó con Nicholas Montgomery.

Ignoró las lágrimas que salpicaban las mejillas de Ray, ignoró verla tan triste, y se levantó con ojos entrecerrados. Intentó controlar su propio infierno, que también le hacía ver borroso. Lo destrozaba por dentro mentirle así, hacerle tanto daño. Preferiría haber muerto antes que hacerla pasar por aquel tormento. Su cabeza le repetía una y otra vez que era lo mejor para Ray.

Aquel era su único consuelo.

—No pienso competir con otro hombre —añadió al ver cómo los ojos verdes de Ray lo estudiaban con ahínco.

—No es verdad. Mientes.

—¿Por qué iba a mentir sobre esto, Ray? He intentado hacer la vista gorda, pero... —La frustración se le escapó por la boca—: ¡No puedo más!

Ray era una mujer con mucho amor propio. Era orgullosa. Tenía carácter, era dura, de naturaleza desconfiada. Por eso le devolvió el tono y el volumen, mientras se llevaba las manos al pecho, indignada.

—Hace más de una década que no lo veo, Dawson. Él ya no forma parte de mi vida.

Lo sé, quiso decir.

—Lo siento, Ray. Pero yo ya he tomado mi decisión. No voy a ser segundo plato de nadie, ¿de acuerdo? —Añadió con la misma voz que usaba en la sala de interrogatorios con los criminales que se creían superiores. Nunca le había hablado así a Ray, hasta ese momento: para quitarle las ganas de volver, para hacer que lo odiase por ser tan condescendiente y cazurro—. Voy a ducharme. Cuando salga espero que ya no estés aquí.

Y se marchó a la ducha sin mirar atrás, notando que, con cada paso que se alejaba de ella, perdía un año de vida.

CAPÍTULO 1

Brenda Montgomery siempre había odiado el rancho familiar. Por eso, nada más cumplir los dieciocho años, se había marchado del pueblecito donde se había criado. No tenía intención de ir a la universidad, tampoco pretendía atarse a la tierra como lo había hecho su familia y cómo iban a hacer sus hermanos cuando crecieran.

Blue Valley ya no era su hogar.

Durante mucho tiempo, había vivido a su antojo. Había vivido en la ciudad que había querido: Nashville, Chicago, Miami, Las Vegas, San Francisco, Charlotte... Hasta que se quedó embarazada y decidió asentarse en Nueva Orleans, donde tenía intención de vivir y ver crecer a su hijo ella sola.

Pero, poco después de dar a luz, había enfermado. Sabiendo que no le quedaba mucho tiempo de vida, había regresado a Blue Valley. Necesitaba ayuda. Necesitaba que alguien estuviera pendiente de su bebé y sabía que sus hermanos, ahora hombres hechos y derechos, no le darían la espalda.

Sus hermanos, sabiendo que pronto deberían convertirse en padres a la fuerza, habían derrumbado el viejo rancho familiar y habían construido tres casas, pared con pared. Pero, a simple vista, gracias a una única fachada y a un porche cubierto con una sola puerta principal, desde fuera parecía un gran rancho.

Como antes.

Pero totalmente nuevo.

Brenda había adorado aquella edificación: su pequeño iba a tener un verdadero hogar.

Un tiempo después, los cuidados en casa no habían servido de nada y tras varias semanas hospitalizada, Brenda perdió la batalla.

Desde su muerte, los Montgomery habían visto cómo sus vidas y sus rutinas cambiaban de la noche a la mañana. Sobre todo la del mayor de los hermanos.

Tanner ya tenía una hija, sabía de niños, así que era el tutor legal de su sobrino. Lo amaba como a un hijo. Pero estaba divorciado, y él solo no podía llevar dos críos y un rancho, así que sus hermanos habían tenido que hacer malabarismos para echarle una mano.

Habían ideado la teoría con Brenda, pero aplicarlo a la práctica había sido mucho más complejo de lo que habían imaginado.

Tardaron unos meses en habituarse, pero unidos habían conseguido ser una familia. No tan feliz como les gustaría, pues Brenda había dejado un vacío que nadie más podía llenar, pero se las apañaban bastante bien.

Nicholas Montgomery estaba exhausto y estuvo tentado de lanzar el móvil por la ventana para acallar la dichosa alarma. Esa madrugada había perdido una yegua preciosa en un parto complicado, incluso el potrillo había nacido muerto. Se había acostado pasadas las cuatro de la mañana.

Adoraba a su familia y la tradición familiar de desayunar juntos, pero ese día él ponía la casa y no le apetecía nada levantarse media hora antes de lo habitual para prepararlo todo...

Aun así, se arrastró hacia el baño, se dio una ducha de agua helada para empezar a despejarse y lo remató preparándose un café. A los hermanos Montgomery les gustaba el café que había reposado hasta perder calor, más esa mañana Nick necesitaba caféina para recibir a sus hermanos, cuñadas y sobrinos, así que se lo tomó hirviendo.

Preparó la mesa, tostadas y boles con cereales como un autómata.

No era habitual en él estar tan cansado, pero los últimos meses habían sido una especie de montaña rusa. No sabía qué había hecho exactamente las semanas pasadas, pero sí sabía que había

estado ocupado día sí, día también. De lunes a domingo. Agotado mental y físicamente, se notaba al borde del colapso. No recordar en qué había empleado tantas horas de los meses anteriores era el signo evidente de que necesitaba despejarse un poco, alejarse del rancho y reencontrarse consigo mismo.

Era infeliz, pero se contentaba viviendo con personas maravillosas, presenciando instantes únicos. Eso compensaba todo lo demás, por eso aguantaba y se negaba a dar un cambio radical a su vida.

Ser un nuevo Nick no cambiaría nada.

Ni siquiera le devolvería la vida a la yegua y al potrillo.

El primero en llegar fue el hermano mediano, Remington. Cargaba con su hijo de casi un año, Cameron. Sonreía, aunque las ojeras demostraban que había pasado una noche de perros. Cam no había salido muy dormilón y, aunque su cuñada Amanda intentaba encargarse de él por las noches, ella también tenía que descansar. Y Remington, pese a doblar turnos en la comisaría donde mandaba como jefe, se sacrificaba para que ella pudiera acostarse.

Eso era amor, definitivamente.

Aunque Amanda no se quedaba atrás. Su cuñada miraba a su hermano con adoración.

—Qué mala cara —exclamó Remington, frunciendo el ceño.

—¿Te has mirado al espejo esta mañana? —le devolvió la pulla.

Suspiró al darse cuenta de que había sido demasiado brusco, y levantó una mano para pedirle perdón a su hermano.

Una de sus yeguas había muerto, no había podido ayudarla a dar a luz y la había perdido por el camino. No había dormido una mierda y lo poco que se había rendido a Morfeo había sido como un garfio hundiéndose entre sus costillas. Había soñado con una chica preciosa, rubia, con ojos claros y pecas salpicándole graciosamente el puente de la nariz...

—¿Una noche dura, eh? —Remington le palmeó el hombro, restándole importancia a su mal carácter.

—Ni te lo imaginas. —Meneó la cabeza—. Hemos perdido a *Luna* y al potrillo que esperaba. La cagué.

Su hermano meditó unos segundos, asimilando lo ocurrido. Pero luego encogió un hombro.

—Estás cosas pasan. No te fustigues —Remington cargó mejor a su hijo y lo puso en su trona, empezando a trastear con las correas—. Cada año perdemos algún ejemplar por una razón u otra...

—Pero yo estaba allí. No fue un accidente, no tuve que sacrificarla. Simplemente... —frustrado, dejó la jarra del zumo en la mesa con un buen golpe—. Fallé.

Remington puso los ojos en blanco y Nick gruñó en su dirección como respuesta. Su hermano era poli y, si bien reverenciaba a los caballos y montaba de vez en cuando, no vivía aquel rancho como podían hacerlo su otro hermano, Tanner, o él.

Se acercó a la trona donde estaba Cameron y le revolvió el pelo, rubio como el de su madre. Estaba obligándose a sonreír, notaba el cansancio sobre los párpados y la culpabilidad sobre los hombros.

—Hola, colega. ¿Hoy tampoco has dejado descansar a papá y a mamá? ¡Eres un trasto!

—Todos los niños lo son.

Los dos levantaron la cabeza hacia su nueva cuñada: Rebecca Montgomery Lennox. Se había casado con su hermano mayor el pasado mes de febrero. Lo habían hecho en Las Vegas. Solos. Con Elvis como testigo. Había sido una locura. No pegaba nada con el carácter de ambos, pero Nick comprendía que no querían esperar a convencionalismos para estar unidos por un papel, sobre todo porque no había sido sencillo para ellos estar juntos.

—¿Estás bien? —Beccah le acarició el brazo y Nicholas volvió en sí. Le intentó devolver la sonrisa—. ¿Nick?

—Una mala noche, eso es todo.

Su cuñada no estaba del todo convencida con su explicación, pero sus hijos entraron en la cocina como una tromba, corriendo y chillando, acallando lo que quisiera decir.

Nicholas terminó de preparar la mesa mientras su sobrino Roth le preguntaba a su hermana Irina qué iba a hacer en el colegio ese día. Los dos parlotaban animadamente.

Nick sonrió al ver cómo el mayor de los Montgomery entraba en escena y los achuchaba para darles los buenos días. Tanner se había entretenido afeitándose y no los había podido despertar él.

Envidiaba a sus hermanos por tener una familia completa y feliz, una que dependía de él pero que, a la par, no lo necesitaba para estar entera. No los odiaba ni estaba resentido con ellos, lo estaba consigo mismo. Dolía saber que podría haber tenido todo aquello con Ray, pero que lo había dejado marchar por miedo.

Ray London.

La chica con nombre de chico, la chica que cantaba a viva voz cuando conducía, la que bailaba country en las fiestas del pueblo, la que se golpeaba la frente con el puño cuando suspendía un examen.

Sonrió con tristeza al recordarla. Su primer amor, el cual lo marcó siendo adolescente y cuyo fantasma aún lo perseguía. Ray había sido la primera chica que llamó su atención. No sólo para darse el lote tras las gradas del instituto, tampoco para un polvo rápido en la camioneta. Le había importado de verdad, no había sido sólo un rollo de una semana.

Lo había cautivado su sonrisa, su inteligencia, sus bromas, sus gesticulaciones; incluso su voz, ronca y lánguida.

Él la había querido de un modo que mucha gente desconocía, porque ya no se quiere como antes.

Había cometido la mayor estupidez del mundo. La única de la cual todavía se arrepentía y que iba a perseguirlo toda la vida: la había dejado nada más terminar el instituto, poco después del baile de graduación.

Y ella se había marchado de Blue Valley antes de poder pedirle otra oportunidad.

De eso hacía casi doce años y no la había vuelto a ver, ni a saber de ella. Era imposible de localizar por las redes sociales, Internet tampoco la encontraba. Era como si hubiera desaparecido. Quizá era la forma que tenía la vida de decirle que matase de un plumazo sus esperanzas de reencontrarla.

—Nick, hoy estás rarísimo —La esposa de Remington, Amanda, le dio un golpe juguetón, hombro con hombro—. ¿Seguro que sólo te preocupa lo ocurrido con la yegua?

Todos sabían que, la mayoría de las veces que se quedaba absorto era por Ray. Sin embargo, nadie osaba pronunciar su nombre muy a menudo.

—Segurísimo —Sonrió para tranquilizar a la familia.

El móvil de Amanda sonó, cortando lo que fuera que iba a decir. Se levantó y se fue a la terraza para hablar por teléfono con Max, el marido de su hermano.

A Nick todavía le sorprendía cómo, en menos de un año, había cambiado la vida de los tres hermanos Montgomery. Por más que le diera vueltas, se le hacía extraño que el destino jugase así con ellos.

Hacía justo un año, llegaba Amanda a Blue Valley. La chica nueva del pueblo viviría de alquiler en la cabaña familiar, *La Cabaña Azul*. Embarazada y con una relación tóxica a sus espaldas, se había enamorado de Remington Montgomery.

Esas mismas Navidades, su hermano mayor, divorciado y con dos hijos a su cargo, había anunciado su romance con Rebeccah Lennox, también agente policía del pueblo de Blue Valley. Su relación había sido más complicada y menos dulce que la de Remington, pero finalmente habían conseguido resolver sus diferencias.

—Deberías cogerte unas vacaciones, aprovecha que el verano ya está aquí —le sugirió Tanner, comprobando que el café estaba frío para tomárselo—. Quizá Hawái o Punta Cana te vaya bien.

—No quiero descansar, quiero trabajar.

—¿Cuánto hace que no tienes una cita? —Ahora fue Remington quién lo interrogó, tras mirar a los niños y asegurarse de que no estaban pendientes de los adultos—. Últimamente sólo sales con las mujeres de cuatro patas. Te hacen trasnochar, sí, pero no es lo mismo que una mujer de carne y hueso. Deberías...

Lo cortó de inmediato, meneando la cabeza.

—No me apetece salir.

Últimamente hacía más de niñera para sus hermanos que antes, no porque ellos se lo pidieran en exceso, sino porque lo prefería a tener una activa vida social... y sexual. Las mujeres empezaban a aburrirlo, se sentía cansado y viejo.

Había salido con la mayoría de chicas solteras de Blue Valley y de los pueblos de los alrededores, incluso alguna casada se le había insinuado...; y la mayoría de turistas que iban al balneario del pueblo, seguro.

Pero el sexo ya no le decía nada, no sentía una mierda. Y se había cansado de buscar en otras mujeres la sustituta de Ray. Después de una década yendo de una cama a otra, esa vida había quedado atrás.

—Tío, tienes que ir y pasártelo bien y desahogarte. Tienes treinta años, la edad donde necesitas relacionarte con mujeres, no con tantas yeguas.

—Tanner, estoy bien.

Cómo le crispaba que sus hermanos se creyeran con derecho a tratarlo como si tuviera aún ocho años. Cuando tenían noches de hombres y hablaban de sentimientos, se trataban como iguales, lo cual eso era genial. No obstante, cuando sacaban su lado paternal con él, Nick se irritaba y terminaba machacándose a trabajar para caer rendido en el sofá y no tener que ir a cenar con ellos.

—Hazle caso a los mayores —Remington partió un poco de pan tostado y se untó una buena cantidad de manteca de cacahuete.

Tanner, viendo que tenía un aliado, siguió pinchando:

—He oído que la señora Collins ha invitado a su sobrina a pasar el verano en el pueblo. Acaba de divorciarse y...

Amanda regresó en el momento justo en que Nicholas tenía una réplica de lo más grosera en la punta de la lengua.

Volvió tambaleante, blanca como la cera. Parecía haber visto un fantasma. Su marido se levantó para ayudarla a sentarse. Todos se alarmaron por lo alterada que lucía y la soltería de Nicholas quedó relegada a un segundo y bendito plano.

—¿Qué pasa, cielo? ¿Le ha pasado algo a Max o a tu hermano? —Remington le masajeó los hombros.

—La ex del compañero de Max ha aceptado encargarse de la restauración de la cabaña.

Rebeccah casi jadeó de emoción y Tanner la besó con pasión.

Antes de casarse con Tanner, Becks también había vivido por unos días en *La Cabaña Azul*. El lugar había salido ardiendo, quedando tan solo los cimientos y un puñado de cenizas.

El cuñado de Amanda había llamado a la antigua pareja de un buen compañero del FBI, pues era federal. La chica en cuestión era arquitecta y su empresa era pionera en el país. Trabajaba diseñando hospitales, escuelas, salas anexas a universidades; remodelando pisos y oficinas para políticos y multimillonarios. Dado el gran volumen de trabajo, había sido complicado localizarla, mucho más convencerla. No obstante, al parecer la mujer había terminado aceptando el encargo de restaurar la cabaña.

Era una noticia estupenda. Saber que pronto volvería a erigirse la cabaña que su abuelo regaló a su abuela, para celebrar su boda y su amor, era un buen motivo para sonreír esa mañana.

—¿Entonces la cabaña volverá? —Roth sonrió con su infantil gracia y Rebeccah lo abrazó también a él.

—Sí, pequeño. Muy pronto podrás volver a *La Cabaña Azul*.

Nick se echó hacia atrás en la silla y cerró los ojos durante un momento. En su mente recordó la cabaña y a su hermana Brenda, que vivió allí sus últimos meses de vida. Sí, pronto volverían a ver su silueta en el porche cada vez que pasasen por delante de *La Cabaña Azul*.

No creía en fantasmas, no había visto nunca nada extraño, pero Nick sí creía que su hermana los custodiaba desde algún lugar. Y... ¿qué mejor sitio que el santuario familiar?

—¿Cuándo llega la chica? —preguntó Remington. Estaba deseando que empezase a esbozar planos y que los obreros le dieran forma a la sombra de lo que fue la cabaña.

—El lunes que viene.

—¡Faltan cinco días! —Irina dio un salto de alegría—. Eso es genial, ¿verdad, papi?

—Sí, hija.

Las alarmas volvieron a encenderse en sus cerebros cuando Amanda lo miró directamente a él, con esos pozos de chocolate que mostraban su alma. La puerta de sus emociones, de sus secretos. Escarbando, uno podría apreciar todo lo que le pasaba por la cabeza.

Y Nick vio incredulidad, esperanza, miedo, un remolino de emociones que lo pusieron en guardia. Se tensó de arriba abajo, la vena del cuello empezó a palpar de forma visible bajo la piel y la espalda se irguió con gracia felina.

—¿Pasa algo, Amanda?

—Nick... yo... —Se sirvió un vaso de agua y lo apuró, como si desease que se tratase de whisky—. No sé cómo... cómo decirte esto...

—Amanda... —Nicholas frunció el ceño y miró a su hermano, pero Remington parecía tan desconcertado como él.

Su cuñada se sentó de forma que pudo mirarlo mejor a los ojos, y él la imitó sentándose de lado en la silla, no encarando la mesa. Sus rodillas se tocaron. Ella buscó sus manos, sus dedos apretaron fuerte sus palmas. Nick podía oír los acelerados latidos del corazón de Amanda por encima de los suyos, que también le golpeaban las sienes.

—Nick, por casualidad... no sé si es la misma persona pero... la chica... ella...

Su corazón hizo tres saltos en vez de uno. El nerviosismo y tartamudez de su cuñada hicieron mella en él, más que la caféina. Su mente empezó a trabajar de forma caótica, demasiado rápido. Incluso se mareó, aunque nadie lo notó.

Una imagen se formó ante él, casi impidiéndole ver a Amanda o la realidad.

Unos ojos verdes aparecieron, flotando en medio de un lago oscuro. Una risa femenina y preciosa resonó en su cabeza con un eco doloroso. Un perfume dulce y suave lo envolvió en un abrazo invisible.

Ahora fue él quien perdió todo color.

Amanda cogió aire y parpadeó varias veces para serenarse, aunque tal vez quién necesitaría tranquilizarse era él, porque si su corazón era cierta...

—Se llama Ray Clove London.

CAPÍTULO 2

Ray London se había prometido no volver jamás a Blue Valley. Había nacido y crecido allí, en algún punto indeterminado de Texas, tan perdido estaba el valle, tan lleno de tierra seca como de árboles frondosos. Era un lugar mágico y peculiar, pero lo había alejado de su mente por completo... durante ¿cuánto? ¿Doce años?

Todo lo que había en aquel pueblo de casitas blancas y azules, con un balneario y rodeado de fincas y ranchos con caballos y algún que otro ganado, eran malos recuerdos.

La muerte de su madre; el matrimonio de su padre con una víbora cazafortunas; su primer amor; su marcha forzada.

Pero ahora quería darle una nueva oportunidad. Le habían ofrecido un trabajo allí, la excusa perfecta para largarse de Washington D.C...

Y había aceptado volver.

Con todas las consecuencias.

No le importaba enfrentarse al pasado si conseguía escapar del presente. Necesitaba romper con Washington y todo lo que allí aguardaba. Ray ansiaba reencontrarse consigo misma y estaba segura de que hacerlo en su casa era una buena oportunidad de reiniciar mente y corazón, que necesitaban una reparación urgente.

Nada había cambiado. Casi sonrió al ver a Carla regentando su supermercado, o al señor Lockmine fumando en el mismo banco, frente al Ayuntamiento.

Apagó la radio y la música cesó. El silencio fue un manto que calmó su corazón acelerado. Tomó el camino hacia los ranchos y se desvió en la esquina que llevaba a su antiguo hogar. Estaba escondido entre dos fincas, casi en el límite del municipio, si bien para Ray su casa era la más bonita, la más vivaracha del lugar. Doce años después, Blue Valley seguramente había olvidado su existencia. Como si la edificación no existiera, nadie encontraría el rancho. Tras la muerte de su padre, su madrastra se había encargado de destruir el lugar...

Al pisar el freno frente la reja de la entrada, los ojos se le llenaron de lágrimas. Se bajó del todoterreno. Por poco se cayó al suelo y tuvo que sujetarse a la puerta del coche.

Resultaba que el paso del tiempo sí había cambiado algo en Blue Valley: su hogar... y a ella misma.

El muro que delimitaba la finca estaba medio derruido, la verja estaba oxidada y caída por un lado. Los chicos que bebían antes de cumplir la mayoría de edad debían colarse a través de ella, porque pese la distancia, veía botellas rotas y colillas de cigarrillos en el suelo de tierra.

El lugar estaba en decadencia. En la misma miseria.

Retiró la verja. Le costó la vida misma, no la recordaba tan pesada. Se sacudió el polvo de las manos y la ropa. Rogó al cielo para que hubieran restablecido el servicio de agua y electricidad, tal como había pedido por teléfono días antes. Necesitaba una ducha con urgencia, notaba el olor del asiento del avión pegado a la piel. Subió de nuevo al todoterreno y esbozó una mueca cuando empezó a pisar con las ruedas toda la basura que había frente la casa.

Ray cogió las llaves de la guantera.

El llavero quemó contra sus dedos, era el que tenía desde los catorce años. Era una sentimental, no había podido deshacerse de todo lo que se había llevado de Blue Valley. Jamás. Hubiera sido desprenderse de toda su esencia. No obstante, no lo había sacado del baúl de los recuerdos hasta que la llamaron para que se encargase de la restauración de una cabaña...

El interior estaba mejor que el exterior. Una capa de pintura en la fachada, barniz en las puertas, quizá alguna ventana nueva, y todo mejoraría.

Más tranquila, abrió las ventanas de la planta baja para que el ambiente cargado se ventilase. El aire caliente que olía a salvaje, tan diferente al urbanismo que desprendía Washington, la acarició y Ray volvió a tener cinco años. Volvía a estar allí, leyendo cuentos con dificultad bajo la ventana del salón, escuchando cómo su madre tocaba el piano.

Cerró los ojos un momento y se apoyó en la mesa del comedor, que era larga y de madera maciza. La música era tan real como lo que tocaba, porque la llevaba dentro. Caminó, tambaleante y después de llenarse de valor hasta tres veces, hacia el piano que había en el salón. Su madre había mandado sentarlo bajo una preciosa arcada de piedra y madera. Su padre se había vuelto a casar, pero por respeto a su difunta esposa, nunca había osado tocarlo de allí. Ray agarró la sábana que lo cubría y tironeó de ella sin fuerza.

Su madre había fallecido cuando Ray tenía diez años. El cáncer se la llevó sin compasión. Llegó de improvisto, siendo rápido y letal, arrebatándole la oportunidad de luchar.

No le había quedado nada de ella: un puñado de fotografías, el recuerdo de su voz desdibujándose con el paso del tiempo y un cuaderno lleno de partituras.

Ray las tocaba para no olvidar del todo a la mujer rubia y de ojos grisáceos que acudía, a veces, a sus sueños. Cuando sus dedos se deslizaban sobre las teclas, la sentía su lado, apoyándola. Y se sentía más ligera. No creía en fantasmas, pero sí le gustaba creer que su madre era su guía espiritual, que conectaba con ella a través de la música.

No entendía, todavía ahora, con treinta años, qué había visto su padre en Marian Hill.

Su madrastra era lo contrario a la primera esposa de Julius London. Era manipuladora, gastadora, mal hablada y sólo se quería a sí misma. Su único objetivo era conseguir el rancho y la fortuna que había tras él, a cualquier precio.

Y su padre había caído en sus redes, tal vez porque se sentía solo, o porque necesitaba una mujer a su lado que lo cuidase y lo hiciera sentir deseado.

No lo justificaba, pero podía comprender por qué su padre se había arrojado a los brazos de aquella mala bestia, pese a sus defectos. La soledad era mala compañera, Ray lo sabía bien. Eran grandes amigas, en realidad. Ahora ya se llevaban bien, pero para fortalecer tal relación había tenido que pasar mucho tiempo.

Antes de conocer a Dawson, su última pareja, había estado muy bien estando sola.

El celibato le había enseñado qué significaba ser independiente y quererse a uno mismo para que alguien más pudiera amarte. Era gratificante saber que podía estar con alguien porque ya no tenía miedo a la soledad. Era liberador estar con alguien sabiendo que era amar de corazón y no con la incomodidad que da el temor.

Ahora volvía a tenerla como compañera de piso y de cama. La soledad pesaba más ahora que años atrás, pero pronto volverían a acostumbrarse la una con la otra. Volverían a ser inseparables, no le cabía ninguna duda.

Ojalá Julius hubiera sido capaz de aceptar aquella nostalgia, al principio dolorosa. Quizá sus destinos hubieran sido distintos y nunca se hubieran separado.

Su padre, pese a todo, había recapacitado y arreglado el testamento antes de morir. La casa era suya, las tierras le pertenecían. Marian Hill no pondría ni un solo dedo en el dinero de la familia, pues se había quedado fuera por completo del documento.

Sólo esperaba no encontrársela por Blue Valley, no quería dar ningún espectáculo; a Marian le gustaba que la mirasen, que su nombre estuviera en boca de todos aunque fuera para echar pestes.

El pueblo entero hablaría de Ray y la interrogaría cuando la vieran, después de tantísimos años iba a ser el centro de atención. Añadir más leña al fuego con un numerito de Marian, sólo haría crecer las habladurías y Ray no lo quería.

—Pedir no verla en un pueblo de menos de mil habitantes es como pedir que mañana no salga el sol —susurró antes de enderezarse y subir al piso de arriba.

Aireó todos los dormitorios e intentó no detenerse demasiado en el despacho de su padre. No

quería mirar los estantes vacíos, las cajas de libros apiladas a los pies de los muebles.

Odiaba pensar en él y en su muerte, se sentía frustrada e impotente.

No se hablaban desde que Ray se fue de casa y del pueblo. Nunca había podido llamarla o mandarle una felicitación de cumpleaños, pues Ray nunca había avisado de cuál era su número de teléfono o su dirección.

Hacía cosa de dos años y medio, Julius había muerto de un infarto sin poder tener una última charla con su hija. La mejor amiga de Ray, con quien había mantenido contacto todo el tiempo, la había avisado. Por si quería asistir al funeral.

Ya no podían pedirse disculpas por todo lo sucedido. Ray no estaba segura de haberlo perdonado todavía. Su traición todavía quemaba. Tal vez, pero, de saber que le quedaba poco tiempo a ese viejo influenciable, hubiera meditado y reflexionado hasta encontrar el perdón, la paz que no sabía si seguía buscando después de tanto tiempo.

Entró en su habitación. Era el único lugar donde no habían abrigado los muebles, por lo que tenían una gran capa de suciedad cubriéndolos. Estaba intacto, eso sí. Los muebles en su sitio, la cama hecha, los peluches en los estantes. No quiso pensar en por qué su padre había mantenido su dormitorio.

Por supuesto, sí sabía por qué Marian no había hecho limpieza allí y cubierto todo con sábanas como el resto del rancho: era el santuario de la hija de su marido, una hija a la que detestaba y que le estorbaba en el camino. Un estorbo que aun estando desaparecido, sin dar señales de vida, le había arrebatado todo lo que le pertenecía por derecho.

Ray se acercó hasta el escritorio. Allí había una fotografía puesta boca abajo, recordaba a la perfección haber hecho aquel gesto para hacerle daño a su padre, tal y como Julius se lo había hecho a ella minutos antes.

Le temblaban las manos y tuvo que armarse de valor varias veces. Cogió el marco y pasó los dedos por encima del cristal, algo sucio, al darle la vuelta.

La mirada de su padre cruzó el vidrio y la encaró. El torrente de lágrimas que había evitado desde su llegada se desbordó. La fotografía cayó al suelo. Ray ni tan siquiera escuchó el cristal romperse, sólo era consciente del dolor que la atravesaba.

No había llorado por su padre, nunca. Sólo se permitió una lágrima de rabia cuando se fue del rancho, llevando auestas únicamente una maleta, una mochila y su viejo coche. Pero ahora, la certeza de saber que ya no estaba, el saber que el orgullo y el dolor habían sido más fuertes...

Con una mano en la boca, sintiéndose perdida y débil, se agachó para coger el papel fotográfico que asomaba bajo un reguero de cristales.

Salió de allí a trompicones.

Se dejó caer en los escalones inferiores de la gran escalinata que comunicaba el piso superior con el inferior. Miró el papel ya amarillo y casi rompible que sostenía entre los dedos. Dejó caer la cabeza hacia delante. Sollozó.

Visto el efecto que había causado Blue Valley en solo una hora, Ray se preguntó si no habría sido más inteligente quedarse en la capital. O alejarse por completo de los dos lugares donde había entregado su corazón para recibir a cambio un golpe tras otro de la vida.

Se obligó a serenarse. Se secó el llanto y guardó la imagen en el bolso, que había dejado junto la puerta. No quiso salir a mirar los alrededores, sabía que su padre había demolido las cuadras antes de morir. Tal vez había sentido dentro de sí mismo que el tiempo se le acababa y había decidido terminar con el negocio antes de que su esposa lo hiciera en su lugar. Durante unos pocos meses había vivido de lo ahorrado, que era mucho. Julius London tenía una vida sencilla, sólo malgastaba cuando se lo pedía Marian London Hill. Cosa que su nueva esposa hacía a diario, siempre capricho arriba, capricho abajo, pero todavía le había quedado una suculenta cifra para vivir sin trabajar.

Una pequeña fortuna que Ray había heredado y que jamás había tocado.

El motor de un coche llamó su atención. Salió al porche y se apoyó en la barandilla. Nadie más

que los Montgomery sabían que estaba en Blue Valley, pues ellos la habían contratado para reformar la cabaña familiar. La habían contactado a través de un amigo de su antigua pareja, Dawson.

Ray rezó para que no fuera el pequeño de los hermanos.

Nicholas Montgomery había sido su primer amor. Había enloquecido por él desde que entraron en la adolescencia. Y, si bien sólo habían compartido besos y caricias inocentes, su huella todavía estaba en el alma de Ray.

¿Quién dijo que con dieciocho años no se puede amar de verdad?

Cuando la portezuela se abrió, tragó saliva. Esperaba que, de ser Nick, hubiera ganado varios quilos, se hubiese quedado calvo y luciera un anillo de casado en el dedo.

No obstante, el Universo conspiraba en su contra. El *comboy* que bajó de la ranchera era alto, robusto y se le marcaban los músculos bajo la camisa blanca. Era tan atractivo que dolía verlo.

Nick había envejecido bien.

Ray ordenó a su corazón que se tranquilizase. Ver a su primer amor casi doce años después no podía afectarla de aquel modo. Tenía que sonreír y tratar de relajarse. No era una amenaza. Sólo era un viejo amigo.

Se acercó a él, echándose el pelo hacia atrás.

—Hola, Nick.

Pero él estaba mirándola como si estuviera ante una aparición. Estuvo tentada de chasquear los dedos ante sus ojos.

Nick parpadeó y volvió a la realidad. Le sonrió. Diablos, sonreía con más encanto que cuando era joven. Debía ser el terror de las mujeres de Blue Valley.

—Ray.

Dijo su nombre como si fuera una deidad.

Nick no podía creerse que la tuviera delante. La observaba como si fuera poseedor de todo el tiempo del mundo y se maravillaba ante su belleza. Ya no estaba tan delgada. Sus ojos eran más grandes y sus labios eran más apetecibles que en su memoria. Su melena tenía menos luz pero seguía tentándolo para que enredase los dedos en sus hebras lacias.

La había visto y se había enamorado más de ella. Aquel sentimiento no estaba formado por pedacitos de recuerdos felices y tiernos, sino por emociones sólidas e intensas que no había podido olvidar.

Alargó una mano hacia ella y cuando tuvo los dedos rodeando su fina muñeca, sintió una corriente eléctrica viajar bajo su piel hasta alcanzar, directa, el corazón. Por poco cayó de rodillas a los pies de Ray. Era real. De verdad estaba allí, en Blue Valley.

—¿Nick?

Ray apenas pudo hablar, porque se vio arrastrada hacia el cuerpo masculino. El estómago le dio un vuelco. Lo achacó a que Nick la había tomado por sorpresa; hacía mucho que nadie la abrazaba de ese modo, como si la felicidad de verla fuera lo único que le quedaba en el mundo.

Tragó saliva.

Hacía mucho que no estaba en brazos de Nicholas Montgomery. Cerró los ojos, los recuerdos de viejos tiempos hicieron latir más deprisa su entumecido corazón. Levantó los brazos para que sus manos trepasen por su espalda. Se aferró a su camisa con los dedos.

Ella no había sido muy popular en el instituto, hasta que él llegó. Compartiendo pupitre se convirtieron en grandes amigos y se enamoraron.

Una verdad la atravesó, dejándola sin aliento y sin fuerza en las rodillas.

Cuando se había marchado del pueblo, había querido su hombro para llorar sobre él. Cuando logró graduarse y encontrar un trabajo estable, había querido llamarle para contárselo. Cuando su padre había muerto, había fingido ser indiferente y lo había necesitado tanto...

Lo había extrañado.

No como pareja, sino como el mejor amigo en el que Nick se había convertido.

La verdad había estado allí, siempre, al alcance de su mano. La había ignorado, le había sido más cómodo y menos doloroso. Mentirse a uno mismo era tan sencillo. Sin embargo: no había escondido semejante realidad muy bien si Dawson la había percibido y la había dejado por ello.

El dolor amenazaba con ganar aquel *round*, y cerró los ojos con fuerza para alejarlo.

—Te he echado de menos —se encontró susurrando.

Los brazos de Nick temblaron a su alrededor.

—Y yo a ti, Ray.

Se separó de él con cuidado y le palmeó la mejilla con los nudillos, fingiendo darle un puñetazo.

¿Cuánto hacía Ray que no se permitía mostrar sus sentimientos así como así, de buenas a primeras?

Maldito fuera Nick. No sólo había sido su primer amor. También era la única persona con la que podía abrirse así, sin más. La única persona con la que el paso del tiempo no importaba. Después de una década separados... era como si lo hubiera visto ayer por última vez y sus vidas no hubieran cambiado.

CAPÍTULO 3

Blue Valley al completo parecía alegrarse con su regreso. Cindy la invitó a almorzar y Ray y Nick apenas pudieron charlar la primera hora que pasaron juntos. Pese a la privacidad del rincón que habían escogido en la cafetería de la tía de Nicholas, todos los habitantes que se daban cuenta de quién era, se acercaban a saludarla. Querían saber qué había sido de su vida: si estaba casada, divorciada, si tenía hijos, a qué se dedicaba. Otros muchos fueron menos cotillas y fueron a saludarla y a darle el pésame por la muerte de su padre.

Aquello fue lo más duro. Cuando Julius murió, no tuvo que enfrentarse al mundo real. En el trabajo, nadie lo supo. Aún no conocía a Dawson, no tuvo que darle explicaciones. Ningún amigo o colega se dio cuenta de que algo iba mal.

En su momento, no había tenido que soportar sus condolencias ni sus palmaditas en la espalda.

Pero su muralla se había desmoronado cuando había visto aquella fotografía puesta del revés en su antiguo dormitorio. Y ahora, tiempo después, tenía que pasar por aquel extraño duelo.

—Siento mucho lo de tu padre, Ray. Ojalá te lo hubiera dicho antes —musitó Nick. Tenía el ceño fruncido en dirección al señor Bennett, que se marchaba renqueando. Por fin se habían quedado solos.

Ella meneó la cabeza y una sonrisa desnuda de emociones se dibujó en sus labios. Clavó la vista en el café que sujetaba entre las manos.

—No lo hagas. No se portó bien conmigo.

—¿Qué quieres decir?

Ray encogió un hombro si bien no se pronunció. Sabía que Nicholas no sentiría pena de ella, al contrario. Le diría que había sido fuerte, que había hecho bien marchándose del rancho. Pero no quería que la imagen que Julius tenía ante Blue Valley se manchase. Ya estaba muerto y no podía defenderse por sí mismo.

—¿Desde cuándo no hablabas con él, Ray?

—Desde el día que me fui de aquí —reconoció con una mueca de resignación. Nick no pudo esconder la sorpresa—. Sí, lo sé, eso me convierte en una hija horrible.

Nicholas la sorprendió tomando una mano con la suya y Ray se quedó fascinada cuando el pulgar rozó su piel, una y otra vez. Dándole ánimos. Haciéndole ver que no estaba sola, por más invisible que se sintiera en medio de un montón de gente.

¿Cómo hacía ese hombre para saber lo que necesitaba en todo momento?

Daba miedo saber que la conocía mejor que ella se conocía a sí misma. Incluso después de tantísimo tiempo sin saber nada del uno del otro...

—Si no se portó bien contigo y eso te empujó a marcharte, Ray, no te convierte en mala hija. Sólo en una superviviente.

Sus palabras la hicieron parpadear para alejar las lágrimas. Qué llorona se había vuelto tras la relación con Dawson, y de eso hacía meses. Era como si aquella ruptura hubiera sido el detonante que había hecho saltar por los aires su coraza de triple capa... y ya no podía controlar la cascada que se escapaba por cada grieta del dique que era su desconfianza.

—No sabes qué pasó, Nick.

—No necesito saberlo, rubita.

Ray se mordió el labio inferior y dejó caer la cabeza para que no viera como una lágrima escapaba por el rabillo del ojo. Era duro encontrarse a alguien que le ofrecía una amistad tan incondicional, una confianza tan ciega como lo hacía Nick.

Le dedicó una trémula sonrisa.

—Gracias.

Él desechó el agradecimiento con un ademán.

—Entonces... ¿veterinario? Lo conseguiste, ¿eh? Eras más inteligente de lo que creía el profesor Monroe.

—Siempre que me lo encuentro me recuerda los suspensos que me dio en química —Nick meneó la cabeza y entrecerró los ojos con la gracia de un guepardo—. Entonces... ¿arquitecta, Ray?

Ella no quiso entrar allí, así que cambió de tema y Nicholas se lo permitió. No quería hacerla sentir incómoda.

—¿Qué es de tu familia? ¿Qué novedades hay en el clan Montgomery?

—Mis hermanos se han casado —La sonrisa de Nick fue deslumbrante, si bien Ray lo conocía lo suficiente para ver una fugaz sombra en ella que la hizo entornar los ojos—. Tengo que presentarte a Amanda y a Beccah, te encantarán.

—¿Amanda? Ella es la amiga de Maxwell —Ray chasqueó los dedos mientras se echaba hacia atrás en la silla—. ¿Y está casada con Remington o con Tanner?

—Con Remington.

—Vaya... ¿Y tienes sobrinos entonces?

—Sí. Tres —Nick le dio un trago a su refresco de cola y se frotó la nuca—. Irina es hija del primer matrimonio de Tanner, aunque ahora él y Becks están esperando otro bebé.

—¡Eso es estupendo, Nick!

Él le sonrió con cariño. Ray no dudaba que fuera un tío ejemplar. Los malcriaba y disciplinaba a partes iguales, porque él era así. Daba una de cal y otra de arena, pero no podías evitar quererlo más que a nada en el mundo.

—Y el hijo de Remington... bueno, es de la antigua pareja de Amanda. Es una historia muy larga, un cuento de buenas noches —le guiñó un ojo.

Como si fuera a dejarte leerme uno, quiso responderle.

Pero se mordió la lengua. Cualquiera que la escuchase, diría que estaba coqueteando o siendo tremendamente rencorosa por algo que pasó hacía años. Y Ray no pretendía ninguna de las dos cosas. Así que sonrió de medio lado y se guardó la intriga para sí.

Qué vidas más intensas llevaban los hermanos Montgomery, para un pueblo tan insulso como Blue Valley...

—Y también está Roth. No se parece en nada a nosotros, al menos no demasiado. Tiene los rasgos de su padre, pero... es tan fácil ver a Brenda en él.

—¿Brenda ha regresado? —Ray abrió la boca, muerta de alegría. La hermana mayor de Nick se había marchado de Blue Valley al cumplir los dieciocho. La recordaba. Era muy simpática y cariñosa y tenía una vitalidad contagiosa—. ¿Y es madre? Oh, Nick. Qué bien.

—No.

Ray se quedó paralizada en el sitio. Fue entonces cuando, entre la bruma de la emoción, vio el sufrimiento en los ojos de su acompañante. El dolor en la mirada de Nick la hizo estremecer y se inclinó para darse más privacidad. Le devolvió la caricia en la mano.

—¿Nick? ¿Qué pasa con Brenda?

Él negó con la cabeza, parecía incapaz de mirarla. Ray tardó unos segundos en entender que estaba al borde de las lágrimas y el corazón golpeó con fuerza en sus costillas. Un *comboy* nunca lloraba por un motivo estúpido, mucho menos en público. Eran hombres curtidos y fuertes. Sólo algo grave podría vencerlos de ese modo, doblegarlos hasta convertirlos en simples mortales.

—¿Nicholas?

—Brenda... ella... —Cuando tosió para aclararse la garganta y se pasó el dorso de la mano con disimulo bajo los ojos, Ray se dejó caer de nuevo contra la silla.

La verdad había abierto el mundo bajo sus pies. Conocía bien el dolor de la muerte. No había tenido jamás hermanos, no podía ni imaginar lo mal que Nick y su familia debían de haberlo pasado.

Pero sí sabía que el infierno debía ser más agradable que perder un ser querido tan pronto. Cuando alguien que amas te es arrebatado tan temprano, odias la vida y la maldices.

No le gustaba pensar en los Montgomery sintiendo semejante dolor, pero saber que Nick lo había pasado tan mal y ella no había estado a su lado la destrozaba.

—Lo siento, de verdad —Los ojos oscuros de Nick la miraron, brillantes y rotos.

—Te necesité muchísimo, ¿sabes?

Ray enmudeció. Aquellas cuatro palabras fueron directas a su corazón, como flechas ardientes.

Sobre todo porque entendía perfectamente que se lo echase en cara. No tenía redes sociales y trabajaba bajo el apellido de soltera de su madre. Sólo en documentos y edificios oficiales era Ray London, para el resto del mundo era Ray Clove. Había sido ilocalizable. Para todo el mundo.

Miró lo poco que quedaba de comida en el plato, no podía sostenerle la mirada.

Había huido de su padre y de su corazón roto, refugiándose en sí misma y en una independencia que terminó disfrutando. Por aquel entonces, pocos hombres entraban en su vida y se quedaban, pero la confianza no era tan plena como con Nick. Hasta que Dawson apareció y rompió sus esquemas. Pero ni siquiera cuando él le devolvió la esperanza, fue capaz de contactar con Nick.

Había querido desaparecer y había hecho un buen trabajo.

Niña egoísta, se recriminó.

—Perdóname, Ray. Estabas en tu derecho de hacer tu vida lejos de Blue Valley —Él intentó sonreír para aligerar la tensión—. Ahora somos dos hermanos más.

La noticia cayó sobre ella como una bomba. Al principio incluso se llegó a plantear que Nick le tomaba el pelo, pero el brillo en sus ojos le dejó claro que era total y absolutamente cierto.

Primero lo de Brenda, ahora esto. Estaba en *shock*, pero se obligó a hablar pese a notar la lengua hinchada y de lo más pesada.

—¿Y cómo es eso?

Él sonrió con timidez.

—Aún no acabo de creérmelo. Hace nada estábamos solos, desolados por lo de Brenda, y ahora... —Meneó la cabeza, las mejillas levemente sonrojadas—. Al parecer mi padre tuvo un par de encuentros con una mujer hace años, durante una feria de caballos en Dallas. Y de allí nacieron Caroline y Lion. Son encantadores, los conocimos hace poco. Ellos... viven en Los Ángeles, pero estamos en contacto. Por teléfono, *skype*. Tenemos planeado ir a pasar allí las Navidades. Y ellos vendrán para Acción de Gracias.

—Eso es... estupendo. ¡Nick!

Estaba sonriente, estaba orgulloso de sus hermanos. Saltaba a la vista que, aunque no se habían criado juntos, el vaquero ya adoraba a sus dos nuevos miembros de la familia. Y que la felicidad que le aportaban le restaba sufrimiento a la muerte de Brenda. No la sustituía, ni mucho menos, pero hacía más llevadero un luto que duraba demasiado y que estaba más escondido y arraigado de lo que parecía.

Él cambió de tema con rapidez:

—Y dime, ¿cómo terminaste estudiando arquitectura?

—Bueno... cuando me fui no tenía mucho dinero, así que empecé a trabajar aquí y allá. Me quedé en Washington. Empecé a estudiar por las noches, pude hacer la carrera a distancia y... —levantó las manos.

—Y aquí estás.

—Sí —ella se rascó la mejilla, todavía quedaban restos de culpabilidad en ella—. Sí...

—¿Te va bien la vida?

—Mucho —Mintió—. ¿Y a ti? ¿No te has casado, entonces? ¿Ni tienes críos correteando por el valle?

Nick quiso responder, pero una mujer bellísima apareció por detrás y lo abrazó desde las alturas. Él por poco tiró la patata frita que estaba comiendo, sorprendido y divertido por el gesto. La mujer se

rio.

—¿Cómo te atreves a venir aquí y no pasar a saludarme, granuja? ¿Tengo que echarle sal en el café para que seas más educado?

Ray quiso poner los ojos en blanco al ver cómo le peinaba el pelo. Con total confianza. Como si estuvieran solos.

—A la hora de la comida es cuando sueles estar más liada, ¿cómo iba a distraerte? —Él se apartó para tomarle la mano con cuidado—. Además, aquí estoy ocupado. ¿No te ha dicho Cindy que Ray estaba conmigo?

La mujer, de ojos marrones, la miró y Ray se dijo que no tenía motivos para sentirse pequeña. No eran rivales al fin y al cabo.

—¿Eres Ray London? —Preguntó entrecerrando los ojos y mirando inquisitivamente a Nick—. ¿No llegaba mañana?

—Me he adelantado.

Que la desconocida la conociera y ella no supiera ni quien era la ponía en seria desventaja, pero no pensaba amilanarse.

—Eso es... una noticia buenísima —La sonrisa de la chica fue tan tierna que Ray se sintió como una miserable por querer dejarle claro que no era fácil de pisotear—. Yo soy Amanda, Amanda Montgomery. Y no sabes lo feliz que me hace saber que nos ayudarás con la cabaña.

A Ray se le desencajó la mandíbula. ¿Había dicho Amanda Montgomery? ¡Por Dios! ¡Era su hermana política!

Nick disfrutó viendo cómo se quedaba momentáneamente bloqueada. Pero tuvo que concederle que supo recomponerse con rapidez. Su sonrisa fue cálida y se levantó para estrecharle la mano con cuidado.

—Es un placer. Gracias por contar conmigo en este proyecto.

—Gracias a ti por venir a echarnos una mano —Amanda se irguió y palmeó el hombro de su cuñado—. Nick, sé bueno e invita a Ray a cenar una noche de estas a casa.

—Ese era el plan, Amanda.

—Bien —le pellizcó la mejilla y se carcajeó al oírlo resoplar—. Ray, cuenta conmigo para lo que necesites. Sea lo que sea.

—Lo tendré en cuenta.

La primera impresión no había sido muy buena. Culpa suya. Ahora, sin embargo, debía admitir que era una chica abierta y agradable.

Se sentó de nuevo cuando Amanda se marchó y miró a Nicholas esperando algunas respuestas. Él se las dio después de arreglarse el pelo, peinándose con los dedos.

—Trabaja con mi tía. Es la cocinera de la cafetería. Desde que Amanda está tras los fogones, los menús del mediodía se han duplicado. Ahora un par de noches a la semana preparan cenas y las reservas para los días festivos se han disparado —el orgullo brilló en su rostro y Ray se alegró de que la aparición de Amanda hubiera borrado la tristeza de los ojos de Nicholas.

—Eso está bien.

Nick le sostuvo la mirada y, tras consultar el reloj, se levantó.

—Tengo que atender unos asuntos del rancho, Ray.

—No hay problema.

Le iría bien un poco de tiempo para ella. Necesitaba reponerse. Tanta gente a su alrededor, pendiente de sus movimientos, la crispaba. Sólo quería echarse en la cama y cerrar los ojos, descansar sin dormir. Y dejar la mente vagar por paisajes tejanos, áridos y a veces frondosos. Era lo mejor para no pensar en Dawson, en su padre, en Brenda.

Se obligó a no buscarse el pulso en el cuello. A veces, la ansiedad la golpeaba y Ray necesitaba asegurarse de que las taquicardias eran psicológicas...

—¿Dónde vas a alojarte?

—¿Cómo dices? —Ray se estaba colocando el bolso, pero lo dejó sobre la mesa, sorprendida por su pregunta.

—Tu casa necesita una buena mano de pintura y tardarás días en hacerlo, y en limpiarla. No puedes quedarte allí.

No lo había visto de ese modo. Pero era cierto que la casa no estaba lista para que alguien entrase a vivir en ella. Estaba sucia y abandonada, aunque no creía que fuera para tanto.

El rancho no era su hogar, hacía mucho que ese sentimiento de arraigo a la casa familiar había desaparecido. No le suponía un problema no poder dormir allí. Tenía dinero de sobras para poder estar en algún hotel de Blue Valley. Así que no le dio mucha importancia.

—Hay varios hoteles por aquí. Incluso podría pasarme por el balneario —rumió apenas unos segundos—. Un poco de *relax* me iría bien para visualizar los planos de *La Cabaña Azul*. Si estoy estresada, no rindo como debo.

—Pues yo sé dónde puedes alojarte. Te saldrá gratis y tendrás la casa para ti sola.

Ray enarcó una ceja y levantó la mano hacia la barra para despedirse de Cindy y sus camareras. Ella le devolvió el saludo con una gran sonrisa. Para esa mujer no había pasado el tiempo.

—Suena demasiado bien, Nick. ¿Dónde está la trampa? —Todo en esta vida tenía un contrario que lo fastidiaba todo.

—Sólo tendrás un compañero de pasillo.

—¿De veras? —Salieron de la cafetería y el calor de Texas la golpeó. La brisa tórrida amenazaba con broncearles las mejillas, a pesar de que las nubes cubrían el sol.

—Yo sólo paso allí las noches. No te vas a enterar ni de que estoy al otro lado del corredor. No tenemos por qué vernos siquiera.

—¿Quieres que me vaya a tu casa? ¡Estás loco!

—No veo por qué no puedes quedarte en el rancho. Mi casa es grande, tengo varios dormitorios y todos suelen estar vacíos —le aseguró—. Somos amigos, ¿no?

Ray se detuvo en medio de la calle, el viento ligero moviendo su flequillo hasta hacerle cosquillas en la nariz. Lo apartó de un manotazo mientras cerraba los ojos y los apretaba con fuerza. Sus palabras se habían vuelto en su contra. Ella misma había dicho que lo consideraba un amigo cuando Nick le había preguntado si no le sentaría mal que la invitase a tomar un café.

—¿Por qué iba a sentarme mal que fuéramos a tomar algo? Por favor, Nick —había exclamado, diciéndose a sí misma que declinar la oferta sería darle la razón y hacerle creer que todavía sentía algún resquicio de amor romántico por él—. ¿Lo dices por lo que pasó siendo críos? Han pasado años. ¡Hemos madurado y podemos ser civilizados y sensatos! Somos amigos, ¿no?

No contaba con que Nick sabría jugar tan bien sus cartas. La había vencido de forma magistral. No era sencillo ponerla contra la espada y la pared, más él lo había hecho con la certeza de que sus palabras irían directas a su orgullo.

Suspiró, sabiéndose derrotada.

—Está bien, dormiré en tu rancho. Pero sólo unos días —y lo señaló con un dedo—. Y quiero que me cobres...

—Has venido para hacerle un favor a nuestra familia —Nick se cruzó de brazos, dejando claro que sus condiciones eran indiscutibles—. Tú te negaste a cobrar tus servicios, yo no tengo por qué aceptar un alquiler por tu parte.

Ray sacudió la cabeza.

—Eso es una tontería. ¡Vais a tener que pagarles a los constructores, fontaneros y electricistas! Yo sólo os echo una mano como arquitecta. No saldrá barata la restauración de *La Cabaña Azul* —le aseguró.

El dinero les daba igual. Había cosas más importantes.

Ray se subió a la *pickup* de Nick con un gruñido. Echó la cabeza hacia atrás y se cubrió los ojos con el brazo. Nicholas la miró de reojo y ahogó una sonrisa antes de girar la llave y hacer rugir el

motor.

Cuando la había llevado a la cafetería, había conducido con un nudo estrangulándole la tráquea: Ray estaba a su lado, en la camioneta. Su perfume envolvía el reducido espacio que compartían. Su figura era real y estaba a pocos centímetros de él. ¿Cuántas malditas veces había soñado con algo tan insignificante? ¿Cuántas veces había echado de menos llevarla al instituto o a dar una vuelta por los pueblos de los alrededores?

Ahora, sin embargo, se sentía en paz. Tenerla en el asiento de al lado le hacía sentir cómo en casa. Sin duda su hogar era una persona, no el rancho.

Y esa certeza lo hacía sentirse inseguro. ¿Por qué consideraba su hogar a una persona que llevaba doce años sin ver y que no había dado señales de vida hasta ese momento? Era como pasear por un cable suspendido en el aire sin tener una red que parase su caída; caería irremediamente y se estrellaría. Solo con volverla a ver notaba que perdía el equilibrio.

—Ponlos.

Ella bajó el brazo.

—¿Cómo dices?

—Puedes poner los pies sobre el salpicadero. Te encantaba hacerlo. Es inseguro, sí, pero...

Recordaba que siempre se quejaba porque Ray subía las piernas y plantaba los pies sobre la guantera. Ella lo hacía más por chincharle que por comodidad. Nick había aprendido a extrañar ese gesto que solía echar de más.

Ray se carcajeó y Nick por poco frenó en seco. Se obligó a seguir conduciendo. No podía demostrar que oírle reír le había acelerado el corazón. Hacía mucho que soñaba con su risa, tan musical y vibrante.

Qué no daría por hacer eterno ese instante, estirar el tiempo hasta robarle segundos al reloj y hacerlos suyos...

—No puedo creer que te acuerdes de eso.

Recuerdo muchas cosas de ti, Ray, quiso decir. Pero se calló. Tuvo que morderse la cara interna de la mejilla para tragarse todo lo que quería decir.

Nick cambió de marchas y entró en la finca de los London. Estaba en ruinas. Él sólo había hablado de la casa, pero había omitido la limpieza de las tierras. Los chavales lo habían usado para reunirse y beber a escondidas de la ley. Remington los tenía más que controlados y actuaba siempre que se congregaban en aquel lugar, no había podido evitar el vandalismo.

—Te espero aquí... rubita.

Ella asintió y saltó del vehículo. Nick quiso bajar con ella, más se exigió a no hacerlo. Hundió las uñas en el volante y la siguió con la mirada, obligándose a respirar hondo. La última vez que la había llevado a casa había sido años atrás y, cuando Ray había bajado de la ranchera, había sido para no volver la vista atrás.

Él le había roto el corazón y ella se había marchado con la espalda erguida, con el porte de una reina, tras asegurarle que su amistad seguiría intacta aunque el dolor amenazase con hacerla caer. No había mirado en su dirección mientras se alejaba; ahora tampoco había echado la vista atrás.

CAPÍTULO 4

Ray encajó entre los Montgomery al momento. Los hermanos de Nick le tenían mucho aprecio, desde siempre. Eran tal y cómo los recordaba: encantadores y risueños sin perder la educación tejana que tanto caracterizaba a los rancheros. Se portaron con ella tan bien como antaño.

Viendo sus sonrisas, cómo miraban a sus mujeres, nadie diría que la vida se había metido en sus planes para hacer tambalear su serenidad. Aquello los había hecho más fuertes.

A todos.

Amanda y Rebeccah también la ayudaron a sentirse bien entre ellos. Se autoproclamaron amigas suyas en cuanto Nick hizo las presentaciones oficiales y les explicó que pasaría un par de noches en su casa. Mucha gente diría que eran agobiantes y extremadamente acogedoras, sobre todo para los amantes de la soledad, como ella. Pero, eso le hizo darse cuenta de que sentirse acompañada tampoco era tan malo. Y se sintió cómoda casi al instante en su presencia.

Disfrutó de cada instante de la cena que prepararon las tres juntas esa noche, con la ayuda de Nick.

O lo poco que podía ayudar.

Éste iba y venía. Estaba cerrando un trato con otro ranchero, de Oregón y cada vez que podía, entraba en la cocina y echaba una mano con la carne que Rebeccah estaba asando. Se iba cuando el móvil volvía a sonar.

La agente de policía le contó que había perdido una yegua y a su potrillo la semana pasada. Al parecer, Nicholas quería reemplazarla lo antes posible.

—Una forma de sentirse menos culpable y mantenerse ocupado, supongo.

—¿Por qué? —preguntó.

Fue Amanda quien respondió, mientras robaba una nuez del cuenco y se la llevaba los labios:

—Dice que fue culpa suya, que no pudo hacer nada para salvarlos.

—Esas cosas pasan —musitó Ray.

—Pero es Nick —La cocinera se encogió de hombros y echó las nueces en la ensalada—. Puede hacerse el duro, pero tiene el fondo de un oso de peluche.

Ray desvió la mirada hacia el pan tostado que alineaba en un plato cuadrado.

Amanda y Beccah conocían desde hacía poco a Nick, pero se habían dado de cuenta que era puro sentimiento. Sin duda, era un tipo peculiar. Sexual, atrevido, divertido, inteligente: la perdición de cualquier mujer. Pero tenía un interior peligroso. Demasiado profundo y sensible como para ser ignorado.

—¿Cómo va la cosa, chicas?

Nick apareció tras ella y Ray aguantó la respiración.

Por un momento creyó que la abrazaría desde detrás. Tal vez, creía ser el único que recordaba cosas del ayer. Pero ella también lo hacía, y sabía bien que al pequeño de los Montgomery le encantaba sujetarla por la espalda y perderse en su perfume.

Respiró tranquila cuando Nicholas empezó a llevar los platos al comedor. Iba con las mejillas hinchadas como las de un hámster, pues había cogido un puñado de patatas fritas.

—Es la hora, chicas —Remington asomó la cabeza y les guiñó un ojo.

Tanner bendijo la mesa.

—¿En tu empresa te han permitido tomarte unas vacaciones? —le preguntó más tarde, entre bocado y bocado.

—Trabajo allí desde que terminé los estudios. Más que jefes, mis superiores son como una familia para mí. Nos tratan muy bien y nos tienen muy malcriados —le contestó—. No estaba

pasando una buena época cuando Max me llamó y... me dejaron tomarme un mes de vacaciones. Me debían unos pocos días y tomé otros más de lo que iba a descansar en agosto.

—En realidad, has venido a trabajar —puntualizó Nick.

—Es verdad —Se rio—. He venido a trabajar.

Los Montgomery asintieron y le sonrieron con dulzura. Sin duda, sabían lo sucedido con Dawson. Al menos habían tenido el buen tacto de no preguntarle si estaba casada o tenía hijos, pues saltaba a la vista que estaba sola. Y no por decisión propia.

Intentó no sentirse pequeña e indefensa, a todos nos han dejado alguna vez. O eso se decía, mientras se centraba en llevar comida a la boca, masticar y tragar, sistemáticamente.

—¿Cuánto crees que tardarás en tener lista la cabaña?

—Tanner —Beccah le dio un codazo cargado de intención—. Ahora mismo Ray es nuestra invitada y amiga, mañana ya podrás hablar con ella de eso.

Su marido agachó la cabeza. Quién lo diría, Tanner Montgomery sometido a una mujer. Ray se ahorró una sonrisa al ver las promesas pecaminosas que sus ojos dibujaban en dirección a Rebeccah. Tal vez era tranquilo en público, pero en privado las cosas entre esos dos debían de ser muy ardientes.

—No hay problema, Rebeccah. Miró el techo para pensar. No sabía bien qué debía hacerse aún, si había alguna parte de la estructura que pudiera recuperarse. No había hecho un examen exhaustivo de la obra. De camino al rancho, habían pasado por delante de *La Cabaña Azul* y Ray había hecho que Nick detuviera la camioneta. Había bajado de ella para acercarse al resto de cenizas y piedra ennegrecida que había ante sus ojos. Por poco había llorado al ver que no quedaba casi nada de aquel lugar tan bonito y especial para el pueblo, para los Montgomery y para ella misma. El primer beso que se había dado con Nick se había quedado encerrado para siempre entre cuatro paredes que ahora no existían—. Yo creo que entre planos, edificación y decoración... no puede tomarnos demasiado. No es una construcción muy grande. He tardado unas tres semanas en hacer minicasas y creo que va por ese estilo así que... puede que un mes, si no hay ninguna complicación —añadió.

—Si tardas más, no pasa nada —comentó Nick, sirviéndose un vaso de agua—. No nos corre prisa.

—¿Cuánto lleva la cabaña... así?

—Desde principios de año, más o menos —Tosió Rebeccah.

—Hay que retirar runa. Sé que habéis hecho cuánto habéis podido, pero todavía quedan restos. También sé que tenéis gente buenísima en Blue Valley, pero tengo mi propio equipo en Washington —explicó, dejando a un lado cuchillo y tenedor y encarándose a los tres hermanos—, y me gustaría contar con ellos para trabajar en este proyecto. La empresa me ha dado el visto bueno, falta el vuestro.

Remington se echó hacia atrás en la silla y miró a su esposa. Amanda puso su mano sobre la de él, que asintió en dirección a Ray. Nick también le dio su bendición con un movimiento de cabeza.

—Está bien, tú mandas —Tanner, viendo que sus hermanos estaban de acuerdo y que Ray estaba capacitada para llevar adelante la restauración, le sonrió y cogió su copa de vino.

Era el momento de brindar por los nuevos comienzos.

Nicholas se dio una ducha y bajó al salón vistiendo sólo unos pantalones cortos de deporte. Necesitaba un somnífero para pasar la noche. Saber que Ray estaba al otro lado del pasillo no lo dejaría dormir si no tomaba un químico que le echase una mano. Ella lo tenía sencillo, sus sentimientos no eran tan sentidos como los de Nick. Por eso llevaba media hora durmiendo, ajena a lo que ocurría unas puertas más allá.

Se quedó parado cuando vio a Ray sentada en su sofá, hecha un ovillo, observando un papel arrugado. Parecía una fotografía.

Lloraba.

¿Era una fotografía que había encontrado en la casa?

Nick desconocía qué había ocurrido entre su padre y ella. Fuera cual fuera el motivo por el cual habían discutido, había sido suficientemente grave como para que el viejo Julius muriera sin saber que su hija era una arquitecta buenísima.

Y para que ella usara el apellido de soltera de su madre.

¿O acaso era una fotografía que había traído consigo desde Washington?

¿Lloraba por su familia o por Dawson?

Los celos y el dolor lo carcomieron. No tenía derecho a tener envidia de ese tipo ni de los otros que hubieran pasado por su cama. No podía ser tan hipócrita. Él también había tenido amantes, demasiadas tal vez.

Le partió el alma ver cómo se frotaba la frente, derrotada. Los sentimientos la devoraban. Nunca había sido buena gestionando emociones. Nick no se había dado cuenta de joven, ahora era distinto.

No podía negar que cada vez le costaba más reconocerla. De joven era retraída pero más risueña y honesta. No había tenido filtro entre el cerebro y la lengua. Ahora parecía ser más prudente y desconfiada, como si no quisiera dejar a nadie en su pequeño mundo...

Pero sigue siendo Ray. La esencia de la mujer que amas está ahí dentro, cubierta con una coraza, nuevas virtudes y nuevos defectos. Tenía motivos para quererse esconder del mundo exterior.

—¿Ray?

Ella levantó la mirada, sobresaltada al no encontrarse sola. Pasaba de medianoche y creía que Nick estaba durmiendo, por eso había bajado al salón de puntillas.

—¿Te he despertado? No debí encender la luz...

—No te preocupes —Levantó una mano para tranquilizarla. Se sentó a su lado, le sonrió—. No puedo dormir, no sé qué me ocurre.

Ella asintió varias veces, como un autómata. No dijo nada. Él tampoco insistió. No quería presionarla. Ray estaba herida. El amor no la había tratado bien. Empezando por él. Y ahora Nick debía ser paciente, darle tiempo y espacio para que recuperase la confianza en sí misma que aquel cabrón le había arrebatado.

—La encontré en mi antigua habitación —le confió ella después de unos minutos.

Nick cogió el papel que Ray le ofrecía con dedos temblorosos. Era una vieja fotografía de sus padres. Julius y su esposa lo observaban, congelados en el tiempo, siendo más jóvenes de lo que él podía recordar. Se les veía felices.

—¿Es por lo que pasó con tu padre?

Ella asintió, no podía mirarlo a la cara. Nick dejó la fotografía sobre la mesa y le frotó la espalda con suavidad. La notó tan tensa, que supo que llevaba mucho tiempo conteniendo todo lo que llevaba dentro. Cuando era joven, Ray solía guardarlo todo hasta que explotaba. Al parecer, en eso tampoco había cambiado un ápice; a diferencia de Nick, que había aprendido a decir lo que le molestaba o preocupaba al instante.

Ray respiró hondo cuando los dedos de Nick se hundieron en su nuca para darle un suave masaje. ¿Cuánto hacía que no se dejaba consolar por alguien?

—¿Quieres hablar de ello?

—Todavía no estoy... lista —Encogió un hombro para alejarse de su mano y Nick sintió el rechazo como un hachazo en el vientre.

—Lo entiendo.

Ella volvió a coger la fotografía y se la quedó mirando con una mueca en los labios, la mirada perdida.

—Ray... —Al mirarlo, él le dio un codazo muy suave—. Nuestra historia... —casi se atragantó—. Nuestra amistad no es muy corriente, pero quiero que sepas que puedes confiar en mí. Estoy aquí para todo. Cuando estés preparada para contarme qué sucedió, si necesitas desahogarte... Cuenta conmigo. Quiero que cuentes conmigo —rectificó.

Ella se apoyó en su brazo, usándolo de almohada. Nick dudó, pero finalmente alzó el brazo donde ella estaba posada y su cabeza reposó en un lado de su pecho, los bíceps del *combo* rodeándola.

—Lo sé, Nick.

Suspiró para sus adentros.

—Bien.

Fue lo único que se le ocurrió decir, no sabía qué responderle. Se había quedado sin palabras, sin fuerza en las cuerdas vocales. Que estuviera refugiándose en su pecho desnudo era algo inconcebible. Ni en sus sueños de veinteañero había esperado algo así, pero allí estaban Ray y él. La vida daba demasiadas vueltas y parecía que los caminos se reencontraban, y de qué modo.

Cerró los ojos para paladear el momento, si bien los párpados le hormigueaban por el cansancio. El sueño empezaba a vencerlo, todo lo que necesitaba era sentir la calidez de Ray contra la piel. Era un maldito romántico. Se había convertido en el esclavo de aquella mujer.

Se obligó a despejarse, alzó la cabeza. Miró a su alrededor y pensó en poner el televisor para distraerla. Cuando quiso alcanzar el mando a distancia, se dio cuenta de que Ray se había quedado dormida contra él, sujetando la fotografía de sus padres.

Pobrecita, pensó, apartándole el pelo de la cara, deteniendo los dedos en el pómulo. Estaba exhausta. Había vivido muchas emociones para ser el primer día. Él no había contribuido a que fuera sencillo para ella.

Ray no se había quejado ni una sola vez, ni había mostrado signos de cansancio. Era toda vitalidad, fuerza interior y exterior. Se había convertido en una mujer fuerte, inteligente e independiente.

La tomó en brazos con cuidado. La besó en la frente hasta que le dolieron los labios y ella se removió, arqueándose lo justo, protestando con un gemido que escapó de sus labios.

La subió hasta la habitación de invitados. Le encantaría acostarla en su cama, dejarla allí y bajar a dormir al sofá. Así, podría olerla la noche siguiente en sus sábanas. Pero Ray no estaría muy conforme cuando se levantara y, lo más seguro, era que amenazase con irse a un hotel.

Abrió de un puntapié la puerta del dormitorio de Ray. Sus dos maletas estaban en un rincón. Sobre la cómoda ya estaba su reloj de pulsera y su móvil. El espacio era un poco más suyo; a Nick le gustó aquel detalle.

Deseaba que toda la casa fuera un poco más de Ray al terminar con la cabaña.

CAPÍTULO 5

Ray había vuelto. Esa maldita muchacha de ojos coloridos y lengua envenenada estaba de nuevo en el pueblo. Todo Blue Valley alababa lo bien que había madurado su rostro, lo bien que vestía, la blanca sonrisa que esbozaba al verlos de nuevo.

Era una pesadez oír a hablar de esa chiquilla a todas horas. Estaba cansada de que fuera el centro de atención.

La detestaba desde que la conoció. Aquella niñita era una mosquita muerta que se creía capaz de manejar a todos a su antojo, sobre todo al bobo de su padre. Pero ella había sido más inteligente, había usado su cuerpo para convencer al viejo de que Ray era un estorbo.

Así, la zorrilla de ojos verdes se había largado del pueblo.

Y ahora volvería a conseguir que se fuera, por supuesto. No iba a permitir que Ray London disfrutase de lo que debería haber sido para ella. Al fin y al cabo, durante años había soportado el cuerpo sudoroso, grueso y poco entrenado de London sobre el suyo. Y había aguantado sus excentricidades, sus infartos, su mal humor. ¿Y todo para qué?

Para verse humillada públicamente al tener que coger las cosas del rancho e irse a vivir a una casucha que se caía a trozos. Sin dinero, sin ropa cara ni joyas que vender.

Ella era una mujer que merecía más que tales ofensas.

—Pagarás, Ray London. Te prometo que esto no se quedará así —le farfulló a su reflejo. Giró el tubo del carmín para que la barra de labios ascendiera y así poder pintarse la boca de aquel rojo pasión... que terminaría encandilando a algún forastero idiota que, bajo los efectos del alcohol y su buen arte en la cama, olvidaría cuánto dinero llevaba exactamente en la cartera esa noche.

Nick le contó a Ray que cada mañana desayunaban en una casa. Como el rancho lo formaban tres casas unifamiliares, unidas por un porche cubierto precioso y de lo más acogedor, la familia iba y venía de un hogar a otro con total libertad. Siempre respetando la intimidad de cada pareja, por supuesto.

Esa mañana desayunaban en casa de Tanner. Ray encontró encantadoras aquellas reuniones. La familia es un concepto que se estaba perdiendo. Ella lo sabía bien, lo había vivido en sus propias carnes.

Aunque debía admitir que era un momento... caótico. Los niños, los gritos, las risas, la comida volando de aquí para allá. ¿Cómo podían los Montgomery tener un momento de paz a primera hora de la mañana si los gritos y pataletas estaban bien presentes?

—Son un buen dolor de cabeza, ¿eh? —Preguntó Nick en voz baja, mientras sacaba el azúcar del armario.

Ella le sonrió, no pudo responder. Todavía tenía en la cabeza el cómo había recibido Nick a los pequeños en cuanto había entrado. Ellos se habían abalanzado sobre él y su tío los había tomado entre sus brazos, había cargado con cada uno en un brazo y se había incorporado sin tambalear.

—¡Aquí están mis campeones! ¡Buenos días!

—Tío Nicky, ¡pronto terminamos la escuela! —Roth había levantado las manos en señal de victoria.

—¿Nos comprarás fuegos artificiales para el Cuatro de Julio? —Había suplicado Irina, poniendo morritos y su mejor mirada de pena.

Sin duda, Nick era un tío estupendo. Los malcriaba en su justa medida, también los reñía si era el caso. Roth había metido la mano en el tarro de la manteca de cacahuete y Nick no había dudado en

recriminarlo. Era un buen tipo. Nunca había visto esa faceta suya tan tierna, más le gustaba saber que Nick tenía ese toque paternal.

—Hoy me gustaría ir a la cabaña —anunció Ray, cuando se quedaron a solas.

No tenía prisa por irse de Blue Valley, la ayudaba a lamerse las heridas. Así que el «*cuanto antes empiece, antes podré irme*» no funcionaba con ella. Sin embargo, le gustaba ser eficaz y deseaba ponerse con *La Cabaña Azul* lo antes posible.

—Solo iré a echar un vistazo —siguió explicando—. Mientras pienso en los planos, iré a mi casa y le daré una buena mano de pintura. Le pedí a Carla O'Hara que me guardase un par de botes, tengo que ir a recogerlos en una hora.

—¿Vas a ponerte hoy a arreglar el rancho de tu padre? —Nick pestañeó—. Ray, puedes quedarte el tiempo que quieras. No eres una molestia.

—Lo sé. Pero pintar me ayudará a pensar. Creo que en una semana puedo tenerlo todo listo y empezaremos con la obra.

—Mis hermanos estarán encantados de oír eso —Nick parecía satisfecho.

—Hola chicos —Rebeccah llamó a la puerta de la cocina—. ¿Molesto?

—No, pasa, pasa —Nicholas terminó de poner las tazas y los platos en el lavavajillas—. ¿Estás bien?

—Sí —Aceptó su abrazo y la caricia que le dio a su estómago—. Estamos bien. Es mi día libre e iba a hacer la compra. Era por saber si necesitáis algo.

—Tengo la nevera llena. Tardaré una semana en visitar el supermercado.

—¿Y tú, Ray? ¿Tienes que ir al pueblo? Puedo llevarte.

—Iré en un rato. Quiero pasarme antes por la cabaña a echarle un vistazo. —Dejó el paño en el fregadero.

Rebeccah asintió y se despidió con un ademán.

—Puedo acompañarte, si quieres —se ofreció Nick, llamando así su atención otra vez.

—Preferiría ir sola. Estoy acostumbrada al silencio cuando trabajo —añadió, al ver cómo retrocedía un paso.

No quería herir sus sentimientos, algo le decía que Nicholas quería recuperar el tiempo perdido y Ray todavía no se había hecho a la idea de volver a tenerlo tan cerca. Se sonrojó sin poderlo evitar al pensar que sí habían estado muy cerca. Se había dormido en el sofá, a su lado, y había amanecido en la cama. La había tenido que llevar él. Cuerpo contra cuerpo: ella estaba vestida, pero él solo llevaba los pantalones. Era una idea sofocante que le ponía las mejillas del color del carmín. Qué estúpido, ¿cierto?

Nick levantó una mano, excusándola. Le dolía la situación, más entendía las distancias que imponía Ray.

—No hay problema —No le sonrió, pero sí se puso su sombrero—. Me marchó, acabo de recordar que tengo cosas que hacer.

Ella lo siguió con la mirada. Y se sintió desolada porque le había fallado.

Nick meneó la cabeza en busca de aire fresco. Necesitaba estar cien por cien concentrado en la monta.

Le gustaba pasear a caballo cuando necesitaba despejar la mente. Condujo al animal hasta su lugar favorito. Sus hermanos conocían la finca de palmo a palmo, como él, así que de seguro sabían de la existencia de aquella colina. Por suerte, no solían pasar mucho tiempo allí. Cada uno tenía su refugio y no habían escogido aquel, así que el vaquero tenía su santuario para él solo.

Ató al caballo al único árbol que había cerca y se sentó en la gran roca que había a pocos metros. Coronaba la colina y dejaba el rancho a la espalda, dando unas vistas preciosas del valle.

Allí Ray y él se habían declarado y, si bien no se habían besado por pura timidez, sí habían

compartido segundos, terceros y más besos. Incluso alguna que otra caricia robada que no se había vuelto a repetir jamás. Allí habían hablado de planes de futuro, allí Nick le había pedido que lo acompañase al baile de graduación.

Era un lugar especial.

Siempre que necesitaba pensar subía a la colina.

Enterró los dedos en el pelo después de quitarse el sombrero y lanzarlo al suelo con rabia.

Ray no se acercaba a él. Decía que eran amigos pero él no lo sentía así en absoluto. No podía echarle en cara que quisiera mantenerse apartada, si bien extrañaba que se riera a su lado con total libertad.

¿Cómo podía llegar hasta ella? ¿Cómo podía hacerle ver que él realmente estaba ahí? ¿Que pese a todo, cuando había prometido estar a su lado para siempre no era mentira?

—Debes acostumbrarte a su sequedad, Nick —dijo en voz alta, recogiendo el sombrero de sus pies—. Da gracias que te mira a la cara.

No era rencorosa, por suerte. Si no Nick ya estaría ahogando las penas en whisky y trabajando como un loco para matar el dolor... y el alcohol que circulaba por sus venas.

Todavía quedaba esperanza, ella no lo había mandado a freír espárragos. Y, visto lo visto, tenía carácter suficiente como para echarlo de su vida de forma definitiva si la cosa se caldeaba entre ellos.

Nick quería que se caldease, sí. Deseaba hacerle el amor de todas las formas existentes. Pero antes esperaba que le ardiera el corazón

¿Y si la llevaba allí? Podría hacerle ver que aquel lugar seguía teniendo encanto, que seguía siendo de los dos. Ray tenía que ver que su amistad iba en serio y que no eran simples palabras.

Aquella idea le dio alas. La tristeza que sujetaba su corazón empezó a soltarlo.

Diciéndose que al atardecer la convencería de pasarse por allí, Nick regresó al caballo. Pese a tener un pie en el estribo, no se aupó. No apartó las manos de la silla, solo agudizó el oído.

Le parecían oír sollozos, pequeños gemidos. Pero no eran humanos, no podían ser de una persona. Nadie osaría colarse en su finca y, de haber algún incauto que hubiera cometido allanamiento de morada y se hubiera hecho daño, pediría ayuda a gritos.

Era un animal.

Cogió el rifle que siempre llevaba atado tras la silla y siguió los ruiditos con el arma en alto. Fuera el animal que fuera el que los producía, estaba más lejos de lo que su oído le había hecho creer.

Si había un coyote en su finca, debía acabar con él lo antes posible. Sus caballos corrían peligro si había un cazador como aquel por la zona.

—Oh, por favor... —Bajó el rifle al ver al cachorro.

Estaba atrapado. Tenía la pata trasera dentro de una zarza. Por las marcas que había en la tierra seca, había luchado por salir de allí. Tan solo había conseguido que más pinchos se hundieran en las patas delanteras y parte de la cola. Estaba sediento, cansado y lastimado.

Lo sacó de allí con sumo cuidado, hablándole despacio para tranquilizarlo. A medida que el perrito se veía más libre, más intentaba acercarse al vaquero y aquello era un problema para sus nervios de acero. Pronto las gotas de sudor empezaron a resbalarle por las sienes y por la espalda. Le daba pánico hacerle daño.

Cuando pudo sacarlo de allí, el perro se lanzó a sus brazos. Comprendía que era su salvador. Entre temblores y sollozos, le lamió el brazo. Nick lo acarició para que dejase de temblar.

—No te preocupes, pequeño. Ya te tengo, ya está... —Le sonrió y se quitó la camiseta para envolverlo con ella—. Todo está bien.

Cargó el rifle al hombro y mientras iba al caballo, lo inspeccionó.

Era un ejemplar muy bonito. Tenía el pelo color castaño, pero las patas y el hocico eran de un blanco crudo que lo hacía especial. Y las líneas negras que enmarcaban la separación de ambos pelajes en su morro lo hacía todavía más lindo.

Por su estado físico y la humedad del pelaje, Nick no creía que el perro llevase más de doce

horas vagando por allí. Aunque era un milagro que hubiera sobrevivido a la noche en aquellas zarzas.

Lo que más le preocupaba eran las heridas causadas por los espinos. Tendría que curarle la pata y quitarle unos pocos pinchos de otra. Por suerte, las heridas no habían sangrado demasiado. Podría vacunarlos y tratarlos con antibióticos. Sí, esa mezcla de bretón y otro perro que no supo identificar, saldría adelante. Nick estaba seguro de ello.

¿Era por eso por lo que el perro estaba en sus tierras? ¿Lo habían abandonado por ser una mezcla? Nadie en Blue Valley tenía un perro de aquella mezcla, debía de haber sido un forastero. Siempre quedaba la opción de que se lo hubiera traído algún turista y lo hubiera perdido por error. Comprobaría si llevaba el chip en cuanto llegase al rancho.

Si alguien lo había abandonado... no tenía perdón. Nicholas esperaba que de ser así, el *karma* le devolviera a semejante miserable todo el daño que le había hecho al perro.

Intentó aplacar la rabia imaginando el rostro de Irina y Roth al ver al perro, si es que este no tenía chip y podía quedárselo.

¿Y Ray? De seguro que a ella también le cambiaría la mirada al ver a su nuevo amigo. Le encantaban los animales. De joven siempre le había dicho que querría tener unos cuantos perros, así podría pasear con ellos al vigilar la finca de los London a caballo.

Le dio agua, siempre llevaba una botella, y más en verano. Cuando las temperaturas empezaban a alzarse antes de entrar en la estación más cálida del año, era importante que el vaquero estuviera bien protegido a base de agua.

Compraría comida de perro esa misma mañana.

—Espacio, pequeño... espacio...

Por supuesto, pedirle al cachorro que no bebiera con tanta ansia no iba a servir de nada. No iba a hacerle caso. Nick se encontró sonriendo y acariciándole el pelaje del lomo.

—Te llevaré al rancho, ¿de acuerdo? Allí te curaré... —Con cuidado sin dejar de sostenerlo contra el pecho—. Y te presentaré a mis sobrinos. Si no tienes dueño, te quedarás conmigo y serás su compañero de aventuras. ¿Qué te parece? —se carcajeó. El perro le lamía el dorso de la mano—. Sí, sabía que el plan iba a gustarte.

El animal se acomodó en su regazo, apoyando la cabeza sobre sus brazos, asomando entre ellos.

Le gustaba sentirlo allí, le gustaba la idea de tenerlo en su vida aunque acabase de encontrarlo. Se recordó que debía esperar a ver si tenía dueño. No podía hacerse ilusiones así como así.

—Oh, mira, te voy a presentar a la mujer que me robó el corazón —le susurró al ver a Ray—. Pero cuidado, no seas tan encantador. Le vas a terminar gustando más que yo y, colega, no quiero estar celoso de ti...

Madre mía, quién lo escuchase hablar, creería que había perdido un tornillo. O dos. Y que necesitaba con urgencia un psiquiatra.

Ray lo estaba esperando en la parte trasera del rancho, parecía que ya había ido a *La Cabaña Azul*. Estaba sentada en la valla de la arena donde domaban a los caballos salvajes, donde enseñaban a los potrillos a controlarse cuando pasaban a la edad adulta. Tenía una libreta entre las manos y mordisqueaba su lápiz.

Encajaba allí, ¿se daría cuenta ella alguna vez?

El relincho del caballo la hizo alzar la cabeza, sobresaltada. Lo vio y sonrió. Se levantó y después se sacudió el polvo de los pantalones. Se acercó a él, los brazos cruzados y una arruga interrogante cruzándole la frente. Nick deseó que estuviera tan aturdida porque se había quitado la camiseta, si bien algo le decía que *no* era su torso lo que llamaba la atención de Ray.

—Vaya, vengo de buscar la pintura y mira qué me encuentro. ¿Y este pequeñín?

—Lo he encontrado enredado en una zarza. Voy a ver si le curo la pata y compruebo si tiene chip... —se lo tendió.

Ella lo aceptó con delicadeza. El cachorro gimió en protesta. Le gustaba Nick, era su liberador. Pero en cuanto ella lo apaciguó con palabras susurradas, el animal levantó las orejas en su dirección y

se dejó acariciar.

—¿Sabes que eres precioso, pequeño? Sí que lo eres...

Nick apretó los dedos alrededor de las riendas hasta oír las crujir bajo sus callosas manos.

Ella era preciosa. Y acompañada con aquel perrillo de aspecto lastimero, al que ahora le rascaba la cabecita, formaba una estampa maravillosa.

—Es curioso verte así.

—Si me dices que tengo instinto maternal sólo por sacar mi lado tierno con un perrito, juro que te cambiaré la esponja por el cepillo del caballo mientras te estés duchando.

Él se rio.

—Me refiero a que antes no eras tan mimosa con los animales, sólo con los caballos.

—Tuve un gato.

—¿De veras? —Sorprendido, se echó el sombrero hacia atrás—. Creí que no te gustaban.

—Y no lo hacían. Pero conocí a la pequeña *Melby* y... no sé.

—Se nota que la quieres mucho —Apretó las rodillas para que el caballo no se moviera, acababa de retroceder dos pasos—. ¿No te la has traído?

—Era muy mayor cuando la acogí. Murió a los dos años —Como si necesitase consuelo, se abrazó más al perro, que le lamió el cuello.

—Lo siento...

Ella negó con la cabeza y consiguió esbozar una sonrisa, pequeña, muy nimia, pero una sonrisa de verdad, al fin y al cabo.

—Me ayudó a encontrarme menos sola en la ciudad. Ella estaba abandonada, yo también. Nos adoptamos la una a la otra y me dejó estar a su lado hasta el final.

—Ray...

—Fue una bonita época.

Ray lo siguió hasta el establo sin dejar de hablarle al perro. Nick desmontó y cogió al cachorro entre sus brazos para llevarlo a una caseta anexa a las cuadras. Allí tenía su equipamiento y una cama de metal para examinar a animales más pequeños.

—Voy a echarle un ojo. ¿Vienes conmigo, rubita?

—Mejor me ocupo del caballo.

Se detuvo bajo la puerta, sorprendido de que Ray no quisiera acompañarlo. La miró por encima del hombro. Ella había cogido las riendas del semental, estaba dispuesta a quitarle el equipo de monta. Si bien, parecía desorientada: llevaba mucho tiempo sin hacer aquello y andaba confusa.

—No. Déjalo así, cuando termine con él —Carraspeó y bajó la mirada al peludín que lo observaba con los ojos marrones bien abiertos—, me gustaría llevarte a un sitio.

Iba a llevarla a la roca de la colina, no podía esperar a que el sol se escondiera al otro lado del valle.

CAPÍTULO 6

Nick acababa de estar en la colina, pero regresar no le importó. Subir hasta allí estaba siendo un placer, pues Ray estaba sentada justo delante y estaba abrazándola, ya que ambos iban en la misma silla. Ella no se había tensado en ningún momento, parecía estar cómoda.

Al desmontar, ella no le permitió que le echase una mano. Le comentó que quería probar sola... y vaya si lo consiguió.

Ray recordaba lo que era estar a lomos de un caballo. Al principio no se había visto con corazón de conducir uno, no por una finca que no era la suya. Pero ahora recordaba lo que era estar en las alturas y notar la fuerza del caballo entre las piernas. Las sensaciones nunca morían, se quedaban contigo dentro. La amazona que llevaba dentro se había desperezado y la había hecho bajar del semental con la maestría de quien se crió de establo en establo.

También recordaba la colina. Le parecía increíble que siguiera igual. Era un lugar árido lleno de tierra seca y hierbajos. Quedaba en el lado opuesto al valle, así que las vistas que se extendían al otro lado de las tierras de los Montgomery era un bosque de encinas Emory. En la colina había una gran roca, que servía de sillón para apreciar el paisaje. Después de diez años sin ir por allí, Ray podía apreciar que la erosión había creado asientos naturales en los salientes de la gran solidificación de dos por dos. Ahora cabían dos personas, no solamente una.

—¿Crees que estará bien? —preguntó, poniendo las manos en las caderas.

Estaba claro que se refería al perro. Nicholas le había curado la patita, sacado un par de espinos que se habían quedado bajo el pelaje, y había mirado si tenía chip. Nada. Legalmente, aquel cachorrillo no tenía dueño. El perro ahora pertenecía al rancho, a los Montgomery.

Se había quedado en el salón de Nick, durmiendo en una cesta llena de viejas camisetas de su nuevo cuidador.

—Está agotado. Dormirá unas cuantas horas. Tranquila —Le sonrió para calmarla y al ver que sus hombros se relajaban, casi se emocionó por ver que Ray confiaba en él con tanta plenitud.

Dejó la nevera portátil en el suelo. Era estilo mochila, así que la había llevado en la espalda todo el rato. Nick abrió la cremallera y le lanzó la botella de cerveza. Ray la cazó al vuelo.

—¿Cómo sabes que me gusta la cerveza?

—Intuición.

Ray se tragó una carcajada. Le quitó la chapa y levantó su botellín. Brindaron.

—No puedo creer que esto siga igual. No ha cambiado ni un ápice en una década —comentó, mordiéndose los labios.

A Nicholas le gustó que se acordara de la colina.

Sacó de la mochila una bolsa de ganchitos. La abrió sin demora; había gente que fumaba para aliviar los nervios o por pura adicción, pero él necesitaba comer ganchitos o patatas. Compulsivamente.

—La gente cambia, el paisaje no demasiado.

Ella resopló, no estaba nada de acuerdo con él.

—¿Has visto bien mi casa? Te juro que nunca había visto tanta porquería en la finca. ¿Y lo que queda de los establos? Han hecho ritos satánicos en él, Nick —Hizo una mueca—. Las pintadas en la única pared que resta de las cuadras da... miedo. —Se le había puesto la piel de gallina al recordarlo.

Nick se sorprendió al verla asqueada por el deterioro del lugar. Había creído que a Ray no le importaba lo que sucediera con el rancho. Si le importaba tanto, ¿por qué no venir a verlo cuando su padre había muerto?

—¿Por qué te decidiste a volver a Blue Valley? —Se sentó en la roca y la ayudó a tomar asiento

—. Pudiste haber vendido el rancho, tu madrastra lo ansiaba con todas sus fuerzas.

—Pienso vender la hacienda. Por eso quiero arreglarla, ponerla decente. No quiero que sea una ganga en un mercado a la baja. Quiero que me paguen lo que vale. Es solo un motivo colateral por el que venir aquí.

—Creo que Marian todavía te ofrecería su alma por un metro cuadrado de la finca —bromeó, intentando aligerar la tensión que se había adueñado de sus cervicales.

Pero Ray no sonrió, al contrario. Por unos momentos las comisuras de sus labios se curvaron más hacia abajo y un velo de tristeza cubrió sus ojos color verde. Hablar de su madrastra era un tema peliagudo, mucho más que preguntar por qué había vuelto al pueblo.

Ray miró las galletitas saladas que descansaban en la palma de su mano izquierda. Las había tomado del bote que Nick también había llevado consigo. No era un gran almuerzo, patatas y galletitas, pero para Ray bastaba. Se llevó una a la boca, pero no llegó a comérsela. No podía. La verdad la estrangulaba, las ganas de ser escuchada y, tal vez, comprendida, eran demasiado fuertes como para ignorarlas.

Ya no.

No más.

—Supongo que sabes que estuve saliendo con un agente del FBI.

—Sí.

Lo sabía, por supuesto. Max había contactado con ella a través de él.

—Hacia unos meses que mi relación había terminado y cuando Max me llamó... Dios, al principio no quise aceptar la oferta. Blue Valley era el pasado y siempre me prometí mirar hacia delante. Y ahí estaba el pueblo, llamando a mi puerta como si fuera una jodida broma del destino...

—confesó, meneando la cabeza—. Pero luego me di cuenta de que mi corazón roto jamás se repararía en Washington. No vivía, sólo sobrevivía —frustrada, dio otro trago a la cerveza—. Esperaba verle al girar cada esquina. Incluso, cuando me tomaba un café, lo buscaba entre las parejas que tomaban batidos, como si verlo con otra mujer fuera a ayudarme. Porque también lo vería a él de nuevo —Suspiró—. Suena muy... masoquista, ¿verdad? —lo miró de reojo, sintiéndose patética.

Nick negó con la cabeza y le dio un leve golpe, hombro con hombro. Él sabía bien lo que era aquel sentimiento, de desolación unido a la alegría de una forma extrañamente humana.

Si Ray se hubiera presentado con un hombre y dos críos cogidos de la mano, le hubiera dolido la feliz estampa, pero una parte de su alma hubiera aceptado aquel sufrimiento con tal de volver a verla.

—Huir de Washington fue fácil. Cobarde, pero fácil. Así que... aquí estoy, desesperada por despertarme un día y no encontrarme esperando que sea él quien me llame cuando el teléfono suena —encogió los hombros.

Por fin, la Ray sincera había regresado por completo.

La había echado de menos, muchísimo.

—Y... ¿has estado con muchos hombres? —se atrevió a preguntar.

Ray enarcó una ceja. Nicholas conocía ese gesto. Ella siempre lo hacía cuando quería burlarse de él.

—No sé si estás listo para conocer la respuesta a esa pregunta —Se llevó el botellín de cerveza a los labios y volvió a mirar hacia el horizonte, entrecerrando los ojos para que el sol no la cegase—. ¿Y tú? He oído que no has perdido el tiempo —Carla le había contado unas cuantas cosas—. ¿Han sido tantas cómo cuentan los rumores?

No notar celos en su voz le encogió el estómago, pero Nick intentó controlar la decepción.

—No puedo responder a eso, Ray. Soy un caballero... —Sonrió de medio lado cuando ella se carcajeó. Fue una risa espontánea y real—. Los caballeros nunca hablan de las mujeres con las que se acuestan. Es la segunda norma del club de caballeros de Blue Valley.

—¿Hay un club de esos? —Restos de la risa tiraban de la comisura de los labios de Ray—. ¿Y

cuál es la primera norma si esa es la segunda?

—Nunca le cuentes a una mujer del pueblo que el club existe.

—Muy inteligente por tu parte —susurró Ray, poniendo los ojos en blanco—. ¿A quién te denunció para explicar que has violado uno de sus mandamientos?

Nick hizo una mueca de desconocimiento. Ella le dio un codazo como respuesta y escondió una gran sonrisa tras la cerveza, divertida por la situación. Le dio un largo trago, él no podía apartar los ojos de su garganta. Quería reseguirla con la lengua, morderla.

Dios, estaba enloqueciendo por momentos y nada tenía que ver el sol de mediodía.

—Nick... —con la cabeza ladeada, una mano haciendo de visera para que no le molestase el sol del ocaso, Ray frunció los labios—. ¿Puedo pedirte algo?

—Lo que sea. Somos amigos, ¿no? Los amigos estamos para lo bueno y lo malo, si me necesitas...

—No uses conmigo tu manual de seductor empedernido —Su voz contenía tanto miedo y tanto anhelo que Nick sintió una garra rasgándole el pecho—. Renunciaste a quererme una vez y eso por poco me mató. He venido aquí para alejarme del amor, no para enamorarme ni para acabar en tu cama. Yo... Yo... —Dudó, pero luego lo soltó a bocajarro—: No quiero que me seduzcas... por favor.

¿Qué se respondía a eso?

Tampoco es que estuviera pensando en comportarse como un canalla de sonrisas de dentífrico con ella, así que no le fue difícil inclinarse hacia Ray y apoyar su frente en la de la mujer.

—Te prometo que no voy a ser encantador ni a provocarte con comentarios que te pondrían a cien por hora... —Había endurecido la voz para hacerse el interesante. Sólo quería que la sonrisa volviera a dibujarse en su rostro. Lo consiguió. La tensión que los abrazaba, se aflojó—. Puedes estar tranquila, Ray. Tú conoces al verdadero Nick. Esas mujeres... sólo conocen la parte que yo les muestro.

Y era cierto.

Él sabía ser provocador, caliente. Le era fácil seducir a las mujeres y darles placer. Sin embargo, con ella quería ser de nuevo Nicholas Montgomery. Ansiaba que Ray recordase quien era y que, al mismo tiempo, conociera las nuevas facetas que había ganado con la madurez y las experiencias de la vida.

Si Ray tenía que volver a enamorarse de él, tenía que ser por su persona, no porque fuera un pícaro con sonrisa atractiva.

Ray se encontró mirándolo con la cabeza ladeada. Era más guapo que antes, su voz era mucho más ronca y su mirada parecía esconder mil pensamientos y sentimientos más que a los dieciocho. Pero pese a la máscara que parecía llevar constantemente... Ray lo supo.

Estaba siendo sincero.

—Gracias —Le besó en la mejilla, arrebatándole la respiración y dejándolo paralizado en el sitio—. Y gracias por traerme. No me acordaba de este sitio... y me resulta fascinante —alzó la mano como si pudiera sostener el sol con la mano, para eso tuvo que cerrar un ojo—. Recordaba muchas cosas de Blue Valley, pero la mayoría no eran buenas. Había olvidado lo bonito que es el valle, lo hospitalaria que es la gente. Había olvidado por completo lo simpático que eres cuando quieres...

El astro rey le quemaba las mejillas. Notaba el hormigueo del calor recorrerle los pómulos, como la caricia de un amante entregado. Quiso cerrar los ojos, pero en vez de eso, cerró la mano y la dejó caer en el regazo. El sol no quedó encerrado entre sus dedos. A Ray no le importaba, porque aquel haz de luz se había quedado con los buenos recuerdos que a floraban ahora en su cabeza.

Ray se mordió el labio inferior al ver cómo Nick sonreía. Mientras cogía un puñado de ganchitos, la miró y le guiñó un ojo, confidente.

—¿Crees que podríamos volver una tarde de estas?

Había hablado en voz alta. ¿De verdad tenía tantas ganas de regresar?, se preguntó Ray.

—Nuestra roca estará encantada de sostenerte siempre que quieras ver atardecer.

—¿*Nuestra*? —Lo miró como si tuviera dos cabezas en vez de una. Nick pensó que era demasiado bella cuando dejaba que sus expresiones dominasen sus facciones—. ¿En todo este tiempo no has traído a ninguna mujer aquí?

Nunca había subido con ninguna mujer después de que Ray se marchase de Blue Valley, le había sido imposible. Era un lugar de ambos. No pertenecía a nadie más que a ellos.

Pese no poder pronunciarlo en voz alta, sí pudo negarlo con un movimiento de cabeza.

—Es sorprendente, Nick. Este... es el lugar perfecto para conseguir un polvo seguro.

—Menos contigo —musitó.

Ella se sonrojó y su boca se contrajo en una mezcla de diversión y desagrado.

—Menos conmigo —le concedió, también en voz baja.

—No puedo decírtelo, en verdad —Nick fingió estar alegre como minutos antes—. Es la tercera norma del club de caballeros. Está prohibido decirle a tu nueva chica si has traído a otra al mismo sitio.

Ella volvió a reír y Nick deseó poder robarle la cerveza, pues él ya se había terminado la suya, y tragarse así el nudo que oprimía su garganta. Por eso atacó los ganchitos, primero cogió un puñado, luego otro...

Estaba preciosa cuando se reía. Mucha gente diría que se le veían demasiado los dientes, que el labio superior prácticamente desaparecía, o que era una carcajada demasiado larga y estridente. Para él, era la escenificación del regocijo, de la naturalidad, de la espontaneidad.

—Tú y tus malditas normas.

—No me digas que te gusta hacer travesuras de tanto en tanto... —Enarcó levemente las cejas una y otra vez, en un gesto sugerente que por poco hizo que Ray se atragantase—. ¿Te gusta saltarte las normas? ¿Quién eres y qué has hecho con la Ray que conocí en el instituto? ¿La obediente y dócil muchacha que nunca alzaba la voz a profesores o adultos?

—¡Nick! ¡Me lo has prometido!

—¿El qué?

Poner su expresión más inocente no servía de nada con Ray.

—No coquetees conmigo.

—Perdón, ha sido sin querer —Levantó las manos antes de robar un par de ganchitos de la bolsa y lanzarlos al aire para cazarlos al vuelo. Los masticó batiendo con fuerza desmedida la mandíbula, ella hizo girar los ojos sobre sus órbitas—. En serio, Ray. ¿Qué te ha pasado?

—Soy adulta —respondió ella, dándole una pequeña bofetada en el brazo, en un intento fallido de quitarle las ganas de flirtear que tenía.

—Pero sigues pegando como una cría.

—Idiota —Para esconder la sonrisa, Ray apuró la cerveza. Dejó el botellín en la roca, vigilando que no cayera. Lo miró apartándose el pelo de la cara, el viento había cogido intensidad—. Gracias por traerme aquí, de veras. Creo que ahora puedo ver con más claridad el mundo.

Nick se dio cuenta de lo honesta que estaba siendo.

—¿Y qué te ha parecido la cabaña? —Metió las manos en los bolsillos para no alzar los dedos y acariciarle la sien.

—Habrá trabajo. ¿Cómo se incendió?

—Es una historia muy larga. Otro cuento de buenas noches —Encogió un hombro y, sin sonreír esta vez, levantó un par de dedos—. Ya van dos.

Ella le ignoró. Si Nick no pensaba responder a su pregunta, Ray también podría ignorar la sutil proposición de dormir juntos. A ese juego sabían jugar los dos, ya no tenían diecisiete años.

—Creo que en una semana podré tenerlo todo listo. Mi intención es empezar esta noche con los planos. Pero tardaré más de lo que creí en restaurar *La Cabaña Azul*. Que combine piedra y madera es distinto a erigir una minicasa prefabricada, o de madera en su totalidad... Todo es más difícil. Y más

caro.

Nick parpadeó, se estaba quedando fascinado escuchándola hablar. Nunca se había dado cuenta de que a Ray le gustaba tanto el dibujo técnico como para estudiar arquitectura.

Seguramente, había sido otro revés de la vida. Ella siempre había soñado con ir a la universidad, estudiar contabilidad para encargarse del rancho y regresar para asumir el rol de capataz, de mandamás. Al verse lejos de Blue Valley, sus planes de futuro, tan bien organizados, se habían desmoronado. Y había escogido crear y levantar edificios para convertirlos en algo que ella había perdido: un hogar.

—No tenemos prisa, ya te lo he dicho.

Él, de seguro, no la tenía. Cuanto más tiempo se quedase Ray en el pueblo, más tiempo tendría para acercarse a ella. Pensaba dejar que su corazón roto soldase y luego procuraría volverla a enamorar. No se creía canalla por ello. Le estaba dejando espacio, su tiempo para rehacerse. Sería un cretino aprovechado si usase su inestabilidad emocional para manipularla y hacerle creer que sólo él la desearía, sólo él la amaría, sólo él le prestaría atención de forma constante e interesada...

Aquello no era amor, era un sentimiento tóxico, y Nick odiaba esa vertiente venenosa y peligrosa de una emoción que debía ser maravillosa.

Pensaba dejarle vía libre.

Lo suyo era más puro.

Más real.

Menos paranoico.

Si Ray terminaba enamorada de otro hombre, fuera o no de Blue Valley, él lo aceptaría. No le quedaba otro remedio. Si a Ray le hacía feliz seguir un rumbo en concreto, ¿quién era él para convencerla de lo contrario sólo porque no salía bien parado?

—Voy a llamar a Jon y a Frank. Son mis hombres de confianza en la empresa, por decirlo así. Ya os dije que prefería mi equipo que uno de Blue Valley —añadió, al verle fruncir el ceño—. Creí que estabas conforme.

—Sí, sí, lo estoy. Sólo pensaba... ¿dónde van a hospedarse?

—En mi rancho, claro.

—Oye, Ray... Podemos organizarlo de otro modo, no tienes por qué apresurarte tanto con tu casa —La tomó de la mano—. No te agotes con tal de mantenerte ocupada y no pensar en ese hombre. Cada cosa a su tiempo.

Ray rechazó la idea con la barbilla, su determinación no tenía que ver con Dawson. Él estaba fuera de la ecuación de dónde vivir en Blue Valley.

—No quiero ser una molestia, eso es todo.

—Si a mí me gusta que vivas conmigo... ¿por qué crees tú que eres un estorbo?

La vio dudar.

—Ya he ido a por la pintura y la he dejado en mi casa. También he llamado al Ayuntamiento, me niego a limpiar todo el desastre que hay en mis patios. —Se cruzó de brazos, bufando para apartar un mechón que se había plantado en su nariz, molestándola, haciéndole cosquillas.

Nick le apartó con sumo cuidado la hebra de pelo rubio y se la escondió tras la oreja.

—Siempre puedo ir a echarle una mano. En un día podremos retirar los escombros.

—No. Deben hacerlo ellos. Están así porque han descuidado a sus jóvenes, no porque yo sea una dejada. —Intentó coger un ganchito, pero él retiró la bolsa rápidamente— ¡Eh!

—Los ganchitos son míos, tú encárgate de tus galletitas.

—Me he quedado sin.

—Mala suerte, rubita...

CAPÍTULO 7

Ray se despertó tarde. Había estado hasta bien entrada la madrugada repasando planos, ideando, dibujando. Pronto pasaría al ordenador todo lo que tenía, pero le gustaba trabajar a la vieja usanza. La cabaña tenía que ser lo que era antes. Estaba dispuesta a conseguirlo, costase lo que costase.

Por suerte, los Montgomery no la habían despertado y había podido recuperar las horas de sueño. Desayunaban en la casa de Remington esa mañana, eso le había dicho Nicholas la noche anterior antes de que Ray se encerrase en la habitación de invitados. Así que el silencio la había envuelto, había descansado como en tiempo.

La casa de Nick estaba desierta, como era de esperar. Casi era la hora del almuerzo.

Se había llevado consigo un plano que le gustaba. Creía que era fiel a lo que recordaba de *La Cabaña Azul*, pero tuvo que dejarlo a un lado.

—Hola, bonito —saludó al perro, que movía la cola y levantaba las patitas para apoyarlas en sus piernas.

Nicholas no le había puesto nombre. Ella le había sugerido algunos durante la cena, pero el vaquero se había negado. En rotundo. Decía que eran nombres poco serios e intensos para un perro que haría vida en un rancho.

—Hoy tenemos que convencer a Nick de que te ponga nombre, ¿eh? Sí... —después de acariciarlo y rascarle la cabeza, lo cogió en brazos para llevarlo a su cesta—. ¿Qué tal si duermes otro rato?

Se preparó una tostada después de lavarse las manos, pero no encontró la cafetera. A lo mejor estaba en casa de Remington.

Nick no era muy fan del café, sólo tomaba cuando lo hacían sus hermanos. Pero ella sí necesitaba caféina para activarse, no importaba si se levantaba al amanecer o al mediodía.

Gruñó y el cachorro levantó la cabeza de la cesta para acompañarla con otro gruñidito. Sonrió al ver que alguien se unía a su causa.

Se detuvo frente la ventana, una imagen había captado su atención por encima del destello del sol.

Nick estaba con un caballo, no muy lejos. Estaba cepillándolo y cuando el animal hacía intento de apartarse, lo dominaba con mano suave pero firme. Ni siquiera estaba usando riendas. Tenía un don. Era hipnótico verlo trabajar. Se podía apreciar que le apasionaba la vida tejana, la que muchos consideraban ancestral. Y eso la hizo sonreír. Había logrado ser quien siempre había querido ser.

—Hoy no sé qué le ocurre —Tanner se plantó a su lado, asustándola. No lo había oído acercarse. Aceptó el café que le tendía, ¿aquél hombre le había leído la mente? —. Siempre desayuna con nosotros, pero hoy ha preferido ponerse a trabajar antes del alba. Lleva horas con ese ejemplar.

—Pero también es veterinario.

—Y es uno de los mejores. Pero no siempre hay que estar pendiente de la salud de los caballos, ni surge una emergencia. Es lo más habitual. Me ayuda a sacar adelante el rancho. A veces, domamos algún que otro caballo salvaje —le contó Montgomery, mientras palmeaba la cabeza del cachorro, que había saltado de la cesta para ponerse a sus pies—. Este lo era. Lleva meses adiestrándolo. Se le da bastante bien, ¿no crees?

Ray sonrió contra la taza, el olor a café tostado empezaba a hacerla sentir más despierta.

Los Montgomery tenían una mano especial para los caballos, así que no era de extrañar que aquel estuviera comiendo de su mano.

Nick siempre había querido domar caballos salvajes. Ella había sido testigo de un hombro dislocado y un menisco a punto de romperse cuando eran jóvenes. Para ser sincera, dado lo peligroso

de la práctica, había creído poco en él. En innumerables de ocasiones, le había pedido que abandonase semejante causa.

Pero Nick siempre le respondía que los sueños existían para perseguirlos y cumplirlos a cualquier precio.

Menos mal que era un rebelde sin causa que hacía lo que le daba la real gana. Ray no soportaría pensar que sus desánimos lo habían empujado a renunciar a la doma de caballos salvajes.

—Lo ha logrado —fue un susurro.

Debería haberle pertenecido a ella, pero no habló tan bajito, pues el hermano de Nick también la escuchó.

—Eso parece, sí —Tanner se pasó una mano por la barba y buscó la nuca, también para rascársela—. Pero creo que necesita vacaciones. Desde que Brenda... murió, no ha hecho otra cosa que trabajar. ¿Podrías convencerlo de que necesita un par de días alejado de todo esto?

Lo miró como si estuviera loco. Ellos eran familia. Si sus propios hermanos no lograban hacerle ver que estaba al borde del colapso, ¿quién era ella para abrirle los ojos a Nick, el Montgomery más cabezota de los tres?

—A mí no me hará caso, Tanner.

Él la miró con una mirada que dejaba claro que lo dudaba.

—No importa el tiempo que hayas estado lejos de aquí, Ray. Sigues siendo su mejor amiga. La única que no lo ve como un pedazo de carne y hace años eráis inseparables. Le importas. A ti te va a escuchar. —Le dio un beso en el pelo y se marchó.

No obstante, Tanner se detuvo a medio camino y carraspeó para su atención. Tenía la mano puesta sobre el boceto. Le sonreía con mimo, parecía que los planos le habían gustado.

—Tú también lo has logrado, Ray.

No pudo evitar sonreír y asentir en su dirección, agradecida por su alabanza. Era gratificante ver que el trabajo realizado valía la pena y que la gente lo apreciaba. Eran pocos los que tenían en cuenta el papel del arquitecto.

Volvió a mirar por la ventana y arrugó la nariz. No había notado a Nick especialmente decaído. Era el de siempre, ¿no?

Dejó la taza en la encimera y bajó hasta la arena. Era su amiga, tal como decía Tanner. Como había vivido el día anterior, en la vieja colina. Estaba para echarle una mano. La amistad no servía solo para en los buenos momentos; también debía estar presente cuando el mundo se despedazaba.

Si Nick no se sentía bien, ella tenía que apoyarle.

Ray se detuvo en seco cuando salió del rancho. Cualquiera diría que acababa de ver un fantasma al otro lado del patio y que se había quedado paralizada en el sitio. Entrecerró los ojos, el corazón le había trepado a la garganta y apenas pudo tragar saliva.

Nick estaba sin camiseta. Igual que el día anterior. Esa mañana, en cambio, su torso desnudo la dejó sin habla. Quizá fuera por el sudor que resbalaba por sus músculos. Quizá fuera las cicatrices de las caídas. Esa vez, verle así, hizo que el estómago diera un vuelco.

Lo que estaba viendo era una imagen magnífica. Un hombre y un caballo que se habían convertido en amigos. Una amistad forjada por el tiempo y la confianza, a base de las enseñanzas de los hombres del viejo oeste, que habían transmitido su sabiduría de generación en generación. Y se sintió una intrusa, como si no debiera estar allí, presenciando aquello.

Tentada estuvo de dar media vuelta. No obstante, se lo pensó mejor.

Sonrió y tomó la manguera que tenía a su alcance. Un ataque sorpresa sería más divertido y Ray quería hacerle sonreír.

Abrió el paso del agua y caminó con sigilo hacia ellos.

El semental alzó las orejas en su dirección. Nick sabía que Ray estaba tras él, incluso oía el gotear del agua. Pero no imaginaba lo que se le iba a echar encima...

El chorro del agua impactó con certeza en sus costillas, inclusive ella se vio salpicada. Nick

rezongó y se hizo a un lado, sujetándose el sombrero mientras dejaba caer el cepillo al suelo.

El animal no se movió, aunque seguramente el agua también le estaba mojando las patas y parte del lomo.

Ray se rio mientras seguía a Nick para empaparle la espalda y el pecho. Hizo que el agua cambiase de dirección hacia un rincón cuando lo vio volverse hacia ella. Le debía una tregua, unos pocos segundos para que se quitase el sombrero. Lo volvió a apuntar en cuanto alzó los ojos para mirarla.

—¡Maldición, Ray! —meneó la cabeza mientras el pelo goteaba sobre sus mejillas y hombros.

Ella volvió a carcajearse y volvió a apartar la manguera, alimentando más el charco de barro que estaba haciendo a un lado.

—No pienso pedirte perdón.

—Lo sé —Nick lanzó bien lejos el sombrero de *comboy*, como si fuera un *frisbee*. Se volvió hacia el caballo y le palmeó el cuello—. Lo siento amigo, luego seguimos.

Ray gritó cuando Nicholas se abalanzó sobre ella para arrebatarse la manguera. Quiso huir al verse privada del plástico verde, pero no lo logró. Nick rodeó su cintura con un brazo y la atrajo a su fornido pecho.

—¡No, Nick! —chilló cuando su espalda chocó con su torso empapado, la frialdad del agua colándose a través de la camisa, haciéndola respirar entre dientes. Pero no podía dejar de reír, las mejillas le dolían de una forma agradable, casi nostálgica.

—Esta es mi revancha, rubita.

Puso la manguera sobre ellos, como si fuera una ducha. Ray se revolvió y volvió a gritar cuando el agua le caló la ropa. El pelo pronto se le oscureció y se volvió más pesado.

En esa ocasión, fue Nicholas quien se rio. Estaba atractiva y enfurruñada, era la viva imagen de la vida.

Ella se giró para empujarlo e intentar quitarle la manguera, pero Nick la levantó todavía más. El agua seguía empapándolos. Era como estar bajo una cascada. ¿Cuándo había sido la última vez que le había ocurrido algo tan surrealista y juguetón?

—Nos vamos a acatarrar.

—Estamos en verano, ¡disfruta! ¡Vive!

Ray no podía resistirse a esa sonrisa de medio lado que el vaquero le estaba dedicando. Se dejó abrazar. Nick la cogió en brazos, acunando su trasero para que pudiera rodear sus caderas con las piernas. Ella se apoyó en sus hombros, cogiendo la manguera al vuelo.

La desvió para que no siguiera mojándolos.

—Te veo feliz.

Podría hacerte el amor aquí mismo, quiso responder Nick, pero en vez de eso guiñó un ojo para que el sol no le dañase la vista.

Y sin dejar de repetirse que tenía que imaginar que estaba sosteniendo una barra de metal. Porque si dejaba que su cuerpo fuera plenamente consciente de que estaba sujetando a Ray, no podría evitar tener que esconder una erección. Las ganas de besarla también debía mantenerlas bajo control, no podía cometer una locura.

De nuevo todo lo que quería decir se le quedó atascado en la garganta, envenenándolo, matándolo con lentitud. No le quedaba otra.

Sé consecuente, Nick.

—Por supuesto que tengo motivos para estar feliz... —se hizo el remolón cuando ella enarcó una ceja. Hasta que no lo roció con un buen chorreón de agua que lo hizo retroceder un paso, no respondió—: Llevaba años sin verte y ahora estás aquí. Te he echado de menos, tu amistad me ha hecho mucha falta...

La manguera apuntó al suelo, embarrando otra zona que los rodeaba. Ray le sostuvo la mirada y el vaquero juraría que su cuerpo había perdido rigidez, como si lo hubieran desinflado. Nick vio un

cambio en el color de sus mejillas, como si sus palabras hubieran tocado un interruptor que apagase a la mujer que se negaba a mostrar sus emociones.

—¿Ray?

Ella parpadeó y apretó las manos en sus hombros para darse impulso y bajar. Nick la soltó. No podía retener aquel abrazo si ella no deseaba estar así.

—¿He dicho algo malo? —preguntó al verla caminar hasta el paso del agua.

—No, nada —Ray le dio un golpe al grifo para cerrarlo y cogió la manguera para recogerla sobre sí misma.

Nick pisó la manguera. Entornó los ojos cuando ella levantó la cabeza, atónita. Era la primera vez en tres días que Nicholas dejaba salir su carácter. Se acabó el contenerse, el hacerse pequeño, con tal de no asustarla. Eran iguales y él no tenía por qué esconderse.

—No me creo que no te ocurra nada.

Al ver cómo Ray rezongaba, Nick se plantó ante ella con dos zancadas, barrándole el paso. No pensaba permitir que se marchase así como así, no tenían quince años.

—Somos amigos, ¿no? Que yo sepa, la amistad nunca es unilateral —La señaló con un dedo—, y tú te estás comportando como si yo te importase un pimiento. Me estás excluyendo, rubita.

Ray abrió la boca, indignada. Quiso responder, pero no pudo. Gruñó y le golpeó el pecho con el puño al verse acorralada, aunque tenía todo el rancho para salir corriendo si así lo deseaba.

—Fuiste tú el primero en echarme de tu vida. ¡No puedes reclamarme que no me comporte como si nada!

—Creí que el pasado se había quedado ahí, en el pasado, Ray. Tú misma lo dijiste, ¿no? Éramos críos —Nick adelantó un paso—. Sí, me equivoqué al dejarte, pero míranos ahora. Estamos bien.

Ray no quería pensar ni preguntarse a qué se refería con eso de que se equivocaba por haberla dejado.

—No me pasa nada, ¿de acuerdo?

—No te creo.

—Ese no es mi problema —siseó antes de pasar por su lado.

El corazón le latía a toda velocidad y no se tranquilizó ni siquiera cuando llegó a la puerta del porche delantero. Nick, por suerte, no la había seguido.

No podía enfrentarse a él, no después de lo sucedido. Ella había querido animarlo. No había creído que el juego se le fuera a escapar de las manos. Pero, cuando Nick la había tomado en brazos y le había dicho lo mucho que la había extrañado, así, con la seriedad delineando sus duras facciones...

Había deseado besar a Nicholas, comprobar que su sabor seguía siendo el mismo, descubrir si sus labios eran distintos. Había estado tentada de bajar la cabeza, de atrapar su boca con la suya y morderlo...

¿Dónde estaba el recuerdo de Dawson? ¿El dolor que durante casi nueve meses la había atosigado día sí, noche también? ¿Acaso aquel sentimiento se había quedado en Washington? ¿Habían bastado setenta y dos horas en Blue Valley para dejarlo atrás?

La confusión era una cárcel que le quedaba demasiado grande.

Siguiendo un impulso, Ray echó a correr escaleras arriba. Una vez en su dormitorio, se quitó la camiseta empapada y se puso una de tirantes. Se cambió las botas, llenas de barro, por unas sandalias. Apenas se fijó en cómo le quedaba el pelo al pasarse el peine, y no se molestó en maquillarse. Tomó las gafas de sol, las llaves del coche y unos pocos billetes.

Necesitaba salir de la finca de los Montgomery para aclarar las ideas.

En cuanto se montó en el coche, agarró el volante con fuerza. Temblaba con violencia. Respiró hondo. La ansiedad tenía que quedarse fuera del coche, no podía dejarla entrar o le daría un poder lo suficientemente fuerte como para destruirla.

Debería haber imaginado que eso sucedería. Siempre había sido consciente del peligro que envolvía a ese hombre. ¿Por qué no había visto venir que su piel reaccionaría a su cercanía?

Nick era atractivo. Nick era inteligente. Nick era explosivo. Nick era tierno. Nick siempre decía lo que se le pasaba por la cabeza. Nick era divertido.

Nick era el pasado.

No alguien cualquiera, no alguien a quien puedes olvidar y fingir no haber conocido pese haber compartido cenas o confidencias.

Tres días eran suficientes para convertir en fuego las cenizas de algo que le hizo demasiado daño. En una obsesión que la destrozó durante demasiado tiempo. Al fin y al cabo, no sólo lo había echado de menos a él. También había echado de menos subir a la colina, ver las puestas de sol. Los besos. Las confesiones, las risas. Y también había echado de menos todo aquello que habían planeado pero que nunca habían llegado a hacer juntos. La universidad. Viajar a Hawaii. Escaparse un fin de semana a Las Vegas. Que él la enseñase a jugar al póquer. O besarse bajo el muérdago en Navidad.

Arrancó el motor y piso el acelerador cuando vio, en el retrovisor, la figura de Nick doblar la esquina. Él iría hacia su casa, pero al ver el coche con las luces del freno encendidas, seguramente cambiaría la dirección e insistiría en hablar con ella.

No podía enfrentarlo en esos momentos y aún no sabía el motivo.

Nick no entendía por qué Ray había huido de ese modo. No era sencilla leerla. Seguía siendo expresiva, pero su mente era ahora un secreto para él.

En cuanto vio el coche arrancar y marcharse de la finca, no dudó en seguirla. No pensaba dejarla ir así como así, tenían una discusión pendiente y Nick odiaba estar mal con ella. Se sentía vacío, como si una parte de su pecho hubiera sido arrancada de cuajo.

Sin Ray no era más que un recipiente vacío. Una pieza de cerámica que habían roto durante su modelaje en el torno y que no se habían molestado en enderezar. Un jarrón rajado que se había despedazado y cuyas piezas habían sido unidas con pegamento industrial, como si sus grietas no fueran feas y tristes. No lo creía en un sentido obsesivo, como si fuese dependiente de esa mujer. Podía hacer su vida sin ella, más le parecía aburrida, insulsa. Le faltaba esa chispa que ella le entregaba.

No podría pensar con claridad hasta no hablar con ella. Dicen que cuando te enfadas con alguien, ocupa casi una totalidad de tu pensamiento hasta que la discusión se soluciona. Y eso iba a sucederle a él. Iba a tenerla en la cabeza más de lo habitual.

Se cambió en un visto y no visto y subió a su coche de un salto.

Le fue sencillo encontrar el coche de Ray.

Lo había dejado frente al Ayuntamiento. La plaza era enorme y podían aparcar varios vehículos. Pero Ray le llevaba varios minutos de ventaja, unos diez.

A saber qué calle habría tomado: ¿la que iba a la cafetería?, ¿la que iba hasta el final del pueblo, dónde un mirador dejaba unas vistas impresionantes del valle?, ¿o había ido hasta el balneario dando un paseo?

Siguió a su intuición y fue hacia el mirador.

Ray adoraba la naturaleza. En Washington no habría tenido mucha oportunidad de admirarla y el poco tiempo que pasaría en Blue Valley, de seguro se lo pasaría absorbiendo el olor y las vistas del campo.

Saludó a todos aquellos que se encontró, lo retrasaban pero no podía ser maleducado...

Necesitaba encontrarla.

—Vaya, mira quién tenemos aquí. El cachorrillo de los Montgomery.

Nick se detuvo en seco, incluso las rodillas protestaron con un quejido ante su brusquedad. Giró ciento ochenta grados para encarar a Marian, la segunda esposa de Julius London y la madrastra de Ray. La mujer que no había heredado ni un centavo de su esposo cuando éste murió. La mujer que

odiaba la humillación a la que Ray la había sometido sin estar ni siquiera presente.

Era insoportable, una víbora cruel y sin corazón. Nadie en Blue Valley la toleraba, pero no podían darle la espalda así como así a una de los suyos. Los pueblos eran pequeñas grandes familias. Todos sabían los secretos de los demás, pero se cuidaban los unos a los otros pese las diferencias y dificultades.

—Marian. Cuánto tiempo. Te veo... diferente.

Marian sonrió, feliz de ver que un hombre tan joven y apuesto como Nicholas Montgomery se había dado cuenta de sus pequeñas vacaciones en México. El pelo estaba más claro y más ondulado, y tenía la piel más tostada que hacía un mes. Por supuesto, un hombre como Nick, tan de campo, tan rústico y tan pelele, jamás se daría cuenta que aquel bronceado estaba potenciado por un par de sesiones de rayos UVA en el balneario.

—Bueno, una tiene que trabajarse el *relax*. Ya sabes. Y México siempre es una buena opción.

Nick no se molestó en esconder una mueca de desagrado. Marian no paraba de coquetear con los hombres del pueblo desde que enviudó. Intentó cazar al hijo del alcalde una semana después de abrir el testamento de Julius. También lo había intentado con Tanner un par de semanas antes de que apareciera Rebeccah en el pueblo. Esa mujer quería un vaquero con tierras y dinero. Le gustaba el lujo. Y como no tenía estudios y era una simple jefa de logística en un almacén de un pueblo cercano, no podía costearse todo lo que deseaba.

¿Cómo demonios habría pagado esa mujer un viaje a México? Estaba prácticamente arruinada. Apenas le llegaba el sueldo para vivir, tantas deudas tenía.

—Eso dicen. Marian, si me disculpas, tengo... prisa.

—Ah, pero espera... —lo tomó del brazo y Nick quiso apartarlo de un tirón. Sintió náuseas—. He oído que Ray ha vuelto. Todo Blue Valley habla de ello y, querido, no sé qué pensar. Tantas veces oí que vendría cuando su padre falleció. Y mira, ni siquiera vino al entierro. Qué maleducada, qué desagradecida... ¿no te parece? —Aleteó las pestañas postizas en un intento de coquetear, a Nick lo recorrió un escalofrío—. ¿Es cierto?

Quería decir que no. Mentir, proteger a Ray. Esa mujer sólo hacía que echar veneno por la boca cada vez que hablaba. Y una persona como Ray no debería verse expuesta a tanta maldad.

—Lo es.

Nick cerró los ojos y un largo suspiró escapó de entre sus dientes.

Sabía que aquel momento llegaría tarde o temprano. Blue Valley no era tan grande como parecía últimamente. Por más que se expandiera, los pueblos seguían siendo pequeños. Había sido toda una hazaña que Ray y Marian no se encontrasen antes.

A Nick le hubiera gustado que esa tregua se alargase un poco más. Pese a la careta de hielo que le cubría el rostro, la heredera de los London seguía siendo la chica sensible que lo enamoró.

Miró a Ray por encima del hombro. Estaba plantada tras él, la espalda más erguida que nunca y una ceja enarcada, resaltando así su mirada entornada. Tenía una mano en la cadera, la otra caída a un lado. Nick juraría que hacía un verdadero esfuerzo por no cerrar las manos en puños y dibujar en sus labios una mueca de desagrado.

Era una gata con el lomo erizado, aunque lo disimulaba bien.

Admirable y fuerte.

—Oh, Ray, querida...

—No finjas que te alegras de verme, Marian —con seguridad, Ray caminó hacia ellos.

Nick se hizo a un lado para que las dos mujeres pudieran quedar frente a frente. Dejarles espacio no significaba que fuera a marcharse.

Marian no había perdido la sonrisa de los labios. Nicholas podía ver lo falsa que era aquella curvatura llena de grietas y de un color rosa demasiado pálido.

—Siento mucho lo de tu padre, querida.

Si Ray supiera lo poco que le había durado el papel de viuda afligida, Nick tendría que detenerle

la mano para que no saliera disparada a la mejilla de la otra.

—Sientes no haber visto ni un solo dólar —la rectificó Ray. Sonrió de medio lado—. Creíste que eliminándome del mapa, sería yo quien desapareciera del testamento. Pero, ya ves. Estaba a más mil seiscientas de millas de ti... y seguía siendo un incordio. Sobre todo porque no pudiste contactar conmigo, ¿verdad? Querías comprarme el rancho por un cuarto de su precio real y no me encontrabas. Debió darte muchísima rabia.

Marian entornó los ojos y un músculo empezó a temblarle en la mandíbula. Ya no le era tan fácil mantener la máscara que se había colocado para hacer el numerito ante Blue Valley.

Nick empezó a encajar piezas en el rompecabezas del silencio de Ray.

Ray se había ido por Marian. Fuera lo que fuera lo que hubiera sucedido el día que cogió las maletas y se fue, Julius London se había enfrentado a su hija incitado por su esposa.

—Por supuesto, debió sorprenderte muchísimo cuando mi abogado llamó al de papá para decirte que no te iba a vender mi rancho. Debiste odiarme mucho cuando supiste que tenías quince días para largarte antes de que diera parte a las autoridades... —siguió diciendo Ray, dejando a la otra acorralada—. Creías que no me enteraría de su muerte, incluso creías que yo ya estaba en el otro barrio —cuando su madrastra quiso replicar, se rio con acritud—. Sí, sé que moviste papeles para saber si había una Ray London fallecida. Pero ya ves.

Nick nunca se había planteado que Ray hubiera muerto. Esos doce años la había imaginado en muchos escenarios posibles: casada, con hijos, sola, con diversos amantes, incluso enamorada de otra mujer.

Pero nunca en un cementerio, nunca bajo tierra.

Que Marian hubiera sido tan fría y calculadora le aceleró el corazón y la adrenalina empezó a correrle por las venas a la velocidad de la luz. La cólera contenida le sonrojó las mejillas.

—No deberías haber heredado nada, la casa no debería ser tuya. Dejaste atrás a tu padre y no llamaste ni viniste a verlo. Fuiste una mala hija los últimos años de su vida —le escupió Marian, sin perder la sonrisa... aún.

—Contando que me echó de mi propia casa... ¿cómo iba a llamarlo o venir a visitarlo? —Ray sonrió de tal forma que a Nick se le erizó el vello de los brazos y de la nuca. No sabría decir si fue la verdad que acababa de revelar o por su sonrisa, tan áspera—. Y cuando murió, no iba a venir a consolarte. Al fin y al cabo, tú le obligaste a echarme.

Marian retrocedió un paso al darse cuenta de que Ray había alzado la voz pese a no modular el tono. Y ahora todos los vecinos cuchicheaban. Eran más que antes, demasiada gente enterándose de algo que dañaba su reputación, ya de por sí hundida en estiércol.

—Eras una mimada y una inútil, sólo le dije que debías hacer algo de provecho. No podíamos regalarte la comida y la cama cuando te pasabas el día sin dar palo al agua —se defendió atacando, ni Nick ni Ray esperaban otra respuesta—. ¿Creías que tu casa era una pensión?

Nick ya no pudo mantenerse callado.

—Eres peor que una víbora, Marian.

—No te metas en esto, Montgomery. Esto no va contigo.

—Si atañe a Ray, créeme, sí que va conmigo.

—Mantente fuera de esto o las pagarás. No sabes de lo que soy capaz —su uña, perfectamente cubierta de esmalte dorado, lo apuntó.

—¿Me estás amenazando?

Que osase ir contra el descendiente de una familia fundadora del pueblo, un vaquero que tenía al jefe de policía por hermano, era una osadía. O, mejor dicho, una estupidez. Nicholas era un enemigo formidable. Y, unido a sus hermanos mayores, eran imparables.

—Marian, se acabó el juego —Ray levantó la barbilla, interviniendo—. Me he cansado de ti y de tu falso victimismo. Julius murió y la hacienda no es tuya. Fin de la historia. Sigue con tu vida lejos de mí y de los míos —tomó la mano de Nick y el corazón del ranchero dio un estrepitoso vuelco.

Marian miró a su alrededor, parecía buscar apoyo cuando sabía que se había condenado con su comportamiento.

Los vecinos la fulminaron la mirada. Todos sabían que era malvada, pero nunca imaginaron que fuera tan manipuladora hasta el punto de separar un padre y una hija que sólo se tenían el uno al otro. Y todo por una cuenta corriente y una finca.

Se marchó con un resoplido muy poco femenino. Taconeó sobre el pavimento hasta desaparecer tras la esquina.

Ray suspiró y se soltó de su mano al ver que estaba fuera de su campo de visión. Nick se preguntó por qué ya no quería sujetársela, pero al ver cómo se tambaleaba, el dolor por su rechazo y la confusión por la discusión se evaporaron.

—¿Ray?

Ella meneó la cabeza, llevándose las manos al cuello. Se apoyó en la pared de la casa que quedaba a su espalda. Luchaba por respirar, por no ponerse a llorar. Nick la cubrió con su cuerpo de las miradas de los rezagados que se habían quedado tras la airada marcha de Marian. La sujetó por los hombros.

—Respira conmigo, Ray. Vamos. Eh, no dejes que esa amargada te ponga contra las cuerdas.

Si bien ella asintió, todavía le costaba coger aire.

Nick esperó con paciencia a que Ray se tranquilizase. Abarcó su rostro con las manos y desechó las lágrimas que se atrevieron a rodar por sus mejillas. Ella le sostuvo la mirada en todo momento, aunque la tuviera enturbiada por lo sucedido.

—Desde que he vuelto, no he hecho otra cosa que llorar...

Que intentase sonreír decía mucho de la actitud de la mujer.

—No hay problema, Ray. ¿Estás mejor? —Le apartó el pelo de la cara con cuidado—. ¿Más... tranquila?

—Sí. Es sólo que Marian... saca lo peor de mí. Es verla y sale a la luz una Ray oscura y despreciable. Me convierte en alguien que no soy y odio saber que dentro de mí vive una pizca de maldad —movió los hombros en círculos para deshacer la tensión que los agarrotaba—. Lo siento, no quería darle chismorreos a la gente.

Nick le hizo alzar el mentón hacia él, no apartó el dorso de los dedos de su barbilla.

—Tú no eres malvada. No eres oscura ni despreciable, sólo humana. Y no te preocupes: todos sabemos de qué pie calza esa mujer. No nos has descubierto nada nuevo —le prometió—. Pero si te preocupa que se hable de lo sucedido, yo puedo darles otro tema del que hablarán hasta el Cuatro de Julio.

—¿Ah, sí?

—Sí... —La mano libre voló a la cintura de Ray, que parpadeó, como si no pudiera creerse lo que Nick estaba haciendo—. Si te beso ahora, olvidarán lo de Marian.

Era una excusa, por supuesto. No obstante, Nicholas no las tenía todas consigo. Un beso y entraría en un punto de no retorno. Se convertiría en el prisionero de un recuerdo demasiado intenso que lo consumiría hasta el fin de sus días. Si antes de su regreso no tenía posibilidad alguna de olvidarla, tras volver a probar su boca, Nick jamás sería capaz de seguir adelante sin ella.

—No lo hagas, Nick —el murmullo de Ray lo detuvo a medio camino. Ya había bajado la cabeza, ya la tenía entre su cuerpo y la pared. Ya escuchaba los vecinos susurrar entre ellos—. Por favor.

Se apartó y se arregló la camisa. Sus dedos temblaban, confió en que ella no se diera cuenta. Había estado muy cerca, pero había pasado el límite que tanto Ray como él se habían impuesto.

—Lo siento. No pretendía incomodarte.

Ray se dejó caer por completo contra la pared y lo observó con detenimiento. Lo examinaba como si lo mirase a través de un microscopio. Su ceño dejó de fruncirse y su boca se curvó con ligereza hacia abajo.

—¿Por qué te disculpas exactamente? ¿Por la discusión en el rancho o por el casi beso?

No pensaba pedir perdón por querer estar más cerca de ella. La amaba, por Dios. Era la mujer de su vida, mantenerse alejado era una jodida tortura.

—Por haberte atosigado en el rancho. No estás pasando por un buen momento. Cuando quieras contarme qué pasa por esa cabecita tuya, confío en que me lo contarás —y dicho esto, giró sobre sus talones y empezó a subir la calle, rumbo al coche.

CAPÍTULO 8

Ray se agazapó para revolverle el pelo a Roth.

—No llores, pequeñajo.

Era increíble como el niño se había encariñado con ella en unos pocos días. Dos noches contándole un cuento antes de dormir y otra viendo una película de dibujos animados con él antes de la cena, y el niño la adoraba.

—No quiero que te vayas.

—Nos caes bien —Irina también hizo un puchero.

Ray alargó una mano para acariciarle la espalda, reconfortándola. Le sorprendía tanto afecto por parte de los niños. Tuvo unas irrefrenables ganas de llorar.

Tanner se agachó al lado de su hijo, lo abrazó y asintió en dirección a Ray, que sonrió.

—No me voy tan lejos. Podéis venir a verme siempre que queráis —Levantó la mano y sonrió—. ¿Me chocas esos cinco?

Irina se tragó el llanto y sonrió. La alegría de los más pequeños era tan fácil de recuperar... y sí, le chocó esos cinco. Ray la abrazó y le dio un beso en la mejilla como despedida, sin perder la oportunidad de hacerla reír haciendo que el monstruo de las coquillas saliera a la luz.

Luego se volvió hacia Roth y le mostró la mano abierta. Él dudó, pero sorbiendo ruidosamente por la nariz, golpeó la palma de Ray con la suya. No fue tan fuerte como su hermana, pero Ray aplaudió.

—Adiós, Ray. —El niño se echó a sus brazos y ella lo acunó unos segundos.

Tanner se los llevó después de guiñarle un ojo. Ray se levantó sacudiéndose el polvo inexistente de los pantalones.

Le sonrió a Nick, sin saber bien qué hacer o decir, más que esconder las manos en los bolsillos del pantalón. Se había despedido de toda la familia, todavía no de él. Ahora estaban solos en el patio delantero.

Por poco se habían besado en dos ocasiones. Su proximidad la perturbaba más de lo que estaba dispuesta a admitir, en realidad. Sólo se le daba bien fingir calma absoluta, pues él no había insistido ni le había preguntado si estaba incómoda en su presencia.

Lo cierto era que sí, estaba fuera de su piel cuando Nick se acercaba. Desde el juego con el agua en la arena, los labios le hormigueaban cuando estaban juntos. Le sorprendía no haberse encontrado ya suplicando por un beso que lo condenaría todo. Uno que pondría a su corazón y a su cuerpo en una encrucijada. Ray no podía permitirselo. Por eso se dedicaba a sonreír y a rezar por no tartamudear.

—Te dije que no tenía prisa. Sabes que no tienes por qué irte hoy.

Ray casi se rio.

Nick la había hecho sentir como en casa esos cuatro días, cierto, pero dados los últimos acontecimientos, Ray se había encargado de tener su rancho preparado en poco tiempo. Había pintado con esmero y rapidez, con la ayuda puntual de Nick y de Alessandra. Reencontrarse con su mejor amiga de la infancia había sido un regalo y trabajar juntas, en darle color a la vivienda, las había unido muchísimo.

Además, la finca ya no lucía tan dejada. Un amigo de su padre había limpiado los patios de la finca y quitado el óxido de la reja de la entrada.

—Y yo que no quería molestar —Le tendió la mano—. Gracias por todo, de verdad.

Nick enarcó las cejas y pasó la vista de su mano a sus ojos. Ray se mordió la cara interna de la mejilla; era un gesto demasiado formal, si bien no se atrevía a ponerse de puntillas y darle un beso en

la mejilla.

El vaquero se sujetó el sombrero cuando meneó la cabeza, con una sonrisa de medio lado acariciándole los labios. Cabalgaba entre la diversión y la incredulidad.

No podía decirlo en voz alta, pues la asustaría. Pero no le gustaba en absoluto que Ray marcara las distancias. Si se habían acercado aquella mañana en la roca de su colina, desde el encuentro con Marian se habían alejado.

Estrechó sus dedos y antes de darle tiempo a reaccionar, de un tirón la acercó a su pecho y la atrapó entre sus brazos, como el día que volvió al pueblo.

Ella volvió a carcajearse, en esta ocasión, nerviosa. Estar contra su pecho hacía que el suyo amenazara con explotar. Cientos de alarmas luminosas centelleaban tras sus párpados. Por ese mismo motivo le había hecho prometer a Nicholas que se comportaría: Ray temía por su seguridad emocional.

Se separó de él después de devolverle durante unos segundos aquel abrazo donde se sintió torpe y adolescente. Se convenció a sí misma de que Nick era así, cariñoso y espontáneo. No había nada seductor en abrazarla, así que, ¿por qué quedarse quieta como una estaca?

—Puedes venir a verme siempre que quieras. Mi casa es tu casa, ya lo sabes —le agarró las manos.

—Pero sigues pensando en venderla.

—Nada me ata aquí. Ya no tengo nada, Nick.

—Eso es mentira. Tienes a Alessandra —dijo, refiriéndose a su mejor amiga de la adolescencia—. Y *Aæ* está loco por ti... créeme, ese chuchito te quiere más a ti que a mí —se quitó el sombrero, adorando ver cómo ella reprimía sin éxito una sonrisa y un hoyuelo le aparecía en la mejilla—. Y también estoy yo.

De nuevo, su sonrisa se congeló. Como después de la guerra de agua con la manguera. Pero en esa ocasión, Ray se recompuso a tiempo y le golpeó el hombro con el puño cerrado.

—Es verdad —Se miró la punta de las botas y se encogió de hombros cuando volvió a alzar la cabeza—. No perderemos el contacto esta vez.

Nick se tensó de pies a cabeza, Ray pudo apreciarlo.

—Aún no te has ido a Washington... —Un músculo tembló en su mandíbula—. Dejemos de hablar de despedidas, estarás a cinco minutos de aquí por un tiempo.

—Tienes razón —Ray asintió y se irguió—. Será mejor que me vaya. Tengo que preparar los dormitorios de los chicos. Frank y Jon llegan en tres días.

—¿Ya tienes los planos?

—*Síp* —levantó el puño en señal de victoria mientras caminaba de espaldas hacia su todoterreno—. Soy una de las mejores, ¿por qué te crees que estoy aquí?

—¿Por qué eres amiga de la familia y te caemos bien?

Ambos preferían bromear a plantarse uno enfrente del otro a hablar lo que ocurría realmente entre ellos. Creían que para el otro era más sencillo ignorar las chispas que saltaban entre ellos.

Quien salía mejor parada con aquella farsa era Ray.

—O, tal vez, porque soy encantadora, profesional, buena en mi trabajo, inteligente y muy modesta.

—Sobre todo modesta, rubita.

—¿Verdad? —Y se carcajeó, maravillosa melodía.

Nick la siguió con las manos en los bolsillos. Cuando estuvo a la altura del coche, golpeó con suavidad la ventanilla del conductor. Como quien llama a una puerta. Ray la bajó y el *cowboy* apoyó los antebrazos en ella.

—Todavía tenemos que hablar de lo sucedido antes de que nos encontrásemos con tu madrastra.

Ray no sabía cómo explicarle que había sentido unas arrolladoras ganas de besarle. Allí en

medio, con la manguera empapándolos. Y que las inseguridades y los miedos, así como la ausencia del recuerdo de Dawson y su ruptura, la habían asaltado. Bloqueándola. Convirtiéndola en una estatua de hielo dominada por la cobardía. Las ganas de huir habían sido tan fuertes como las de ahora.

—Algún día, Montgomery —Ray, que acababa de atarse el cinturón de seguridad con un *clac*, cogió el ala frontal del sombrero de Nick y lo hizo bajar hasta cubrirle los ojos—. Te prometo que algún día hablaremos de ello. ¿Pero estamos bien?

Él alzó la cabeza, no tocó el sombrero. Estaba de lo más cómico, pero no le importaba hacer el ridículo si ella lo miraba con la diversión bailando en sus ojos verdes.

—Estamos bien, London.

Nick paseaba por la terraza como un animal enjaulado. Le dio un trago a la cerveza y, al darse cuenta de que ya no caía gota, convirtió la lata en una bola. Un objeto tan desechable como sus sentimientos, teniendo en cuenta Ray no les daba la importancia que tenían para él.

Había estado a punto de besarla, demonios, y ella no había querido hablar de ello.

Como si no fuera cosa suya, de ambos. Tanta indiferencia lo dejaba frío, tembloroso. Entendía que no quisiera enredos tras su relación con Dawson. Lo comprendía, sobre todo después de que Ray le hiciera prometer que no la seduciría, precisamente por eso mismo. Sin embargo...

¡No podía ser que no le importase que hubieran estado a dos centímetros de distancia! ¿Acaso los viejos tiempos no estaban allí para ella? ¿Sólo le pesaban a él?

Lanzó la lata al otro extremo de la gran superficie y *Ace* salió disparado hacia allí. El cachorro llevaba un buen rato meneando la cola, trotando entre sus piernas, amenazando con hacerle caer.

Se sentó en el suelo, la espalda apoyada en el muro. Cerró los ojos. El atardecer se extendía a su espalda. Él no estaba preparado para enfrentarse a un paisaje tan bello cuando su interior se moría con lentitud.

Nick se había imaginado cientos de veces preparando la cena con Ray a pocos metros de él, sacando cosas de la nevera y los cubiertos del cajón para poner la mesa, mientras aquella luz roja y naranja inundaba la tarde.

Iluso.

El perro le trajo la lata y la dejó a sus pies. Nick cogió lo que quedaba de ella. No quería lanzársela, temía que se cortase, así que la guardó a su espalda. El animal no estaba de acuerdo con su decisión. Plantó las patas traseras en el suelo y le gruñó.

—Olvídalo, amigo. Hay cosas que debes evitar, podrías hacerte mucho daño... —quiso añadir que el amor era una de esas cosas, pero se mordió la lengua y le palmeó la cabeza con mimo.

Ace ladró al ver que su dueño no sacaba su nueva pelota del escondrijo y agachó las orejas. Pero al darse cuenta de que el humano miraba sin ver, su sexto sentido lo hizo alzar la cabeza.

Algo iba mal.

El corazón de Nicholas funcionaba a duras penas, como un reloj cuyos engranajes se están atrofiando y no tiene fuerzas para mover las agujas.

Parpadeó y miró a *Ace* cuando el perro se sentó en su regazo y se hizo un ovillo, apoyando la cabeza en su brazo. Con la mano izquierda, que tenía libre, le acarició el cuello y el animal le lamió el dorso de la mano. Ya no era un lobo solitario. Ahora tenía a aquel cachorrillo. Era un consuelo.

—Nos ha dejado solos, amigo. Y se irá, como si tú ni yo no existiéramos. ¿Crees que podremos convencer a Ray para que se quede? —miró al cielo y suspiró—. Es muy cabezota. Y muy orgullosa.

Un ladrido fue la única respuesta. Le rascó las orejas y cerró los ojos.

Que Ray se enamorase de él cada día le parecía más improbable. Al menos, él no veía posibilidad alguna.

Sin saber bien por qué, apartó con cuidado al perro y fue hasta su casa. El animal lo siguió.

Dejó a *Ace* en su canastillo, cogió las llaves de la camioneta y bajó los escalones de dos en dos. En su cabeza brillaba una idea: verla. Se subió a la ranchera de un salto, dejó las llaves de la casa y el móvil junto al cambio de marchas. Recibió un mensaje de Tanner justo cuando quitaba el freno de manos. Su hermano le decía que esperaba que fuera a buscar a Ray, que estaba harto de verlo como alma en pena en la terraza.

Sonrió. No le sorprendía haber tenido espectadores y no haberse percatado de ello. No le respondió.

Sus hermanos velaban por él igual que Nicholas los velaba a ellos. Eran una piña. Siempre juntos, siempre dispuestos a superar las dificultades contando los unos con los otros.

No se le hizo extraño encontrar la verja de la casa de Ray abierta. Era habitual dejar las rejas abiertas hasta que el sol ya había caído, en verano. En invierno se dejaba hasta pasada la hora de la cena, nunca se sabía cuándo se podría recibir una visita.

Se detuvo en el porche. Por la puerta principal, que se encontraba entreabierta, se colaba una suave sinfonía que lo acunó en cuánto la abrió del todo.

Ray estaba tocando el piano. Nick no conocía la melodía. Pero dado el amor de la primera señora London por la música, estaba seguro de que la había compuesto su madre antes de morir. Y Ray la había tocado durante mucho tiempo, porque era capaz de hacerlo con los ojos cerrados.

Se apoyó en el marco de la puerta que daba al salón. Había olvidado por completo que aquel piano estaba allí, hasta que la tarde anterior Alessandra lo había destapado dando un buen tirón a la sábana blanca que lo cubría. La piel de Ray había perdido color cuando su amiga había levantado la tapa y acariciado una tecla al azar.

Pero ahora parecía enfrascada por completo en aquella composición tan bella y tan suya. No lo veía, ni notaba su presencia. Estaba total y absolutamente encerrada en los compases. Se perdía en ellos, hechizándolo sin darse cuenta.

Movía la cabeza a medida que los graves se acentuaban y apretaba los párpados cuando los agudos tomaban el relevo.

Nicholas rodeó el piano hasta colocarse a su espalda. Observó sus dedos perderse entre las teclas blancas y negras. Sus uñas, de un brillante color escarlata, brillaban como gotas de sangre en medio de una fotografía en blanco y negro.

Hundió los dedos en el moño que encerraba su pelo gracias a un bolígrafo. La espalda femenina se irguió, si bien Ray no protestó cuando le soltó la cabellera. Ella se echó hacia adelante en el taburete y Nick se sentó tras ellas, una pierna a cada lado de las suyas, encerrándola entre su cuerpo y el piano.

Como si aquel fuera su lugar.

No quiso pensar por qué Ray le había dejado hueco en el taburete, ni en lo natural que había sido el gesto por su parte.

—Dame tus manos —La música cesó lo que Nick tardó en obedecer.

Con cuidado, Ray guió sus manos sobre el teclado y Nick se encontró presionando las teclas que ella le mandaba. Era una secuencia fácil, repetitiva, pero sonaba de maravilla.

—¿Podrás hacerlo solo? —preguntó mirándolo de reojo, hacia arriba.

Él se inclinó para besarle la mejilla. Ray la escondió, encogiendo un hombro. De repente tan tímida...; su naturalidad le pareció jodidamente erótica. El cuerpo de Nick entró en combustión espontánea, pero su corazón mandaba en esos momentos. Era un momento suyo, de los dos. No pensaba desaprovecharlo sólo porque la desease.

—Sí, creo que sí.

Cuando retiró las manos, Nicholas se encontró solo frente aquel gran instrumento. Con torpeza al principio, acarició las teclas que ella le había señalado una y otra vez durante minutos.

—Así, muy bien —lo animó Ray.

No lo estaba haciendo bien. Su trabajo frente al piano era desastroso. Nicholas era un hombre

de campo, de manualidades, no de música. Sin embargo, tal vez azuzado por la voz dulce de Ray, empezó a pulsar con más seguridad, y la melodía que desprendía el piano dejó de ser trémula. Ganó ritmo, musicalidad. Se notaba a leguas que era su primera vez, pero ya no era un crimen para sus oídos.

Y antes de darse cuenta, Ray levantó las manos y empezó a tocar la melodía de antes, pero ahora acompañada con la que creaba Nick. El corazón del hombre dio un vuelco, luego otro y estuvo tentado de apartar los dedos para abrazarla contra su torso. Se contuvo.

Ray London le estaba permitiendo hacer magia con ella.

Lo dedos femeninos fueron los primeros en dejar de volar sobre el teclado. Nick la imitó al ver cómo su cabeza se inclinaba hacia delante. No tardó en comprender que estaba llorando. Le pasó las manos por los hombros.

—La música es lo único que me queda de ella. De mi madre.

—Te dejó un legado precioso, Ray. Heredaste su don. Y puedes volver a verla cada vez que toques una de sus piezas... —Hizo sonar una tecla al azar.

—Me fui de casa antes de que mi padre me echase él mismo.

Nick se echó un poco hacia atrás y, apartándole suavemente el pelo con los dedos, apoyó su frente en la nuca. Lo suponía tras la discusión con Marian.

—Lo siento, rubita.

—Discutimos. Tú acababas de dejarme y decidí no ir a la universidad. Quería dedicarme al rancho durante un tiempo y luego, en un año o dos, estudiar —Ladeó el cuerpo lo suficiente como para poder mirarlo por encima del hombro—. A la mañana siguiente, fui a su despacho a primera hora. Me lo había repensado. Alejarme de Blue Valley era lo mejor que podía hacer para olvidarte. Ya ves que huir siempre es buena idea cuando tu corazón sangra, ¿eh?

Con un nudo en la garganta, Nick trazó la línea de su femenina mandíbula.

Ella parpadeó y miró hacia el techo, intentando alejar las lágrimas que a duras penas dominaba. Soltó el labio inferior que estaba atrapando entre los dientes y encogió los hombros, como si el recuerdo fuera una sogá que la quemaba.

Posiblemente así era.

—Lo oí hablar con Marian. Ella decía que si no quería hacer nada de provecho con mi vida, debería trabajar como cualquier peón del rancho. Y que, para eso, lo mejor era mandar me a vivir a las casetas de los mozos.

—Joder.

La mayoría de mozos que trabajaban en la finca de los London eran, o bien hombres mayores de cincuenta años que respetaban a Ray como la hija del jefe, o exconvictos que se reformaban gracias al trato constante con animales y trabajo duro. Sus antiguas adicciones y pecados los convertían en luchadores que intentaban no recaer en sus delitos. Ellos mismos lo habían dicho cientos de veces. ¿Qué hubiera pasado si London hubiera dejado a su hija a su merced? ¿Durmiendo día tras día en un pequeño cuarto de literas?

¡Tenía dieciocho años y era vulnerable frente una jauría de hombres hambrientos!

—Marian es un mal bicho —siseó Nick.

—Siempre lo fue.

Ray apartó la mirada y el índice buscó consuelo en el piano. Empezó tocando una tecla aguda, luego otra más intensa, y con agilidad sorteó el resto para buscar la más grave que había en el teclado. Empezó a saltar de negra en negra, ladeando la cabeza.

Nunca la había visto así, ni siquiera las pocas ocasiones que le había hablado de Dawson. Nick tragó saliva. La traición de tu pareja se puede superar. La de un padre, jamás.

Él lo sabía bien. Todavía le era difícil pensar en Joe como un hombre ejemplar, contando que tenía dos hijos ilegítimos en California.

—¿Y Julius... se puso de su lado? —se atrevió a preguntar, al ver que Ray dejaba que el silencio

sellase sus labios. Por supuesto, conocía la respuesta mucho antes de que ella lo confirmara.

—Sí. Le dije que tenía razón. Que me tenía muy consentida y protegida, que hacerme trabajar duro era la única forma en que me haría entrar en vereda... —carraspeó y se secó una lágrima—. Así que cogí mis cosas y cuando vino a decirme que debería trasladarme, le espeté que era un mal padre. Al principio creí tener el control, pero luego... —sollozó y tembló cuando los brazos de Nick la rodearon—. Le dije que mi madre se removería en su tumba al ver en lo que se había convertido, Nick. Le rompí el corazón.

Superada por los recuerdos, se cubrió el rostro con las manos y se dejó apoyar en su pecho para llorar.

—Shhhh... rubita... estabas enfadada. Es normal que dijeras cosas horribles que no pensabas.

—Nick... —se levantó para zafarse de un abrazo que no quería merecer—. Yo... fui tan cruel...

—Él también lo fue contigo. Un hijo es siempre lo primero. —Apartó el taburete y la siguió hasta el porche—. Ray...

Ella se giró a tiempo para evitar que la tomase de la mano, llevándosela al pecho. Parecía una ninfa griega demasiado acongojada. No quería consuelo alguno, Nick entendía bien el dolor que te destruía hasta convertirte en tu propio enemigo. Lo había saboreado y sentido en sus propias carnes cuando Brenda murió.

Cuánta impotencia, cuánto sufrimiento, escondía un cuerpo tan menudo como el de Ray.

Ella se apoyó en la columna que sostenía el tejado de madera del porche, a la altura de la escalera, observándolo sin poder evitar llorar. Nick no podía dejar que la angustia la abrasase de aquel modo. Debía hacérsela suya, arrebatársela, incubarla lejos de un alma tan generosa como la de Ray. La abrazó echándole los brazos hacia atrás, entrelazando los dedos en la base de la espalda femenina, tan erguida y a la vez tan curvada por una culpa que no debería cargar. Sus cuerpos estaban tan cerca, se rozaban. Y su sistema nervioso no estaba echando chispas, más bien estaba escondiéndose. Lo rompía por dentro verla tan frágil.

—No lo entiendes, Nicholas.

Ella se soltó, removiéndose, golpeándole un hombro con un puño sin fuerza.

Que lo llamase por su nombre completo nunca había sido buena señal. Intentó acercarse, pero ella sollozó y subió de nuevo al porche para darle distancia.

—Le dije... le dije que ya no era mi padre, que estaba muerta para él. Y cumplí. ¡Cumplí! —gritó, cubriéndose la cabeza con las manos, los dedos enterrados en su cuero cabelludo hasta hacerse daño. Se deslizó hasta el suelo y Nick se agazapó a su altura—. Murió sin saber qué había sido de mí durante diez años. ¡Murió sin conocer mis logros y mis fracasos! ¡Y yo no puedo volver atrás en el tiempo ni ganarle a la muerte!

—Rubita... tranquila...

La abrazó contra su cuerpo y Ray ahora sí le permitió entrar en su tormento. Escondió el rostro en su camisa.

—Siempre que confío en alguien, acaban hiriéndome, Nick. Por eso me da miedo que estés tan feliz de verme aquí. Porque me veo en ti y me da miedo irme... y hacerte daño a ti.

Él le alzó la barbilla con un dedo.

—Yo decido quién me hace daño, Ray. Si estar a tu lado ahora significa sufrir cuando te vayas de Blue Valley, estoy dispuesto a arriesgarme.

—Nick...

—No tengas miedo de lo que va a suceder, rubita. La única forma de vivir plenamente es dejándote llevar y no pensar en lo que pasará mañana. Danos una oportunidad —Le tomó la mano y le besó la palma.

Vio cómo el pulso se aceleraba a la altura de su muñeca y la miró a los ojos. ¿Era posible que Ray leyera el otro significado de sus palabras?

Sin embargo, ella volvió a refugiarse entre los pliegues de su camiseta y Nick estrechó con el abrazo. No pensaba dejarla sola, no pensaba permitir que viviera a medias por miedo.

Estaba dispuesto a perder un brazo, una pierna, lo que fuera, a cambio de poder pasar todo el tiempo posible al lado de Ray. Porque si se acababa marchando, los recuerdos serían lo único que lo mantendrían vivo, pues su latido se iría con ella a Washington D.C o donde decidiera asentarse después de Blue Valley.

—¿Nick?

—Dime, rubita —le mesó la cabellera.

Ray se separó lo justo de él. Apoyó la mano en una mejilla y le dio un suave beso en la otra. A Nick se le detuvo el corazón.

—Gracias.

Montgomery se supo perdido y ya no recordaba qué quería hablar con ella al dirigirse hacia su rancho.

CAPÍTULO 9

La chica comprobaba su teléfono móvil, sentada de lado en un taburete de la barra. Llevaba un bonito vestido blanco con diminutas flores rojas estampadas en él. Las botas de *comboy* remataban el conjunto. Si llevase el sombrero en la cabeza o colgado por la espalda, parecería que Ray London jamás había dejado Blue Valley.

Cindy la observó con disimulo mientras cerraba los vasos de papel.

Era una chica bonita, los treinta todavía no aparecían en su rostro. Aunque la experiencia de la vida estaba visible en su mirada, algo apagada.

Como tía que adoraba a sus sobrinos como si fueran sus hijos, temía que Ray se marchase del pueblo sin aceptar que Nicholas era especial para ella. Si se iba por temor a sufrir o por no querer escuchar los sentimientos que empezaban a renacer en ella, su niño sufriría muchísimo. Porque sin duda sentía algo por Nick. Todo Blue Valley se había percatado de ello: cómo lo miraba, cómo le sonreía, cómo le guiñaba el ojo. Solo una cobarde le daría la espalda a aquellas emociones y se iría como si nada.

Y Nick no merecía otra grieta en su bondadoso corazón. Había perdido a sus padres cuando era pequeño. Su hermana había muerto. Se encontraba solo, sin pareja, refugiándose en el trabajo y en unos hermanos que ya habían formado su propia familia. No era un presente tan malo. Lo sería si se alargaba a un futuro muy amplio. Nicholas merecía mucho más que vivir anclado a un recuerdo.

—¿Pasa algo, Cindy? —el susurro de Amanda hizo que se volviera hacia la esposa de Remington, otro de sus sobrinos.

—No, nada. Sólo pensaba en Nick. ¿No crees que hacen vida de pareja? Desayunan, comen y cenan juntos desde que Ray se fue de vuestra casa. Carla dice que Nicholas incluso la acompaña al supermercado.

—Y salen a pasear a caballo después de comer, sí. La verdad es que se pasan el día juntos.

Era bonito ver cómo se enamoraban el uno del otro. Nick quizá ya lo estaba de Ray, pero ahora estaba conociéndola de nuevo. La madurez los había cambiado a los dos y eran personas distintas a cuando se entregaron al primer amor, su ingenuidad y su dolor.

—No lo sé, Amanda —Cindy meneó la cabeza y se tragó un quejido—. Algo me dice que Ray se echará para atrás.

Amanda desvió los ojos hacia Ray, que tecleaba algo en su móvil con el ceño fruncido, ajena a su conversación susurrada.

Entendía la preocupación de tía Cindy. Nick era todo corazón y otro golpe lo dejaría inservible para otras mujeres, pero Amanda confiaba en Ray.

Le parecía una chica muy valiente. No sabía bien cuáles eran sus fantasmas, pero las argollas que estos habían atado alrededor de sus muñecas no eran tan fuertes como su portadora. Pese a tener un rictus triste marcando sus facciones, había algo en su forma de hablar, en su sonrisa, que le hacían ver a Amanda que aquella chica podía con todo.

Tal vez todavía tenía que darse cuenta de cuánto valía en realidad, pero siempre se está a tiempo de reencontrarse con uno mismo y darse cuenta de lo que merece o no la pena.

Y enamorarse del hombre correcto valía mucho la pena.

Ella sabía bien lo que era enfrentarse a un pasado turbulento. También Rebeccah. Y a veces, para conocer lo que uno esconde bajo todos esos problemas oscuros y asfixiantes, hay que hacer daño a quienes te quieren. No porque quieras hacerlo, sino porque los daños colaterales existen. Y luego, si esa persona te aprecia de corazón, aceptará tus disculpas y abrazará a tu nuevo yo. Uno que es tu versión mejorada. Uno más feliz. Uno más en paz consigo mismo.

Nick perdonaría cualquier fisura si Ray hallaba la felicidad y luego regresaba a su lado.

Y los Montgomery no podrían odiarla por ello. Rebecca y Amanda veían un pedacito de ellas en su mirada perdida. Y sus maridos comprendían el amor que su hermano sentía, así como los miedos que podían frenar a Ray una vez llegase la hora de la verdad.

Era una buena chica, trabajadora y encantadora. Los niños la adoraban y ya la consideraban una tía adoptiva, hasta el punto que Tanner había prohibido a Roth que le pidiera a Ray que se casase con tío Nicky, porque el pequeño era bien capaz de hacerlo.

Sonriendo para calmarla, Amanda le palmeó el hombro a su jefa.

—No te preocupes. Nick y Ray son adultos y, si están hechos el uno para el otro, terminarán juntos. Y si se destrozan por el camino... bueno, terminarán recomponiéndose, ¿no te parece? —le besó la mejilla—. Todos tenemos altibajos que superar, ¿no?

Cindy dejó sobre la barra de la cafetería los dos cafés para llevar. Quizá Amanda tenía razón y se estaba preocupando en vano. Nick no era frágil y aquella chica parecía tener carácter. Ninguno de los dos era de los que se rendía ante una adversidad.

Solo le quedaba confiar.

Alzó la mano cuando Ray sacó el monedero del bolso.

—Ni se te ocurra, Ray London. Invita la casa.

Ella sonrió y terminó por menear la cabeza. Discutir con una Montgomery era inútil. Aunque no llevase la sangre de Nick, haber estado casada con uno de ellos la había convertido en un hueso duro de roer.

—Te lo agradezco, Cindy.

—No hay de qué, muchacha. Te has convertido en clienta habitual y qué menos que devolvarte el favor —Al verla sonreír con las mejillas teñidas de un ligero rubor, Cindy comprendió porque a Nick le parecía tan adorable.

O porque Tanner, Remington o sus esposas estaban locos por ella. La inocencia brillaba a su alrededor, su aura no mentía. El mundo entero se atrevería a enamorarse de Ray London.

—Saluda a mi sobrino de mi parte.

Ray parpadeó mientras tomaba los vasos y luego sonrió como sonríe un gato ante un plato de nata. No podía negar que Cindy la había sorprendido siendo tan osada y directa, aunque era de imaginar que Blue Valley fuera cargado de rumores sobre ella y Nick.

Aquel primer comentario sería el primero de muchos...

Ella lo había intentado evitar, si bien Nicholas no atenia a razones. Se lo había comentado el día anterior:

—Hacemos vida de pareja, Nick. Cualquiera diría que nos hemos casado.

—No digas bobadas —Había soltado él mientras le lanzaba un ganchito, que había impactado, certero, en su mejilla—. La gente lo pensará cuando me beses en público y yo termine rojo como un tomate por tu atrevimiento.

—Yo no haré tal cosa. ¡Eras tú el que querías besarme el otro día! —había respondido ella, inclinándose para robarle la bolsa de ganchitos—. Sólo digo que en los pueblos pasan estas cosas y si piensas mal... pues acertarás. —Había sentenciado la conversación lanzándole a Nicholas un puñado de ganchitos como venganza.

Volviendo al presente, se bajó del taburete y encogió un hombro como despedida hacia Cindy.

—Lo haré. Nos vemos.

Ray meneó la cabeza al salir por la puerta. Era curioso: por alguna razón que escapaba de su sensatez, no podía parar de sonreír. Levantó uno de los vasos para saludar a un viejo compañero de instituto y buscó su nombre en el café para saber a cuál darle un sorbo mientras le guiñaba un ojo a la

señora Echoes.

Miró el cielo despejado mientras el amargo sabor del café se deslizaba por su garganta.

Era temprano pero el calor ya apremiaba. Texas era como vivir dentro de un horno encendido. Y lo había echado de menos, quién lo iba a decir. El verano de Washington siempre se le había antojado diferente, tal vez era el ajetreo o el turismo, la arquitectura. Pero nunca se había visto con motivos para sonreír una mañana cualquiera, a las nueve recién tocadas, disfrutando de la calidez del ambiente.

Quería bailar al ritmo del rock and roll de tiempos atrás, sin importarle quien pudiera estar observándola en aquellos momentos.

Se paró casi al girar la esquina al darse cuenta del rumbo que tomaban sus pensamientos. Y se mordió el labio inferior, los restos del café llenando sus papilas gustativas.

El dolor de su pérdida ya no estaba.

Dawson ya no estaba.

¿Cuándo se había desvanecido de sus pensamientos? ¿De su pecho? No sabía encontrar el momento en qué dejó de llevar la ruptura auestas.

El rencor ya no la punzaba.

El recuerdo de su padre ya no la punzaba.

Se encontró soltando por la boca todo el aire que había contenido sin darse cuenta. ¿Dónde estaban los motivos para mantenerse triste? ¿Las razones que la empujaron a irse de su nuevo hogar? ¿Cuándo había reemplazado el abatimiento por las ganas de comerse el mundo a sonrisas? ¿En qué momento había dejado de sobrevivir para vivir plenamente, como siempre había querido?

Levantó la cabeza justo cuando Nick giraba la esquina que ella había estado a punto de hacer segundos antes. Se echó hacia atrás en un acto reflejo; si hubieran chocado, el café hubiera terminado manchando su ropa.

—Eh, ¿todo bien? —El vaquero tomó su café, pues el otro tenía restos de pintalabios.

Ray no lo escuchaba, apenas era consciente de su presencia. No se había percatado de que le había cogido un vaso de papel.

¿Ya estaba? ¿Todo el dolor atesorado en una parte de su alma se había esfumado en cuestión de días, como si Blue Valley fuera un antídoto? ¿Tan fácil era perdonar a un padre que te había destrozado el corazón? ¿Tan sencillo era olvidar un año de relación después de casi otro de luto por la ruptura?

—¿Ray?

Su voz penetró al fin en su estupor y levantó la vista hacia el vaquero que había ante ella, alto, fornido y con la preocupación ensombreciendo su semblante.

Su corazón había sanado. No por arte de magia, pero... ¿acaso era gracias a Nick? Pasaban mucho tiempo juntos. Soñaba con él y esa boca cincelada por el pecado y la lujuria. Se moría por enterrar los dedos en su pelo castaño y acercar su rostro al de ella.

¿Cuántas veces se había sorprendido en los últimos días queriendo reseguir su brazo con la yema de los dedos? ¿Cuántas más había querido pedirle que la subiera al caballo y pasearan en la misma montura?

Diablos, estaba perdiendo la cabeza.

Ella quería paz, quietud, encontrarse a sí misma y recuperar la independencia que Dawson se había llevado al enamorarla.

No podía caer de nuevo en la red del primer amor. Era como saltar sin paracaídas sabiendo que el barranco que había a sus pies era escarpado y estaba plagado de zarzas venenosas.

—¿Ray?

—Perdona, lo siento —Buscó un poco de consuelo en el café y luego sonrió—. Estaba distraída en mis cosas y...

—A veces te pasa, es como si te evadieras. Sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¡soy yo!

Ahí estaba el problema: que era Nick.

—De verdad, estoy bien. A veces pienso demasiado y me aturullo por un par de minutos pero, ¡ya me ves! —Levantó el café, como si fuera un brindis—. Todo en orden, vaquero.

Sí, casi todo estaba en orden.

—¿Sabes ya cuándo llegan Frank y Jon?

Los hombres de confianza de Ray iban a venir en autocar desde el aeropuerto. No obstante, en el último momento habían decidido no comprar los billetes del autobús y alquilar un coche. Decían que así podrían ir más a su aire. Ray le había confesado a Nick que Frank era un pozo sin fondo y que, yendo en coche, podría parar más veces a comer que yendo con las paradas programadas.

—Me han dicho que estaban a unas pocas millas. No creo que tarden en llegar, aunque nunca se sabe. Hemos quedado en el Ayuntamiento... —Se encogió de hombros y, como habían empezado a andar, se quedó algo rezagada frente un local.

Vendían una herradura colocada sobre una madera pintada de blanco. Tenía tornillos sobresaliendo de ella para colgar las llaves. Le pareció una obra maestra. Se le antojó preciosa. La artesanía era un arte que muchos no sabían apreciar, pero a Ray le apasionaba ver cómo las personabas volcaban parte de su alma y talento en un proyecto.

En la hacienda familiar quedaría bien, esa herradura.

Un momento, ¿qué hacía pensando en decorar el rancho?

No iba a quedárselo, ni a tenerlo como segunda residencia. La idea era venderlo y los muebles que los compradores no quisieran, darlos a la beneficencia.

Ray gritó cuando un fuerte brazo masculino rodeó su cintura. Se removió cuando la otra mano voló hacia su rostro, cubriéndole los ojos. El café cayó al suelo, pero como el hombre que la sujetaba la había abrazado, levantándola del suelo, el líquido sólo manchó el suelo adoquinado.

Nick notó el corazón en la garganta al girarse y ver la escena. Ignorando el sudor frío que le corrió por la espalda, dio una zancada hacia el grandullón que parecía amenazarla.

Sin embargo, el tipo se inclinó, le susurró algo al oído y Ray sonrió. ¡Sonrió! Volvió a gritar y casi arañó sus brazos para poder pisar suelo.

En cuanto sus botas estuvieron en tierra firme, se giró con motitas doradas cubriendo sus ojos.

—¡Frank! —Se lanzó contra él para abrazarlo.

Al comprender a quién se refería, Nicholas se relajó al punto.

Así que aquel era Frank. Nick se lo imaginaba más joven. Pero aquel hombre rozaba la cincuentena, tenía un bigote blanco de lo más poblado y le sobraban varios quilos de más, quizá causados por una ingesta desmesurada de comida...

Jon era harina de otro costal. Estaba en un segundo plano, pero Ray pronto se acercó a él para reclamar un abrazo. Su bronceado puertorriqueño, su impresionante torso musculado y su sonrisa de canalla lo hacían irresistible para algunas mujeres.

Cuando vio la tierna sonrisa que se perfiló en los labios de Ray, una mano aprisionó su corazón. Las pocas veces que había visto semejante felicidad pintada en su boca había sido jugando con los niños, o cuando lo empapó con la manguera.

Era la felicidad que tanto había echado de menos en Ray.

Estaba preciosa.

Era preciosa.

Nick se dio cuenta de que Ray tenía su propia vida en Washington y que había personas que se preocupaban por ella tanto como él...

Era muy egoísta desear que se quedase en Blue Valley cuando su felicidad estaba en la costa este del país. Él tenía familia, algún que otro amigo. Ella había hecho de sus amigos, su familia.

—Ah, chicos —Ray se volvió hacia él, el leve rubor salpicándole las mejillas, los ojos acuosos—. Él es Nick Montgomery, uno de nuestros jefes. La cabaña es de su familia.

—Encantado, Nick —Frank le estrechó la mano mientras con la otra se atusaba el bigote.

Jon también le tendió la mano para estrechársela, la sonrisa no llegó a sus ojos:

—Jon Matías.

—¿Dónde habéis aparcado el coche? De verdad, deberíais haberme dejado ir a buscaros al aeropuerto si no queríais autobús...

—Verás, Ray —Frank le tomó las manos y le besó los nudillos, haciendo que Ray se tensase como la cuerda de una guitarra—. De eso queríamos hablarte.

—Tendríamos que habértelo consultado antes, Montgomery, pero creemos que lo mejor para ir por faena, es establecernos en tus tierras —Jon buscó sus ojos y Nick le sostuvo la mirada, intrigado—. Hemos alquilado una autocaravana.

—¿Qué? —Ray se echó el pelo hacia atrás, en una cascada de diferentes tonalidades de rubio centellando al sol—. ¿Por qué? En mi casa tenemos sitio de sobras. Y en la caravana estaréis incómodos...

—Yo dormiré en la cama, Jon prefiere una tienda de campaña —Frank le palmeó la cabeza y Ray gruñó, mostrando los dientes, aunque ambos terminaron por sonreír. Estaba tan relajada que Nick deseó que esos dos hombres no se fueran nunca—. Vamos, renacuaja. Tendrás que alimentarnos y supervisarnos. Te vas a hartar de vernos, ¿en serio quieres soportar mis ronquidos? ¿O las llamadas a medianoche de Jon a su mujer... que acabarán con su mano metida en los pantalones? ¡Ya sabes lo pasional que se pone cuando se trata de su *bomboncín*!

—¡Frank! —Jon le asestó un puñetazo el hombro y Ray se carcajeó, sujetándose la barriga—. ¡Tío, estamos delante del jefe! ¡No inventes! ¿¡Qué imagen vas a dar de mí!?

Ray fue hacia Nick y se agarró a su brazo. Fue algo inconsciente, estaba seguro de ello, pero eso no impidió que el vaquero se quedase rígido. No obstante, ella no lo notó, estaba enfrascada en la discusión de sus mejores amigos.

Tal vez sí alimentaban los rumores: la gente los miraba al pasar y asentían en su dirección. Con los brazos así, enlazados, parecían una pareja más.

—Jon está loco por su esposa. Dice que la mejor manera de ser romántico es dejarse llevar por la pasión —le susurró Ray, que se cubría los labios para aguantarse la risa.

—Buen punto de vista.

Realmente lo era. El deseo incontrolable era otra forma de demostrar lo enamorado que se estaba. Nick no contemplaba otro modo de amar, en realidad.

—Sé que parecen estar algo locos, pero te aseguro que son buenísimas personas. Y trabajan de maravilla. Te lo prometo, Nick.

—Te creo. Además —alzó la voz para llamar su atención—, todos hemos sido Jon en alguna ocasión. Estar lejos de la persona que quieres es muy duro.

—Lo dices como si lo supieras —Jon miró con disimulo a Ray, que estaba pendiente de Nick, muerta de curiosidad también por sus palabras.

—Nick, ¿estas cosas se comparten! —Ajena a que se refería a ella, Ray meneó la cabeza sin perder la sonrisa y luego puso las manos en las caderas—. Y vosotros, traidores, si queréis dormir en la tierra de los Montgomery para adelantar, mejor será que os llevemos hasta allí.

—¿Habéis venido en el mismo coche? —Frank los señaló a ambos.

—No —Ray se dejó abrazar por Jon y pasaron delante de Nick, abriendo la marcha hacia el Ayuntamiento.

La observó. Ver cómo el puertorriqueño la rodeaba con un brazo y le besaba el pelo con una carcajada le inspiraba simpatía. Nada de celos.

Jon le susurró algo al oído y ella se carcajeó. Permitió que la tomase de la cintura y la levantase mientras daba una vuelta, como si bailasen. Ray tembló por la risa que la sacudía y se agarró a sus brazos mientras su amigo le susurraba algo al oído. Caminaba con ella encima, pues sus botas descansaban sobre sus bambas desgastadas.

—Se llevan muy bien.

—¿Mmmm? —Miró a Frank. El hombre no dejaba de peinarse el bigote—. ¿Cómo dices?

—Jon y Ray —el hombre se metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Son inseparables. Durante años, fueron vecinos y muy buenos amigos. No tenían familia en Washington, así que se adoptaron como hermanos. Luego él se casó, se fue de aquel apartamento, y ella se enamoró de Dawson. Sabes quién es Dawson, ¿no?

—Me ha hablado de él, sí.

—Hacían buena pareja. Creo que ese federal te caería bien.

Nick lo dudaba. Indistintamente de si le había hecho daño o no a Ray, ese tipo la había besado, le había hecho el amor y habían hecho de planes de futuro juntos. No podía ser su amigo. Al menos, no sin antes haberle roto la nariz y partido la ceja. Tal vez, luego, soportaría mejor el sinvivir.

—¿Crees que volverá a por ella?

Nick sabía lo que era vivir sin Ray. Se había convertido en un hombre incompleto, con un corazón que sólo latía al compás de alguien que ya no estaba. Dawson debía sentir lo mismo si había querido una tercera parte de lo que él había amado a Ray.

¿Entonces por qué la dejó?

La pregunta se formuló por milésima vez en su cabeza y Nicholas la apartó al instante. Él también la amaba con locura cuando había decidido romper su relación romántica e imponer de nuevo la amistad. Dawson podría haber tenido algún cortocircuito en su corazón, confundirse, enviarlo todo al carajo y luego arrepentirse.

A lo mejor no había regresado porque no sabía cómo enfrentarse a ella.

Era muy sencillo dejarse llevar por el miedo al rechazo, al no saber cómo volver a la vida de alguien que tú mismo echaste de la tuya.

—Lo creí el primer mes. Lo dudé el segundo. Cuando vi que Ray llevaba tres meses sin saber nada de él, me di cuenta de que Dawson no iba a regresar —Frank rumió, pero luego su sonrisa apareció de nuevo—. Pero la veo feliz. Antes de venir para acá, no parecía muy convencida de nada. Odiaba su vida y odiaba la idea de venir aquí. Estaba como... en un bucle. Desesperada por recibir ayuda y dispuesta a negar la mano de quien quisiera sacarla del pozo.

El paraje que Frank le dibujaba sonaba desolador. Ray no le había planteado sus últimos meses en Washington de ese modo, sí le había admitido que había estado triste... ¿pero hasta ese punto?

—¿Y ahora ya no la ves así?

Esperanzado, la observó.

El aire de Texas y el sol de junio le había bronceado la piel y ensanchado la sonrisa. Contarle a alguien todo lo de su padre y enfrentarse a Marian debería haberla ayudado a cerrar heridas, porque ya no se mostraba tan tirante con él.

Ya no era la mujer hermética que había reencontrado aquel día en el porche del rancho. Ahora, Ray era más cercana con todo el mundo, como si hubiera recordado lo que era formar parte de la comunidad de Blue Valley.

—Hacía mucho tiempo que no la veía así. Creo que este pueblo le ha devuelto la ilusión. Imagino que, en parte, es gracias a ti, chico —Le palmeó con fuerza el hombro y Nick tuvo que esconder una mueca de dolor—. No sé si la amas o si ella te ama a ti, no voy a meterme en vuestros asuntos. Pero sigue haciendo lo que sea que haces con Ray. Está mejor que cuando se fue y, aunque me mataría saber que mi pequeña arquitecta no volverá a Washington... la prefiero aquí, en Blue Valley, contigo, sabiéndola feliz, que triste y viendo la vida pasar en una ciudad que ya no le aporta nada.

Nick le devolvió la palmada, pero no lo hizo con tanta fuerza. Frank era un hombre grandote y con unos brazos inmensos, se notaba que trabajaba ejercitando los músculos. Él era fuerte, pero no tanto.

Al tipo le gustó que Nicholas fuera tan directo con él, le recordaba a sus tiempos mozos...

—Yo sólo quiero que vuelva a ser feliz, Frank.

—Pues sigue así, muchacho. Lo estás haciendo bien.

—¿Qué haces bien, Nick? —Ray estaba esperándolos con la espalda y la cadera apoyada en la portezuela de su coche. Jon estaba subido a la caravana, hablando por teléfono—. ¿Puede saberse?

Nicholas carraspeó, rascándose el cuello. ¿Cuánto habían charlado Frank y él? ¿Tanto? ¿De veras se habían quedado tan rezagados?

—Eres una cotilla, rubita. Son cosas de hombres. Que yo sepa tú no eres un hombre, ¿verdad?

Estaba claro que Ray era toda una mujer. Aquel vestido tampoco dejaba lugar a dudas. Marcaba cada curva con sinuosidad pero sin exagerarlo, sutil, dejando entrever lo que se escondía bajo el envoltorio de tela sin mostrar demasiado.

Pecaminoso, atrayente, demasiado quizá para un hombre tan poco santo como lo era él.

—Algún día te sonsacaré todo lo que quiero saber, Nicholas Montgomery —la sonrisa ladeada de Ray le aceleró más aún el corazón.

Aquella mujer era capaz de provocarle una erección con una sonrisa, pero en aquel momento sus palabras dispararon su imaginación. Estaría encantado de contarle todos sus secretos si Ray lo sometía en la cama. Estaba haciendo un esfuerzo descomunal por no atraparla entre el coche y su cuerpo y besarla hasta hacerle ver que una noche para los dos era una idea buenísima.

Pero cómo pedirselo cuándo había prometido comportarse como debía.

Cero seducción, cero coqueteo. Exclusivamente amistad incondicional. Una promesa es una promesa, le dijo el *comboy* que llevaba dentro.

Así que Nick resopló, se arregló la camisa y apuró el café que se le había quedado frío, tal y como le gustaba.

—No lo tengo tan claro. Todavía no ha habido mujer capaz de desatar la lengua de un Montgomery —Le guiñó un ojo antes de ponerle las gafas de sol, que habían estado todo el rato sobre su cabeza. Pudo ver, incluso a través de las lentes, como Ray hacía girar los ojos sobre sus órbitas—. Vamos, rubita. Hay mucho trabajo por hacer y ya son casi las diez de la mañana.

—Sí, al tajo —pidió Frank mientras se arreglaba el pantalón, que se había deslizado un poco hacia abajo.

Ella hizo amago de dejar el tema, pero decidió darle un golpecito en el pecho con un aviso:

—No olvides que yo siempre tengo la última palabra, Montgomery.

CAPÍTULO 10

Nick se despertó con un fuerte dolor de cabeza. Por un momento, se dijo que había caído del caballo que estaba domando. Luego, recordó que no era de día y que no estaba en el rancho.

¿Qué había pasado? ¿Por qué estaba todo oscuro a su alrededor? ¿Por qué sentía cada hueso dolorido?

No sabía dónde estaba con exactitud, pero sí sabía que antes de la negrura y el vacío de recuerdos había salido en busca de Ray. Habían quedado para cenar. Había llamado para decirle que no pasaría ni por casa, iría a recogerla directamente. Nicholas había ido a otro pueblo cerca de allí para ayudar a un amigo con el parto de una yegua bastante mayor como para tener crías. El parto había ido bien, pero se había alargado. Apenas había podido darse un agua en las cuadras; Wesley le había dejado una camisa blanca y prestado unos vaqueros que no estaban llenos de barro y otros fluidos.

¿En qué momento la ranchera se había salido de la carretera?

Con un jadeo, se quitó el cinturón de seguridad.

Llevaba conduciendo más de catorce años y nunca había sufrido el más mínimo percance.

Se tocó la frente, le dolían muchísimo las sienas. Si bien la luz que lo rodeaba era escasa, podía adivinar la sangre en sus dedos. La herida de la sien, pero, estaba más reseca que fresca.

Con un puñetazo, encendió la luz del interior del vehículo. Parpadeó, molesto. Buscó el teléfono móvil con la mirada, pero no recordaba dónde lo había dejado al subir a la camioneta.

Abrió la puertezuela de su lado. No le fue fácil, tuvo que empujar con todas sus fuerzas con un hombro que notaba arder a cada golpe. Además, el coche estaba medio caído contra un árbol.

Se detuvo un momento para respirar, la cabeza apoyada en lo alto del asiento. Necesitaba un par de minutos para reponerse, ya no tenía veinte años y aquello no era un golpe tonto.

Levantó la cabeza como si el volante fuera una revelación.

Sí, ahora lo recordaba.

No se había *salido* de la carretera.

Lo habían *sacado*.

Cerró los ojos cuando una punzada de dolor le atravesó el cráneo, llegando incluso a revolverle el estómago.

Tras colgar la llamada con Ray, en una incorporación, un coche estacionado con las luces de emergencia las había quitado y se había adentrado en la misma carretera que Nick. Nada sospechoso, al menos él no había visto motivos para desconfiar... hasta que sus faros lo habían deslumbrado en la siguiente curva. Había acelerado para librarse del maldito Land Rover y sus luces. Pero el todoterreno también había aumentado la velocidad.

Luego, había llegado el primer golpe en la parte de atrás. A los pocos segundos, otro más fuerte que le había provocado un ramalazo de dolor en las cervicales...

Nick se obligó a sacar los pies de la camioneta y se apoyó en el techo para darse impulso y salir de la *pickup*.

Su ranchera estaba destrozada por la parte de delante. El morro estaba totalmente aplastado contra un árbol. Una rama cruzaba el cristal delantero. Era un milagro que no hubiera nadie en el asiento del copiloto: estaba a la altura del pecho, lo hubiera matado.

Dio gracias al cielo de estar solo en el coche. Sólo de pensar en Ray ocupando aquel lugar...

Gruñó, odiando aquella imagen que tomaba forma en su cabeza.

Las sirenas del coche de policía lo hicieron volverse hacia la carretera, a apenas cinco metros de él. Debía ser Remington. Ray debería haberlo alertado de su demora. No podía consultar el reloj; las

agujas estaban detenidas en la hora exacta del accidente, cubiertas por el cristal agrietado.

Subió la leve inclinación de tierra y hojas secas, agarrándose las costillas. Seguramente tenía una fisura. No dolía como cuando un caballo te tiraba a la arena y te una o varias de ellas.

El coche de su hermano frenó en seco a pocos metros de él. Otro coche de policía se detuvo en el arcén del lado contrario. Remington fue el primero en bajar y de la puerta de la derecha, bajó una angustiada Ray, que gritó su nombre y corrió hacia él en cuanto lo vio.

Nick la estrechó contra sus brazos, trastabillando por el impacto del cuerpo femenino contra el suyo. Ahogó un gemido de dolor. No pensaba dejarle ver lo jodido que estaba. Ya había llorado demasiado por él.

Levantó la cabeza para asentir en dirección a Remington por encima del hombro de Ray. Y también intentó tranquilizar a Rebeccah y a Tanner, que habían ido en el otro coche patrulla.

Ray se apartó y le acarició la cara, parecía buscar alguna herida más bajo la sangre que le manchaba la ceja y el pómulo hasta la barbilla. Nick le secó las lágrimas con el índice, dejando una leve mancha de sangre en su mejilla.

Era demasiado aparatoso.

—Dios, hay que llevarte a un hospital, Nick.

—No es para tanto, te lo prometo, rubita.

—Será mejor que le hagas caso, hermano —Remington adelantó un paso. Llevaba una manta en la mano, ¿cuándo la había cogido?

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rebeccah, observando la ranchera de su cuñado.

—Me he salido de la carretera.

Remington y Tanner se miraron entre ellos, pero no dijeron nada. No querían asustar más a Ray. Beccah sí había visto las rozaduras del maletero y de la puerta del conductor de la camioneta. Aquellas marcas eran recientes y no había árbol alguno que las causara.

Su hermano le echó la manta por encima y lo ayudó a arrojarse.

—Ven... —Ray lo tomó de la mano y lo ayudó a acomodarse en la parte trasera del coche de Remington. Se sentó a su lado y le apartó el pelo de la frente con cuidado—. ¿De verdad que estás bien?

—Dolorido, pero bien —sonrió—. ¿Cómo están Frank y Jon? ¿Hacen progresos pese a ser dos?

Llevaban allí menos de cuarenta y ocho horas, los avances por ahora no eran visibles, pero tanto ellos como Ray decían que las cosas iban viento en popa. Tardarían más de lo previsto en arreglar *La Cabaña Azul*, pues no habían caído que la fiesta del Cuatro de Julio estaba cerca. Frank y Jon volverían a Washington para pasar unos días en familia, este año caía en lunes y merecían tres o cuatro días de descanso. Ray se había comprometido a llevarlos al aeropuerto y en ir a recogerlos cuando volvieran para terminar la cabaña.

—Tranquilo. Todo está en orden. Están algo nerviosos porque me han visto alterada al ver que no llegabas pero... mejor les envío un mensaje, ¿no? —sacó el teléfono de la cazadora que llevaba.

Le temblaban las manos como dos hojas. Nick quiso sonreír, bromear, decirle que había tenido que estar al borde de la muerte para que Ray se diese cuenta de que le importaba de verdad, mas no creyó que fuera un buen momento. Ray tenía un carácter de mil demonios, pero cuando estaba sensible y se pulsaban las teclas erróneas... saltaba con más rapidez de lo habitual.

Cómo no soportaba el dolor y tampoco la preocupación que brillaba en los ojos de su chica, Nicholas dejó caer los párpados e intentó ponerse cómodo. Las costillas parecían quejarse menos en aquella posición. Se concentró en las respiraciones para dejar de lado la jaqueca, la presión en el pecho y los calambres de la pierna.

Los dedos de Ray le peinaban el cabello. Se relajó, aunque no demasiado. La sirena del coche de Remington y del de Becks, que iba detrás, se le clavaba en el cerebro y no le era fácil bloquear aquel sonido tan estridente.

Pese a todo, era consciente de que Ray lo observaba. No apartaba los ojos de él y, si bien en otro

momento adoraba que se lo quedase mirando con fijación, en esos momentos lo inquietaba. Tenía la ropa rota, con algún que otro cristal en ella, y la cara manchada de sangre.

No quería alarmarla todavía más...

—Puedo escuchar los engranajes de tu cabecita desde aquí.

—Nick...

Éste abrió un ojo. La veía borrosa, pero no necesitaba ver con claridad para adivinar que estaba conteniendo el llanto.

—Sólo ha sido un susto, Ray. Un accidente, estas cosas... pasan —no a él, pero era mejor guardarse aquello para Remington—. No quiero que estés preocupada por mí, saldré de esta.

Ella buscó su mano y se apoyó con cuidado en su hombro. Le preguntó si le hacía daño y Nicholas dijo que no con la cabeza, cerrando de nuevo los ojos.

No recordaba bien todo el trayecto hasta el hospital. Recuperó la consciencia cuando las luces del cartel blanco de Urgencias llegaron hasta sus párpados. Remington y dos camilleros lo ayudaron a bajar del coche. Lo dejaron en una silla de ruedas. Sólo dejaban entrar a la familia, así que Ray se quedó al otro lado de las puertas. Él quiso que lo acompañase, pero los médicos no la dejaron entrar porque eran solo amigos.

Solo amigos.

Malditas dos palabras, dolían como puñales.

¿Desear que Ray, ante semejante incidente, se diese cuenta de que lo amaba, lo convertía en mala persona?

Nick estaba bien. Tenía algún que otro rasguño, si bien los médicos aseguraban que no era un asunto muy grave. La sangre era un escándalo, pero no significaba que estuviera gravemente herido.

O eso era lo que se repetía Ray una y otra vez mientras paseaba por la sala de espera.

El equipo médico había entrado a Nick a un box y solo la familia podía estar con él. Ya que Tanner era su hermano y Remington había ejercido presión con su placa de policía, el cupo de visitas estaba lleno. Y ella era una amiga, alguien poco importante, en teoría. No tenía derecho a entrar.

Le quedaba esperar...

Deja la ansiedad fuera de tu vida, se dijo mientras intentaba respirar hondo. Cogió aire por la nariz y lo expulsó disimuladamente por la boca. Una y otra vez. Contó las respiraciones tal y como el médico le había enseñado.

—Ray, deberías sentarte. ¿Voy a buscarte una infusión a la máquina del café?

Negó con la cabeza y se rascó la mejilla mientras seguía paseando por la pequeña sala, que estaba vacía a esas horas de la noche.

—Rebeccah... —Ray terminó por obedecer, se sentó junto a ella y le tomó la mano—. Deberías marcharte y descansar. Tu servicio acabó hace horas. Estás embarazada, te conviene dormir.

Beccah estaba terminando su turno cuando Ray había llamado para avisar que Nick no llegaba. Habían quedado hacía más de media hora y aquel retraso no tenía sentido, ya que el pueblo vecino no estaba tan lejos. Remington no había contemplado la idea de que su hermano se hubiera entretenido; hubiera llamado si le hubiera surgido un imprevisto. No era irresponsable ni impuntual. Algo le había pasado. Y Rebeccah ya no se había quitado el uniforme.

Pero ahora que Nick estaba con los especialistas, debería volver a Blue Valley y dormir durante horas. El embarazo la tenía agotada y no le iba bien doblar turnos, mucho menos ponerse nerviosa.

—Estoy bien. No me iré de aquí sin Tanner, hasta saber que Nick está bien.

—Lo está.

Era la opción más sana para la salud mental de ambas.

—Ray... hay algo que creo que debes saber.

—¿Qué? —Las cejas se fruncieron sobre sus párpados.

Rebecca parecía vacilar, pero al fin entrelazó sus dedos con los de Ray en un gesto de pura confianza.

—Dudo mucho que Nick haya tenido un accidente —El corazón de Ray latió con tanta fuerza que Becks debió oír su latido como si de un trueno se tratase—. Creo que alguien lo ha extraviado de la carretera... adrede.

Ray se levantó cuando comprendió lo que Rebecca acababa de decirle. Fue como si le arrebatasen el aire de los pulmones, reculó hasta chocar con la pared. El pecho le quemaba, la cabeza le daba vueltas y sus piernas apenas respondían. La ansiedad estaba consumiéndola, ahora un hormigueo le recorría las extremidades.

—¿Ray?

—Necesito un minuto —susurró, mientras se quitaba la cazadora y la lanzaba contra una silla cualquiera. Se recogió el pelo de cualquier manera, necesitaba que la melena no le molestase en el cuello, pues una ola de calor le lamía la piel y la asfixiaba—. Sólo un jodido minuto...

—Voy a llamar a un médico —Rebecca se levantó, no le gustaba su repentino marchitamiento.

—Estoy bien. Es un ataque de ansiedad —Respiró por la nariz y le tendió la mano—. Se me pasará, necesito... controlarlo. Dame... un momento.

Rebecca la ayudó a sentarse. Le apartó un mechón rebelde de la frente. Luego, fue a por un vaso de agua; odió dejarla sola en ese estado, pero no le quedaba otra.

—Creo que sé quién ha sido —masculló Ray con voz rota cuando tomó el vaso de plástico—. Discutí con mi madrastra el otro día y... no sé cómo, Nick terminó en medio —usó el agua para aclararse la garganta—. Lo amenazó.

La doctora lo examinó con minuciosidad durante horas. Radiografías, un par de ecografías y le colocó una vía con analgésicos. Lo hizo tumbarse en una camilla mientras esperaba los resultados de las analíticas. Nick no presentaba signos evidentes de bebida o drogas, pero debían asegurarse de que no había perdido el control del coche por ir borracho o colocado.

—Espere aquí. No tardaré.

—¿Qué les haces? —El mayor de los Montgomery entrecerró los ojos. Todos se habían dado cuenta de que la doctora se comía a Nicholas con la mirada—. Parecía dispuesta a ponerte un yeso sólo para escribirte su número.

Remington decidió tomar el control de la situación. No solo como hermano, también como jefe de policía que hace su trabajo.

—Tanner, ¿por qué no sales y avisas a Ray de que todo va bien? Y de paso, llama a Amanda y a tía Cindy y dile que Nick no tiene nada grave, ¿eh?

Cerró la puerta tras Tanner, que iba a avisar de que Nick estaba bien. Al menos, dentro de lo que cabía: una fisura en dos costillas, un tobillo cubierto con una malla y una jaqueca que duraría mínimo unos días.

—¿Qué demonios ha pasado? No me creo que hayas salido de la calzada así como así. Controlas la camioneta como a los caballos. —Se cruzó de brazos— ¿Cómo te has terminado estampando contra el árbol?

Nick sólo había abierto la boca para responder las preguntas de la doctora. Llevaba un buen rato esperando que su hermano lo interrogase. Fuera quien fuera quien lo había sacado de la carretera, tendría que pagar.

—No fue cosa mía, Remington. Fue un Land Rover. Un todoterreno —añadió—. Apareció en una incorporación rural y empezó a embestirme —se incorporó, le costó un mundo bajar las piernas de la camilla—. Me adelantó y con un volantazo me empotró contra el árbol. No recuerdo nada más

después de perder el control de la ranchera.

—¿La matrícula...?

Era frustrante tener un vacío en la cabeza, pero Nick era incapaz de salir de aquella laguna de aguas profundas y turbulentas.

—Nada.

—¿Sabrías decirme el modelo del coche? ¿El color?

—No era muy nuevo, pero tampoco una tartana. Era oscuro, pero... no sabría decirte exactamente el color... —Nick se frotó la mandíbula. Necesitaría afeitarse la mañana siguiente—. Remington, comprueba qué coche tiene Marian Hill. El otro día tuvimos un roce.

—Sí, oí que tuvo un enfrentamiento con Ray y que tuvo que largarse por patas... ¿Por qué crees que ha sido ella?

—Porque me amenazó.

Remington asintió, el rostro cubierto de sombras: odio, rabia. Le palmeó el hombro con sumo cuidado y salió del box para darle espacio. Aprovecharía para hacer las llamadas pertinentes.

Nick echó la espalda hacia atrás y suspiró de gusto cuando la cabeza reposó a su gusto en la almohada. Estaba cansado, sólo quería dormir. Sin embargo, no podía hacerlo a pierna suelta. Le habían advertido que cada dos horas deberían despertarlo. Y así durante un día, como si no estuviera bastante agotado ya de por sí...

La doctora regresó con los resultados.

—Estás limpio.

—Ya le he dicho que venía de trabajar y yo trabajando ni siquiera bebo cerveza sin alcohol.

—Siento mucho si te he ofendido, Montgomery, pero sólo cumplo con mi trabajo.

—Ya —Nick tomó las muletas y se puso en pie—. ¿Puede darme ya el alta?

—Sí, claro.

Su sonrisa ladeada dejaba claro que Tanner tenía razón y que la doctora quería darle su número de teléfono. Pero Nick no estaba dispuesto a caer en sus redes, por más atractivo que fuera el lunar que había sobre su labio superior.

Tenía un motivo más que suficiente para rechazarla.

O, mejor dicho, una mujer.

Ray estaba en la sala de espera, con una pierna debajo del trasero y las manos dentro de la cazadora de cuero. Miraba al suelo, se balanceaba sobre su propio peso. No necesitó hablarle o acercarse. Fue como si Ray hubiera notado que estaba cerca. Levantó la cabeza y cuando lo reconoció, se levantó de la silla como si la hubieran empujado.

Se abrazó a él y, cuando se hizo a un lado, se borró las lágrimas de la mejilla pidiéndole perdón.

—No llores —le acarició el cuello con el dorso del índice, haciendo malabares para no caer por la inestabilidad que le causaba no sujetarse a las dos muletas—. Ya ves que estoy bien. Y, aunque me encanta saber que te preocupas por mí, no me gusta nada verte tan triste.

Ray intentó sonreír. Nick vio el esfuerzo. Pero las comisuras de su boca apenas pudieron dibujar una mueca.

—¿Mejor?

—Es el peor intento de sonrisa que he visto nunca.

Pero el comentario la hizo sonreír de verdad, aunque no fue una sonrisa que le llegase a los ojos ni que marcara su hoyuelo.

—Tus hermanos no pueden estar por ti y tus cuñadas tampoco. Vendrás al rancho conmigo. Yo cuidaré de ti, al menos las primeras veinticuatro horas.

—Ray...

—Nada de peros, Montgomery —Ella negó con la cabeza y tomó los papeles que llevaba entre los dedos—. Frank y Jon no duermen conmigo, así que tengo espacio de sobra. Nadie más puede estar pendiente de ti, y yo puedo faltar un día en la cabaña —insistió.

Era una leona, pensó Nick.

—No quiero ser una molestia.

Se ganó tal mirada que apenas pudo contener una sonrisa. Pero Ray no se la devolvió. Se cruzó de brazos, sin saber lo arrebatadora que estaba cuando se rodeaba de frialdad y cabezonería.

—Me acogiste en tu casa cuando llegué, ahora yo te abro las puertas de la mía. Estamos en paz.

—Rubita, eres una negociadora un tanto... peculiar.

Ella meneó la cabeza con elegancia, como si quisiera dejar claro que era de lo más diplomática.

—Remington nos espera fuera. Él nos traerá luego algo de ropa para ti, no puedes llevar esta camisa llena de... sangre.

No pensaba insistir en que estaría mejor en su casa que en la de Ray. Quería pasar todo el tiempo posible con ella. Si dormir bajo su mismo techo otra noche más estaba al alcance de su mano...

¿Cómo iba a ser tan tonto como para negarse?

—Muchas mujeres encontrarían esta camiseta de lo más atractiva, ¿sabes? —Esbozó una sonrisa ladeada algo turbada por los calmantes—. Podría hacerme pasar por vampiro sediento de sangre que necesita una humana que lo salve de sí mismo.

—¿Y qué mujeres son esas? Yo te veo de esta guisa y no pienso en un vampiro sexy.

—Qué poco ves la tele, rubita.

Ella le premió poniendo los ojos en blanco.

—Las hay que tenemos mejores cosas que hacer.

—Practicar cómo ser peor que un grano en el trasero no cuenta como ocupación, nena.

Vio cómo sus pupilas se dilataban ante el lánguido *nena* que se le había escapado. Le gustó ver aquella reacción, sobre todo porque la había puesto alerta. *Algo* pasaba en esa cabecita suya tan hermética, *algo* bueno para él. Nick estaba seguro.

—Prffff —bufó la mujer, echándose el pelo hacia atrás y girando sobre sus talones.

—Ray...

Ella se volvió, apenas había podido dar dos pasos. La cabellera ya no golpeaba sus mejillas al girarse. Se la había recogido en un moño mientras esperaba a que le hicieran todas las pruebas. Estaba preciosa así, con el pelo mal recogido y enmarañado, el maquillaje corrido y la ropa arrugada.

—Siento haber fastidiado la noche.

Durante unos momentos, pensó que Ray le recordaría que su plan no era una cita. Pero aquella mujer era tan imprevisible que lo volvía loco. Volvió a su lado, algo tambaleante.

—Con que no te haya pasado nada más grave... ya me vale, Nick.

CAPÍTULO 11

Había fallado. Había sido fácil encontrar a Nicholas Montgomery y sacarlo de la carretera, pero no lo había matado. Aquel hombre era como un puto gato, ¿acaso tenía siete vidas?

Ahora no sabía cómo llegar hasta Ray y hacerle daño. Estaba claro que la chica se había endurecido con el paso de los años y apenas tenía puntos débiles en los que atacar.

A excepción de ese ranchero de ojos seductores y sonrisa descarada. Marian había deseado acostarse con él desde que el muchacho empezó a salir con su hijastra, años atrás. Incluso siendo adolescente había sido fascinante, y ahora que tenía treinta años, su atractivo sexual se había disparado. Era comprensible que Ray estuviera encantada con sus atenciones. Todo el pueblo la envidiaba. Incluso ella: Marian hubiese querido engatusarlo, gozar del sexo con él. Así habría disfrutado de aquel cuerpo de Adonis; era la personificación de la belleza y rudeza de Texas, no había duda de ello.

Y habría podido echárselo en cara a Ray. ¡Cómo le hubiera gustado ver su expresión de celos, dolor y despecho al saber que había sido Marian y no ella quien se había deleitado saboreando aquel hombre!

Pero los Montgomery eran inalcanzables. Malditos, todos ellos se creían mejor que ella, una Hill.

Así que, si no había sexo del que recrearse y no podía sentirse una igual de aquel *comboy* de ojos de avellana, había creído que lo mejor era quitarlo de en medio.

Así destrozaría el corazoncito de Ray. Porque pese a su coraza, esa niña seguía siendo insegura y delicada como una rosa frente una tormenta. Solo había que rascar la superficie.

Pero había fallado y Montgomery seguía vivo, aunque su camioneta había quedado siniestro total.

Aquello no podía quedar así, pensó mientras entraba en su casa y dejaba el bolso en el perchero del recibidor. La policía la encontraría, seguro. Y no tardarían en hacerlo. Remington Montgomery no dejaría el accidente de su hermano sin investigar y contaba con un equipo reducido pero eficaz. Pronto la señalarían a ella como culpable, sobre todo si se enteraban de la discusión del otro día.

Sin embargo, Marian se negaba a creer que había perdido la partida con tanta facilidad. Ray todavía podía caer. Ella se encargaría personalmente de destruirla.

Lo que no sabía era cómo... pero todo llegaría.

Ray era la enfermera perfecta. Despertaba a Nick cada dos horas y le obligaba a caminar y comer. Cuando el vaquero no estaba en la cama, estaba en el sofá con ella. Jugaron a las cartas, sacaron el anual del último año del instituto para recordar viejos tiempos y hablaron durante horas.

Para Nicholas fue agradable ver que ella volvía a ser la de siempre.

No sólo porque Ray le contó lo mal que lo había pasado sin su padre, lo sola que se había encontrado en Washington y lo mucho que se había refugiado en Jon y en relaciones insulsas que no le aportaron nada.

No, había vuelto a ver en ella a la chica que lo enamoró. Porque sonreía más, era fácil arrancarle una carcajada y porque, por más que lo negase, se ponía celosa cuando le hablaba de las chicas con las que había salido.

No pretendía hacer una lista de todos sus ligues, pero le había contado las citas más bizarras que había vivido.

—No puede ser, Nick —Ray, que estaba sentada a lo indio, se inclinó hacia delante agarrándose el estómago. Una lágrima amenazaba con rodar por su mejilla—. Ay, dime que bromeas, ¡por favor!

—Te juro que no. Ray, Holly Fletcher quería que me disfrazase de vaca. ¿Me imaginas a mí en la cama con un disfraz de peluche?

Ella se carcajeó todavía más por la imagen que se formó en su cabeza. Se cubrió los labios con la mano, como si temiera ofenderle, pero Nick había soportado muchas pullas de sus hermanos a la mañana siguiente. Ya no podía indignarse. Seis años después, sólo podía reírse de la situación.

—Lo siento, pero es que... Dios mío, Nick. ¿Y qué hiciste?

—Me marché, por supuesto —Meneó la cabeza, como si no fuera obvio—. Siempre me he preguntado si su marido se pone esos vestiditos... Cuenta que ya va por el tercer niño en cuatro años. Nick asintió en su dirección al ver sus cejas enarcadas.

—Ay...

—Creo que tú estarías muy guapa vestida así, rubita. —Se la quedó mirando con la mano bajo la barbilla, fingiendo estar pensativo.

Ray abrió los ojos como platos y se sonrojó de pies a cabeza, Nick no sabría decir si de vergüenza o de risa contenida.

—¿De vaca?

—Mancha aquí, mancha allá... y quién sabe, tal vez te encontremos un novio dálmata.

—¡Nicholas Montgomery! —Ray le lanzó un cojín a la cara y él gruñó—. Lo siento, lo siento... ¿te he hecho daño?

Nick parpadeó. Apenas unos segundos atrás, entre ambos había varios cojines de distancia y ahora Ray estaba a pocos milímetros de él.

Tenías sus pequeños manos acunándole el rostro, su preocupación acariciándole los labios cada vez que respiraba. Su corazón se quedó sin latido durante unos segundos. Nick se moría de ganas de tocarla, por lo que tuvo que clavar los dedos en el sofá hasta que los nudillos palidieron.

—No me has hecho daño, Ray. Estoy bien, de verdad.

—No me he dado cuenta, yo... ¡lo siento tanto, Nick! ¿De verdad que estás bien? —una de sus manos navegó hasta la costilla.

Estaba sin camiseta para que la ropa no le diera calor. Y pese la venda que le había puesto la doctora, notó aquellas yemas suaves que lo acariciaban con la suavidad de una pluma.

Una pluma que, para él, ardía y lo quemaba hasta la médula.

Le acarició la mejilla y le apartó el pelo de la cara. Ray se quedó sin aliento, pudo verlo en cómo su garganta se tensaba. ¿Qué pasaría si se inclinaba y besaba aquel pulso errático que quedaba tan a la vista? ¿Ray le perdonaría por recorrer con la boca su preciosa y tentadora yugular?

—Nick... ¿qué estás... haciendo? —la voz trémula y aguda de Ray llamó su atención.

Los ojos oscuros del vaquero ascendieron hasta su rostro. Sin darse cuenta, había empezado a trazar círculos sobre la mandíbula de Ray y ahora sus dedos recorrían sus labios. Tragó saliva al darse cuenta de que había cruzado un límite invisible. Podía no besarla, pero Ray sabía que la deseaba, que ansiaba besarla.

Ella ahogó un gemido cuando el brazo de Nick rodeó su cintura para impedir que se fuera. No la apretó contra él porque hacerlo significaría tener que sentársela a horcajadas, y ni su cuerpo ni Ray soportarían la situación.

—Cuando te enfrentaste a Marian, estuve a un centímetro de ti —se inclinó hacia ella, y Ray se encargó de ensanchar distancia echándose hacia atrás... todo lo que el agarre de Nicholas le permitía —. Te pedí perdón, ¿recuerdas? Pero no por haber estado a punto de besarte.

—Nick...

—Llevo desde entonces luchando contra esto, rubita... —Se humedeció los labios con la lengua y quitó gritar al ver que las pupilas de Ray se agrandaban—. No puedo más. No *aguanto* más. Tengo que besarte. *Necesito* besarte.

—No lo hagas, Nick.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó en un balbuceo, el corazón desbocado como un caballo

que ha visto una serpiente y ha huido al galope: estaban tan cerca que podía notar su respiración entrecortada contra su torso desnudo.

Ella desvió los ojos, el labio inferior atrapado bajo el superior con los dientes. Sufría, veía la lucha interna que se libraba en su interior porque Ray volvía a ser un libro abierto para él. Podía leerla otra vez. Todas las figuras literarias, todos los puntos seguidos, suspensivos y finales estaban ahí, presentes de nuevo.

Se resistía a él pero también quería besarlo.

Se resistía a aquel torrente que los sacudía, pero ansiaba dejarse arrastrar hasta el precipicio más profundo.

—Me da miedo lo que pueda pasar si nos dejamos llevar —negó con la cabeza, como si hablase consigo misma—. No quiero alcanzar ese punto de no retorno contigo y encontrarme presa de nuevo en unos sentimientos... que no deseo.

Nick cerró los ojos y su empuje por poco se tambaleó. Aquellas palabras eran como puñales. Sabía que Ray tenía miedo al amor. Él también estaría acojonado si hubiera sufrido la mitad de lo que ella cargaba sobre los hombros. Pero oírlo decir con tanta convicción, saber que no buscaba el amor y mucho menos con él, eran como garras afiladas que buscaban sus costuras para abrirlas y hacerle sangrar.

Pero a pesar de todo, le acarició la mejilla y la hizo ladear la cabeza para que su mirada no lo rehuyese más.

—Te lo dije, rubita. La vida viene como viene y no puedes esquivar lo que te tiene preparado. Dejar que te sorprenda es la única manera de estar vivo. No te preocupes por lo que nos ocurrirá mañana. Sólo vive —Bajó la cabeza y cogió aire, empapándose de su aliento trémulo—. Y siente.

No pensaba negar que le asustaba su reacción, que lo apartase.

Por eso, suavemente, aprisionó sus labios con la boca.

Tal vez no fuera el mejor beso del mundo, si bien era especial. Para Nick lo era.

Fue lento, lo más delicado que pudo. Aun así, no le resultó sencillo ignorar la bestia que habitaba en su interior. Una bestia que ansiaba ser liberada para poseer por completo a aquella preciosa mujer de ojos verdes y cabellera dorada.

Ray apoyó las manos en su pecho, lo más seguro que para apartarlo. Cuando Nick ahondó el beso ladeando la cabeza y pidiendo permiso con la lengua para derribar todas sus barreras, las dejó allí.

Y para Nick fue suficiente. Podía y *quería* avanzar, no pensaba quedarse en un simple roce. Necesitaba saborearla por completo, no mentía cuando le había dicho que no aguantaba más sin besarla.

Llevaba más de una década encerrado en un último beso, uno que fue un saludo y terminó siendo una despedida. Ray había subido ese día a su vieja ranchera con una sonrisa dibujada en el rostro, pero cuando la había dejado, no hubo beso ni ninguna palabra bonita. Sólo lágrimas contenidas y dolor rompiendo corazones.

Supo el momento exacto en que Ray se rendía por completo a las sensaciones que despertaba en ella. Su cuerpo se relajó y se amoldó al suyo, como en los viejos tiempos. Sus manos ascendieron hasta los hombros y su pecho se pegó al de él, mientras un ronroneo vibraba en su pecho.

Cuando sus lenguas se encontraron, Nick supo que estaba perdido.

Había estado muerto durante doce años, pero ahora volvía a respirar. A saborear. A sentir. A ver el mundo en color.

A estar vivo.

El beso subió de intensidad, fue como si una corriente eléctrica los sacudiera de arriba abajo. Sus lenguas danzaban juntas, sus dientes chocaron en algún momento. La pasión recorría sus venas con desesperación y una extraña melodía mecía su raciocinio hasta adormecerlo.

Recorrió su rostro con una mano y bajó hacia el cuello, y más abajo. Las curvas femeninas no

eran las mismas que años atrás, pero en su cabeza, sabía que pertenecían a Ray.

¿Cómo había podido olvidar lo adictiva que era aquella boca, aquel sabor, su ternura? Ray era como una droga y él había estado desintoxicado de ella durante doce años, para volver a recaer como un tonto. Y, por Dios, las adicciones nunca eran buenas y terminaban por acabar con tu vida. Sin embargo, Nick estaba dispuesto a morir por otro beso como aquel.

Ella se separó para coger aire con los labios húmedos y los ojos cerrados. Nick también respiró. Los pulmones le ardían, pero aquel castigo valía la pena.

Apoyó su frente en la de ella y ancló los dedos en la cintura de su pantalón. Había ansiado colar las manos bajo su camiseta de tirantes, pero en Nicholas todavía quedaba una pizca de sentido común.

Que Ray se hubiera rendido a él no significaba que estuviera lista para derribar todos los muros que había entre ambos. Los años, el silencio, el sufrimiento y los recuerdos agrídulces pesaban demasiado, ninguno de los dos había dejado atrás semejante carga.

No podía acariciarla con total libertad, por más que le pesase. No podía hacerle el amor como su cuerpo ansiaba.

Pero le bastaba. Tal vez era un pelele, o había regresado a la pubertad, pero para él era suficiente. No se conformaba con el beso, quería mucho más, su cuerpo y su corazón gritaban por una liberación mayor. Pero era un principio. Ray lo rehuía cuando llegó, parecía incómoda con sus abrazos; ahora, sus manos recorrían su cuerpo con más osadía que cuando era joven.

—Prometiste que no me seducirías. —La voz de la mujer fue un balbuceo entrecortado, grave.

—Sólo te he besado —Sus manos repasaron la base del cuello con la punta de los dedos—. Estás nerviosa.

Ray se rio, parecía al borde del ataque de histeria.

—Acabas de besarme.

—Lo sé —Sonrió, pero ella no le devolvió el gesto. Parecía confusa, volvía a tener la mirada perdida—. ¿Ray...?

Ella alzó las manos y apartó las de Nicholas, que tragó saliva. Sus ojos se volvieron grises mientras barrían el suelo, parecía buscar una salida. Se apartó echándose hacia atrás, hasta que la espalda chocó con el reposabrazos. Nick notó un ramalazo de dolor en el pecho. Tragó saliva. Volvía a sentirse a la deriva, dormido, vacío, muerto. Apartado. Rechazado.

—Ray.

—Lo siento... —De un salto, bajó del sofá y se echó el pelo hacia atrás.

Parecía temerle. Nick quiso pensar que se temía a ella misma.

—Debo... —tartamudeaba—. Debo salir un momento. No te... muevas de donde estás.

Nick gruñó y lanzó un cojín al suelo en cuanto se quedó solo. Había creído hacer progresos. Unos segundos lo alcanzaron para demostrarle lo equivocado que estaba. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, se cubrió el rostro con un brazo.

Intentó hacerse el duro, ser comprensivo. De veras que intentaba ponerse en el lugar de Ray y entenderla, pero su propio sufrimiento lo cegaba.

Solo su hermana, estuviera donde estuviera Brenda, sabría lo doloroso que le resultó oír el motor del coche de Ray. Fue como si su corazón se resquebrajase en diminutas esquirlas.

Tomó una de las muletas cuando unos minutos más tarde otro motor llenó el silencio del exterior. Cojeó hasta el porche. Cuando vio a sus hermanos bajarse del coche de Amanda, quiso golpear el marco de la puerta hasta que sus nudillos sangrasen.

—¿Qué demonios le has hecho? —Remington subió los escalones de dos en dos.

—¿Dónde está?

—Nos ha pedido montar un rato alguno de nuestros caballos. Ha cogido a *Barcelona* y se ha largado a cabalgar —Tanner llegó al porche con el sombrero en la mano. Lo sacudió en la pernera del pantalón—. Nos ha dicho que necesitaba pensar, estaba nerviosa. Odio que un jinete salga por ahí

nervioso, maldición. ¡Los caballos lo notan todo!

—¿Y os ha mandado de niñeras?

No sabía si gritar porque pese a su agitación había pensado en él y el accidente, o si enfadarse porque lo trataba como si tuviera cinco años.

—Nos dijo que no podías estar solo y que se quedaba más tranquila si veníamos a echarte un ojo. —Remington lo empujó hacia dentro—. Voy a por unas cervezas y vas a contarnos qué ha pasado exactamente entre vosotros.

—Trae ganchitos.

Tanner sonrió cuando el mediano resopló. Por todos era sabido que el pequeño de los Montgomery era adicto a todo tipo de patatas fritas. Algunos fumaban y otros apostaban, él comía patatas y ganchitos.

Nick se dejó acompañar hasta el salón pero no permitió que el mayor lo ayudase a sentarse. Se dejó caer sobre los cojines respirando entre dientes.

—¿Qué ha pasado?

—No es una noche de hombres, Tanner. Apenas son las seis de la tarde. Y falta Lion.

En realidad, no estaba listo para tener una de aquellas charlas con sus hermanos; sabía que ni Tanner ni Remington lo juzgarían, pero por algún extraño motivo, tenía miedo.

—¿Desde cuándo te riges a un horario? Y Lion todavía no ha participado en ninguna, creo que nos perdonará que estemos aquí para destripar tu paralizado corazón —Remington apareció cargado con latas de cerveza y dos bolsas de patatas. Le lanzó una y Nick tardó apenas tres segundos en abrirla y llevarse a la boca un buen puñado de ganchitos de queso—. La has cagado.

—No me arrepiento de nada. Sólo me da miedo haber retrocedido dos pasos en una relación que... —Respiró hondo— avanza a paso de tortuga.

Tanner enarcó una ceja y abrió una lata para él y otra para Nick. Las dejó sobre una mesa auxiliar que había visto tiempos mejores, el papel doblado que impedía que estuviera coja lo demostraba.

—¿Qué le has hecho?

—La he besado.

—Mucho has tardado —El silbido de Remington le hizo entrecerrar los ojos. Su hermano no pareció molesto por ganarse una mirada que lo hubiera fulminado si una simple ojeada pudiera matar—. Llevas años loco por esa mujer. Yo no sé si hubiera aguantado dos semanas, viéndola día sí, día también, sin tocarla ni besarla. No sé cómo no te has vuelto loco.

—Remington, pasas de la treintena y tienes un hijo. Se supone que debes ser más maduro y no apoyarle —Tanner puso los ojos en blanco—. Nick, Ray no es como el resto de mujeres. Está dolida con el mundo. Yo diría que está muerta de miedo.

—Tú qué sabrás.

—Admito que yo soy un idiota que no sabe ver cuando una mujer se aísla del mundo. Pero Becks sí. Ella me avisó.

—Un brindis por nuestras mujeres, sensibles e inteligentes —susurró Remington, alzando la cerveza para sí mismo antes de darle un largo trago.

—¿No estás de servicio?

Nick levantó una mano para pedirle perdón a Remington. Estaba enrabiado y frustrado. No podía pagar con él el cúmulo de emociones que se arremolinaban en su interior.

—Rebecca y Phil se encargan hoy de la seguridad de Blue Valley. ¡Ja! Mi turno ha terminado hace media hora —Se frotó la pernera del pantalón del uniforme de policía.

—Nos estamos desviando del tema —Tanner alzó las manos—. El caso es, Nick, que tienes que controlarte. Tú eres el casanova de la familia. Se supone que tú sabes cómo tratar a las mujeres. ¿No pudiste contenerte un poco más?

—Oh, vamos. ¿Has intentado estar más de dos semanas sin tocar ni besar a Rebecca? Dudo

que tuvieras el aguante que tanto defiendes.

—Tiene razón —Remington se encogió de hombros cuando Tanner lo miró como si estuviera loco—. No es por nada, pero el amor es así. Te asalta y por más que quieras controlarte, es imposible mantener las manos lejos de ella. Eh, siempre que sea correspondido. Sino estarías cometiendo un delito...

Nick levantó la cerveza sin alcohol en dirección a Remington. El otro recibió el agradecimiento con una sonrisa ladeada.

Estaba bien saber que tenía un aliado, aunque algo le decía que la sabiduría de Tanner terminaría imponiéndose. Iba a salir perdiendo. El hombre que estaba hecho un lío siempre perdía en esas reuniones de hermanos. Era una norma no escrita. Siempre se cumplía, aunque no se hiciera de forma consciente.

¿No se sentía bastante mal por haber confundido a Ray?

—Estamos casados, Remington, es diferente a cuando conocimos a nuestras esposas. Tú tuviste que hacer un esfuerzo por no asustar a Amanda, ¿o acaso se te ha olvidado lo que te costó tener una cita con ella? —Nick se estremeció al recordar lo desconfiada que era su cuñada cuando llegó al pueblo huyendo de un exnovio maltratador—. Yo tuve que darle espacio a Beccah cuando se marchó de casa —otro escalofrío lo recorrió al pensar en lo cerca que había estado Tanner de perder a Rebeccah por una discusión—. Nick, cuando Ray vuelva, le vas a pedir perdón y vas a comportarte como un caballero.

Todavía tenía impreso su sabor en la lengua, ni siquiera la aguada cerveza podía arrebatárselo. Ya no podía estar lejos de aquellos labios. Eran demasiado tentadores y llamativos como para fingir que no los había probado de nuevo.

—Puede que Tanner tenga razón.

—Joder, Remington. Se suponía que estabas de mi lado...

—Ray es como un ciervo asustado. Haz un paso en falso y correrá en dirección contraria. Ahora has pisado la rama, está alerta... —Remington miró la lata de cerveza como si fuera una copa de brandy—. Deja que sea ella quién se acerque a ti.

—Odio cuando se pone filosófico —susurró Nicholas.

—Creí que ese era mi papel —Tanner también habló en murmullos. Luego sonrió—. Remington tiene razón. Nick, has lanzado la pelota a su tejado, deja que te la devuelva cuando se vea capaz de ello.

Muchos creerían que eran unos nenazas por reunirse a hablar de sentimientos, como si fueran mujeres enamoradizas e indecisas. Pero para ellos, aquellos encuentros donde se sinceraban eran necesarios cuando en el pecho, a la altura del corazón, había un enredo.

Y desmadejar esa maraña de sentimientos hilados de cualquier manera, no iba a ser sencillo. Eso sí que acojonaba.

Nick se levantó y fue a la pata coja hasta la ventana, ignorando el dolor punzante de las costillas. Observó los campos abandonados. No obstante, ya no lucían como el vertedero que eran cuando Ray había vuelto al pueblo.

Ella estaba dejando su huella en el terreno. De forma inconsciente, quizá, pero lo estaba haciendo.

—No tengo garantías de que Ray vaya a enamorarse de mí otra vez. No importa lo románticos o místicos que nos pongamos —Cerrando los ojos, hincó el brazo en el marco de la ventana y apoyó la frente en el cristal—. Posiblemente la he cagado besándola, pero a lo mejor es lo único que me queda de ella si se marcha de nuevo...

El teléfono de Remington hizo que todos se volvieran hacia la chaqueta que había dejado en una silla. El encanto estaba roto, pero Nicholas lo agradecía. Se sentía vulnerable como nunca y no comprendía por qué. No era la primera vez que les contaba a sus hermanos lo que Ray despertaba en él.

Remington descolgó tras comprobar quién llamaba. Los miró y sin pronunciar palabra, sólo moviendo labios, dejó claro que se trataba de la comisaría.

Su expresión se endureció y sus ojos llamearon.

—¿Estás segura de eso Rebeccah? —una pausa—. ¿Y ha sido tan idiota de confesarlo todo? — otra pausa más larga—. Muy bien. Llama a quién tengas que llamar, pero que encuentren el puto coche... —sus ojos grises miraron a Nick, que comprendió que hablaban de su no-accidente—. Quiero el Land Rover. Voy para allá.

—Fue Marian, ¿verdad?

Remington guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón del uniforme y se pasó los dedos por el pelo, luego por la barba. Finalmente, se balanceó sobre sus pies y asintió varias veces, como si estuviera cansado o resignado.

—Sí.

CAPÍTULO 12

Remington había ido esa mañana a ver a Marian, pero ya estaba trabajando. Había preguntado a sus vecinos por su coche. Un Land Rover de segunda mano que había adquirido tras la muerte de London, habían respondido la mayoría que recordaban el modelo.

Para considerarlo una prueba y lanzar acusaciones contra su vecina, necesitaba ver el vehículo y hablar con ella.

De eso se había encargado Rebecca durante el turno de la tarde, consiguiendo lo que quería de Marian Hill con una simple pregunta. Y es que nada más abrir la puerta a la agente de policía, la viuda de Julius había resoplado y había admitido que lo único de lo que se arrepentía era de no haber embestado la ranchera con más fuerza.

Saber que no había matado a Nick debía haber llenado de rabia a Marian.

Al parecer, Marian había intentado deshacerse del coche: no estaba en el garaje ni lo había usado para ir y venir del trabajo, había cogido la bicicleta. Para borrar toda evidencia, lo había dejado en medio del bosque. Le había arrancado las matrículas y se había llevado toda la documentación de la guantera. Por si alguien lo encontraba.

Pero ella misma se había encargado de decir dónde estaba cuando Rebecca la llevó a comisaría, detenida, pues se había confesado autora del intento de homicidio. Ya no tenía sentido ocultar ninguna prueba más.

No obstante, Nick fue a reconocerlo. No estaba seguro de que fuera aquel el coche que lo sacó de la carretera, pues era de noche cuando pasó todo.

Remington, pese a tener la declaración firmada de Marian, llamó a un amigo suyo por videollamada para confirmar que las marcas que tenía el vehículo en el parachoques coincidían con las del accidente.

—Quiero comprobar que la pintura que veo aquí es de la camioneta de tu hermano, Remington.

—Dime lo que necesitas y lo tendrás. Confío en ti, Wood.

Rebecca había esperado a que Remington regresase a comisaría. Se les había hecho de noche.

En cuanto se sentó delante de ella con la mirada más seria que Montgomery poseía, Marian confesó otra vez. Fue demasiado sencillo, pues estando esposada y sujeta por una policía era mucho más frágil.

No había sido muy inteligente usando su propio coche, pero no creía que Nick saliera con vida de aquello y hablase del Land Rover. Eso hizo sospechar a Remington.

¿Y si Marian no era tan culpable cómo decía? Pero, ¿quién querría matar a su hermano si ella era la única persona que parecía detestarlo? Esperaría a saber qué decía Wood de las marcas del coche.

—Remington, Rebecca —Aquel fue el seco saludó que Ray hizo al entrar en el edificio. Fulminó con la mirada a Marian, que levantó la barbilla, altiva, pese a estar esposada y tener una perspectiva de futuro bastante turbulenta—. ¡Tú!

Remington la sujetó para que no se acercase demasiado a la mesa donde estaba Marian. Ray, por suerte, no se resistió y reculó un paso, pero apenas le dirigió una mirada al jefe de policía.

—No deberías estar aquí, Ray.

Remington no se preguntó cómo Ray había descubierto lo sucedido. Solo quería calmarla. Tenía la mirada enrojecida y los puños apretados. Temblaba y estaba más pálida de lo habitual. No le había sentado muy bien saber la verdad, pese a tener sus propias sospechas.

—Espero que le caigan muchos años, Remington.

—Eso lo tiene que decidir el juez, querida —Su madrastra se le había adelantado en la contestación. Remington apretó los dientes.

—No te ofendas, Hill, pero tu visión de futuro no es tan bonita como crees —espetó Rebecca.
Ray le sostuvo la mirada a Marian cuando ésta se carcajeó.

Las ganas de cruzarle la cara de una bofetada y detener aquella estridente risotada empezaban a hacer mella en ella.

—Das penas, querida. Mírate. Pareces un perro apaleado —y volvió a reír, fue de lo más desagradable—. Puede que no matase a Montgomery, pero ¿sabes una cosa? Sigues estando sola. *Sola*, Ray.

—Te equivocas, Marian. Yo tengo gente que me quiere. A ti nadie te soporta —se acercó dos pasos.

—Es posible —no parecía importarle demasiado—. ¿Pero sabes una cosa? Al menos, yo no tuve nada qué ver con la muerte de tu padre. A diferencia de ti, claro.

Ray se tensó, las aletas de su nariz se dilataron.

—¿Qué estás insinuando?

La sonrisa de Marian era tan siniestra que la temperatura de la comisaría bajó varios grados. Era como si su frialdad y su serenidad se adueñasen del lugar y superasen la rabia contenida de los demás.

—Por supuesto, cómo estuviste tantos años lejos de casa, jamás pudiste enterarte de los problemas de corazón de tu padre. ¿Sabes cuándo fue su primer amago de infarto? —se inclinó hacia delante como si fuera a contarle un secreto—. El día de tu diecinueve cumpleaños. Que tierno, ¿eh? Le siguieron cuatro amagos más en los siguientes años. No sé cómo no murió entonces, la verdad. Los *comboys* son fuertes, supongo —añadió, recorriendo a Remington con la mirada.

Si Ray no estuviera tan concentrada en mantener el tipo, para impedir que su madrastra viera lo mucho que le afectaban sus palabras, de seguro no hubiese reprimido una mueca. Era repulsivo que mirase con lascivia a Remington cuando estaba esposada, acusada de graves cargos y sabiendo que él estaba casado.

—¿Qué pasa, mi querida Ray? —sabiendo que estaba golpeando lo más profundo de su ser, Marian volvió a sonreír, creyéndose poderosa—. ¿Te he dejado sin palabras? Pues escucha esto: su primer infarto fue el día que cumpliste veinticinco años y el segundo fue cuando encontró una caja llena de fotografías de cuando eras pequeña. Cayó fulminado.

—He oído suficiente —Remington golpeó la mesa—. Phil, llévatela.

Ray tragó saliva y paseó la mirada por la mesa donde estaba esposada Marian, sin saber dónde dirigir los ojos.

Su madrastra le había hecho jaque mate. Había atacado un punto débil demasiado evidente para alguien que había convivido con ella durante años. Era una víbora. Su veneno la agrietaba de una forma demasiado dolorosa. No obstante, Ray se había convertido en una luchadora. Si bien a veces necesitaba recular un paso para luego avanzar un par más como debía, como cuando Nick la había descolocado al besarla esa tarde, el impulso con el que luego caminaba era suficiente.

Puso la mano en la mesa, haciéndola temblar y deteniendo a Phil, que ya había levantado a Marian tomándola del codo sin demasiados miramientos.

—¿Sabes por qué intentas destruirme, Marian? Porque yo no quería nada. Nunca he buscado dinero ni fincas. Y no soportas la idea de que yo me quedase con todo lo que ansiabas para ti —ahora fue ella quien sonrió al ver que a la otra le temblaba el labio superior—. Dime, visto lo que acabas de hacer con Nick... ¿debería pedir la exhumación del cuerpo de mi padre?

Marian se soltó de Phil con un tirón.

—¡No fui yo! Tu padre murió por tu culpa. Le rompiste el corazón.

Sí, ella terminó de resquebrajarlo al marcharse y no regresar jamás. Pero su padre ya lo tenía agrietado de mucho antes. Y si terminó por convertirse en fragmentos irreparables, había sido por su propio comportamiento. Ray no era responsable de las decisiones de Julius, lo era de las suyas propias.

—Su corazón llevaba roto desde hacía mucho tiempo. ¿Sabes desde cuándo? —Apoyó todo el

peso en la mano para echarse hacia delante—. Cuando murió mi madre, el verdadero amor de su vida. Tú sólo fuiste un parche para sentirse menos... solo.

Marian dio un respingo. No le gustaba pensar que era la segunda en algo, nunca.

Por eso siempre había odiado a aquella adolescente de suaves pecas en el puente de la nariz, ojos tranquilos y pelo brillante.

—Es una pena que fallase y no te quitase al hombre que te ata a este maldito pueblo.

Un último intento desesperado para derruir todo lo que queda de mí, pensó Ray.

—Mucho cuidado, Marian —Remington adelantó un paso, su voz sonó mortífera y llana.

—Tu soledad y tu ponzoña es lo único que encontrarás en la celda en la que te pudrirás durante años —Ray se echó hacia atrás. No deseaba estar más compartiendo espacio con aquella mujer—. Ojalá pudiera odiarte, pero no lo hago.

—¿Ah, no? No puedo decir lo mismo, *querida*.

Ray esbozó una sonrisa ladeada desprovista de emociones.

—Me das pena, Marian.

Su madrastra agrandó los ojos como si acabase de desvelarle el secreto mejor guardado del mundo. Se le descompuso el gesto. Ray meneó la cabeza, no se sentía orgullosa de verla así, pero al menos, le había devuelto todos los golpes emocionales que había recibido de su parte.

—¡Zorra! ¡Te mataré!

Rebecca se apartó para proteger su vientre, no muy abultado todavía, cuando Marian gritó y se abalanzó sobre la mesa para llegar hacia Ray. Remington la apartó a ella y Phil terminó agarrando los brazos a la detenida. Pero esta era más rápida gracias al odio y la adrenalina. Pese a las esposas, le arrebató el arma reglamentaria al agente y apuntó hacia Ray.

Remington se avanzó y golpeó el cañón justo cuando Marian pulsaba el gatillo sin vacilar, los ojos brillando por la locura que se había apoderado de su cordura.

Becks y Ray chillaron cuando se oyó el disparo.

La bala impactó en el techo y el fluorescente se balanceó por el impacto, parpadeó y por poco se apagó.

Ray se llevó una mano al pecho, el corazón latía desbocado. Volvió a chillar cuando, en medio del forcejeo entre el policía y la detenida, se oyó otro disparo. En esta ocasión, Marian había estado a punto de hacer diana, pues la bala pasó junto a Ray y se incrustó en el marco de la puerta principal, justo a su espalda.

—Se acabó, Marian —Remington le arrebató la pistola a los pocos segundos.

Phil cogió aire para tranquilizarse y no fue considerado cuando se la llevó arrastras hasta el calabozo.

Ray soltó el aire que estaba conteniendo. La ansiedad volvía a agarrarla del cuello, a asfixiarla y amenazaba con hacerla caer de rodillas. Dejó que Remington la llevase hasta el porche de comisaría. Allí se aseguró de que la bala que había pasado silbando por su lado y no la había herido.

No podía creer que Marian se hubiera atrevido a alzar una pistola contra nadie. ¿De qué se sorprendía? Había ido a por Nick, no era de extrañar que hubiera querido acabar con ella también.

—¿Estás bien? —su amigo le acarició el hombro—. Quizá deberías ir al hospital para que te dieran un tranquilizante. ¿Quieres que te lleve, Ray?

—Ve con Rebecca, yo... —cerró los ojos y clavó las uñas en la madera—. Todo bajo control.

Remington asintió al comprender que Ray necesitaba estar sola.

—Si necesitas cualquier cosa, no dudes en acudir a mí, ¿de acuerdo?

Ella apenas lo miró por encima del hombro, mas no atinó a sonreír. Cuando la puerta de comisaría se cerró, la falta de aire volvió a zarandearla, dejándola casi sin fuerza para sostenerse en pie.

Los ataques de pánico eran constantes desde que se había ido de Blue Valley a los dieciocho. Con su regreso, habían disminuido. Había aprendido que el tempo que había en aquel lugar era

distinto al de Washington y que le sentaba bien.

Todavía cedía ante situaciones que la superaban, como aquella. Como el beso de Nick. Como cuando creyó perderle porque se había salido de la carretera. Era normal que la afectasen según qué situaciones. Era humana. Y de cristal. Reforzado, tal vez, por el paso de los años, pero de cristal al fin y al cabo.

Miró el cielo y contó hasta diez, respirando al compás de la cuenta. Cuando pudo desanclar las uñas de la barandilla, notando los dedos doloridos por la tensión, entró en comisaría de nuevo.

Remington y Phil hablaban con Marian, que gritaba. Había perdido el juicio. En algún momento debería haber perdido las riendas de su vida y ver a Ray debía haber sido el detonante para explotar y dañar al mayor número de personas posibles.

Rebecca estaba en una silla, mirando un vaso de agua. Alzó los ojos al notar su presencia ante ella.

—Ray...

—No, no te levantes —se agachó, una mano sobre su muslo—. ¿Cómo estás?

—Más tranquila. Temí que te hiciera daño. Siento mucho no haberte protegido. Si te hubiera alcanzado, yo...

—Vas a ser madre. Ni te atrevas a disculparte por lo sucedido, ¿vale? —Con los labios temblando, le sonrió y la morena le devolvió la sonrisa—. Creo que deberías ir a casa y descansar. Dudo que Remington ponga inconvenientes. Voy a llamar a Tanner para que venga a buscarte, ¿de acuerdo? No puedes conducir así.

—Ya le ha llamado.

—Bien —Ray se levantó y se frotó la cara con la muñeca. La verdad es que llevaba un día muy duro, emocionalmente hablando—. Rebecca, siento mucho lo que ha pasado. Si no la hubiera provocado, no hubiera cogido la pistola y...

—No te preocupes —ella le tomó la mano—. Ha sido más la preocupación por ti. Si te hubiera pasado algo, no me lo hubiera perdonado jamás. Y, Nick... Dios —la agente la soltó y meneó la cabeza, los ojos cerrados—. Si esa mujer se hubiera salido con la suya, Nick hubiera muerto contigo.

Nick.

Dios mío, lo había dejado solo en el rancho, desencajado de preocupación y todavía malherido después del accidente de la tarde anterior.

—Becks...

Ella debió leerle la mente porque le sonrió. Todavía quedaban posos de aprensión en su mirada del color de las hojas que caen en otoño. Tanner sabría apaciguar sus miedos.

—Ve con él.

—Gracias —se inclinó y le dio un beso en la frente, como si fuera su hermana mayor.

Y con el corazón latiendo con fuerza contra su pecho, salió de comisaría y bajó los escalones del porche de dos en dos.

No sabía por qué, pero de repente le urgía ver a Nick.

CAPÍTULO 13

Cuando sus hermanos habían traído de vuelta a Nick de reconocer el coche que le había sacado de la carretera, no había rastro del auto de Ray. Estaba Dios sabía dónde, huyendo del beso que habían compartido.

Por ello la estaba esperando, sentado en el columpio que había comprado para el porche de los London. Lo había colocado hacía un par de días. Había sido un regalo por todos los cumpleaños que se había perdido de Ray. Ella no había querido aceptarlo al principio, pero tras probarlo, había cambiado de idea. Ahora decía que, mientras estuviera en Blue Valley, aquel sería su rincón favorito y él estaba encantado de habérselo proporcionado.

Cerró los ojos. No sentía dolor alguno en el cuerpo, los analgésicos le hacían bien.

Había intentado conducir, pero no podía pisar el acelerador. El tobillo se quejaba a horrores y temía que el esguince terminase siendo una rotura, algo que no podía permitirse. Así que había renunciado a ir a por Ray y había vuelto a la casa, se había tomado dos pastillas y se había asentado en el porche.

El motor del coche de Ray lo hizo abrir los ojos, más no se movió. La vio subir las escaleras, su figura oscura recortada por la puesta de sol. Frunció el ceño al ver que entraba en la casa, ignorándolo. Hizo un esfuerzo titánico para obligarse a mantenerse quieto. Esperaría a que fuera ella quien se acercase.

Volvió con una copa de vino blanco en la mano. Se dejó caer a su lado, el columpio de dos plazas se balanceó.

El silencio seguía pesando entre ellos. Nick no sabía cómo romperlo. No podía disculparse por haberla besado; jamás se arrepentiría de ello, aunque estuviera condenado eternamente a vivir en el purgatorio. Y no sabía qué decirle respecto a Marian. Era malvada y egoísta, una loca sin escrúpulos que sólo se amaba a sí misma.

—Siento haberme ido así —susurró ella antes de darle un trago al vino. Le tendió la copa.

—Con la medicación, no.

—Cierto. Perdón... —Suspirando, clavó los pies en el suelo y detuvo el columpio.—. He estado dando vueltas por el valle hasta que he oído por la radio que Remington y Rebeccah habían detenido a Marian. He terminado en comisaría.

—No deberías...

—Necesitaba enfrentarla —No lo miró al interrumpirle, tenía los ojos fijos en el vino—. Necesitaba demostrarle que no me daba miedo, dejarle claro que no ha conseguido destruirme.

Nick alzó la mano para posarla en su hombro. El recuerdo de su marcha ese mismo día lo congeló y terminó por dejar caer la mano.

—Ha intentado matarme.

—¿Cómo? —Se incorporó y la hizo mirarlo—. ¿Estás bien? ¡Ray! —Tocó su rostro en busca de algún golpe.

—Ha fallado —no movió la cabeza para alejar las manos masculinas de sus mejillas—. Remington ha desviado la bala. Yo... Creí que acabaría con Rebeccah. O conmigo. Y lo siento tanto...

Nick podía soportar el dolor, podía soportar la idea de que Marian lo detestase. Incluso de que tratase de matarlo. Pero no podía perder a Ray de aquel modo. Imaginarla pálida, temblorosa, con frío, rodeada de sangre...

Se le encogió el corazón.

—Rubita...

Sólo quería reconfortarla. Por más distancias que quisiera poner entre ellos, por más que intentase mantenerse enfadado por su rechazo, no podía resistirse.

La abrazó, pero ella no lloró. Nick lo agradecía. Empezaba a odiar Blue Valley por hacerla llorar siempre, aunque sólo significase que Ray estaba dejando caer todas sus defensas porque el pueblo la hacía sentirse en paz consigo misma. Le acarició el pelo unos momentos.

—Marian ya no podrá hacerte daño. Acabará entre rejas. ¿Me oyes? —la apartó, la luz del atardecer empezaba a perderse en medio de la noche y apenas podía leer sus ojos—. Se acabó.

Ray asintió y se separó de él. El brazo de la copa había quedado fuera del abrazo, así que le dio un sorbo al vino y la dejó en el suelo. Por como miraba el horizonte, estaba claro que seguía enterrada en el *shock* de lo ocurrido.

—Ray... olvídale, ¿vale?

Ya preguntaría a sus hermanos más adelante que había ocurrido exactamente.

—Sí... —La mujer intentó sonreírle.

Nick le apartó el pelo de la cara y se inclinó para besarle la mejilla.

Pero Ray movió levemente la cabeza y sus labios se encontraron. El *cowboy* no quería presionarla más, por eso empezó a alejarse.

Sin embargo, Ray tomó su camiseta con las manos y tiró de él para que no se echase hacia atrás. Aquel beso tímido y largo se convirtió en algo más cuando se separaron unos instantes, se miraron a los ojos por entre las pestañas y se lanzaron al abismo, buscándose.

Nick no fue consciente de dónde estaban las manos de Ray, sólo sabía que estaba besándola y aquello le bastaba. Saqueó su boca, se quedó con su humedad y se enterró en su colonia...

—Ray... —Se apartó, la espalda tocando el límite del columpio—. No podemos.

—¿Qué? —Aturdida, Ray parpadeó varias veces. Pese la oscuridad de la noche que empezaba a cernirse sobre Texas, Nick lo apreció—. Esta tarde me has besado y ahora...

Nick se levantó, interrumpiéndola, y arrastró la pierna hasta que pudo apoyarse en la barandilla. Oteó el horizonte, buscando el valor para enfrentarse a ella.

—Esta tarde te he besado y te has marchado como si acabase de confesarte que soy un asesino.

—No me lo esperaba —se defendió Ray, los brazos en jarra—. Me prometiste comportarte conmigo, pero no lo has cumplido. Tengo derecho a estar confusa cuando me toman por sorpresa y me veo superada por la situación.

—¿Sabes cómo me he sentido cuando te has ido?

—¿Y tú sabes cómo me siento al besar otros labios después de meses de relación estable con otro hombre? —exclamó Ray, golpeando el interruptor para encender la luz del porche. Tenía los ojos húmedos y la prudencia de Nick se tambaleó—. Me he sentido incómoda porque no eres Dawson. Me he sentido bien porque me ha gustado... que me besaras. Y sólo quería huir porque tú haces que quiera quedarme en Blue Valley, cuando en realidad creo que lo mejor es regresar a Washington. Me aturdes, me dejas hecha un lío —gruñó y borró una lágrima de la mejilla con un manotazo.

¿Qué significaba aquello? ¿Cómo debía tomárselo? ¿Había una pequeña posibilidad de recuperarla o era una forma que tenía Ray para olvidar a Dawson? Quería comprenderla, pero no podía. No quería tacharla de egoísta, si bien el Nick que tanto la había extrañado en esos momentos solo quería irse de allí.

—Necesito tiempo.

—Y estoy dispuesto a dártelo —Nick también elevó la voz una octava—. ¡Por eso me he apartado hace un momento!

Ella resopló y se sentó de nuevo en el columpio. Nick la observó. La luz del pequeño farolillo que pendía del techo volvía su pelo más oscuro y su piel más clara. Sin duda no estaban pasando por un buen momento; él también estaba hecho un lío. Ray decía estar incómoda cuando lo besaba, a la par que a gusto.

—¿Por qué me has besado, Ray?

Diablos, no se había dado cuenta de que había hablado en voz alta y ahora se arrepentía de ello. Había preguntas que era mejor que no tuvieran respuesta.

Ray se echó hacia atrás y se sentó al puro estilo indio.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

Ella negó con la cabeza, el pelo golpeándole las mejillas, arreboladas por la vergüenza. O tal vez estaba nerviosa. Nick recordaba las primeras veces que se vieron después de decidir ser pareja. Se reía por todo y estaba ruborizada la mayor parte del tiempo. En ese preciso momento, parecía volver a ser aquella chiquilla sobrepasada por los sentimientos.

Así se sentía Ray.

Vulnerable e insegura. Volver a besar a Nick había sido un golpe para ella. Había deseado más, había querido desnudarlo, quitarse la ropa y descubrir qué era acostarse con él. Lo había deseado tanto de joven... Aquel pensamiento la había asustado.

Desde su llegada se había repetido cientos de veces, millones de veces, que Nick no le convenía. Que ella solo quería curar su corazón roto con distancia y trabajo apoyándose en un hombro conocido, el de un buen amigo.

La sombra de Dawson había desaparecido, la culpabilidad y la extrañeza del beso con Montgomery la habían aturullado. Sólo había podido fugarse.

Y cuando Rebeccah le había recordado que Nick la esperaba en el rancho, que le haría daño saber que a ella le había ocurrido algo, no había podido evitar ir en su busca... ni besarlo.

Era normal que Nicholas se hubiera ofendido. Era una cría, inmadura y caprichosa. Merecía sus desprecios, que estuviera confundido y se lo recriminase. Por eso aguantaría con estoicidad todo lo que él tuviera que decirle.

—Cuando tuviste el accidente, yo... sufrí mucho. Si me hubiera pasado algo esta tarde, sé que tú tampoco lo hubieras... —Ray meneó las manos, en busca de la palabra correcta—. *Soportado*. Y he venido hacia aquí tan rápido como he podido porque necesitaba verte, tocarte, asegurarme de que eras real. Y que... realmente yo estaba aquí.

—¿A qué te referes?

—Quizá la bala sí me había herido, estaba inconsciente y te estaba soñando...

Ella alzó la mano para acariciarle el rostro. Nick se sorprendió al darse cuenta de que en algún momento había cojeado hasta ella y que ahora se aguantaba frente a Ray con un solo pie.

Comprendía aquella sensación. Cuando había bajado del coche y había visto a Ray correr hacia él, en aquella carretera solitaria, había ansiado abrazarla, besarla, acariciarla. Asegurarse que ella estaba en el pueblo y que él no estaba muerto, viendo un ángel.

Ray continuó hablando:

—Pero eres real y no estamos bien. Lo mejor será que me tome un somnífero y me vaya a la cama.

La tensión de Nick se deshizo.

Le puso las manos en los hombros para impedir que se levantase del columpio y ella lo miró con los ojos abiertos como platos.

—Estás bien, viva. Y yo también —Sus dedos le recorrieron los hombros hasta el cuello. Ray tragó saliva, sus pupilas dilatadas desbordaban su mirada olivácea—. No voy a pedirte perdón por haberte besado esta tarde, pero sí por haberme apartado cuando has empezado tú. Yo también quería besarte.

A Ray se le escapó un tembloroso suspiro que el vaquero quiso atrapar hundiendo la lengua entre sus labios.

—Nick, me estás seduciendo.

—Estoy siendo honesto —Le dedicó una sonrisa fatigosa.

No fue premeditada, simplemente le salió así porque estaba cansado. De luchar consigo mismo, contra sus sentimientos, contra Ray, contra el jodido mundo entero.

—He estado con otras mujeres mientras tú estabas en Washington, no voy a negártelo. Pero cuando se trata de nosotros... de ti y de mí... —Se dirigió a pata coja hasta la puerta principal y volvió la cabeza para mirarla—. Sabes que es distinto.

Ray se levantó para responderle, pero Nick entró en la casa, dejándola sola, allí plantada. Miró un momento hacia la nada. Ya no había luz en el cielo, la luna estaba escondida esa noche. Sólo empezaban a titilar diminutas y lejanas estrellas.

Seguían vivas pese a ser recuerdo de algo que murió hacia tiempo.

Como sus sentimientos hacia Nick. Ahora comprendía porqué decían que había personas que te tocaban el corazón y éste les pertenecía para siempre, aunque se marchasen, aunque lo destrozasen y redujeran a cenizas.

Por más que quisiera atarse a Dawson, ya no sentía nada por él. Solo había rastros de amistad y un poco de sufrimiento.

Era duro darse cuenta de que el pasado siempre había estado ahí, acechando.

Era duro darse cuenta de que era tan débil como para volver a sentirse atraída por Nicholas Montgomery. En algún punto del camino, él se había perdido en la bruma del olvido y ella se había enamorado de Dawson y encaprichado de hombres insulsos. O tal vez no eran tan grises como Ray se hacía creer. Todos eran simpáticos, agradables, listos y atractivos. Pero se había boicoteado a sí misma, frenando sentimientos, escondiéndose en temores y viejas heridas. Así, cuando ellos empezaban a enamorarse, ella no sentía lo mismo y tenía el motivo ideal para desprenderse de una persona que se acercaba demasiado a su corazón.

Lo siguió. No supo bien por qué, pero fue tras el *cowboy*.

Nick dormía en la planta baja porque Ray no quería que durmiera en el piso superior yendo con muletas. Abrió su puerta sin molestarse en llamar. Lo hizo decidida, antes de que la valentía que se había apoderado de ella se esfumase.

Nicholas estaba sentado en el borde de la cama y se había quitado la camisa. Estaba guapísimo pese tener la cabeza, el pecho y el pie vendado.

—Ray...

—Esta tarde no me he comportado bien, y te pido disculpas. Pero, igual que tú... no me arrepiento de lo que ha pasado en el porche.

Hablar de sus sentimientos siempre le provocaba dolor de estómago. Enfrentarse a ellos y darles voz siempre había sido muy difícil para alguien tan tímido como ella. Ray no era tan extrovertida ni tan segura de sí misma como muchos creían. Era pura fachada. Un personaje. Una imagen que tenía que vender para que no se atrevieran a hacerle el más mínimo rasguño.

Nick se levantó y Ray creyó ver en él un gladiador enfrentándose a un adversario solo con la mirada.

Fue como si algo se contrajera en su vientre y una descarga eléctrica bajase por su cuerpo hasta posarse entre sus muslos. Reculó un paso, pero Nick estuvo frente a ella en un parpadeo. ¿Cómo había llegado tan rápido a su lado cuando tenía un pie inmovilizado?

—Nick...

—¿No te arrepientes? —Su sonrisa fue como un puñetazo en el centro del pecho.

Ray negó con la cabeza.

Y casi jadeó cuando la mano de Nick se posó en su rostro, sujetándoselo firme pero con delicadeza. El oxígeno se le atascó en los pulmones, el corazón dejó de palpar. Fue como si un torrente de fuego la estrangulase y un hormigueo de expectación le lamiera la columna vertebral. La piel se le puso de gallina.

—Esta tarde me he prometido no acercarme demasiado a ti, no ser peligroso para tus sentimientos... —Recorrió la curva de su cuello con la nariz, su perfume fue directo a su miembro,

ya agitado—. Tú decides cuando nos detenemos.

Nick atrapó su boca con la suya y Ray olvidó toda sensatez. Besar a ese hombre era sinónimo de perder el control, pudiendo ser solo consciente de sus labios, de su sabor, de su lengua. No podía concentrarse en nada más: en dónde estaban, cómo, con quien, haciendo qué. El mundo había desaparecido.

Se perdió en aquel beso y cuando abrió los ojos de nuevo, Nick le estaba desabrochando la camisa sin mangas que Ray llevaba aquel día. Lanzó un suspiro cuando las puntas de los dedos de Nick acariciaron el contorno del sujetador.

—Eres tan hermosa... —Nick hundió la lengua en el hueco de su clavícula mientras le quitaba la camisa, rozando en todo momento su piel, como si la necesitase—. Quieta, rubita... tranquila...

Ray se disculpó en susurros cuando se dio cuenta de que estaba agarrándose con las uñas a sus hombros desnudos. Tocó la venda, la siguió con las palmas abiertas. Los músculos se contrajeron, pese a estar doloridos, bajo su tacto. Se sintió mareada por las sensaciones que la sacudían.

Nick dejó caer la prenda femenina al suelo. Ray gimió contra su lengua y se la mordió suavemente, un torrente de calor la recorría. Le encantaba aquel abrazo tan estrecho que la obligaba a arquearse contra su torso y no dejaba apenas espacio entre ellos.

A él también le gustaba tenerla así, acorralada entre la jamba de la puerta y sus brazos. Le lamió la línea de la mandíbula y la soltó para poder recorrerle el cuerpo con las manos. Llevaba años soñando con aquel momento y allí estaba. ¡Al fin! Recorriendo por primera vez el mapa de sus costillas. Surcando la piel tersa de sus caderas, rozando una y otra vez el cinturón, que quemaba contra el dorso de sus muñecas.

Se deleitó en la cremosa textura de su piel, recorrió su rostro con la nariz. Habían pasado los años, pero sus pecas seguían allí, formando constelaciones sobre sus pómulos, creando pequeñas galaxias en el puente de su nariz.

Ella levantó la cabeza cuando sus manos temblorosas se posaron en los bolsillos de sus pantalones. Nick enarcó una ceja en su dirección, los celos que lo abofeteaban escaparon. Cuando lo miraba así, con la duda dibujada en la mirada...

—No sé si esto está bien, Nick.

Ray lo soltó. Por cómo flexionaba los dedos, parecía que le costaba un mundo apartarlos de él. Escondió las manos en los bolsillos traseros del pantalón. Nicholas quiso creer que lo hacía para contenerse, para no acariciarlo, porque si lo tocaba no conseguía ser objetiva.

—¿Acaso hacemos algo malo, rubita? —Se acercó más y le mordisqueó el lóbulo de la oreja. Se tragó una sonrisa cuando el cuerpo de Ray se estremeció—. Pídemelo que pare, y lo haré.

—Yo... Dawson...

La soltó y hundió las manos en la pared, a cada lado de su cabeza. No quería amenazarla, ni mucho menos. Esperaría paciente su explicación. ¿Qué clase de hombre sería si no lo hiciera? ¡No era una bestia!

Que Ray se sintiera culpable por desearlo le hacía daño, pero que lo hiciera porque pensase que le debía fidelidad al tipo que le había roto el corazón... lo cabreaba. Odiaba a ese tipo. Aquel federal había hecho trizas todo lo que formaba a esa mujer y ella le era leal.

—Hace meses que lo vuestro acabó, Ray. No le debes nada. Absolutamente nada —las palabras salían de su corazón, no desde el amor visceral que lo removía—. Ray, si no es conmigo, acabarás haciendo el amor con otro hombre. Estarás con otra persona y no será Dawson...

Ella asintió, los ojos anegados de lágrimas. Sabía que tenía razón. No podía cerrarse al mundo para siempre. Tenía derecho a seguir con su vida, a sentirse amada y deseada.

—Si quieres que me detenga, sal ahora por la puerta, Ray.

Ella parpadeó, abrió la boca. Parecía buscar las palabras exactas, pero para Nick no había nada que decir. Empezaba a entender por qué Ray se había lanzado en el porche y lo había besado. La soledad y el estar cara a cara con la muerte te hacían cometer locuras. No había sido más que un

espejismo provocado por la adrenalina.

Aquella no era Ray, sino una mujer que necesitaba sentirse viva.

Aquello no era motivo suficiente para acostarse.

—Vete ya, rubita. Por favor.

—No.

La miró con el ceño fruncido, sin comprender a qué se refería, pero apenas pudo reaccionar. Ray rodeó su cuello con los brazos y le hizo bajar la cabeza para besarlo.

Un beso vale más que mil palabras.

Él caminó hacia la cama mientras las manos navegaban por su espalda. Buscaba el cierre del sujetador. Cuando la prenda cayó al suelo, Nick creyó que moriría allí mismo. Apartó los ojos de sus pechos como si estuviera cometiendo un delito y se topó con la mirada de Ray.

—¿Estás segura de esto?

—Te deseo. Y tienes razón: cuando dejas a alguien, siempre rehaces tu vida y eso implica hacer el amor —Se sonrojó—. Tendré que enfrentarme a nuevas primeras veces. El sexo no es una excepción. Y quiero que ese primer hombre seas tú.

El vaquero respiró entre dientes.

—Ray... ¿qué pasará mañana cuando amanezca?

—No quiero perderte.

—No lo harás, rubita, pero...

—Una noche —murmuró ella.

Nick sonrió.

—Me es suficiente.

Caminó hacia atrás para llegar hasta la cama. Necesitaba llegar allí o le haría el amor en el suelo. Y no quería que su primera, y tal vez única, vez con Ray fuera así. Tenía que ser cómodo, especial. Por más desesperado que estuviera por enterrarse en su interior, tenía que darle a Ray una noche para recordar.

La parte de atrás de sus rodillas tocaron el colchón y se dejó caer sobre él. Ray se sentó a horcajadas sobre él. Sonriendo, permitió que Nick le apartase el pelo y le mordiera el cuello. Los dientes recorrieron su delicada piel hasta la yugular y se echó para atrás cuando la boca de Nicholas atrapó un pezón rosado.

Nick le dedicó tiempo a su busto. Se deleitó con cada curvatura, lamiendo, mordiendo y besando. La tumbó en la cama cuando supo que estaba tan excitada que pronto necesitaría más de él.

Le quitó las botas y luego los pantalones cortos. Ya sabía cómo era su piel, pero ahora quedaba totalmente al descubierto. Los lanzó a cualquier lugar, qué más daba dónde cayeran los endiablados *shorts*. Verla en braguitas lo hizo gemir. Le besó la pierna, luego la otra. No dejó un centímetro de piel sin besar.

—Nick...

Le encantaba oírla suspirar su nombre, no se cansaba de ello.

Trepó por su cuerpo repartiendo besos y mordiscos al azar. Ray enrolló una pierna en sus caderas, enarcando una ceja.

—¿No deberías quitarte antes el pantalón?

Nick casi se rio. La besó antes de rodar hacia un lado. Se desabrochó los pantalones y de un tirón, se los quitó. El tobillo se le quejó, pero qué más daba. Ella lo empujó con cuidado cuando intentó incorporarse. No opuso resistencia, estaba entregado a esa mujer.

—Eh, eh. ¿Dónde crees que vas, Montgomery? —Ray también se rio. Estaba arrebatadora cuando sonreía así. Era como si las estrellas se hubieran mudado a sus ojos—. No puedes hacer esfuerzos, ¿recuerdas? Órdenes del médico.

—Estoy bien... oh, vaya —tuvo que respirar hondo cuando ella se sentó sobre su vientre, marcado por los abdominales.

Una mano resiguió aquellos músculos que sobresalían y subió hacia su cuello, donde acarició su pulso, que era errático. Ray se inclinó y le besó el pectoral izquierdo por encima de la venda. Mantuvo allí los labios unos momentos. Nick le apartó el pelo de la cara, que había caído a un lado como una cascada.

—Es increíble —Sus labios lo rozaban con cada movimiento, si bien sus ojos se elevaron hacia él y sus pestañas se perdieron en las cejas. Aquella mirada felina hizo que se tensase todavía más—. Pese a toda esta tela, puedo notarlos... Tu corazón. Late... muy deprisa.

—Por ti.

—Por mí...

Su toque, que estaba enredado bajo sus calzoncillos, era demasiado decadente y poderoso como para hacerle pensar con claridad.

Fue así como Nick olvidó que acababa de hacer una confesión demasiado peligrosa.

—Ray, detente... —sin aliento, sin voz, se removió y ella se quedó rígida. Nick le mordió la barbilla—. Me encanta lo que me haces, pero... así no. Contigo...

Siempre se habían entendido bien. Se entendían a la perfección. Así que Ray supo a qué se refería y sus ojos se entornaron. Le quitó los calzoncillos. La vio agrandar mucho los ojos y, por primera vez en treinta años de vida, Nicholas se sofocó.

Pero más se sonrojó cuando vio como ella se quitaba lo que quedaba de ropa interior y se quedaba desnuda ante él, de rodillas.

Con voz ronca, le dijo que tenía preservativos en la cartera. Ray no comentó nada, ni le preguntó por qué siempre llevaba un par allí. Tomó uno y se lo quedó mirando como si fuera algo peligroso.

—¿Te has vuelto tímida de repente? —consiguió decir.

Hacía tanto tiempo que no oía su risa nerviosa que el corazón de Nick por poco se le sale por la garganta cuando Ray se carcajeó con suavidad.

—No soy yo la que está roja como un tomate.

Nicholas le quitó el paquetito de las manos. Lo rasgó tras dos intentos, tanto temblaban sus dedos, y se lo colocó inhalando con dificultad. Si lo hiciera ella, alcanzaría el orgasmo por sí solo y sería lo peor que podría sucederle esa noche.

—Ray... todavía puedes...

—¿Echarme atrás? —terminó ella por él, poniendo los ojos en blanco—. De eso nada, Nick. Estoy aquí.

—Rubita...

Ella le guiñó un ojo, se sentó sobre él y lo tomó con una mano para ayudarlo a encontrar la entrada a su cuerpo. Ambos gruñeron cuando la erección encontró el punto de entrada. Cuando Ray bajó el cuerpo, lo hizo poco a poco. Podía notar que ella se tensaba. Llevaba mucho tiempo sin mantener relaciones sexuales, le molestaba. Nick la agarró por las caderas para que no se moviera. Necesitaba adaptarse a él, a su tamaño. Y, para que engañarse, Nicholas también quiso tener unos segundos para coger aire y disfrutar de aquella sensación. Pero no pensaba protestar, aquello era mejor de lo que hubiera imaginado jamás.

Llevaba tantos años deseando hacerle el amor, deleitarse con su cuerpo, demostrarle todo lo que sentía con ella de otra forma que no fuera con palabras...

Ray fue la primera en moverse, sorprendida porque ya no se sentía tan culpable y extraña como antes. Dawson ya hacía tiempo que era pasado y Nick era presente. También era pasión, fuego y deseo y Ray estaba ansiosa por quemarse y estallar convertida en cenizas...

Y aquel dolor tan agradable que la sacudía entre las piernas la encendía y la hacía temblar. Era como echar gasolina a una pequeña llama.

Se dejó llevar por la pasión. Se agarró a sus hombros y ascendió y descendió sobre su miembro. El placer que sentía debería estar prohibido. Jamás se había sentido así, tan libre. Tenía que hacer

grandes esfuerzos por no pedirle a Nick que moviera las caderas más rápido contra las suyas. Había logrado vaciar la mente y centrarse únicamente en el vaivén de sus cuerpos, pero no olvidaba que el vaquero estaba herido.

Nick llegó antes al orgasmo, tomándola totalmente por sorpresa. Abrió los ojos, pensando que lo había imaginado, pero no. Ahí estaba aquel extraordinario e imponente *cowboy* sucumbiendo a ella, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Cuando lo notó estremecerse contra su cuerpo por última vez y vio cómo echaba la cabeza hacia atrás, susurrando una y otra vez su nombre, el corazón se le detuvo, latiendo luego a trompicones.

—Lo siento, Ray...

—No te cubras —impidió que Nick levantase el brazo para taparse los ojos y le mordió el dorso de la muñeca, luego lamió las venas que latían apresuradas bajo la piel—. Me encanta saber que pierdes el control.

Él se levantó lo justo para besarla.

—Sólo lo pierdo contigo.

Ella gimió; no pudo responder, sólo boquear en busca de aire. Nick había colado la mano entre sus cuerpos y tocaba el nudo de nervios que hacía que sus muslos se contrajeran involuntariamente.

—Termina, rubita. Quiero ver cómo llegas al orgasmo. Deja que este momento sea mío... —Le lamió la boca hinchada y sonrojada—. Me debes esta noche.

Y la hizo llegar hasta al abismo al que te arrojas sabiendo que ya nada será igual cuando quieras subirlo y recuperar a la mujer que eras antes de tirarte por él.

CAPÍTULO 14

Nick se duchó en tiempo récord. Quería llegar cuanto antes al dormitorio. Era un hombre de lo más activo, nada perezoso, pero ansiaba meterse bajo las sábanas para abrazar la mujer que lo esperaba envuelta entre ellas.

Sabía que Ray no se había marchado de su cama. Algo dentro de su magullado esternón le decía que ella seguía durmiendo en el dormitorio de invitados que ocupaba Nicholas.

Se detuvo en el vano de la puerta y se apoyó en el marco con un hombro, agarrándose las costillas con el brazo.

Ray estaba de espaldas a él, tumbada medio de lado, medio bocabajo. Tenía las piernas abiertas, ocupando así la mayor parte de la cama. Los brazos abrazaban las sábanas contra su pecho, aunque éstas dejaban a la vista su espalda y su trasero, tentadoramente cubierto por sus braguitas de encaje. Su preciosa melena estaba esparcida por la almohada.

Ojalá pudiera alargar aquel momento para toda la vida. No volver la noche en la eternidad, sino convertirse en el hogar de Ray. El lugar donde regresar cuando el día terminase.

Le escocieron los ojos y se obligó a respirar hondo. Hacía mucho que no lloraba por Ray. No obstante, los sentimientos afloraban con la fuerza de un huracán.

Le encantaría llegar del establo, dejar el sombrero y la chaqueta en el perchero, subir las escaleras y encontrarse a Ray con la melena recogida, un lápiz entre las manos, dando vida al hogar de otra persona sobre el papel...

Así podría acercarse a ella, abrazarla, besarla. Decirle lo feliz que estaba de que fuera su esposa, porque no creía merecer a una persona como ella. Así podría amarla más a menudo, amarla cada día mejor. Podría demostrarle que no era el cobarde que fue de joven, porque su amor era más fuerte ahora y no quería volver a perderla.

Miró el techo unos momentos, obligándose a calmarse.

Sólo cuando estuvo seguro de mantenerse erguido sin temblar, se acercó a ella.

Nick se sentó en el borde de la cama con cuidado para no despertarla.

Adelantó una mano hacia aquella cremosa piel, cubierta de lunares. Quería tocarla de nuevo, se moría de ganas de hacerlo. Y pulsar cada lunar, como si fueran botones. Besarlos. Se había recreado con las piernas, con su vientre, con sus pechos antes, pero ahora quería atiborrarse con su espalda. Con sus hombros y su nuca despejada.

Le resultaba tan sencillo imaginarse acariciándole el hombro, descendiendo por su columna vertebral. Y así, escribir poemas en su espalda con los dedos hasta que Ray despertase. Podía verse perfectamente colocando un cojín bajo sus caderas y dejarse caer suavemente dentro de ella hasta hacerla llorar de placer.

Le debía eso y más.

Se tumbó junto a ella y se tomó una pastilla. Dejó la botella de agua en la mesilla de noche y le recorrió el brazo con el dorso de la mano. Ella se removió, gimió en sueños, y se cubrió más con la sábana.

Nicholas la abrazó y se pegó a su espalda. Apartó el pelo de la almohada y le besó la nuca. Ray volvió a moverse. Dijo algo incomprensible sin despertarse y se arrimó a él, incluso movió un poco el rostro, como si le dejase espacio para apoyar la barbilla en su hombro.

Respiró hondo y se preguntó si podría hacerle el amor otra vez antes de que saliera el sol.

Ray era muy orgullosa, una mujer de palabra. Si prometía una noche, Nick sabía que no tendría nada más de ella.

Era férrea, el control formaba parte de su día a día. Aquella era la nueva Ray, claro. La joven

cedía a todo lo que le venía de cara y lo enfrentaba con calma. Ahora prevenía y frenaba todo lo que sucedía a su alrededor para reducir daños.

Cerró los ojos, decidió dejar aquello a un lado. Su cuerpo estaba acostumbrado a levantarse antes del alba. Podría dormir un poco y despertarla con besos y mordiscos más tarde.

—Nick...

Se tensó, pero se dio cuenta de que Ray no se había despertado. Lo había llamado en sueños. Se relajó al instante y acompasó su respiración a la de ella.

Eran casi las cuatro de la madrugada cuando Ray encendió una lamparita del salón y se sentó frente al piano sin arrastrar el taburete. Nick dormía apaciblemente. No quería despertarlo.

Levantó la tapa con delicadeza y soltó el aire que estaba conteniendo cuando puso los dedos sobre las teclas. No las pulsó, sólo saboreó el tacto contra las yemas de los dedos.

Ray todavía vibraba cuando pensaba en que habían dormido abrazados, como si fueran una pareja normal y corriente.

Levantó los ojos hacia la ventana que quedaba al lado y observó la vía láctea allí, colgada en lo más alto. Había necesitado regresar a Blue Valley para darse cuenta de que Washington le había robado las estrellas, la luna...

Volvió a clavar la mirada en el piano y movió los dedos por encima como si diera vida a una melodía más, si bien la rodeaba el silencio. Oía la música en su cabeza. Tocar la reconfortaba. Era como si su madre estuviera allí, con una promesa silenciosa de que todo iría bien...

Se había acostado con Nicholas Montgomery.

Sus fantasías adolescentes se habían hecho realidad, todo lo que había querido de joven y no se había atrevido a hacer había sucedido esa noche. Al menos, una parte de todo lo que le hubiera gustado.

Tal vez él también esperaba esto cuando eráis jóvenes y ha sido una forma de cerrar tu capítulo, pensó.

Aquel pensamiento la hirió. No sabría decir por qué.

¿Acaso le molestaba que Nicholas cerrase la vieja herida de un primer amor? ¿Era por eso por lo que la besaba y había querido hacerle el amor? ¿Para caer en la tentación y dejar de desearla?

Maldita sea, se sentía atraída por él a niveles más allá de los físicos. Sólo pensarlo la dejaba sin aire y hacía que notase un vacío en la boca del estómago.

Aquello no podía ser...

Se había vuelto a enamorar de él.

Quizá estaba condenada a encontrarle una y otra vez. Ya habían coincidido de nuevo en la vida: aunque se había prometido no volver a Blue Valley, en cuanto había surgido la oportunidad, había conducido directa hacia allí. Prefiriendo la compañía de Nick a la posibilidad de encontrarse a Dawson por la calle. Era como si ese hombre estuviera anclado a ella de una forma u otra y Ray estuviera de acuerdo con eso, pese a todo lo sucedido entre ambos.

Ray comprendió que el amor es como una moneda. Caminas primero por la cara. Disfrutas, la usas como pista de baile. Es bonito, intenso. Das gracias por sentirte tan vivo y tan querido, nunca imaginaste tanta felicidad. Entonces te rompen el corazón y quieres descubrir la otra cara de la moneda, conocida como *la cruz*. Paseas por el borde de la moneda, esperando que tu corazón sane y se te permita llegar a la cruz. Hasta que te ves capaz de saltar al otro lado.

Y es que buscas otro amor, uno menos dañino y más suave que te meza en una vida cómoda y tranquila. Donde la pasión no es tan visceral ni los sentimientos tan crudos. Pero el destino, a veces tiene otros planes. Y sí, cuando llegas al otro lado de la moneda, te reencuentras con la persona que te hizo creer y te hizo infeliz la primera vez.

La primera persona a la que entregaste tu corazón y te lo devolvió resquebrajado.

Es así como la vida te hace descubrir que sólo cambia el dibujo de la moneda: mas esta sigue siendo la misma, por más vueltas que le des entre tus dedos, por más que pasees por el borde...

La cruz tiene un aspecto distinto a la cara, el tiempo ha pasado y ni siquiera tú eres el mismo. Pero sí. La cruz es la cara, la cara es la cruz, la moneda esa persona y siempre lo será. Y tú estás atado a ella de por vida.

—¿Ray?

Ella casi gritó, el corazón por poco se le escapó por la garganta. Se sobresaltó y detuvo las manos, mirándolas como si no fueran las suyas. ¿En qué momento había empezado a tocar?

—¿Estás bien? —Nick se colocó al lado del piano, vestía sólo con los calzoncillos mientras que ella se había enrollado en la sábana en una especie de túnica—. ¿Rubita?

—Sí... —meneó la cabeza e intentó sonreírle—. ¿Te he despertado? Perdona, no me he dado cuenta de que estaba... yo... lo siento. No pretendía ponerme a tocar.

Apenas podía mirarle a la cara. ¿Cómo afrontarlo cuando aquellos sentimientos que había conocido esa misma noche la mataban con lentitud? ¡No podía volver a amar aquel hombre!

Debería haber sido más cuidadosa. Sabía que caminar por arenas movedizas comportaba el riesgo de ser engullida por ellas. Y Ray se había lanzado de cabeza pese a todas las señales y sirenas que le indicaban que hacerlo era peligro mortal.

—¿Ray? ¿Ocurre algo?

Nick le acarició el pelo, escondiendo tras la oreja un mechón que había escapado del moño que se había hecho a toda prisa.

—No, nada —se levantó y cerró la tapa del piano. Dejó las manos sobre la reluciente madera negra y, gracias a que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, observó el contraste con su piel—. Sólo pensaba.

—¿En esta noche? ¿Sobre nosotros?

Touché.

Pero decírselo sería abrirse en canal a él. Darle un arma tan poderosa como sus sentimientos la destruiría.

—Estaba pensando en que Blue Valley me está... cambiando —no era ninguna mentira. Desde que estaba allí, los ataques de pánico eran menos frecuentes, había perdonado a los hombres que la habían herido y volvía a ser menos recelosa.

Nick pareció leerle la mente:

—Ya no eres tan desconfiada como cuando llegaste.

—Eso parece. Supongo que me has... ayudado a recuperar la parte de mí que dejé aquí —se encogió de hombros.

Le había ayudado a recuperar unos sentimientos que Ray no quería albergar. Le daban miedo. No sobreviviría otra vez a ese hombre cuando se fuera.

—Ray...

—¿Mmmm? —lo miró, intentando no perderse en sus ojos de chocolate y plata.

—Todavía no ha salido el sol.

Se quedó sin aire y un puño la golpeó en lo más bajo de su vientre. La excitación la hizo tragar saliva y notó un corriente húmedo posarse entre sus piernas.

Deseaba volver a estar entre sus brazos. Si iba a saltar desde un avión sabiendo que caería al vacío y moriría en cuánto tocase suelo, al menos podría atesorar algún momento que valiera la pena tanto sufrimiento.

Nick comprendió que Ray se había rendido a él. Fue como si sus hombros se hundieran y sus pechos se hinchasen, deseosos de ser el centro de atención.

Fueron hasta el sofá a trompicones, sin dejar de besarse. La sábana que cubría el cuerpo de Ray cayó al suelo y se quedó en braguitas ante él. Nick observó su cuerpo a la luz de la lámpara y sonrió

como un felino.

—¿Por qué me miras así?

—Porque llevo demasiado tiempo queriendo hincarte el diente, rubita.

Ray se mordió el labio inferior ante tal declaración y se dejó tumbar en el sofá.

Jamás se había sentido tan mujer, tan poderosa, tan llena de vitalidad y de placer que dar y recibir.

Gracias a los labios del ranchero y sus manos callosas pero confiadas por la experiencia, perdió la noción del tiempo. Todo a su alrededor estalló en mil chiribitas de colores. El orgasmo la atravesó, haciéndola gritar. Se dejó caer en el sofá y soltó lentamente la tela de éste, que había agarrado como si la vida le fuera en ello...

Nick se incorporó y se mesó el pelo, sonriendo con picardía. Ella apenas podía mantener los ojos abiertos, pero vio cómo se relamía los labios. Jadeó. En otros hombres, aquel gesto le hubiera parecido de lo más desagradable, pero en él le resultó condenadamente sensual...

—No te duermas. Falta una hora para que amanezca. Durante estos sesenta minutos... —tomó su mano y la levantó del tirón, haciéndola chocar con su pecho— eres mía.

Le temblaban las piernas y dudaba que tuviera voz, pero Ray hizo un esfuerzo por mantenerse de pie y aclararse la garganta.

—Estás convaleciente, Nick...

—Me has dado esta noche, ¿verdad? La aprovecharé aunque tenga que coger la baja una semana —le besó la mano como si fuera un caballero del siglo anterior y la llevó hasta el dormitorio.

Terminaron tumbados sobre la cama, besándose y acariciándose. Ella le arañó la espalda, Nick coló las manos bajo su cuerpo para apretar su trasero contra sus calzoncillos abultados.

Cuando la escasa ropa desapareció, Nick se inclinó para tomar el último preservativo de su cartera. Se adentró en ella de una estocada que zarandeó sus cuerpos y sus cimientos más profundos y escondidos.

Las embestidas de Nick eran duras, enérgicas. La sacudían con tanta fuerza que Ray creyó que su cuerpo acabaría deslizándose por el colchón hasta encontrar el cabezal.

Cada vez que la penetraba, Ray suspiraba.

Cada vez que la penetraba, Nick tenía que apretar los dientes.

Los besos se volvieron furiosos, enardecidos; ambos se sentían como en casa pero no sabían cómo expresarlo, sólo así, que de aquel modo. Cuando sus cuerpos bailaban juntos al mismo son, no había ni miedo al rechazo ni orgullo.

Nick se apartó. Ella quiso protestar, pues estaba rozando el éxtasis con los dedos, pero se rio cuando él hizo que se estirase bocabajo. La piel de la espalda se le erizó cuando volvió a colarse en su interior. Creyó deshacerse hasta convertirse en polvo. Aquella nueva postura le daba más profundidad a sus empujes.

—Déjate llevar, Ray. Por favor... Quiero sentirte —gruñó.

Ella apenas podía levantar el rostro de la almohada, que ahogaba sus gritos.

—Ray...

Fue oír su nombre y estallar en mil pedazos. Como cuando el fuego y la gasolina entran en contacto y hacen que todo salga volando por los aires en una ensordecedora explosión de fuego y color.

Nick la siguió con un rugido. No dejó de bombear en su interior, alargando así el orgasmo de Ray, que luchó para respirar. Nunca se había visto atravesada de aquella forma y necesitaba recomponerse, aunque tenía la sensación de que jamás se recobraría.

Le había prometido una noche. Solo una. ¿Podría cumplir ella su promesa?

Ray tenía un don especial para complicarse la vida. A veces tenía la sensación de seguir estancada en los veinte años, cuando estaba a unas semanas de soplar treinta velas.

—¿Estás bien? —le preguntó al vaquero al ver que se incorporaba con una mueca de dolor.

—Sí —Nick sonrió y se agarró las costillas.

Ray meneó la cabeza y lo siguió hasta el cuarto de baño. La culpabilidad empezó a azotarla. Y la ansiedad le rodeó el cuello, su mente empezó a pensar a toda velocidad: ¿debería llamar a emergencias?, ¿llevar a Nick al hospital? Se había olvidado por completo que tenía que reposar.

—Ray... —Nicholas mojó una toalla nueva del armario y la señaló con ella—. Estoy bien, de verdad. Sólo venía a por esto —suspiró y apoyó un momento su frente contra la suya—. Me encanta que te preocupes por mí. Ahora, súbete a la encimera.

—¿Cómo dices?

—Que te sientes en el lavabo.

No supo por qué obedeció, pero lo hizo.

Se sonrojó como nunca cuando Nick la lavó con minuciosidad. Cuando Nicholas lanzó la toalla al plato de ducha, Ray bajó de un salto y lo hizo mirarla.

—Podemos llamar al médico si no te encuentras bien, Nick.

Agradecido por su preocupación, le besó la frente hasta que los labios se le quedaron blancos.

—Estoy perfectamente, rubita. Deberías acostarte un rato, ¿no te parece?

—Tú también tienes que descansar.

Él asintió y esbozó una sonrisa triste.

Ray odiaba que el sol saliera y se llevase la posibilidad de alargar aquel instante. Quiso preguntarle a Nick si él se sentía del mismo modo. No obstante, no quería herirlo más. Su comportamiento caprichoso había hecho bastante mella en él.

—Voy a por mi ropa —susurró, apenas reconoció su voz.

Dio media vuelta y tuvo que hacer grandes esfuerzos por no correr por el pasillo. Se puso la ropa interior a toda velocidad y cuando se agachó para la sábana, la mano de Nick apareció de la nada y sujetó su muñeca sin ejercer demasiada presión.

Ella se incorporó al mismo tiempo que él.

Nick le besó la mejilla mientras le acariciaba la cara. Se quedó allí, la nariz recorriéndole en círculos la sien. Como si no quisiera que se marchase nunca.

—Quedémonos en el sofá. ¿Dormirás conmigo?

Había tal ruego en sus ojos y en el rictus de su boca, que Ray supo que no podía negarse.

La ropa cayó al suelo, a sus pies. Ninguno de los dos se percató de ello.

—Está bien.

CAPÍTULO 15

Ray bajó del todoterreno con un salto. Una nube de polvo se levantó cuando las botas tocaron suelo. Sonrió todavía más. El trabajo bien hecho siempre la llenaba de orgullo y cuando veía cómo sus planos cobraban vida, no podía evitar sentir que era madre de un bello bebé.

La Cabaña Azul iba viento en popa. Jon y Frank estaban haciendo un trabajo estupendo pese ser dos.

El interior estaba a medio construir, pero se podía entrar y observar la estructura de lo que terminaría siendo una cabaña de dos pisos; reforma autorizada por la familia, ahora que los Montgomery aumentaban el número de integrantes, creían que era buena idea tener dos dormitorios, aunque uno fuera abuhardillado.

Observó el cielo rodeada de madera y piedra. Era curioso sentirse tan bien en un lugar al que no pertenecía.

—Buenos días, jefa.

Se volvió hacia Jon. No lo había visto al entrar, y levantó uno de los vasos de papel que llevaba en las manos.

—¿Un refresco bien frío? —Se lo tendió y su amigo lo aceptó con un jadeo de gratitud—. Está todo muy avanzado. Cuando volváis del puente, ¿cuánto creéis que tardaréis en terminar lo que falta?

—Un par de semanas —Jon suspiró, agradecido por el refresco. El sol de primeros de julio golpeaba desde lo alto del cielo.

—¿Los Montgomery están impacientes?

—Frank —se giró hacia él. Su compañero estaba en la cocina, y acababa de aparecer quitándose los guantes y las gafas de protección—. No te preocupes, no tienen prisa. Saben que estas cosas piden tiempo. Y como han aceptado ponerle una planta más, son conscientes que la cosa se alargará...

El que más parecía tomárselo con calma era Nick. Insistía en que las cosas bien hechas requerían dedicación, no un calendario marcado. Jon le decía que quería pasar tiempo con ella, aunque Ray no lo tenía tan claro. Hacía una semana desde que se habían acostado y apenas se veían.

Cada uno dormía en su casa y sólo coincidían en alguna que otra cena en el rancho de los Montgomery, o en el pueblo de casualidad. Cuando Ray le preguntó si la esquivaba una vez que fue al establo expresamente a verlo, Nick le acarició el brazo, le besó en la mejilla y le aseguró que estaba todo bien.

—Solo recupero el tiempo perdido, rubita. El accidente me dejó fuera de servicio unos días y necesito poner orden en el rancho. Soy el veterinario estrella del lugar —le había asegurado, abriendo los brazos y abarcando las cuadras.

Ray confiaba que así fuera.

Sobre todo porque, pese a que aquella distancia era lo que les convenía, lo echaba muchísimo de menos. No tenía mucho sentido. Ray sabía que estaba siendo irracional e infantil extrañando a alguien de ese modo.

Pero se pasaba las noches dando vueltas en la cama, recordando todas las caricias que compartieron, todos los besos que se dieron.

Volvió al presente con un parpadeo.

—Toma, Frank, esto es para ti. Limonada. Con dos hielos y una rodaja de naranja. Cindy la ha preparado con todo su cariño.

—Ah, esa mujer es tan encantadora como mi querida Marge.

—Estás deseando volver a verla, ¿eh, grandullón? —se burló Jon.

Frank refunfuñó y se atusó el bigote antes de fulminarlo con la mirada.

—Cómo si tú no estuvieras ansioso por encerrarte en la habitación con Cathe.

—*Wow* —Ray alzó los brazos, casi riendo—. Yo mejor me voy, veo que las cosas aquí suben de temperatura y prefiero no estar en medio de vuestras charlas.

—Oh, vamos, seguro que así podemos enseñarte algún truquito —la provocó Jon enarcando las cejas un par de veces, haciendo que Ray no pudiera evitar una carcajada

Frank entornó los ojos. Hacía mucho tiempo que no la veía así. No estaba tan apagada como cuando estaba en Washington.

Pero aquel día parecía estar especialmente entusiasmada. Quizá tenía algo que ver la música roquera que había sonado en su coche antes de que detuviera el motor. O en que la noche siguiente habría fuegos artificiales. Ray siempre le había dicho que le encantaba la pirotecnia del Cuatro de Julio.

—En una hora nos vamos al aeropuerto. Tenemos rato hasta allí. Estad preparados para entonces y así no perdemos tiempo. Voy a poner gasolina, a buscar algo para comer por el camino y vengo a por vosotros —los señaló con el dedo antes de girar sobre el talón de las botas y salir por el hueco que sería la puerta.

—¡Ray!

—¿Mmmm?

Se giró hacia el puertorriqueño, que le sonrió con cariño.

—Seguro que hay asientos libres en el avión. ¿Por qué no te vienes conmigo y pasas el puente conmigo y con Cathe? Nos lo pasaremos bien.

Al día siguiente sería Cuatro de Julio, una festividad de lo más aplaudida y Ray la adoraba. Seguramente la pasaría sola, puesto que sus amigos de Washington volaban esa misma tarde con sus familias. Pero no pensaba quedarse en su dormitorio, llorando por la soledad que volvía a abrazarla. No pensaba perderse los fuegos artificiales. Los vería desde su porche, con un vaso de vino tinto en las manos y un plato de pasta al pesto en la otra.

Y allí, sentada en el columpio, vería los colores y la pólvora inundar el cielo y cubrir las estrellas.

Ya había convivido con la soledad. Sin su padre, sin Nick ni ninguna amiga del instituto, había salido adelante con tan solo dieciocho años. Acababa de cumplir los treinta y podía decir que, pese a la distancia, estaba acompañada por compañeros de trabajo, amigos. No estaba sola, ya no.

Se alzó sobre las puntas de las botas y le dio un beso a Jon. Fue un beso suave y muy ligero en los labios.

—¿Y ser tres donde sólo caben dos? Gracias, Jon —Le tomó las manos y permitió que él entrelazase los dedos—, pero este es mi sitio ahora.

Él le sonrió y asintió, dejándola marchar.

Ray subió al coche, encendió el motor y silenció el rugido de éste subiendo el volumen de la radio. Le encantaba esa semana del año, sin duda era la mejor. Hacía buen tiempo, el ambiente era de lo más acogedor y había colores por todos lados.

Aparcó frente la cafetería de Cindy. Puso los cuatro intermitentes. Confiaba en que nadie avisase a Remington. Había dejado el coche donde le había apetecido y la grúa de Blue Valley estaba desesperada para que le quitasen el polvo de los enganches.

—Buenos días, preciosa.

—Nos acabamos de ver hace un rato, Cindy —Ray se rio sin darse cuenta de que un par de forasteros que pasaban por allí se la quedaban mirando, embobados.

Amanda salió de la cocina en ese momento, cargada con una bolsa de papel, que metió en otra de plástico.

—Qué contenta te veo, Ray.

—Mañana es un día especial —Se sentó de un bote en el taburete—. ¿Ese paquete es para mí? ¿Es lo que te pedí antes?

Cindy sonrió al ver cómo juntaba las manos, como si rezase. Dejó el trapo sobre la barra y le

guiñó un ojo.

—Amanda ha calentado antes de servir las fiambreras, así Frank y Jon lo disfrutarán mejor.

—Ay, ¡sois las dos unos soles! —Con una carcajada, haciendo equilibrios con los pies sobre el barrote del taburete, se alzó para abrazarlas por encima de la barra—. De verdad, no sé qué haría sin vosotras.

Dejó varios billetes encima de la barra. Puso la bolsa a sus pies. Estaba segura de que Frank agradecería que su ración de carne con chili fuera doble. Cuando Cindy vino con el cambio, Amanda y ella dejaron de hablar de la cabaña y los progresos que hacía, y se negó a coger lo que le tendía.

—Sé que en tu factura ya viene la propina, Cindy, pero quiero darte más. Acéptalo, vamos.

Cindy protestó, pero guardó los billetes en el cubilete de metal de las propinas y Ray sonrió triunfal. Luego volvió a mirar a Amanda, que la inspeccionaba con la mirada. Aquello la escamó y un hormigueo extraño le recorrió la espalda.

—¿Pasa algo?

—Nada, sólo intentaba pensar qué te pondrás mañana. ¡Creo que tengo un vestido que te quedaría genial! —al ver que Ray perdía color y su sonrisa empequeñecía al punto, frunció el ceño—. Porque vas a venir con nosotros, ¿verdad?

—¿Eh? No, no —Bajó del taburete—. Puedo ayudaros a servir los perritos calientes y la pizza que deis en el valle por el mediodía, eso sí —sabía que Cindy ponía una paradita en el claro y vendía comida y bebida y necesitaba más ayuda que la de Amanda podía ofrecerle. Siempre había sido así—. ¿Me necesitas, Cindy?

La mujer la miró por encima del borde de sus gafas, que ese día lucían un chillón estampado de leopardo blanco.

—No, querida. Lo que necesito que vengas con nosotros a cenar y a ver los fuegos.

—Los niños estarán encantados de que juegues con ellos. Y créeme, los Montgomery agradecerán que cojas una pistola de agua y te empapes tú y no ellos.

—Así conoces a Lion y a Caroline —añadió Cindy—. Llegan a primera hora.

—No, de veras. Os lo agradezco, pero... no, mejor no —no sabía qué excusa poner para no ir. Se moría de ganas, por supuesto, pero no quería que la invitasen por lástima, porque sabían que no saldría del rancho—. Debo irme. Si no saco el coche de donde está, se lo llevará la grúa. Y todavía tengo que echarle gasolina.

Salió pitando de allí, a paso rápido, sabiendo que ambas mujeres se habían dado cuenta de que todo eran meras excusas para irse como alma que lleva el diablo.

—No la ha invitado —Cindy estaba boquiabierta y rozaba la indignación.

Amanda gruñó y golpeó la barra con una lata de refresco que acababa de sacar de la nevera para darle un trago.

—No sé dónde tiene la cabeza Nick últimamente. Necesita una bofetada de realidad.

—Este chico no sabe aprovechar las oportunidades... ¡Amanda! ¡Algo podremos hacer! ¿No? —añadió al ver cómo la esposa de Remington se mordía el labio inferior, no muy convencida.

Ajena a la conversación de las dos mujeres, Ray dejó la bolsa a los pies del asiento del acompañante y respiró hondo antes de hacer girar la llave en el contacto.

Cállate, corazón.

Nick no la había invitado a pasar el día con su familia; su invitación era la única que había estado dispuesta a aceptar. El resto de Montgomery sólo la invitaría por caridad, compasión en su estado más puro.

Pero él no. Él era el único que la invitaría a acompañarlos por ser quien era, por su amistad. No lo había hecho, demostrando así que la distancia era más real que lo que pretendía hacerle creer a Ray.

Por eso estaba tan sonriente esa mañana. Cuando se había mirado en el espejo, se había reencontrado con la joven de diecisiete años que esperaba ansiosa, día tras día, que Nicholas Montgomery le pidiera ir al baile de graduación con él.

Se acabó el esperar que llovieran perlas del cielo.

Si Nicholas no pensaba invitarla, Ray no pensaba deprimirse por ello ni esperar que lo hiciera en el último momento.

¿Qué mejor manera de enfrentarse a la desilusión que sonriendo y alimentarse de buena música, helado de chocolate y una maratón de películas?

¡Qué había gente que estaba peor que ella, por el amor de Dios!

Fue a la gasolinera con la radio apagada. Por algún extraño motivo, el rock ya no la motivaba.

—Ya no eres esa chica, Ray. Sonríe. Vive. Sé feliz —se dijo en voz alta.

Se detuvo en un semáforo, el color rojo no se distinguía bien a través de las gafas de sol.

Se reclinó en el asiento y consultó su reloj de pulsera. Le sobraba tiempo, lo agradecía. Aunque en Blue Valley no había atascos ni solía haber incidentes, estaba tan acostumbrada a la ciudad de Washington D.C que siempre salía antes. Costumbres, previsión, cosas que la convertían en una urbanita...

Se le secó la garganta al ver a Nick en la otra acera. Estaba hablando con una chica. Parecía joven y era innegablemente bella con su pelo castaño y sus bonitos ojos azules. A Ray le era familiar. Pero de vista, sabía que no era del pueblo. Debería haberse instalado en Blue Valley durante su ausencia. Trabajaba en la floristería y le estaba vendiendo a Montgomery un ramo de girasoles.

Coqueteaba con él. Ray conocía a la perfección ese juego de pies, donde la punta de la sandalia roza el suelo mientras la pierna se contonea con inocencia; el que se mordiera el labio y sonriera de tanto en tanto como si Nicholas fuera una deidad.

Y, por si fuera poco, Nick le devolvía la jugada. Buscaba siempre rozar su mano. Le acariciaba el pelo de forma accidental. Le sonreía con una sonrisa que parecía pedir un polvo rápido en la trastienda.

Arrancó y piso el acelerador a fondo en cuanto, por el rabillo del ojo, vio cómo el semáforo se ponía verde. Condujo hasta la gasolinera con las uñas clavadas en el volante; cuando quiso soltarse se llevó consigo restos negros del recubrimiento.

Bajó del todoterreno pasándose las palmas sudorosas contra los muslos. Después de llenar el depósito, se apoyó en la portezuela sin abrir y, casi sin saber cómo lograba respirar, trazó mentalmente otra ruta posible para regresar al rancho de los Montgomery. No quería volver a pasar por la floristería. Si la nueva ranchera de Nick estaba allí y no había ni rastro de él ni de la chica, Ray enloquecería.

Era una estúpida. Sólo se había acostado con ella para saber cómo sería tenerla, después de todo. No porque estuviera interesado. No porque para él fuera especial. Nick coleccionaba mujeres. Las adoraba en todas sus formas y tamaño. Si bien era respetable, a Ray le dolía.

Los celos la carcomían, la hacían temblar. Notaba una bomba de relojería en su interior, incluso juraría que su corazón latía en un salvaje tic tac que marcaba la cuenta atrás. Nunca había sido celosa, siempre odiando ese término de posesión sobre una persona. Pero la mataba la inseguridad y la preocupación, convirtiéndola en dinamita que, de explotar, arrasaría con todo.

Se montó en el coche y se puso el cinturón repitiéndose que estaba bien.

—Borrón y sonrisa nueva, Ray. Combate la oscuridad con la luz.

Pero aquellas palabras sonaban huecas mientras ponía la primera marcha y soltaba el pedal del freno.

Dio más vuelta, pero no pasó por delante de la tienda. Luego, mientras entraba en las tierras de Nick y sus hermanos, se arrepintió. Ahora la duda la devoraba. ¿Y si sólo coqueteaba pero no pasaba nada entre ellos?

—¿Listos, chicos?

Se obligó a simular que todo estaba bien delante de Jon y Frank. Si la veían decaída, no se marcharían y no quería ser una carga. Bastante hacían por ella estando allí.

Ambos se habían duchado en la autocaravana y llevaban al hombro un petate con ropa sucia.

Despedirse de ellos en el aeropuerto fue durísimo, aunque los vería en cuatro días. Ellos la avisarían cuando el vuelo saliera de Washington, así no tendría que esperarlos en la terminal. Como si Ray tuviera cosas mejores que hacer...

CAPÍTULO 16

Cuando regresó al rancho, se sintió pequeña en una gran casa. Qué idiotez, ¿eh? Sus amigos no habían pasado allí ni una sola noche y Nick se había marchado el mismo día que se acostaron.

Otra prueba más que se arrepentía de lo que había pasado entre ellos.

Se preparó una infusión fría de limón y salió al porche. No tenía hambre, no pensaba comer. No seguía una dieta, pero ver a Nicholas con aquella chica le había revuelto el estómago. Se sentó en el columpio y cogió un libro que había encontrado. Era de su madre, se acordaba que siempre lo llevaba en el bolsillo del delantal.

Era una novela vieja, romántica. De rancheros, para más inri, como si Ray no tuviera bastante de Texas y sus hombres rudos y fornidos. Pero quería saber qué tenía de especial aquel libro para su madre. Quería conocerla un poco más a través de las páginas amarillentas, de la tinta algo borrada.

Nick no tardó en aparecer. Ray bufó y dejó el libro y el vaso a un lado. No se molestó en levantarse.

—Buenas tardes, rubita —Con una sonrisa de oreja a oreja, Nick subió los escalones y se quitó el sombrero de *comboy*—. ¿Por casualidad has preparado algo de comer? Me muero de hambre.

Ray se obligó a esbozar una sonrisa. Nick no podía saber que estaba muerta de celos. Descubriría que era demasiado especial para ella y Ray no podía permitirselo.

—No, no tengo nada. He llegado hace poco del aeropuerto y me daba pereza ponerme a cocinar.

—¿Y si vamos a ver si Amanda puede darnos algo?

—No tengo mucha hambre, la verdad. Pero puedes ir tú.

Una arruga cruzó la frente de Nick, que se sentó en la barandilla, como si la madera pudiera sostener su peso. Afortunadamente, no cedió.

—¿Te pasa algo conmigo, Ray?

—Nada, ¿qué debería pasarme, Nicholas?

Que le devolviera la pregunta usando su nombre dijo demasiado y Ray se arrepintió al instante de no haber usado el diminutivo. Ahora Nick ya sabía que estaba molesta y no pararía hasta descubrir qué había hecho mal para hacerla enfadar.

—Vale, está bien. Sé que he cometido un fallo tremendo contigo estos días, pero he andado liadísimo —al ver cómo estrujaba el sombrero con los dedos, Ray dudó, pero seguramente Nick no hablaba de la florista—. Necesito vender varios potrillos, comprar un nuevo semental y ¿recuerdas el caballo salvaje que tenía adiestrado? ¡Se me ha escapado y no logro dar con él!

Nick no sospechaba nada de lo ocurrido esa mañana.

—Lo siento mucho, espero que puedas encontrarlo pronto. Adorabas ese animal. Y él a ti, créi que habíais congeniado... —sus palabras eran sinceras.

—Pero eso no es excusa... Ray, de verdad, me sabe muy mal no haber podido venir a verte antes —de un salto, se colocó frente ella y le tomó la mano—. Quiero que vengas a pasar el Cuatro de Julio con nosotros. ¡Lion y Caroline nos han avisado que pueden escaparse para pasarlo aquí y quiero que los conozcas!

Llegaba tarde. Lo más seguro era que su tía le hubiera dado un buen tirón de orejas.

Ray no buscaba su caridad, así que sonrió y negó con la cabeza.

—¿No?

—No, Nick.

—¿Por qué? —Parecía confuso, perdido—. ¿Acaso ya has quedado con alguien más? ¿Con Alessandra quizá?

Su mejor amiga de la infancia no había invitado a Ray a acompañarla en aquella fiesta porque tenía tres hijos y varios sobrinos a los que alimentar ese día, ya que su esposo era el mediano de siete hermanos.

—Lo pasaré sola, Nick.

—¿Por qué? Puedes venir con nosotros. Y no me digas que eres una molestia porque... no es cierto —al ver cómo Ray se levantaba, cogía sus cosas y entraba en la casa, la siguió—. Ray. Escucha, mis hermanos te adoran, mis cuñadas ya te consideran de la familia y los niños no paran de decir que jugarás con ellos y que les harás cosquillas.

Ray dejó el libro en la encimera y el vaso en el fregadero, donde lo llenó de agua. Luego lo encaró con los brazos cruzados, la base de la espalda apoyada contra el mueble que escondía la lavadora.

—¿Te ha dicho tu tía que no iba a ir con vosotros al valle?

—Mierda —Nick se pasó una mano por el pelo—. No pensé que se me adelantaría. Cindy aquí... no pinta nada. Te lo prometo, rubita. Esto es cosa mía. Se supone que tenía que habértelo dicho hace días pero... se me olvidó.

Por supuesto que se le había olvidado.

Estaba demasiado ocupado cazando nuevas conquistas, nombres que añadir a esa lista prohibida a la que Ray jamás accedería según el club de caballeros del pueblo.

—Sé que has estado ocupado con la florista, Nick.

Ambos se quedaron sin palabras. Sorprendidos por lo que ella acababa de decir, pero ya no podía recoger la piedra ni esconder la mano, así que Ray sacó pecho.

—No te estoy reprochando nada, que conste —una gran mentira para su corazón pero una enorme verdad para su cerebro—. Eres libre de acostarte con quien quieras y dónde quieras, pero no me digas que no has tenido tiempo para mí cuando puedes ocuparte con otras.

Ver que no lo negaba hizo que el corazón de Ray latiera con pesadez, como si tuviera una roca atada a él. Debería estarle agradecida de que no la tratase como una ingenua, mintiéndole con descaro. No obstante, descubrir que sus sospechas eran ciertas también era doloroso.

—No es lo que parece.

Ray no pudo evitar reír. Sabía que Nicholas Montgomery tenía secretos para conquistar a una mujer de la forma correcta para ganársela. Pero no esperaba que estuviera tan ceñido a los tópicos.

Resultaba insultante.

—¿De verdad, Nick? —Se apartó de él con el labio superior curvado—. No esperaba que me salieras con la típica excusa de amante cazado con las manos en la masa.

—¿Cómo dices?

La tomó del codo para hacer que lo mirase. Parecía indignado. Estaba rojo de furia.

—No es lo que piensas, Ray. Te juro que entre Roxanne y yo no hay absolutamente *nada*. Solo una relación profesional y una leve amistad.

Ella no le creía, no tenía motivos para ello.

Él la llevó al cementerio de Blue Valley. Ray se había negado a ir con él al principio, no quería saber nada de aquella mujer, ni de los motivos que la unían a Nick. Todavía estaba convencida de que intentaba engatusarla. Pero cuando se vio frente la vieja reja, se encontró con los pies anclados en el suelo. No podía entrar, no se atrevía a entrar. Independientemente de por qué Nicholas la había llevado hasta allí, cruzar aquella verja significaba enfrentarse a sus padres.

—Confía en mí.

Nick le tomó de la mano ante la mirada recelosa que Ray le dedicó.

—Se tienen que temer a los vivos, no a los muertos, rubita.

Ella asintió y se soltó de sus dedos cuando el vaquero abrió la puerta chirriante.

Ray siguió a Nick, pero se quedó parada en medio del terreno arenoso. A ambos lados se extendía un ancho camino de tierra seca, con nichos pegados en la pared de piedra que se alzaba

cuatro metros hasta rodear en forma de rectángulo el campo santo. También había cruces de pie, señalando tumbas en el suelo, algunas cubiertas con mármol, otras directamente con cúmulos de tierra.

Miró hacia la derecha. Había una columna de tres nichos, los había mandado hacer su padre cuando su madre enfermó. Ella se lo había pedido cuando supo que le faltaba poco tiempo de vida y Julius London había dejado escrito que lo enterrasen junto a ella.

Se estremeció, la piel se le puso de gallina. Sentía el frío del lugar en cada paso que daba, como si el manto de la muerte espasase desde bien cerca y les hiciera notar su presencia heladora y mortífera.

—¿Ray?

Nick apareció a su lado, sombrero en mano en actitud solemne.

—Vamos, quiero enseñarte qué me une a Roxanne.

Ray no permitió que le cogiera la mano y se dejó guiar hasta la tumba de Brenda, que quedaba al lado de las tumbas de sus abuelos, de sus padres, de su tío.

La familia Montgomery estaba colocada una al lado de la otra y para Ray era duro recordar los entierros de aquellas buenas personas, que confiaban en el amor y en la bondad de uno mismo.

Para ella, la verdadera impresión fue ver la cruz de mármol con el nombre de la hermana de Nick grabada en él y se llevó una mano al corazón al observar el lugar donde reposaba el cuerpo de Brenda. Era un largo montículo de arena que, bajo la cruz, tenía un león de peluche atado con varias cuerdecitas. En su pecho aparecía cosido el nombre de Roth.

Podía notar el dolor del *cowboy*. Era como si su pena traspasase la piel y la ropa y lo acorralase en un manto de fragilidad que amenazaba con romperla en mil pedazos. La temperatura que los rodeaba había bajado todavía más que cuando había entrado en el cementerio, pero Ray apenas la notaba. Sólo era consciente de que Nick todavía sufría su pérdida y que aquel agujero negro no disminuía su tamaño.

Lo observó agacharse frente la tumba, llegó a tender la mano para posarla sobre su hombro. Quería reconfortarlo; Ray deseó poder absorber su dolor y ahorrarle aquel sufrimiento que ella conocía de primera mano.

Y se quedó sin respiración al ver como las manos de Nick reseguían con mimo un ramo de girasoles.

Cerró los ojos al comprender qué unía en realidad a la florista y a Nicholas. Notó la vergüenza navegar por su cuerpo hasta naufragar en sus pómulos, nada tenía que ver con el sol.

—Decía que el número cuatro le traía suerte. Por ser cuatro hermanos —le explicó Nick. Ray notó una sonrisa triste en su voz y una garra ardiente le rasgó el alma—. Cuando estaba a punto de morir, le prometí que el día cuatro de cada mes le traería un ramo de flores diferentes. Me hizo prometerle que lo haría hasta el día de mi boda...

Al oír como respiraba por la nariz para aguantar el llanto, Ray se agazapó a su lado y se agarró a su brazo. Apoyó la barbilla en su hombro, pero no quitó los ojos de la cruz. Él tampoco se movió, como si no percatase de su presencia.

—El Cuatro de Julio apenas tengo tiempo de venir, así que lo traigo el día anterior. Roxanne es la única que lo sabe. Siempre me aconseja qué traerle. Mis hermanos no están enterados de la promesa que le hice a mi hermana, es algo de los dos —aclaró.

—Lo encuentro un detalle precioso, Nick.

Él ladeó la cabeza para mirarla, tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas que contenía.

—¿Recuerdas lo que me dijiste el día que cumpliste diecisiete años, rubita?

—Te dije muchas cosas...

Nick le dio un beso esquimal que la hizo morderse el labio inferior.

—Me dijiste que cuando te sentías sola y no sabías qué camino escoger, venías aquí y hablabas con tu madre. Cuando estoy perdido, vengo a ver a Brenda. Sabe escuchar. Siempre se le dio bien.

Ella adelantó la mano libre para acariciarle las mejillas y empapó las yemas de sus dedos con las

lágrimas masculinas.

—Siento mucho haberte dado la impresión de que Roxanne y yo... que tú y yo... —Ray nunca lo había visto tan nervioso—. Después de lo que pasó...

—No, Nick. Es culpa mía. Lo siento, no debí echártelo en cara —se levantó al ver que él lo hacía y se soltó de su brazo—. Eres libre de hacer lo que quieras y yo...

—No. —Dejando caer el sombrero, la tomó de la cara.

Lo hizo con fuerza, le quitó el aliento. Su mirada se había convertido en dos grandes granos de café. Fuertes, intensos. Pura agresividad y pura fuerza. Pero Ray no le temía. Su corazón estaba en la boca del estómago porque estar cerca de Nick encendía cada célula de su cuerpo. No por miedo, eso jamás. Un *comboy* nunca trataría mal a una mujer. Tenían un código de honor muy poderoso grabado en el ADN. Dominaban caballos y mujeres con mano de hierro y sentimientos suaves, jamás usarían las manos para golpear o menospreciar. Se regían por unas normas morales que a Ray le apasionaban, sobre todo después de conocer todo tipo de hombres de ciudad. Estos no poseían tanta entereza ni tanto salvajismo contenido en su interior; eran hielo azuzado con alcohol y relojes con manecillas de menos, mientras que los tejanos que vivían por y para los ranchos eran justo lo contrario.

—No pienses que lo nuestro fue un polvo sin importancia, Ray. No te atrevas a denigrar lo que pasó entre nosotros a algo tan insulso.

Sus palabras le arrebataron el aire y, durante un momento, la capacidad de pensar con claridad. Su corazón incluso se saltó varios latidos.

Se soltó de su agarre con un leve tirón, él no ejercía casi fuerza sobre sus mejillas.

—Nick, me has dejado de lado...

Apenas fue un susurro, pero él llegó a escucharlo y se sintió herido en lo más hondo. En parte, tenía razón. Pero tenía un buen motivo para no pasar tanto tiempo con ella.

—No es cierto. Te he dado espacio —Nick recogió el sombrero. Se lo calzó, la sombra cubrió parte de su rostro—. Cuando te besé, huiste. ¿Qué podía hacer ahora que nos habíamos acostado? ¡Ray! —le cogió las manos, parecía desesperado—. Me ha costado un mundo mantenerme alejado de ti, por Dios. ¿Cómo iba a tocar a otra si no puedo sacarte de mi cabeza?

Las lágrimas la quemaron y le sostuvo la mirada todos los segundos que fue capaz. Pero no podía mirarlo mucho más tiempo a los ojos, un dolor asfixiante la dejaba sin aire, convertía sus rodillas en mantequilla fundida.

¿Por qué estaban comportándose así? ¿Por qué no había podido morderse la lengua y guardar esos celos sin sentido dentro de ella? ¿Por qué Nick le decía que para él la noche que pasaron juntos había sido importante?

Miró hacia la tumba y se inclinó para poner la mano sobre la cruz.

—Ojalá pudiera haberme despedido de ti como tocaba, Brenda. Descansa allá donde estés —susurró.

Luego, sin mirar a Nick, echó a andar hasta la tumba de sus padres. Sabía que él estaba tras ella, pisándole los talones; la discusión no iba a quedar en aquel punto, Nicholas no quería que fuera Ray quien tuviera la última palabra.

Tuvo la decencia de morderse la lengua y esperar a que Ray saludase a su madre y le susurrara a su padre que lo perdonaba, después de pasar una mano trémula sobre su lápida.

Y es que le estaba siendo muy difícil enfrentarse a aquel nicho de color gris. El de su madre le era tan familiar que una parte de su alma se sentía conectada con ella y se sentía cómoda, como si hubiera llegado a un puerto seguro donde recobrarse. Pero la tumba de su padre era enfrentarse a una realidad demasiado dura que había asimilado al noventa y nueve por ciento.

—Ojalá hubiera estado aquí cuando enfermaste, papá. Ojalá hubiéramos podido solucionar nuestras diferencias antes de que te marches —murmuró, apoyando la frente en el frío mármol. Cerró los ojos con fuerza, las lágrimas teñidas de rímel deslizándose por sus mejillas.

Confiaba en que su padre ahora pudiera descansar en paz. No creía en fantasmas, pero tenía la

sensación de sentirse observada en el rancho y algo le decía que era él. Velándola, custodiando su seguridad. Algo que en vida no había podido.

Por eso confiaba en que aquella visita rápida e improvisada, que Ray había pospuesto durante días sin ser consciente de ello, sirviera de algo para él. Su padre ya había pasado suficiente tiempo en el purgatorio, flagelándose por haberla traicionado. Si Marian tenía razón y todos los infartos se habían dado en fechas señaladas, entonces su padre la había querido más de lo que nunca había pensado.

Miró a Nick por encima del hombro en cuanto su cuerpo le pidió a gritos que se marchase de aquel lugar tan lúgubre. Él la observaba con los ojos entrecerrados, el labio convertido en una línea fina y dura. Le temblaba un músculo de la mandíbula. Emanaba peligro por cada poro de su piel.

—No puedes condenarme por los errores que cometí antes de esa noche, Nick.

Ray no le dejó responder, no vio cómo sacudía la cabeza, pues ya había echado a caminar hacia la salida, frotándose los brazos. Solo regresaría para poner flores en las tumbas de sus padres. Y otra vez para decir adiós cuando se fuera de Blue Valley. Durante unos días, había dudado si debía quedarse o regresar a Washington. Pero ahora que veía que Nicholas y ella se llevaban como el perro y el gato —¿cómo demonios habían empezado esa estúpida guerra?—, sabía que debía poner la hacienda en venta lo antes posible.

Las lágrimas emborronaban su visión, escocían tras sus párpados. Cerró los ojos unos segundos sin dejar de andar. Fue un milagro que no tropezase o perdiera el equilibrio.

En cuanto la cabaña estuviera lista, Ray recogería las pocas cosas que quería recuperar del rancho y las cargaría en el todoterreno.

¡Estaban en un callejón sin salida y la única forma de escapar de él era poner cientos de quilómetros de por medio! ¡Cuántas más millas hubiera entre Nicholas Montgomery y Ray Clove London, menos perdidos se sentirían!

—¡Ray! ¡Espera, maldita sea!

Nick corrió hacia ella al ver cómo alcanzaba el todoterreno. Se había entretenido cerrando la verja y, al volverse, se encontró con que ella no lo estaba esperando.

Al parecer Ray ya había decidido rendirse, no seguir hablando de ellos. Pero él no pensaba dejar las cosas así. No tenía intención de sacar una bandera blanca, su intención era hacerla entrar en razón. La habían dominado los celos y la inseguridad. A él le había ocurrido lo mismo.

Eso significaba que se importaban lo suficiente como para sufrir el uno por el otro.

La negación no elimina los sentimientos. Por más que pretendas ignorarlos, siguen estando ahí. Carcomiéndote el alma, matándote con lentitud. O los dejas salir o te consumen.

Ray ya había abierto la puerta del conductor del coche. No iba a hacerle caso, debía haberlo imaginado. Sin embargo, el vaquero no pensaba permitirle que se fuera, así que se impulsó hacia delante y cerró la portezuela con una buena palmada.

Dejó allí la mano y no permitió que la mirada asesina que Ray le dirigió al girarse hacia él le lastimara.

—¿Qué demonios quieres decir con que te he *condenado*?

—Déjalo, Nick.

—Ni hablar. Si no quieres explicarte, vas a tener que escuchar lo que yo tengo que decir.

—No. Me has castigado por mis dudas. Te has alejado de mí, privándome de tu amistad, porque te dio rabia que me marchase tras el beso, que no te diera más que una maldita noche —tentada estuvo de golpearle el torso con los puños, pero dejó caer las manos a tiempo—. Puedes decirte a ti mismo que lo hiciste por mí, pero...

Enfadado, porque tal vez Ray tenía algo de razón, la interrumpió:

—Pero nada, Ray. No creo que hayas hecho mal apartándote y parándote a pensar. Si es lo que necesitas, yo lo respeto. Siempre lo he hecho —la tomó por los hombros—. Te he demostrado que entre Roxanne y yo no hay nada. Y, la verdad, llevaba meses sin tocar una mujer antes de tu llegada.

Ray tragó saliva, se le estaba secando la garganta y dolía.

Que Nick insistiera tanto la hacía flaquear. Sólo su madre sabía cuánto quería creerlo.

—No podemos seguir así, Nick. Tan pronto nos llevamos bien... como nos lanzamos los trastos a la cabeza. Se acabó.

Al ver que Nick ponía la otra mano en el otro lado de su cuerpo, se tensó.

La escena le era tan familiar que toda ella se estremeció. Lo deseaba. Y ella no quería no podía querer estar con él. No ahora, no allí.

—Por favor, déjame ir.

—No puedo ni quiero olvidar lo que ocurrió, rubita. Y me encantaría que lo repitiéramos, pero sé que para ti una noche no pasa de eso... —se inclinó lo suficiente como para que sus labios estuvieran a apenas un centímetro de distancia—. Quiero que seamos amigos. Que nos contemos confidencias. Que cuentes conmigo. Que me dejes invitarte a pasar el día de mañana con mi familia. Quiero estar a tu lado todo el tiempo que me dejes... hasta que te vayas.

Ray no sabía si era capaz de entregarle todo lo que le pedía.

No era tan fuerte ni tan valiente como la gente quería creer: era una cobarde.

Por eso vuelves a huir, le dijo una voz cruel que la hizo pedazos.

Dijo que no con la cabeza, lo apartó y se metió en el coche. Puso los seguros, más para quedarse ella dentro que impedirle a Nick abrir la puerta. Hizo rugir el motor y pisó el acelerador a fondo, levantando gravilla antes de salir disparada hacia Blue Valley.

Era curioso. Esa mañana se había dibujado una sonrisa frente al espejo, dispuesta a luchar contra los fantasmas. Ahora, su humor había cambiado por completo y volvía a ser la Ray taciturna y herida que se había ido de allí años atrás.

CAPÍTULO 17

—De verdad, estáis de un empalagoso que da rabia hasta veros —protestó Rebeccah, la diversión brillando a través de sus lentes.

Amanda rio y escondió el rostro en el hueco del hombro de su esposo, que sujetaba a Cameron contra sus brazos. Eran una pareja de tres que derrochaba amor y cariño. Sólo hacía falta ver sus expresiones. Rezumaban ternura y bienestar.

Nick volvió a envidiarlos por tener aquello que él tanto anhelaba, pero no podía hacer nada si Ray se había cerrado en banda.

—Es que hoy es un día especial —explicó Remington, guiñándole un ojo a Amanda—. El pasado Cuatro de Julio por poco nos besamos.

—Sería un día para recordar si la hubieras besado, cobarde —se carcajeó Tanner mientras se sentaba junto a su mujer y le daba una botella de agua, a la que ella dio buena cuenta.

—¡Puaj! No hablemos de besos... —Entonces fue Roth quien se quejó.

Nick sonrió. Si no fuera por sus sobrinos, ese día se hubiera quedado vigilando los caballos bien de cerca. No porque hubiera urgencia alguna, sino porque no le apetecía salir. Si bien no podía desaparecer sin más. Sus hermanos eran observadores y sus cuñadas todavía más. No soportaría un escrutinio por su parte, el tercer grado lo reservaba para otro momento en que no estuviera tan cargado de dolor e ira.

—Besar es divertido, campeón —aseguró, cogiendo en brazos al pequeño, que estaba empapado, como Irina. Habían jugado con pistolas de agua y ahora estaban calados hasta los huesos, esperando que el sol abrasador los secase pronto—. Pero todavía no eres capaz de verlo.

Él también había visto horrible que sus padres se besasen. De pequeño, no entendía porque los adultos adoraban hacerse esas carantoñas.

Ahora veía que era una forma de expresar sentimientos a todas horas. Esperaba que Roth, Irina y Cameron, así como el bebé que empezaba a redondear el vientre de Becks, encontrasen el sentido a los besos y les dieran profundidad, sentimiento.

El amor era lo mejor que una persona podía sentir.

—No crezcas nunca, hijo —le pidió Tanner.

—Roth tiene razón —Irina sacó el labio inferior en un puchero y se cruzó de brazos—. Los mayores siempre os estáis besuqueando. Y es feo.

Rebeccah rio y se apoyó en su marido, que chasqueó la lengua antes de inclinarse hacia ella. Nick contuvo una carcajada al ver cómo su cuñada reclamaba exageradamente un beso que terminó recibiendo, cambiando la mueca por una sonrisa.

Quería eso con Ray, ¿por qué la rubita se lo ponía tan complicado? ¿No había pagado ya suficiente esos años de penitencia sin ella?

—¡Nooooo! —el grito asqueado de Roth hizo que lo sujetase con más fuerza y se riera, pues intentaba escapar de su abrazo—. No quiero ver esto, no, no.

Amanda fue la única que contuvo la risa... hasta que vio que *Ace* escondía la cabeza bajo una pata, como si tampoco quisiera ver aquella escena.

—Y yo que creía que Caroline era la loca de la familia...

—¡Lion!

Caroline le dio un puñetazo a su mellizo, que no dejó de reírse. Habían llegado a primera hora de la mañana. Todos los habían recibido con los brazos abiertos. Los del pueblo los miraban de soslayo, pero pronto se acostumbrarían a ellos.

Las chicas suspiraban por Lion. Era fuerte, de pelo castaño y mirada de color chocolate. Su

barba de pocos días y su tez color miel lo hacían tan irresistible que las enfermeras de su hospital no eran las únicas que querían conquistar su corazón y acariciar su cuerpo.

Caroline era más discreta, pero los solteros, cansados de ver siempre las mismas mujeres, la tenían en cuenta. Ya había recibido dos citas para pasear ese día. Ella se había negado a todas con una sonrisa. Estaba achuchando a sus sobrinos, riendo con sus hermanos y escuchando a sus cuñadas, que le contaban sus momentos más tiernos y apasionantes con sus esposos. Esa era la única diversión que quería para el Cuatro de Julio.

Nick sonrió. Estaba encantado de que la vida los hubiera puesto en su camino. Los mellizos se habían enterado de que eran los menores de varios hermanos al morir su madre y era hora de recuperar el tiempo perdido. Nicholas ansiaba poder hacerlo. Caroline le parecía dulce y comprensiva, podía ser psicóloga más que maestra. Y Lion era noble y poseía ese honor que caracterizaba a los tejanos de pura cepa, por más que se considerase californiano.

—¡Nicholas Montgomery!

Toda la familia se volvió hacia Cindy. Su tía, que había congeniado desde el primer momento con sus nuevos sobrinos, caminaba hacia ellos con los brazos en jarras y sus ojos eran puras brasas. Un escalofrío recorrió la espina dorsal del *cowboy*, que dejó a Roth con Rebecca y se levantó.

Su tía no solía enfadarse, pero cuando lo hacía, era temida por todos. Se sacudió la hierba del trasero y fue hacia ella sintiéndose como un chiquillo al que habían cazado comiendo chucherías antes de la cena.

Se encontraron a medio camino.

—¿Dónde está ella? —El índice se le clavó en el pecho—. ¡No ha venido a buscar la comida que reservó en el puestecito y no veo a Ray por aquí! —otro golpecito—. ¡Y no me creo que se esté echando una siesta!

—Tía Cindy...

—Nada de peros, Nick. Se suponía que tenías que invitar a Ray a pasar el día con nosotros. ¡Y no está aquí!

—Se lo pedí, te lo aseguro.

Se ahorró el detalle de que había ido demasiado tarde a verla.

—¿Y cuándo fue eso? Ayer por la mañana Ray no sabía nada de nada.

Maldición, lo había descubierto.

—Fui a verla a la hora de la comida, tía. Y se negó.

—¿Insististe?

—¡Por supuesto! —Se cruzó de brazos y levantó la barbilla.

No tenía cinco años. No pensaba permitir que su tía lo sermonease delante de medio Blue Valley. El valle era grande pero la gente se congregaba a su alrededor y ya los observaban con curiosidad.

Su tía lo tomó por el cuello de la camisa, sorprendiéndolo. Tironeó de él hasta que sus narices prácticamente se rozaron, necesitaba que él se encorvase bastante para quedar a la misma altura.

—¿La amas? —fue un susurro.

—Tía Cindy...

—Nicholas Montgomery, tu madre no crió cobardes ni embusteros. ¿La amas sí o no?

No hizo falta que respondiera. Algo debió ver Cindy en sus ojos.

—Entonces coge algo de comer, un par de cervezas y vete con ella. No dejes que te eche del rancho. Haz que te soporte —Le palmeó con dulzura la mejilla, aunque lo hizo con fuerza suficiente como para espabilarlo—. Hoy no es día para pasarlo en soledad.

Nick asintió. Ya lo había pensado varias veces, pero ahora que su tía había dicho aquellas palabras en voz alta, unas fuerzas renovadas lo devoraban por dentro.

¿Cuándo se había rendido? Llevaba años esperando esa nueva oportunidad del destino. No podía abandonar por una maldita discusión, no podía tirar por la borda tanta fe y tanto amor sólo

porque Ray estuviera asustada de lo que sentía por él.

Algo sentía. Nick estaba convencido de ello.

Sólo se tienen celos cuando la otra persona te atrae de un modo más íntimo y peligroso que una simple noche de sexo. ¿Cómo había podido estar tan ciego? ¿De verdad había estado dispuesto a tirar la toalla?

¡Por Dios, las señales habían estado ahí!

Cuando el día anterior había llegado al rancho, Ray ya lo había mirado con la nariz arrugada. Y había seguido así hasta que había abierto la verja del viejo cementerio.

La conocía lo suficiente como para recordar que solo hacía aquel gesto con la nariz cuando los celos la quemaban. Porque veía algo que no le gustaba, que le molestaba.

—Gracias, tía Cindy —Nick no se molestó en hablar en voz baja. La tomó en brazos, la levantó del suelo, ignoró sus quejas y dio una vuelta con ella. La depositó en el suelo y le arregló las gafas—. Tienes el cielo ganado.

—No seas zalamero y haz lo que te digo —con la dignidad de una reina, Cindy se arregló el pelo.

Nick fue hacia el mantel de picnic que Amanda había extendido. Todos lo esperaban, expectantes. Aunque, por sus rostros, todos ellos estaban al tanto de lo que le ocurría a Cindy.

—Lo siento, princesa, pero necesito llevármelo —cogió el sombrero de *comboy* que Irina llevaba en la cabeza pese a que le venía grande y se lo puso. Cuando ella hizo ademán de ponerse a llorar, le dio un beso en la frente que apartó la humedad de sus preciosos ojos—. Me llevo esto —añadió mientras cogía una bolsa de papel con varios perritos, nachos, tacos y también un par de botellines de cerveza—. No me esperéis. Disfrutad de los fuegos. ¡Vamos, *Ace*!

El perro alzó las orejas y al ver cómo su dueño se palmeaba el muslo, se alzó con un bote. Se puso a su lado al momento, la cola abanicando el viento, sus ojos suplicando un poco de movimiento.

—¡Eh, Nick! —Amanda se levantó y le dio un beso en la mejilla—. No hagas como tu hermano y como yo. El Cuatro de Julio es un buen día para besarse.

Nicholas se rio y le dio un sonoro beso en los labios que hizo gruñir a Remington.

Amanda le palmeó la espalda al volverse. No estaba molesta, sino divertida por su arrebató. Su cuñado sabía que Beccah y ella eran territorio prohibido, pero aquel día había decidido saltarse un par de normas.

Bajó la colina a trompicones, esquivando niños, ancianos y habitantes que le preguntaban dónde iba con tantas prisas. Todos habían visto el encuentro que había tenido con Cindy y todos ellos se morían de curiosidad por saber dónde iba.

Y con quién.

Aunque viendo que Ray London no se había presentado en el valle en todo el día, no era difícil unir cabos. Sumando dos más dos se llegaba hasta ella. Blue Valley al completo sabía que aquella mujer había sido, era y sería, la debilidad del hermano pequeño de los Montgomery.

Ray estaba en casa porque Nick aparcó la ranchera junto su todoterreno, pero no había ni rastro de ella. Había creído que la encontraría en el columpio, leyendo algún libro mientras picoteaba fruta de un cuenco. Se había equivocado. Sólo esperaba que la puerta estuviera abierta.

Apartó la mosquitera y abrió la puerta con cuidado. Casi suspiró de alivio al ver que el pomo no había chirriado.

Si Ray pensaba que había un ladrón en la finca, sacaría la escopeta del viejo Julius. La veía capaz de usarla. Ray tal vez tenía fisuras en cuanto a sentimientos, pero era deslenguada y tenía puntería.

—Venga, pasa... —le susurró al perro y *Ace* entró en el rancho, aunque para sorpresa de Nick, fue directo hasta el piano de la madre de Ray. Sonrió al verlo tumbarse bajo el gran instrumento

negro. Se quedaría dormido bien pronto, todavía era joven y aquella mañana estaba siendo agotadora para él.

La encontró en la cocina, de espaldas a él. Estaba apoyada en la encimera y debía estar tomando algo, pues apenas veía sus codos. Miraba por la ventana.

—Ray...

Vio cómo se erguía. Era como si la hubiera punzado en la base de la espalda y el gesto la obligase a estirarse, sacar pecho. Orgullosa hasta el final, mortífera como un arma de fuego.

Lo miró por encima del hombro después de dejar una botella de refresco vacía en la encimera. No había llorado, Nick lo agradecía. Pero sí estaba pálida y ojerosa.

Había pasado una noche de perros, como él.

Tal y como Montgomery esperaba, Ray lo inspeccionó mientras cruzaba los brazos sobre el pecho. Lo recorrió con la mirada y se sintió como un chaval de quince años que acababa de acudir a su primera cita.

—¿A qué has venido? —preguntó cuándo sus ojos de gata ascendieron por su rostro y se posaron en los suyos.

Nick dejó las bolsas sobre la mesa que Ray tenía al lado y ella alzó las cejas en su dirección. A esas alturas, la cocina entera ya olía a carne asada y a ricas patatas fritas. Estaba claro que su visita no iba a ser rápida ni cordial. Era toda una declaración de intenciones.

Se quitó el sombrero y lo dejó colgando del respaldo de una de las sillas de la cocina.

—No vas a pasar el día sola. Sé que ahora mismo no quieres saber nada de mí y, aunque todavía no sé muy bien porque estamos peleados... —buscó entre los cajones el abridor para quitarle la chapa a los botellines de cerveza—. No pienso irme de aquí.

Ray puso los ojos en blanco al ver que Nick dejaba las botellas abiertas en un rincón y sacaba la comida de la bolsa como si ella no estuviera.

—¿No vas a decir nada?

Después de lo que a él le parecieron minutos, Ray habló y Nick pensó que era buena señal. No lo estaba echando a patadas de la cocina. Al contrario, parecía aceptar su presencia.

—Estás haciéndolo de nuevo.

—¿El qué? —el *comboy* tomó su cerveza y le dio un largo trago para que Ray no viera cómo le temblaban las manos.

Ella descruzó los brazos y tomó el otro botellín, aunque no se lo llevó a los labios.

—Eso que me irrita tanto.

—¿Sonreír y ser buen amigo? —se atrevió a inquirir, sonriendo de medio lado.

—Ser un cabezota.

Te está rehuyendo, ¿no ves que no te mira a los ojos como hace siempre?

Nick acalló la vocecita interior que le golpeaba las sienes cogiendo la bandeja de nachos. Comió uno con un poco de guacamole. Luego hizo lo mismo con otros tres. Los siguientes tres ya no tuvieron salsa y finalmente se llevó un puñado a la boca.

Estaba nervioso, por primera vez en tiempo no sabía cómo afrontar lo sucedido con Ray. Ni siquiera sabía qué había hecho mal. Había enfrentado sus celos mostrándole el ramo de girasoles y explicándole el secreto que Brenda se había llevado a la tumba, pero no parecía ser suficiente.

—Ray... ¿podemos hablar de lo que pasó ayer?

—Olvidalo, Nick.

—No quiero ni puedo —se acercó con dos grandes zancadas—. Te demostré que Roxanne no era mi amante. Te he dicho muchas veces que ahora mismo sólo me importas tú y creo que te lo he demostrado. ¿Por qué me cierras las puertas? ¡Sé valiente, joder! —explotó—. ¡Atrévete a sentir!

Ray cogió aire y se rindió ante la sensatez.

—Me equivoqué, ¿de acuerdo? Te juzgué mal. Y lo siento, de verdad. Eres libre de ir con quien quieras. Tuve un ataque de celos. —él la miró como si acabara de decirle que era multimillonaria—.

¡No te confundas!

Maldito miedo que la había condicionado a sufrir, a mentir. Siempre así. Su vida siempre impuesta por una emoción oscura y devastadora que la hacía perder hombres decentes para llevarla hasta otros, más grises. No sabía amar.

—Has estado tanto tiempo conmigo... que verte con otra me hizo daño —siguió diciendo Ray, arrugando la nariz—. Confío en que podamos ser amigos.

—¿Pero?

—Me marcho en cuanto la cabaña esté lista.

—Está bien —habló como si tuviera la lengua de cartón, se negaba a aceptar que Ray había decidido marcharse—. ¿Sabes cuánto te queda para terminarla?

—Tres o cuatro semanas. Todavía no sé qué decorador vendrá, hay varios en mi equipo. Pero no tardaremos mucho...

—¿Qué buscas de mí, Ray?

Los ojos verdes de Ray ganaron un color más claro, provocado por la nostalgia y una pizca de algo más. Un condimento que Nicholas no supo identificar. Ray era una mujer con calas semienterradas por un mar plagado de demonios, sólo ella conocía sus miedos y solo ella sabía qué escondía al mundo.

—Ser amigos. Tal vez... cuando me vaya... podamos mantener el contacto.

—Es lo que te propuse ayer, rubita —sí por él fuera, no se colgaría el título de amigo.

En esta ocasión, Ray sí acudió a la cerveza. Un trago corto, dos largos. Luego, atacó los nachos. Ni con aquellos pantalones rotos ni con el bronceado tejano que había ganado en los últimos días perdía la elegancia de Washington. Las maneras urbanitas que había adoptado tiempo atrás habían echado raíces en ella.

Era más deliciosa ahora que cuando Nick la dejó ir.

—Ayer... yo... —Lo fulminó con la mirada por no ponérselo fácil, como si para Nick aquello fuera sencillo—. ¿Acaso no aceptas mis disculpas?

—Sí, por supuesto. Pero si tu intención era que volviéramos a ser amigos... ¿por qué no has venido hoy? Podrías habérmelo dicho en el valle —se cruzó de brazos—. Así, los dos hubiéramos disfrutado de la fiesta.

Ella se sonrojó y se llenó la boca de nachos. Ver que la estaba pasando al lado oscuro del tic que le entraba a él cuando se ponía nervioso, fue arrollador.

Demasiado para la erección que empezaba a apretarle la bragueta.

—Me daba vergüenza.

—Solo soy yo.

—¡Y tu familia!

Nick enarcó una ceja. No sabía cómo sentirse. ¿Furioso? ¿Divertido? Aquella mujer era complicada como el demonio.

—Ay —al ver que Nick no decía nada, se mordió el labio inferior—. Yo soy así, Nick. No sé.

—Imprevisible —susurró él—. Incorregible.

Pero Ray debió oírle porque le lanzó varios nachos, como si una guerra de comida fuera lo más normal entre adultos.

Nick dejó caer los brazos. Levantó la vista de los nachos que ahora estaban a sus pies. No habían llegado a darle, tampoco importaba pues Ray no había tocado la fiambreira con el guacamole y la bola de queso fresco para untar.

—Mal, rubita. Mal. Con la comida... no se juega.

Ella apenas tuvo margen de reacción. Nick estuvo a su lado en un parpadeo. Y le manchó la mejilla con guacamole, usando un nacho, que terminó comiéndose, triunfal.

Ray puso dos dedos en el ketchup de su perrito caliente y le devolvió la jugada.

Nick sonrió al notar la salsa resbalar por su mejilla hasta la barbilla. Se pasó el dorso de la mano

para que no goteara, mientras sus ojos miraban con disimulo el perrito, y se fijaban en la salsa ocre que había en él.

—¿De verdad quieres guerra, rubita?

Ray casi chilló cuando los dedos de Nick navegaron desde el rabillo del ojo hasta su labio inferior.

Con el rostro lleno de guacamole y mostaza, Ray metió la mano en la fiambreira y untó la cara de Nick con queso fresco.

Definitivamente, no estaba furioso. Divertido, sí. Ardiendo de deseo por ella, también.

Prácticamente se lanzó sobre Ray, colando su lengua en su boca, saboreando su calidez, así como el queso, y todas las salsas que coronaban sus labios.

Ella no se apartó, ni se planteó resistirse. Llevaba ansiando aquel beso desde hacía días, pero jamás lo admitiría ni a sí misma. Lo agarró de la camiseta, a la altura de las costillas, y lo atrajo más hacia ella. Quedó encajonada contra la mesa y el fornido cuerpo de Nick, que rodeó su cintura con un brazo mientras abarcaba su trasero con la mano libre. Se devoraron el uno al otro como si estuvieran.

—Soy adicto a tus besos, ¿te lo he dicho antes? —susurró Nick, mientras se apartaba lo justo para recorrer sus mejillas y lamerla por entero.

Ella gimió y clavó las uñas en su piel a través de la holgada camiseta. Lo que aquel hombre provocaba en ella era algo que no había sentido jamás. Era como si solo Nick pudiera encenderla y derretirla al mismo tiempo. Todo era pasión, todo era ansia.

No debería estar haciendo aquello. Se marcharía con grietas en el corazón, cuantos más recuerdos de esos almacenase. El sentido común le ganó la batalla al deseo, a la sensatez. Fue como una revelación que la hizo abrir los ojos como quien se despierta por una pesadilla.

—Nick... —Lo apartó, dejando el brazo extendido y los dedos hundidos en su camiseta, a la altura de su torso—. Hemos quedado en amigos y los amigos... no se besan ni se... desean.

—Tú mandas.

Ray le pasó un paño para que se quitase las salsas del rostro. Ella hizo lo mismo, terminó antes. Cogió los nachos y se fue. Él tomó los perritos calientes, su propia cerveza y la siguió. Era horrible ver que Ray se escondía en su caparazón cada vez que algo la desestabilizaba.

—Iba a pasarme el día en el sofá. ¿Aceptas o te vas? —le preguntó ella, mirando el suelo mientras dejaba las cosas en la mesa de café.

Vieron un par de películas, todas ellas sobre el fin del mundo, donde los americanos salían triunfales de la catástrofe. El ambiente se destensó a medida que las veían, cosa que era de agradecer. Ninguno olvidaba el beso, pero no lo comentaban ni se acercaban más de lo necesario.

—Los fuegos no tardaran en empezar —informó Nicholas, consultando la hora en su móvil.

—Tengo *risotto* en la nevera, lo cociné anoche y me sobró. Puedo calentarlo —le entregó una botella de vino y dos copas.

—Me parece bien —Le sonrió antes de salir al porche.

Se preguntó por qué la vida no podría ser siempre así: en la misma casa, viendo películas, sonriéndose, cenando juntos en el porche, mientras miraban el cielo.

¿Qué tenía que hacer? ¿Darse por vencido? ¿Aceptar que Ray siempre huiría de él?

Ray vino con una mesita auxiliar plegable y la dejó junto al columpio. En ella dejó una vela y su móvil, luego regresó a la cocina. Le había prohibido acercarse allí. Nick no sabía si era por el beso, por el juego de la salsa o porque el *risotto* estaba tan bueno que temía que lo estropease poniendo sus zarpas antes de tiempo en él.

Nick encendió la vela. Miró hacia el horizonte: el sol ya estaba tan escondido que pronto empezaría la pirotecnia.

El teléfono de ella sonó, vibrando sobre la mesa.

—Cógelo, ¡por favor! —gritó Ray.

Nick se encogió de hombros y descolgó a aquel número no registrado en la agenda, pero que

según la pantalla era de Washington D.C.

—¿Diga?

Al otro lado sólo hubo silencio y el corazón le dio un vuelco. No quería ni pensar en que Ray tenía un acosador o algo por el estilo. Seguramente era un pensamiento disparatado y digno de un paranoico, pero sus cuñadas habían sufrido sendos sustos por hombres obsesionados y enfermos. Aquella respiración entrecortada al otro lado de la línea no le daba buena espina.

—¿Quién eres?

La voz profunda y ronca que llegó hasta Nick le provocó un escalofrío. Como cuando se sabe que el peligro vigila y está tan cerca que amenaza con hacerte perder aquello que más quieres.

—Un amigo. ¿Y tú?

De nuevo, unos segundos de silencio al otro lado de la línea. El tipo pareció vacilar, osó plantarle cara al tejano aunque fuera a través del hilo telefónico.

—Un amigo.

Que le respondiera del mismo modo lo crispó. Los dedos callosos de Montgomery se tensaron alrededor del móvil hasta que el plástico de la funda crujió.

—¿Quién es? —preguntó Ray, que acababa de entrar en el porche cargada con dos platos. Los dejó en la mesita y le tendió la mano. Nick no quería darle el móvil pero no tenía excusa para ello, así que lo dejó sobre su palma abierta—. ¿Diga?

Nick esperó, el corazón martilleando con fuerza en su pecho. Dawson no había vuelto en meses, ¿podría ser que hubiera decidido aparecer en la vida de Ray, como si tuviera derecho a ello?

Ray hizo un mohín y miró el teléfono como si acabase de convertirse en una serpiente venenosa.

—Me ha colgado. ¿Quién era?

—Un hombre. Creo que se ha equivocado.

Al fin y al cabo, pensó Nick, el desconocido en ningún momento había nombrado a Ray. Y él tampoco. Era más sencillo y menos preocupante pensar que el hombre de verdad se había equivocado.

—Puede ser. —Encogiendo un hombro, se guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón y se sentó a su lado—. ¿Cenamos?

Él sonrió, más bien se obligó a hacerlo. Ray ya estaba tirante con él desde que habían hecho el amor. Si le comentaba que sospechaba que el tipo era Dawson... ¿cómo reaccionaría?

—¿Te pasa algo, Montgomery?

—No, nada —meneó la cabeza y hundió el tenedor en el *risotto*, no había probado bocado—. Sólo pensaba.

Ray asintió sin creerle ni pizca, pero no insistió.

—Está rico, rubita —comentó para aliviar la tensión.

Se ganó una sonrisa silenciosa como respuesta, pero poco más. Cenaron en silencio y Nick maldijo una y otra vez al tipo misterioso del teléfono. Él se encargó de recoger la improvisada mesa, no pensaba dejar que fregase los pocos platos que habían ensuciado: quién cocinaba nunca limpiaba después, norma de los Montgomery.

Al volver, se encontró a Ray sentada en la barandilla del porche, con los pies hacia fuera. Estaba un poco loca y era algo temeraria, pero Nick dudaba que se hiciera daño si caía.

—Los fuegos empiezan en unos minutos —comentó ella como si hubiera notado su presencia, aunque Nick desechó esa idea y se dijo que había oído como apartaba la mosquitera.

—Ahora son más bonitos que antes, ya verás —Se colocó a su lado, pero desde el lado correcto de la barandilla. Apoyó los antebrazos—. Los disfrutará.

—Seguro.

Ella desvió la vista para poder sostenerle la mirada. Nicholas intentó no pensar en que, si Ray se inclinaba un poco hacia él, podría besarle sin problema.

—Gracias por venir, Nick.

Él tomó su mano y le dio un leve apretón. A nadie le gustaba estar solo, mucho menos en festividades tan llenas de color y vitalidad.

—No hay de qué.

Juraría que sus ojos estaban húmedos, ¿era posible que Ray se hubiera emocionado por no pasar aquel día sola en el viejo rancho de los London? Al cuerno la promesa. Nick cogió aire, tomó su rostro con las manos y la hizo bajar hasta que sus labios se encontraron. De nuevo, no encontró resistencia.

No importaba cuánto dijera Ray que sólo podían ser amigos, sentía algo más por él, sino no se dejaría besar. Ella creía en que el contacto físico, incluso un beso tan casto como aquel era demasiado íntimo y complicado como para compartirse con cualquiera.

Se separó de Ray cuando ésta se estremeció ante el primer fuego artificial que inundó el cielo de colores.

Los había tomado por sorpresa. Ambos alzaron los ojos, él apenas se demoró en observar la pirotecnia, a diferencia de Ray.

—Sí que son bonitos, Nick. Tenías razón. Han mejorado mucho con el paso del tiempo.

Pero él ya no estaba mirando el espectáculo pirotécnico. Hacía mucho que no veía los colores de los fuegos reflejarse en su piel, en su ropa. Era precioso ver en su cuerpo un mapa de colores brillantes.

CAPÍTULO 18

Ray observó *La Cabaña Azul* con las manos afianzadas en las caderas. Estaba lista. Sólo faltaban los últimos muebles y retirar las sábanas de los que estaban montados. Después de ocho semanas y media, bastante más del tiempo previsto, la cabaña ya estaba prácticamente terminada.

Al día siguiente, por la tarde, los Montgomery irían a verla y decidirían si su trabajo era bueno o no.

Cogió aire y entró en la casa. Se sentía cómoda dentro de *La Cabaña Azul*. Aún olía a pintura, apenas retales de los brochazos, pero el color azul en todas sus tonalidades le daba un toque de paz a la casa.

Era el primer proyecto que seguía de tan de cerca. El primero que consideraba más suyo que del equipo, pues estaba implicada emocionalmente con los clientes. Por eso estaba tan nerviosa, quería causar buena impresión.

Sobre todo con un Montgomery en concreto.

Nick no la había vuelto a besar desde el Cuatro de Julio y de eso hacía un mes. Ray lo prefería, su salud mental lo agradecía. Si bien, a veces se sorprendía imaginándose caminando hacia él, tomándolo por las solapas de la camisa y besándolo. Estar tan lejos de él a la vez que tan lejos era una tortura que Ray se había impuesto a sí misma y que empezaba a pasarle factura.

La volvía loca. La humedecía con una sonrisa y la hacía arder con un roce inocente.

Sí, se había enamorado de él antes. También de Dawson. Pero aquel sentimiento era más visceral e incontrolable.

Nunca, jamás, le había sucedido aquello. ¿Se podía una enamorar de esa forma tan cruda e intensa?

Ray acarició la mesa del comedor para alejar a Nick de su cabeza. Pero le era imposible, cada vez encontraba más complicado dejar de pensar en él. Lo pensaba a todas horas, era como una obsesión afilada y fuertemente anclada en su mente. Sabía que había personas que se quedaban para siempre contigo, luego la esencia de aquel *comboy* la atormentaba. No importaba si estaba despierta o dormida.

Diablos, parecía que Nicholas Montgomery era su brújula, su timón, y detestaba perder el norte por él. Era frustrante no poder sacárselo de la cabeza, siempre había sido cínica e independiente y ahora... no.

Le costaba reconocerse. El espejo mostraba la misma Ray de siempre, si bien ella sabía que algo había cambiado en su interior.

Estaba empezando a preguntarse si marcharse era realmente buena idea. Qué más daba la de veces que había asegurado que regresaría a Washington. Volvía a vacilar. Estaba en un bucle infinito de dudas. Si tuviera alguien con quien desahogarse, ya la habría mandado a paseo por darle tantas vueltas a lo mismo.

Había empezado a hacer el equipaje. Se iría unos pocos días. Pero cada vez que abría la maleta, se le encogía el corazón. El dolor era físico... y muy real.

No quería dejar atrás a Nick.

Su determinación estaba rota en mil pedazos y se encontraba dividida entre sentimiento y sensatez, algo que si hacía memoria, jamás le había pasado.

Su teléfono sonó y se preguntó si sería aquel número no registrado que la llamaba cada pocos días y colgaba a los pocos segundos. No creía que hubiera un chiflado tras ella, pero la irritaba saber que Remington había investigado el teléfono y que éste era de prepago. Era como perseguir un fantasma.

Por suerte, era Loche, su amigo decorador, que le había echado una mano con la cabaña. Respiró

tranquila.

—Hola, guapo —saludó, mientras pasaba a la cocina y miraba los muebles montados cubiertos de plástico, el suelo repleto de cartones llenos de manchas de pintura—. ¿Cómo va la vuelta a Washington?

—¡Estoy histérico! —Su amigo parecía tiritar al otro lado de la línea—. Necesito saber qué opina la familia.

—La ven mañana, Lu —Apartó un poco la cubierta de la mesa y sonrió al pensar que aquella madera era un acierto—. Sólo han visto el porche y las cortinas, desde fuera, claro, y parecen encantados.

—¿Tú crees?

—Te lo prometo.

Le costó cinco minutos tranquilizarlo. Aquella obra había sido un reto para Lu. Estaba acostumbrado a apartamentos de lujo, o a casas para familias numerosas que querían vivir tranquilos en los barrios más pacíficos de la ciudad. Nunca se había encontrado con algo tan... ¿rústico?, ¿tejano? Estaba nervioso como si fuera su primera decoración.

Ray lo entendía muy bien, ella también se sentía como si fuera el primer proyecto que firmaba.

Al salir, se encontró con el coche de Nick. Al verla, el vaquero frenó. Llevaba la ventanilla bajada, así que se asomó dejando un brazo fuera.

—Buenos días, Ray —la saludó.

—Hola, Nick.

—¿Ultimando la inauguración? —Al verla asentir, el vaquero observó la cabaña, achicando los ojos por el sol—. No deberías preocuparte. Si el interior es tan impresionante como la fachada, sin duda será magnífico.

—Gracias. ¿Vas a algún lado? Te invito a comer.

Nick hizo una mueca. Miró unos momentos hacia delante y luego la encaró con una expresión de disculpa en los labios.

—He quedado, Ray. Lo siento...

—Oh, claro, no pasa nada —Sonrió, aunque le costó tragar saliva.

—Hace tiempo que le doy largas a Roxanne y ya no puedo aplazar la cita más veces —lo explicó carraspeando, con voz trémula.

Ray luchó por esconder su decepción. Nick no merecía verla de aquel modo, devastada por saber que iba a comer con una chica que se sentía atraída por él. Al fin y al cabo, había sido su culpa. Ella era la única culpable de aquella cita, no podía odiarlo porque saliera con otra. No cuando había alzado barreras entre ambos una y otra vez, aislándolo, dejándolo fuera. Si le hubiera contado lo que sentía, él lo hubiera entendido. Nick era paciente, no la hubiera presionado. Él sabría esperar a que estuviera lista para quererle al cien por cien. De haberse dado cuenta de aquel amor no era suficiente para retenerla en Blue Valley... Nick la dejaría irse sin protestar, animándola a ser feliz.

Se obligó a plasmar una sonrisa en su voz, aunque toda ella temblaba.

—Entonces vete ya. No querrás llegar tarde...—respiró hondo, no lloraría hasta que estuviera sola—. Que nos hagan esperar nos altera un poco —las gafas de sol, que estaban sobre su cabeza, pasaron a estar frente a sus ojos para poner cara de póquer y no verse descubierta—. Ya sabes, por si nos dan plantón y esas cosas.

—Espero causarle buena impresión.

—Llegando tarde no lo harás... —Se rio, pero Ray se dio cuenta que había sido más bien un graznido.

—Tienes razón, Ray. Siempre la tienes.

—Pásalo bien —susurró, levantando la mano como despedida.

—Nos vemos mañana, rubita.

Que la llamase así la hizo sollozar. Por suerte, Nick ya había cerrado la ventana no la oyó

derrumbarse.

Había soportado semanas de distancia por orgullo, por pura altivez, pero las consecuencias de sus actos ahora llamaban a su puerta.

Se llamó estúpida cientos de veces mientras conducía hacia el rancho.

Fue directa a su dormitorio, el que ocupaba desde que llegó al pueblo. Preparó la maleta de cualquier manera, estaba dispuesta a terminarla. Rompió una camiseta carísima por la rabia.

Rabia hacia ella misma.

Rabia porque el pasado la condicionaba.

Rabia porque estaba en la pantalla de *Fin de partida* y su corazón sangraba por Nick.

Se quedó sentada en el suelo, llorando. Se abrazó a aquella tela, ahora hecha trapos. Así se sentía Ray: desechada y despedazada, retazos de recuerdos, traiciones y besos carceleros. La sensación de sentirse como en casa se había esfumado y Blue Valley le hormigueaba en la piel, las ganas de huir la alentaban, pujando desde lo más profundo de su garganta, y todavía la hacían llorar más. La cobardía vivía en ella.

¿Cuánto hacía que no se sentía así de rota? ¿Así de sola?

Gritó. Gritó hasta que la sangre se le subió a la cabeza y sus cuerdas vocales se rasgaron.

—¡Ray! —Jon, que se había instalado en el dormitorio de al lado al suyo, entró en su habitación como un rayo—. Dios, nena. ¿Qué te pasa? ¿Ha ocurrido algo?

Ella sólo atinó a mover la cabeza. El llanto le había cerrado la garganta y atrofiado los pulmones.

Jon la sostuvo en todo momento. Le acarició el pelo. La acunó. Le secó las lágrimas. Le susurró palabras de aliento. La calmó e incluso le preguntó si quería que se quedase hasta que ella se marchara, todavía estaba a tiempo de anular el vuelo programado para esa tarde.

—No. Tu vida está en Washington.

—Ray, de veras. Si no quieres estar sola, puedo cancelar el vuelo. Me devolverán el dinero —le secó las lágrimas con los pulgares—. Ya sabes que estamos para lo bueno y lo malo, comadre.

Era un buen amigo, el hermano que nunca había tenido.

—Lo siento... —Ray se mesó el pelo.

—Mostrar tus sentimientos no te hace menos fuerte, cielo.

—Lo sé —se pasó la camiseta por las mejillas y lanzó los jirones a un rincón.

—Ha sido él, ¿verdad?

—No, Jon —Lo tomó del brazo al ver que se incorporaba, respirando entre dientes—. No es culpa suya, he sido yo.

Jon no quiso creerla, pero fue mirarla a los ojos y vio la verdad. Con un suspiro, la llevó hasta la cocina y le preparó una infusión. Quería saber qué había pasado, no la dejaría salir de la estancia hasta que no supiera por qué estaba destrozada. La tapó con su chaqueta de cuero y le obligó a tomarse el té.

Tardó más de una hora y otra infusión más, pero Ray por fin le contó lo que le ocurría.

—Di algo, Jon. Por favor.

Había terminado de hablar hacía cinco minutos y su mejor amigo no había dicho nada de nada. Era frustrante, la estaba poniendo nerviosa y notaba un tic palpar en una de sus cejas.

—Eres humana y tienes demasiadas heridas —Jon le tomó la mano un segundo, antes de levantarse y servir un par de dedos de coñac en la taza vacía—. Bebe.

—Jon...

Ni que el alcohol fuera la solución a sus problemas.

—Vas a beberte el coñac, vas a buscar en cada restaurante de Blue Valley y cuando encuentres a Montgomery, le dirás lo que sientes.

—¿Qué? ¡No!

—Sí.

—Jon, no puedo hacer eso.

Su amigo la cogió de la chaqueta y la levantó. Le puso la taza en las manos y le arregló el pelo.

—Sí puedes. Tienes derecho a ser feliz. Pero no lo conseguirás si te quedas esperando que la vida te traiga la felicidad. No puedes hacer eso, y lo sabes —la miró a los ojos y Ray vio la fiera de un leopardo—. Si te quedas aquí, sentada, esperando un milagro, la vida pasará de largo.

De acuerdo, él tenía razón. La sabiduría puertorriqueña era acertada, pero Ray sabía que, a veces, la oportunidad de ser feliz no depende sólo de uno mismo. En ese juego eran dos y Nick ya ni siquiera estaba en su tablero...

—¡Jon! —se soltó de él y dejó la taza en la mesa con tanta fuerza que hasta la cerámica se resquebrajó—. ¿No lo entiendes? Si Nick sentía algo por mí, lo he matado yo con mis negativas constantes, con mis dudas. Se acabó. No tengo derecho a entrar en su vida de nuevo reclamando atención. Yo lo alejé, yo le he animado a estar con otra mujer. Aunque me devoren los celos... él ha pasado página y yo debo hacer lo mismo.

—Cuando quieres de verdad, por más que quieras pasar página, ni arrancándola consigues olvidar. Ese tipo de amor te tortura hasta en el jodido inframundo, Ray.

Ella se sacó la chaqueta y se la puso en el pecho hasta que Jon la tomó. Le hubiera gustado ser más cruda y estrellársela contra el torso, pero no tenía fuerzas para refunfuñar.

—Queda ensalada de patata en la nevera, sírvete. Yo me voy a dormir, necesito una siesta... —Cogió de la nevera la tarjeta de la inmobiliaria de Blue Valley, que estaba allí pegada por un imán y tragó saliva al leer las letras doradas del rótulo—. Llámame cobarde, pero no me veo capaz de luchar.

—Ray, la batalla no está perdida.

—Lo está —se pasó la lengua por los labios reseco—. Mañana llamaré y pondré en venta el rancho. Llevo semanas aquí y todavía no lo he hecho.

—¿Te vas a ir? ¿De verdad?

—Sí.

No se atrevió a mirarlo, la desilusión entintaba la voz de su amigo y hacerle frente era doloroso.

—No esperaba que tuvieras tanto miedo del mundo, de ti misma... Ray.

Lo miró con los ojos húmedos y, por unos segundos, lo vio borroso.

—Siento decepcionarte.

Odiaba no estar a la altura de lo que Jon esperaba de ella. Y odiaba, sobre todo, no poder afrontar miedos y emociones para ser feliz y amada. No le gustaba que los temores ganasen, mas no tenía fuerza suficiente para hacerles frente y vencer.

Él le acarició la mejilla y meneó la cabeza.

—Los amigos nunca se abandonan. Te he dado mi opinión y te he aconsejado, no has querido hacerme caso. Bien. Es cosa tuya. Mi deber es decirte lo que hay y apoyarte, decidas lo que decidas —Le besó la mejilla y Ray se tambaleó—. Yo siempre voy a estar aquí, por más gilipollas que me parezcas.

Ella asintió, ni siquiera encontró la voz para agradecerse. Cuando estuvo sola en la cocina, suspiró y aguantó las lágrimas como pudo. Tal vez por dignidad. O porque sabía que siendo ella su propio problema, no podía dejar salir tal debilidad.

Miró por la ventana con las manos afianzadas en el borde de la encimera. El paisaje era vacío, desolador. No había cuerdas, ni caballos, ni mozos. No quedaba nada que mantuviera activo el lugar. Ahora solo era un puñado de tierra yerma y gris.

Una fotografía en color sepia de la realidad.

No le darían mucho dinero por el rancho. Tendrían que tasarlo. Pese las tierras, que eran extensas, que no hubiera establos ni estructuras para el cuidado de los caballos en la arena, bajaría el precio. Por no decir que la casa no lucía como antaño. Tenía su encanto, Ray creía que lo conservaba. Pero tenía casi cien años y la fachada reflejaba todos y cada uno de ellos. Su padre no había prestado mucha atención al lugar los últimos años de su vida y tras su muerte, nadie se había encargado de él,

condenándolo a estar descuidado y ser blanco perfecto para unos jóvenes que ya no sabían que era la disciplina o ser mínimamente limpios en sus juergas.

Suspirando, fue al despacho de su padre. Ahora era el suyo, aunque pronto dejaría de serlo. Tendría que ver qué le interesaba cargar en el todoterreno y qué no. Ya pensaría en eso más tarde, la autocompasión ya la cubría hasta los hombros, no necesitaba bucear en ella.

Del primer cajón del escritorio, sacó un rollo de papel y lo llevó hasta el salón, donde lo extendió encima del piano. El corazón trepó hasta su garganta cuando vio los planos de las cuadras que había dibujado días atrás.

Tal vez fue entonces cuando había empezado a plantearse quedarse en Blue Valley, cuando dio vida a un hogar para los caballos. Pero ahora ese sueño que había arraigado en ella de forma inconsciente... se había esfumado.

Dejó allí los planos y subió a su habitación. Dejó a un lado la maleta y se tumbó en la cama. Cogió una vieja pelota de béisbol y sin apartar la vista de la bolsa de viaje, la lanzó hacia el interruptor. Apagó la luz a la primera. Aún estando en penumbra, era capaz de ver la maleta, abierta, con la ropa arrugada en su interior.

Era el momento de decir adiós.

CAPÍTULO 19

Nick aparcó frente *La Cabaña Azul*. Tragó saliva al ver a Tanner sentado en la nueva mecedora que había en un rincón del porche. Había retirado el plástico y se balanceaba en ella con los ojos fijos en la nada.

Bajó del coche. Al parecer para su hermano mayor aquel lugar también era un santuario que lo acercaba a Brenda. Su hermana había vivido allí los últimos meses de su vida y había pasado largas horas en aquel balancín. Cuando perdieron la cabaña original, para los hermanos fue un duro golpe. Nunca lo admitieron en voz alta, pero ver *La Cabaña Azul* reducida a cenizas significaba que los pocos recuerdos que quedaban de Brenda estaban rociados con hollín.

Tanner reaccionó con el cerrar de la puerta y le sonrió. No era emoción lo que coloreaba aquella línea curva; era tristeza.

Nicholas rodeó la ranchera, bajó la portezuela que accedía a la parte trasera del vehículo y *Ace* bajó de un salto. El perro trotó hasta el porche y se sentó a los pies del mayor de los Montgomery, que le palmeó la cabeza, agradeciendo su compañía.

—No pensé que nadie se me adelantaría.

Nick subió los escalones.

—Puedo decir lo mismo —le respondió su hermano. Se frotó la barba—. Me da miedo cruzar el umbral. La cabaña apenas cambió en décadas, sólo Brenda y Amanda le dieron vida y algo de color. Pero ahora...

—Es nueva y los recuerdos se deforman —Nick terminó por él.

—Es difícil dejar atrás viejas costumbres, sí.

Sí, comprendía a la perfección lo que quería decir Tanner. El lugar de culto de la familia Montgomery había cambiado, ni siquiera por fuera *La Cabaña Azul* se veía como un cubo. Ahora era alta y un poco más estrecha. Tampoco se veía piedra en la fachada, Ray sólo había ayudado a los cimientos con piedras grises en los laterales.

Pero, si bien el cambio exterior les gustaba, la familia todavía no había visto el interior. Lo harían en una hora.

Por eso, Tanner estaba preocupado. O inquieto. Nick también notaba una desagradable maraña en el costado, pero confiaba en Ray y en su equipo. Por no decir que la había visto volcarse en el proyecto como si la vida le fuera en ello. Sólo necesitaba ver el brillo en los ojos de Ray cada vez que hablaba de *La Cabaña Azul* para saber que no se decepcionarían al cruzar la puerta.

Y eso lo tranquilizaba.

—Nos gustará.

Tanner le sonrió, parecía que le faltaban *ojalás* en el tintero. Él mejor que nadie conocía las decepciones de la vida.

—Es una pena que Line y Lion no hayan querido venir para ver cómo ha quedado.

—Dice mucho de ellos que quieran darnos nuestro momento de intimidad —Nick se pasó una mano por el pelo.

—Sí, eso es cierto. Es curioso pero... a veces tengo la sensación de que los conozco desde siempre —Tanner parecía confuso—. ¿Crees que son los genes que compartimos?

—No lo sé. Yo ya no recuerdo ni concibo la vida sin ellos...

—A Brenda les habría caído bien —un velo de tristeza cruzó los semblantes de ambos hermanos—. Line se hubiera convertido en su protegida y Lion en el nuevo ligón de la familia.

—Esté donde esté —Nick se secó una lágrima sin molestarse en disimular, Tanner también sufría ese dolor en carne propia y no era necesario esconder lo que sentían—, Brenda está orgullosa

de ellos. Seguro que está encantada con haber recuperado a nuestros hermanos y está maldiciendo a San Pedro por haberla privado de conocerlos.

—Montgomery.

Ambos se giraron hacia la voz de hombre, el grito les había obligado a erguirse y desterrar el malestar que les oprimía el pecho.

Jon había venido andando, por eso ninguno de los hermanos se había percatado de su presencia.

El puertorriqueño miraba tan fijamente a Nick, que Tanner se dio por aludido. Se levantó pasándose las manos por las perneras del pantalón. El perro levantó las orejas.

—Mejor regreso para ayudar a Rebeccah a vestir a los niños. Están tan nerviosos que sola no va a poder... Te veo en una hora —Le palmeó el hombro antes de ir hacia el rancho, caminando.

Jon esperó a que Tanner estuviera lejos para subir al porche. Nick, mientras, tomó asiento en la mecedora.

Y Jon entendió porque Ray había dicho que aquel elemento era fundamental en la cabaña; muchos hombres creerían que aquel pedazo de madera era estético y útil para las mujeres, pero los Montgomery no tenían esa forma de pensar y apreciaban el balancín.

—Creí que ya te habías ido, Jon.

—Mi avión salía ayer por la tarde, es cierto —le concedió—. Lo cambié y salgo en un rato, en el autocar que sale en media hora. He venido a despedirme. Yo nunca me voy de un sitio sin decir adiós.

—Eso te honra.

—¿Conoces a Fergal? —preguntó el forastero.

Nick se palmeó la rodilla y su perro se tumbó a sus pies, hecho un ovillo.

—Todo Blue Valley le conoce.

—Él hizo la mecedora —ignoró la expresión de sorpresa que se apoderó de las facciones del vaquero—. Por más que busques su factura en los presupuestos, no la encontrarás. Ray os la ha regalado. Debe ser muy importante para vosotros.

Ambos sabían que, en realidad, Jon quería decir que era importante para *Nick*.

Nick respiró hondo, se sentía como si acabasen de darle una patada en el abdomen, como cuando el avión despega y la subida se te hunde en el estómago.

—Se aseguró que estuviera lista a tiempo y le prohibió decir nada a nadie sobre el encargo.

—Jon...

—Ray quiere irse y creo que se está equivocando. —Se miraron a los ojos, no había titubeo en ninguno de los dos hombres—. Tú eres el único que puede convencerla de que se quede, Montgomery. Si tú no le das un motivo de peso, se irá de aquí para siempre.

Para él fue un *shock* escuchar aquellas palabras. Por supuesto, le dolía saber que Ray seguía firme en su decisión de irse del pueblo. Pero lo que más le había golpeado era que Jon tuviera la certeza de que él era lo único que podía atar a Ray a Blue Valley. Como si fuera una raíz, un motivo de arraigo.

¿Sabía algo Jon que Nick desconocía? ¿Estaba Ray enamorada de él y se resistía en admitírselo en voz alta? ¿O su amistad era lo suficientemente adictiva y necesaria para ella, haciéndola dudar en si regresar a Washington o mudarse a Blue Valley?

—¿Cuándo tiene previsto irse?

—Pasado mañana.

Nick gruñó, haciendo que *Ace* lo mirase como si acabase de poner ante su hocico una salchicha.

Era demasiado pronto, no podría convencerla en tan poco tiempo. Si se buscaba en el diccionario la definición de terquedad, salía una fotografía de Ray London.

—Si Ray no regresa a la ciudad, ¿qué pasará contigo?

—¿Con nosotros, quieres decir? —Jon apoyó la cadera en la barandilla, así como una mano en su superficie—. Nuestra amistad no entiende de distancias, Montgomery. Es más fuerte que mil millas. Puedo estar media vida sin verla, que cuando nos reencontremos, será como si la hubiera visto el día anterior.

Lo dijo con tanta seguridad y ternura, que el corazón de Nick sintió un leve pellizco de emoción. Se preguntó si Ray sabía lo afortunada que era teniendo un amigo así. Era difícil encontrar un diamante en bruto cuando el resto de gente eran simples imitaciones, baratijas que creían que tenían valor cuando carecían de él...

—¿La amas, Montgomery?

—Sí.

No pensaba negar lo que sentía, bastante mal lo pasaba escondiéndolo al mundo, como si fuera un pecado estar enamorado de una mujer magnífica.

Jon sonrió, parecía que le gustaba su respuesta. Le tendió la mano y Nick se la estrechó sin molestarse en levantarse de la mecedora.

—Ray tiene miedo. Supongo que tú, no. Se te ve muy seguro de tus sentimientos...

—Llevo años esperándola.

—No deberías haber tenido una cita con otra mujer si tu corazón late por Ray.

Tenía razón, diablos.

—Llevo años esperando que Ray se dé cuenta que estamos hechos el uno para el otro. Pero si no se da cuenta que estoy loco por ella, no puedo seguir aferrándome a algo que solo me consume.

Jon chasqueó la lengua.

—Ella no está a tu mismo nivel, Montgomery. Tienes que hacerle ver que miedo y felicidad van de la mano. A mí me pasó al conocer a mi esposa —Sonrió con nostalgia pero Nick vio una gran emoción ensancharle las pupilas—. Yo estaba acojonado. Pero también estaba feliz de haber conocido a alguien tan maravilloso como Cathe. Creo que eso es el amor. Despertarse sonriendo por dormir abrazado a quien amas, mientras el miedo te espía, recordándote que puedes perderle en cualquier momento.

Jon tenía razón. El amor era un compañero de viaje bastante difícil de soportar. A veces te hacía estar alegre, otras te hacía odiar el mundo. U odiarte a ti. A veces, te convertía en otra persona. Mejor. Otras... convertía a quienes lo sentían en monstruos.

Se trataba de convivir con el miedo y la felicidad, de creer a ciegas en la otra persona.

Dios mío. Y él se había ido con Roxanne a comer, alimentando rumores en el pueblo, explicándose a Ray sin pudor y sin pensar en qué posición la dejaba a ella.

—Confío en que sabrás hacerla entrar en razón.

Nick observó cómo el otro hombre se marchaba. Lo llamó.

—Ella no sabe que has hablado conmigo, ¿verdad?

—Culpable —le gritó Jon en respuesta, metiendo las manos en los bolsillos de las bermudas y sonriendo como si acabase de cometer la mejor travesura de su vida.

Por supuesto que iba a convencerla de que no se fuera.

Su lugar estaba en Blue Valley, Ray sólo tenía que darse cuenta de ello y Nick se encargaría de que abriera los ojos.

La familia Montgomery esperaba pacientemente frente sus coches. Ray había entrado en el interior hacía un par de minutos, para comprobar que todo estaba en orden. Cuando salió, estaba frotándose las manos en los muslos. Verla tan frenética los aplacó. Sin duda estaba ansiosa por su aprobación. Eso significaba que había trabajado duro para que el resultado fuera perfecto.

—Es el momento de que veáis el interior de la cabaña —anunció Ray, mordiéndose el labio inferior.

El exterior estaba a la vista de todos y cada vez que los coches pasaban por delante, se enamoraban de la fachada. Sólo había cambiado la altura y que las piedras sólo estaban en los lados del rectángulo que hacía la estructura.

Y, pese a todo, desprendía una familiaridad que a todos les encantaba. Si hubieran dicho que no les gustaba, Ray no habría dudado en echar abajo lo que tenían y basarse puramente en las fotografías que le habían mostrado.

Cuando todos entraron en *La Cabaña Azul*, se quedaron boquiabiertos. Ray había logrado plasmar la antigua cabaña en la actual. Todo era igual. Las paredes, las pocas columnas que habían subido hasta el techo. La chimenea, el marco sin puerta que daba a la cocina. Los muebles se los veía artesanales.

Incluso los detalles más insignificantes eran... imanes de recuerdos. Cortinas y alfombras de color azul, velas aromáticas del mismo color, así como lazos aquí y allá.

Loche, el decorador, había hecho un trabajo magnífico en el salón.

—Dios mío —Remington se apoyó en el sofá que Jon había traído: triplaza, pues ahora la familia crecía, y de un azul algo más oscuro que el anterior, pero se ajustaba bien a la dinámica...

Amanda le frotó la espalda, comprendiendo a la perfección cómo se sentía y se abrazó a su costado, visiblemente emocionada; ella había vivido allí durante unos meses y ver *La Cabaña Azul* cobrando vida propia había hecho que su corazón aletease con más ligereza. Su marido la estrechó con fuerza, también conmovido por lo que veían sus ojos. Era como volver atrás en el tiempo.

Habían perdido la cabaña hacia poco, pero Ray se la había devuelto. Nadie habría logrado lo que ella y sus amigos habían conseguido, ya que ella sentía *La Cabaña Azul* en su interior.

La había visto de joven y su historia de amor siempre le había apasionado.

Lo que allí veían salía de su corazón. Lo había hecho con la ternura que ningún arquitecto, que no conociera la esencia del lugar ni de la familia, habría logrado plasmar.

—Venid, os enseñaré la cocina.

Era moderna aunque los muebles de madera y la mesa que había en un rincón conservaban el estilo clásico original.

Cindy ahogó un sollozo al ver una nevera restaurada de color azul de los años sesenta, y Amanda se acercó para tocar las cortinas que había en la ventana, que ahora era más grande... y menos solitaria, pues había otra sobre el fregadero.

—Está preciosa —susurró, mordiendo el labio inferior—. De veras, has hecho un trabajo magnífico, Ray.

La aludida se sonrojó y salió al salón, donde Remington lo observaba todo, embelesado.

—Amanda me contó que la cama tenía cuatro columnas y... he intentado hacerlo lo mejor que he podido.

Remington fue hacia el dormitorio y sonrió al ver la cama de cuatro columnas que Ray había traído. No tenía nada tallado en ellas, como su predecesora, luego era preciosa. Muy elegante, de madera oscura, que iba a juego con el armario empotrado y el escritorio que había bajo la ventana. Además, era una madera distinta a la de la cocina: más selecta, combinaba mejor con la colcha, las cortinas, un lazo que pendía de los tiradores de la cómoda.

—Vaya... —Los hermanos también entraron en la habitación.

—Es una preciosidad. ¿Cuántos años debe tener? —Rebecca sonrió y pasó las manos por la madera.

—¡Madre mía! ¡No puede ser! —el grito de Amanda hizo sonreír a Ray, mientras que los hombres la miraron como si estuviera loca—. Esto estaba en mi tienda, en Boston. ¿Cómo...?

—Un día Nick me comentó que antes trabajabas en un anticuario, así que investigué un poco, llamé a tu antiguo socio y... *voilà!* —Abrió los brazos—. Me dijo que era una de tus piezas favoritas, que casi no se vendía porque la pintabas terrible...

—Porque me daba pena deshacerme de ella —concluyó Amanda, asintiendo—. Sí. La había olvidado por completo, pero... —Soltó un suspiro soñador y le besó la mejilla—. Muchas gracias, Ray. De verdad. Has conseguido... hacer magia.

—¿Vemos el cuarto de baño? He intentado que los colores sean más claros, para no darle tanta

oscuridad a la cabaña. *La Cabaña Azul* es luz y amor, creo que las sombras sólo ligan con ella por la estructura de piedra. Así que... —intentando controlar los sentimientos que la asaltaban, Ray fue hacia la puerta del cuarto de baño y le dio un leve empujón, estaba entreabierta ya—. Hablé con una amiga diseñadora y me ayudó a elegir tonos crema, maderas más claras y azules también más pastel. Loche dio su aprobación y creó una obra de arte.

Los dejó solos y se apoyó en la mesa del salón para observarlos ir y venir. Todavía faltaba el piso superior, si bien parecía que habían superado el bache inicial y eso le quitaba la histeria de encima.

Sí, fuera nervios. Bienvenido amor de madre. Los veía tan contentos por el resultado, que el orgullo y la satisfacción que sentía en el interior bullían cada vez con más fuerza. Había hecho un buen trabajo, no había sido el mejor, pero era un encargo especial. Por no decir, que se había encargado de todo el proceso ella sola. Había coordinado el equipo de construcción y había contado con fabulosos carpinteros, fontaneros y electricistas. Por supuesto, le debía un mundo a Loche por echarle un cable con la decoración.

Había sido tan gratificante ver el resultado...

La familia salió hacia el salón, las parejas cogidas de la mano. Estaban conmovidos e impresionados y quisieron ver el piso superior. Ray les dio vía libre señalando la escalera de caracol con la mano y los observó subir. Nick le guiñó un ojo antes de desaparecer en las alturas.

Había sido emotivo ver cómo se reencontraban con una pieza clave de su pasado.

Escuchó sus exclamaciones de asombro. La cama tenía un cabezal acolchado de color azul, había una pared cubierta de estantes, para poner fotografías y libros. El armario era empotrado para dejar espacio a una butaca del mismo azul que la colcha de la cama, ideal para leer. Bajo la ventana había una banqueta, blanca, eso sí. Además, el caballito de madera le daba un toque muy hogareño. También contaba con televisor de pantalla plana y DVD, para los niños.

—¡Es precioso, Ray!

Becks bajó las escaleras con cuidado y casi se tiró sobre ella para abrazarla.

—Has hecho un trabajo precioso, me encanta. Gracias, de verdad. —Movié las manos y pestañeó—. Ay, las hormonas me tienen loca y me paso los días llorando.

Toda la familia regresó, dispuesta a deshacerse en elogios.

Nick quiso tomar su mano para agradecer todo lo que había hecho por ellos, pero Tanner se le adelantó.

La abrazó, tomándola por sorpresa. Ray no estaba acostumbrada a que le dieran las gracias por su trabajo, mucho menos de aquella manera. Sin embargo, pronto se recobró y levantó los brazos para abarcar su espalda.

—Gracias, gracias —susurraba el mayor de los Montgomery contra su pelo.

Nick estaba de acuerdo con sus hermanos. Sin aquella cabaña, los Montgomery estaban incompletos. Entre aquellas cuatro paredes había demasiados recuerdos. Y, si bien había algún que otro momento espantoso resguardado en un rincón, todos los instantes felices que *La Cabaña Azul* había presenciado... ganaban la batalla.

Sus abuelos, sus padres, Brenda, Amanda y Beccah. Todas esas personas especiales para los hermanos habían pasado por allí, habían adorado *La Cabaña Azul*.

Y Ray les había devuelto ese amor de una forma que no podía ni imaginar.

Les había devuelto su santuario.

Cuando Tanner la soltó, Rebeccah también la atrapó contra su pecho y su prominente barriga. Ellas sonreían y se reían de vez en cuando, seguían hablando en voz baja. También compartió confidencias con Amanda y con Cindy, aquello parecía un vals nupcial bailado solo por mujeres.

Nick se encontró apretando los puños a los costados cuando Remington se plantó frente a ella.

Demonios, necesitaba estrecharla entre sus brazos.

En realidad, no quería abrazarla. Quería devorarle la boca, desgastarle los labios y sentir cómo su corazón se dilataba y se daba de sí, pecho contra pecho. Sí, ansiaba un beso profundo y cargado de

sentimientos, porque Nick había aprendido que se tenía que besar, amar y acariciar como si fuera la última vez.

—Ahora es mi turno —exclamó, fingiendo estar divertido. Remington se apartó con una risotada y Ray plantó las manos en las caderas—. Nick también sabe dar las gracias, ¿sabes?

—Eso me han contado —bromeó la arquitecta, los ojos llenos de lágrimas, las mejillas teñidas de rojo por la risa contenida. Se dejó abrazar—. No es nada, lo sabes —le susurró.

—Has hecho mucho por nosotros, rubita. Eres una buena amiga, Ray... —le besó en el pelo y la estrechó con más fuerza. Ojalá pudiera tenerla así para siempre, hasta que le dolieran las costillas—. No sé qué hubiéramos hecho sin ti.

Qué hubiera hecho yo si no hubieras regresado, pensó, pero no podía decirlo en voz alta. Se contentó con soltarla y acariciarle la mejilla.

—¡Dios mío! —todos se volvieron hacia Tanner, que estaba frente un mueble decorado únicamente con fotografías de las bodas de los hermanos Montgomery, de sus padres y de su tía Cindy. El corazón de Ray dio un vuelco y sus ojos se cruzaron con los de Rebeccah durante una milésima de segundo—. ¿De dónde habéis sacado esta fotografía?

Rebeccah se abrazó a su marido por la espalda y sonrió hacia la imagen que pendía de la pared.

Allí estaba, el pedacito que le faltaba a la nueva *Cabaña Azul*. El amor de su primer fundador plasmado en papel fotográfico de la época, con una tonalidad gris con manchas de humedad por los bordes y una esquina reducida a cenizas.

—Qué más da —musitó Rebeccah—. Sobrevivió al incendio y ahora ha vuelto a casa.

Nick apenas escuchaba nada de lo que decían su hermano y su cuñada. La situación era tan emotiva, que se había quedado abrazando a Ray por un hombro y ella se recostaba contra su costado. No parecía importarle. Ni a nadie de su familia.

—Este es el lugar que les corresponde —siguió diciendo Beccah, cogiendo la cara de su marido para darle un suave beso en los labios, recibiendo una sonrisa enternecedora como recompensa.

Nick estaba de acuerdo con ella. Y Ray seguramente también, sino hubiera intentado hacer cambiar a Becks de opinión sobre la fotografía...

—Papi, papi —Roth tiró del pantalón de Tanner—. ¿Podemos jugar con *Ace* fuera?

—Claro, hijo.

Los niños habían visto la cabaña y ya no estaban interesados en nada más que no fuera pasárselo bien, y ciertamente la familia sólo quería disfrutar del lugar. Ya hablaban de ir a por comida al supermercado de Carla y cenar allí.

Ray se apartó de Nick.

—Será mejor que me vaya. —Cogió el bolso que había dejado en el perchero.

—No, Ray —Amanda la tomó de la muñeca—. Quédate. Estamos aquí por ti, por tu trabajo. Ya eres una más de la familia. Quédate y cena con nosotros.

El corazón se le hinchó de alegría, como si le hubieran inyectado una buena dosis de adrenalina. Nunca había pensado que los Montgomery la considerasen una más. Las cenas de los primeros días, cuando vivía con Nick, apenas se repetían. Y, si bien podía decir que quedaba a menudo con las chicas para tomar un café y hablar de sus cosas, no había creído que aquella amistad alcanzase semejante nivel de confianza.

Se ordenó no llorar y declinó la oferta con una sonrisa.

—Gracias, de verdad —Meneó la cabeza—. Debo preparar la maleta.

—¿De verdad te vas? —Tanner entrecerró los ojos y Ray juraría que había mirado fugazmente a Nick mientras le lanzaba la pregunta.

—Sí. En dos días. Pero vendré a despedirme —le guiñó el ojo a Amanda y levantó la mano—. Disfrutad de la cabaña. Y muchas gracias por esta oportunidad. Devolverla a la vida ha sido todo un reto, una experiencia preciosa. Me habéis hecho muy feliz cuando me encontraba... perdida.

—Entonces nos hemos ayudado mutuamente, niña —Cindy la abrazó y cuando se separó de

ella, le dio dos sonoros besos en las mejillas. Luego retiró el pintalabios de sus pómulos con los pulgares—. Ojalá te quedases, estamos dispuestos a adoptarte. Eres una buena chica, si cambias de parecer para la cena o para el pueblo... te recibiremos siempre con los brazos abiertos.

Ray tembló. Aquella familia era todo lo que la vida le había arrebatado a ella desde pequeña.

—Gracias, Cindy.

—Dile a Jon que ha hecho un buen trabajo. Felicita a Frank también, y a Loche —le pidió Remington.

—De vuestra parte.

Se marchó de allí con una enorme losa a la espalda, haciendo que arrastrase los pies. Revolvió el pelo a los niños, que jugaban con *Ace*, y le rascó las orejas al animal, que no se había olvidado de ella.

—Está enamorado de ti —Irina se llevó las manos a la boca para acallar una risita.

—Y yo de él —Ray también sonrió y se incorporó.

Fue hacia su coche y sacó la llave, que servía de mando. Escuchó unos pasos rápidos tras ella y se volvió con el corazón latiendo a más pulsaciones de lo habitual. Nick frenó a un par de metros, parecía que había salido corriendo tras ella.

—¿Nick?

—No puedo eludir la cena, es algo... que creo que todos necesitamos. Sé que no te convenceré de que te quedes con nosotros, así que, si no me dejas verte, tendré que ir yo.

—¿No has quedado con Roxanne para tomar algo? Porque supongo que la primera cita... fue bien.

Él hizo una mueca.

—Fue un desastre, ¿de acuerdo? Había mucho colegueo pero nada más —admitió, haciendo que Ray se quedase sin aire en los pulmones—. No podemos pasar de una amistad cordial, no nos vemos de otro modo.

—Siento que fuera una pérdida de tiempo...

Mentira, gritó una voz en su interior, a la que acalló de un pisotón.

—Espérame en tu casa. Intentaré escaparme pronto, ¿de acuerdo?

—Nick...

—No te quedes dormida. —Le dio un beso en la mejilla y con un extraño brillo en los ojos, fue a por los niños—. ¡Vosotros! ¡Dejad a mi perro! ¡Os secuestro ahora mismo! —cargó a Roth en brazos, arrancándole una carcajada que llenó el aire.

Esa risa hizo eco en la cabeza de Ray. Como en las películas, pero en esa ocasión, para ella fue real.

Se obligó a regresar a su finca.

CAPÍTULO 20

Ray apagó el televisor y se despezó estirando los brazos por encima de su cabeza, por poco se había quedado dormida viendo un terrible programa de televisión por cable.

El reloj acababa de marcar la medianoche. Con las manecillas una encima de la otra, señalando hacia el número doce, sus esperanzas se esfumaron. Nick no vendría, era demasiado tarde. Intentaba decirse que alguna yegua se había puesto de parto y él estaba ejerciendo de buen veterinario en el rancho familiar.

Tomó un pequeño mando a distancia de la mesita auxiliar y encendió el reproductor de música. El piano inundó el salón. Aquella melodía pertenecía a una película, pero a Ray le parecía conmovedora y muy trabajada. La puso en modo repetición.

Cerró los ojos un momento, dejándose llevar por la música. Ojalá pudiera mover los dedos sobre el piano, pero se notaba tan cansada que dudaba atinar a juntar dos notas seguidas.

Cogió la lata de refresco que había dejado a los pies del sofá y la arrugó entre los dedos, obligándose a ir hasta la cocina. Se sirvió un vaso de agua fría. Miró por la ventana y solo vio noche profunda.

Las estrellas que alcanzaba a ver salpicaban el cielo. Las echaría de menos. Washington tenía un estilo de vida mucho más ajetreado y vivo que el de Blue Valley, pero merecía la pena tener menos cobertura en el móvil, peores carreteras y vivir la vida como si se tuviera todo el tiempo del mundo, sólo por las noches estrelladas.

Abrió la puerta trasera de la cocina. Se encalló un poco y tuvo que empujarla con fuerza para que no se quedase a medio camino. Solo la usaba para tender las pocas lavadoras que ponía y no se había parado a ponerle aceite o a mirar si las bisagras se habían descolgado un poco. Tal vez, de haberle echado un ojo, la casa valdría un poco más.

No, el dinero le era indiferente. Le iba bien como arquitecta. Estaba manteniendo el rancho y el alquiler de su apartamento en Washington, al mismo tiempo. No importaba cuánto le dieran por la hacienda.

Sólo quería romper con el pasado.

Eso no significaba que le fuera sencillo vender la casa en la que había nacido. Estaba llena de recuerdos. Sobre todo, era donde guardaba la esencia de su madre. Las notas que cobraban vida cuando sus dedos volaban sobre el piano todavía flotaban en el ambiente, como si fuera el olor propio de la casa.

Al irse, había aprendido que un hogar no era una casa, ni unas tierras. Era el puerto seguro al que acudir cuando una situación te ponía al límite. Tener hogar era tener personas a tu alrededor que te quisieran y apoyasen en todo momento.

Y, si bien nunca había pensado que la vida la apartaría del camino de su padre o de los Montgomery, estaba claro que se había equivocado. Debía admitir, por otro lado, que alejarse del pueblo no había sido tan malo. Había conocido gente maravillosa. Jon, su esposa, Frank y su mujer, Loche. Tenía amigos estupendos, magníficos. Todos ellos eran especiales a su manera y la acogían en su seno sin pedir mucho a cambio, aquello era amistad. De la real. De la que poca gente encuentra y atesora. Era afortunada.

Y también lo era porque los Montgomery parecían tenerla muy en cuenta.

Le dolía saber que iba a dejarlos atrás. Sólo esperaba poder mantener el contacto, por teléfono, por videollamada y alguna visita esporádica. Con todos ellos.

Sí, eso incluía a Nick, aunque terminaría distanciándose de él. Era una realidad que no podía, simplemente, negar.

¿Cuándo tardaría un hombre como él en sentar la cabeza ahora que acababa de cumplir los treinta? Jon decía que muchos sentían el reloj biológico, también. Que se enamoraban porque tenían ganas de amar, casarse y formar una familia. ¿Podría soportar Ray ver ese futuro en Nick sin ser ella quien estuviera a su lado?

Tú te lo has buscado, se dijo.

Pero otra vocecita en su cabeza le recordó que, quién sabe, si se sinceraba esa noche con él, tal vez podía recuperar la felicidad que tanto se aseguraba de boicotearse a sí misma.

—¿Rubita?

Se volvió hacia Nick mientras le daba un sorbo al agua fría. La oscuridad no le permitía ver su expresión, pero Ray había sentido un escalofrío recorrerle la espina dorsal ante su tono de voz. Parecía temeroso, como si ella fuera de cristal y tuviera miedo de romperla al sorprenderla.

—Creí que no vendrías.

—Te prometí que lo haría. —Acortó la distancia entre ellos— ¿Qué haces aquí fuera? Estás helada —añadió, frotándole los brazos.

No la besó. Ella quería que lo hiciera, pero Nick no lo hizo. Era de esperar, hacía semanas que no lo hacía y ya había tenido una cita con otra mujer.

Eso no impidió que se sintiera decepcionada.

—Miro las estrellas, aquí no hay contaminación lumínica —Volvió a alzar la cabeza y señaló un puñado de ellas—. ¿Ves? Aquel montón de estrellas son una constelación. Creo que es la de Escorpión. ¿No te parece preciosa la forma que hacen?

—Parece que sabes de estas cosas.

—Qué va —ella se rio—. La otra noche fui a ver a Cameron. Y estuve charlando con Amanda. A tu cuñada le apasionan las estrellas y me contó un par de cosas. ¿Sabías que la estrella principal de la constelación de Leo es más brillante que el Sol?

—Pues no, no lo sabía.

—Las estrellas son como planos, ¿sabes? Por eso me gustan —se volvió para volver a la cocina, Nick la siguió—. Todas ellas crean una forma. Se proyecta una imagen en el cielo. Igual que un arquitecto. Une unos puntos, crea líneas y da vida a un edificio.

Nick se apoyó en la puerta trasera después de cerrarla. Ella dejó el vaso de agua y le sonrió con el cansancio en la mirada. Aquella noche apenas había pegado ojo. Saber que Nicholas estaba en una cita, así como los nervios porque los Montgomery verían al fin *La Cabaña Azul*, le habían impedido dormir.

—¿Qué es esto, Ray? —Nick tomó unos papeles de la mesa de la cocina.

—*Eso* no estaba ahí —Ray había palidecido al darse cuenta de lo que el *cowboy* sostenía entre las manos—. ¿De dónde lo has sacado?

—Fui a ver si estabas frente al piano y no te encontré a ti, pero sí estos planos.

Ella tragó saliva. La música seguía sonando, ni siquiera se había dado cuenta de que no había parado el estéreo y que el piano ajeno inundaba toda la planta baja del rancho.

—Querías construir unos establos para el rancho. Tenías planes de futuro para esta casa, pero la has puesto a la venta.

—Quería construirlos porque así subiría el precio —mintió.

—¿Sabes qué es lo que creo, Ray? Que buscas tu lugar en el mundo sin saber que es este. Blue Valley es tu hogar ahora. Hay señales que te dicen que aquí estarás mucho mejor que en Washington. —Con un golpe seco, Nick dejó los planos de nuevo sobre la mesa—. Sólo aquí encontrarás estrellas. Sólo aquí podrás tocar el piano de madrugada. Sólo aquí eres tú misma, sin importarte el trabajo, a quién te encuentras por la calle. Sólo aquí respiras tranquila, ¿crees que no he visto que a veces te entra el pánico y sufres un breve episodio de ansiedad?

Nicholas Montgomery era sumamente observador, detestó ese pequeño detalle de su personalidad porque se sentía desnuda. Vulnerable. Demasiado expuesta ante él. Ray odiaba sentirse

insegura. Pero era lo único que hacía desde su regreso. Pese a todas las cosas buenas, volvía a ser joven y estúpida, y su corazón y su cabeza no se ponían de acuerdo.

—Nick... tengo que irme —susurró.

—No quiero que te vayas.

Aquella conversación empezaba a ser insoportablemente dolorosa. O dolorosamente insoportable. Ray no sabía decirlo con exactitud.

—Pero debo hacerlo.

Él la tomó de los hombros para que lo mirase, ¿por qué Ray se negaba a reaccionar?

—No tienes por qué, Ray —sus manos ascendieron por su cuello, notando su acelerado pulso bajo las yemas, y se acomodaron en su mandíbula, los pulgares acariciándole las mejillas—. Quédate aquí, quédate conmigo.

Ella se pasó la lengua por los labios mientras parpadeaba con rapidez para alejar las lágrimas.

—¿Qué pasa con Roxanne?

—Ya te lo he dicho. No pasó nada. Sólo somos amigos, esa cita fue un completo desastre. Me pasé todo el rato pensando en ti —admitió él, besándola, haciendo que se estremeciera de pies a cabeza. Siempre había sabido aflojar todos sus miedos con un simple beso, tenía un don, y Ray quería pensar que solo funcionaba con ella—. Me vuelves loco. Ocupas mi mente a todas horas. Si el reloj tuviera veintisiete en vez de veinticuatro, créeme, todas las sobrantes seguirían perteneciéndote a ti.

Quería creerlo. Su corazón le gritaba que lo hiciera, que Nick nunca mentía. Su honestidad era brutal desde siempre, por eso había regresado a casa con el labio partido en varias ocasiones cuando tenía diecisiete años.

—Nick...

—Eres importante para mí, Ray. Llevo diciéndote que para mí no eres un polvo más desde hace tiempo. Salta conmigo, salta por mí —le pidió, apoyando su frente contra la de ella.

—Saliste con ella.

No fue una acusación, sólo un hecho.

—Creí que yo no te importaba. En un mes no vi que me desearas, no vi que quisieras besarme. Salí con otra mujer para convencerme que lo nuestro estaba muerto. Y me arrepiento de haberlo hecho —Volvió a besarla, parecía necesitarla y Ray se preguntó cuándo había sido la última vez que se había sentido tan deseada—. Tendría que haber venido aquí, desnudarte y hacerte el amor hasta que te dieras cuenta de que, si alguien debe salir a comer conmigo, eres tú.

Aquello parecía toda una declaración. Nick no había dicho que la amaba. Pero Ray creía entrever esa emoción en sus palabras. Si le importaba tanto, si Nick de verdad la deseaba y la pensaba con tanta frecuencia, entonces debía estar tan obsesionado con ella como Ray lo estaba con él.

Ella se apartó con una mano en el pecho. Le dolía el corazón. Tenía tantas ganas de besarlo, desnudarlo y decirle con caricias que ella quería tener citas con él, ser la única chica con la que se acostase cada noche.

¿Pero cómo decírselo con palabras? Se atascaban en su garganta y apenas le permitían respirar.

—*Rubita*, si me dices que prefieres largarte del pueblo a quedarte, te prometo que me rendiré contigo. Me marcharé de aquí ahora mismo.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy diciendo que estoy al límite —Nick reuló un paso y señaló el suelo como si éste fuera el culpable—. Llevo detrás de ti desde que has llegado y, la verdad, me he cansado de humillarme.

Ray se horrorizó, las lágrimas escocieron en el puente de su nariz. Abrió la boca con una mueca de dolor, como si acabasen de dispararle en el pecho.

—¿Esa es la sensación que has tenido?

Al ver su expresión acongojada, Nick pareció relajarse al punto, pero no dijo nada.

El silencio a veces era la mejor respuesta.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —susurró para sí misma. Se dio la vuelta, pasándose una mano por el pelo. Luego, volvió a mirarlo—. Nunca fue mi intención que te humillases por mí. Pero si mis dudas y mis miedos te han hecho creer que solamente buscaba una y otra vez tu atención... no sé qué haces aquí.

—Quiero convencerte de que te quedas.

Estaba desesperado. Sabía que estaba jugando con fuego y que podía terminar ardiendo todo él, pero no podía aguantar más aquel cúmulo de sentimientos que lo martirizaba por dentro. Sentía rabia, dolor, incluso odio.

Una parte de sí mismo, una minúscula y casi imperceptible, odiaba a Ray por ser tan temerosa.

—Según tú soy... horrible —Ray vio que Nick iba a decir algo, como que él no había dicho semejante cosa—. No sé cómo quieres tenerme como vecina si soy tan... detestable.

—No pongas palabras en mi boca cuando no las he dicho, Ray. No vayas por ahí.

—Interpreto lo que me dices.

—¡Y una mierda! —casi lo gritó—. Pones barreras entre los dos porque te da miedo arriesgarte conmigo. Y odiarme te lo pone sencillo, ¿verdad?

Sí, tenía razón. Maldita sea. Así le era más fácil volcar todo el rencor que sentía hacia su propia persona en él.

—Se acabó, Ray —lo dijo con tanto pesar, que Ray supo que aquello había llegado a su fin y fue tan lastimoso como la discusión que estaban manteniendo—. ¿Vas a darme una oportunidad?

Ray encogió un hombro mientras contenía las lágrimas. Intentó hablar en un par de ocasiones, pero no consiguió decir nada. Cogió el vaso de agua que había dejado sobre la encimera y le dio un sorbo.

—No sé qué quieres de mí exactamente.

—Todo —susurró.

Igual que ella. Porque en aquella única palabra se escondía un mundo de sentimientos y planes que Ray también sentía y anhelaba.

Pero estaba tan dolida, que no era capaz de aceptar que Nick estuviera mostrando sus sentimientos. No de una forma tan cruel, él no era así. El Nicholas Montgomery que Ray conocía era atento, romántico y risueño, no despiadado.

El rencor y la frustración lo habían devorado, igual que sus demonios del pasado la habían arrastrado hasta el precipicio más oscuro y profundo jamás visto.

—Deja de humillarte y vete de una vez —le espetó, una lágrima surcándole la mejilla.

Creyó ver cómo Nick vacilaba. Quizá se había precipitado en sus palabras, tal vez se arrepentía de su ultimátum, pero Ray lo conocía como para saber que no pensaba retractarse.

Ella tampoco se echaría para atrás.

Había necesitado una excusa para huir por patas y alejarse de Nicholas Montgomery. Igual que con Dawson.

Y él se la había puesto en bandeja.

—Adiós... rubita.

Ella le dio la espalda y se apoyó en el borde del fregadero, el corazón golpeándole con fiereza el pecho, pidiéndole que fuera hasta él y lo besase hasta olvidar todo lo sucedido.

No obstante, pese al cosquilleo que le hinchaba la boca, estaba marchita. Él la había hecho caer, primero doce años atrás, ahora de nuevo.

—Adiós, Nick.

Él gruñó al ver que no pensaba dar su brazo a torcer. cogió su sombrero y salió de la cocina maldiciendo los sentimientos y las mujeres que vivían enjauladas por propia voluntad.

Escuchó el portazo de la puerta principal más que sus susurros enfadados. Los cimientos de la casa al completo temblaron o tal vez fue Ray la que se estremeció al darse cuenta de que, una vez más, su temor a sufrir la había alejado del hombre que amaba.

Se dejó caer contra el suelo, lo golpeó con el puño y lloró parte de la noche.

Era una maldita estúpida, una mujer asustadiza que no hacía otra cosa más que escapar de los sentimientos; se negaba a cambiar, pese a hacerse un daño tremendo, herir a los demás y condenarse a una vida solitaria y vacía...

Cuando el sol despuntó por el horizonte del valle, Nick se subió a la ranchera. No había dormido. Había estado horas dando vueltas en la cama, revolviendo sábanas frías en busca de un consuelo que no llegaba.

Ahora, con la cabeza fría, sabía que se había propasado con Ray.

Aquel no era modo de hacerle ver que Blue Valley era su casa ahora.

Aquellas no eran maneras de hacerle entender que él podía ser su futuro si ella se atrevía a confiar.

La amaba y había dejado entrever sus sentimientos de un modo demasiado brusco y cruel. Pero verla así, tan frágil, tan espantada de sí misma, había hecho que Nick explotara.

La Ray que adoraba no era así.

No era tan escurridiza, ni tan desconfiada.

Estaba decidido a pedirle perdón. Una última vez. Y a explicarle lo que sentía. Le diría que la amaba desde que se sentaron juntos en el mismo pupitre, que entendía que tuviera miedo del amor, pues él también se había acojonado a los dieciocho. Le daría tiempo, espacio, lo que necesitase. Pero no permitiría que se marchase de Blue Valley sin haberle dado una oportunidad.

—No —susurró al entrar en la propiedad de los London.

La reja estaba cerrada, no podía entrar en la finca. Pero no era eso lo que le preocupaba. Las contraventanas del rancho estaban cerradas y no había ni rastro del coche de Ray.

Nick lo supo en cuanto bajó de la ranchera y puso los pies en el suelo. El ambiente era tan desolador y solitario, que la verdad lo golpeó.

Había adelantado su vuelta a Washington D.C.

Se había marchado.

Por su culpa.

CAPÍTULO 21

El mundo era cruel. Nunca se lo había puesto fácil. Ella solo había querido ser alguien en su vida. Tener seguridad económica había sido siempre su meta.

Su madre había sido una mujer maltratada por su marido, un hombre que vivía por y para el alcohol y sus putas de tres al cuarto. Por supuesto, cuando dejó de ser una niña, se había enfrentado a aquel hombre enjuto que siempre apestaba a whisky barato.

Los golpes habían sido duros durante su adolescencia, pero el dolor físico no la había aplacado. Al contrario: la habían hecho fuerte.

La habían enseñado a controlar sus sentimientos. Si lloraba cada vez que su padre alzaba la toalla mojada, recibía más azotes hasta que sus ojos ya no tenían llanto que derramar.

Le habían inculcado a fuego, con mucho dolor y terrores nocturnos, que no podía buscar amor. El amor te hacía débil. A su madre la había unido a un hombre agresivo y al que era incapaz de abandonar pues creía que era indigna de otra persona que no fuera él y su jodido comportamiento. Y a su padre... Ese tipo sólo se amaba a sí mismo y a toda bebida alcohólica que cayera en sus manos. Sí, lo había vuelto débil de mente y de espíritu, sólo pudiendo alzar la voz contra su esposa y su única hija. Maldito cobarde.

Cuando había cumplido los dieciocho años, había metido ropa en una mochila y había ido a ver a su madre al dormitorio.

El cabrón de Troy —se negaba a llamarle papá desde los trece— le había dado una paliza que por poco la mató. La policía había querido investigar el suceso, pues su madre había terminado en el hospital. Pero Troy era un embaucador nato. Una ducha, un aerosol para el aliento, su mejor sonrisa y en el hospital todos se habían creído que su esposa había rodado escaleras abajo por su torpeza.

Ella sabía la verdad.

Y sabía que si no se largaba de casa y encontraba un hombre rico que le proporcionase dinero y buen sexo, acabaría también convaleciente y anulada, como su madre.

O peor, tal vez: *muerta*.

—Mamá, me voy.

La mujer que había habido en sus recuerdos de niñez ya no era la que estaba postrada en la cama. Sus mejillas no lucían sonrojadas, su sonrisa se había esfumado para siempre y su cuerpo temblaba a todas horas.

Su mirada había tardado en enfocarla y la joven se había preguntado, en ese momento, si la reconocería. Parecía estar en una especie de limbo, como si su cabeza se hubiera evadido de la realidad para olvidar el sufrimiento que la atosigaba. O tal vez fueran los medicamentos, tomaba muchos analgésicos para soportar el dolor de huesos rotos y hematomas.

—¿Hija?

—Sí, mamá. Soy yo —Le había tomado de la mano y hecho un gran esfuerzo por sonreír.

Su madre había perdido peso últimamente. Estaba cansada de vivir y se había dejado mucho, estaba esperando un milagro y que Dios se la llevase. O que Troy la matase de una vez por todas.

No, definitivamente ya no era la madre risueña y luchadora que soportaba un marido borracho y con la mano larga. Ahora estaba esperando el día de su juicio final.

—¿Me has oído? Me voy. Me marcho de este jodido pueblo.

—No hables así. Si te oye tu padre...

—Mamá, quiero que vengas conmigo. Por favor. Podemos huir ahora, juntas.

Pero su madre no había querido acompañarla. Temía la reacción de su marido cuando viera que había abandonado el hogar conyugal. Troy era vengativo y despiadado: removería cielo y tierra hasta

dar con ella. El castigo sería lento, brutal. Tanto, que desearía haber muerto antes que subirse a ese autocar con su hija.

Esa misma tarde, después de darle sopa de pollo y un flan a su madre, Marian se había marchado sola y con apenas unos dólares en los bolsillos.

Había sido camarera, niñera y cajera durante meses. Había malvivido en albergues, incluso había pedido cobijo a unas monjas que trataban con huérfanos y enfermos mentales. Lo que fuera por sobrevivir lejos de Troy.

Ocho meses después de su huida, había encontrado un periódico en la basura del vecino.

En aquella época, vivía en una caravana destartada que no pasaría ningún control de sanidad, algo que le era indiferente, pues el techo no tenía goteras y tenía un hornillo para cocinar.

Le había llamado la atención el titular.

Troy Hill había matado a su esposa dos días antes y había pasado a disposición judicial. El artículo decía que, de seguro, terminaría en el corredor de la muerte. Y ella se alegró de que aquel hijo de puta muriera por el daño que le había hecho a su madre.

En cuanto había podido, había cogido un avión para visitar la tumba de su madre. No había podido asistir al funeral. Fue una visita exprés. Había vuelto a su caravana esa misma tarde, con el corazón lleno de pena.

Sus ganas de encontrar un tipo que le diera seguridad económica y no amor tomaron más fuerza.

Phoebe Hill estaba muerta.

Pero ella no.

Con veinte años, se había casado con un corredor de seguros de Detroit. Steve se llamaba. Su matrimonio apenas duró seis meses. Él se había enamorado locamente. Marian no le había correspondido, los sentimientos que su esposo había albergado por ella le provocaban urticaria.

Luego, se había prometido a los veinticinco con un ricachón de Las Vegas. Poseía hoteles y casinos. Su adicción al juego no le había importado en absoluto. Ella había tenido la cartera llena de tarjetas de crédito, eso le había bastado para ser feliz. Pero cuando Harvey se aficionó al alcohol y a las prostitutas de lujo, supo que estaba casada con una versión millonaria y más atractiva de Troy.

Había huido de su lado con un plan perfecto. Había revuelto el apartamento una noche que su esposo había estado con su nueva amante. Al despertarse, había llamado a la policía y, llorando, había dicho que habían entrado a robar al apartamento que mientras dormía. No se había enterado de nada. Su marido no lo había cuestionado. Apenas dos semanas después de aquello, Marian se había marchado. Le había sido muy fácil vender aquellos lujosos anillos en el mercado negro. Consiguió el divorcio firmando una cláusula por la cual apenas recibía patrimonio de Harvey, más que importaba eso si tenía más de un millón en su cuenta gracias a los diamantes y zafiros que había hurtado.

Al año, ya había engatusado a otro ricachón. Pero Yon era mayor y malísimo en la cama. Una viagra había acabado con él en su noche de bodas. Marian no había sentido pena alguna por la pérdida, pero había sabido fingir muy bien en el entierro.

Al cumplir los treinta, llegó a Blue Valley. Apenas dos años y medio después, estaba felizmente casada con un ranchero rico que vivía por debajo de sus posibilidades y permitía que ella explotase la cuenta corriente a su antojo. Era el hombre más maleable que había pasado por su vida, pero a Marian le sobraba su pecosita hija de pelo rubio y dedos talentosos sobre el piano.

El viejo Julius London no viviría mucho más. Amaba tanto a su primera esposa que todavía la lloraba y Marian había visto esa pena antes. Esas ganas de morir también se habían reflejado en los ojos de su madre los últimos años que estuvo bajo el yugo de Troy.

Y como no pensaba permitir que esa chiquilla le robase lo que la vida le había negado desde bien pequeña, fue fácil engatusar a London para que se librara de ella.

Había funcionado... un tiempo. Luego, London se había vuelto huraño y se había negado a dormir en la misma cama que Marian, despreciando su cuerpo. De seguro se había dado cuenta de

cómo lo había manipulado, pero no quería pasar sus últimos años solo, así que la había soportado bajo su mismo techo. Incluso le había permitido tener un par de amantes, que satisfacían los instintos que el anciano no podía.

Pero al morir el viejo, se había encontrado sin un dólar y sin la casa. Ese tipo se había dado cuenta de que quería su dinero a cualquier precio y se lo había negado.

Nada le pertenecía.

Todo era para la niñita perdida.

Marian se había visto humillada en Blue Valley. Señalada con el dedo. Y se había visto obligada a trabajar para mantenerse, como cuando tenía dieciocho años. Ray London se lo había quitado todo, ya que era la heredera universal, y nadie sabía dónde estaba.

Ahora, Marian estaba en prisión.

Había querido matar a dos personas, ese era su crimen.

A Nick Montgomery, porque sabía que era el punto débil de Ray.

Y a la propia Ray London, que había vuelto al pueblo y había recuperado lo que debería haber sido suyo.

De ella.

Esa zorrita de tres al cuarto la había dejado sin nada. Merecía pagar. Pero Marian había fallado.

Podía imaginar perfectamente lo que Troy diría si siguiera vivo:

—Eres un fracaso, Marian. No vales nada, ni siquiera sabes hacer un sucio trabajito porque eres una inútil. Una inútil como la estúpida de tu madre. Solo sirves para abrirte de piernas.

Unas palabras que había oído, por desgracia, varias veces antes de irse de casa.

Y había sido en aquella celda de paredes grises donde se había dado cuenta de que era como su padre. Un monstruo que disfrutaba utilizando a los demás, haciéndoles daño. En su información genética había restos de crueldad y agresividad, dejando claro que era hija de Troy y que había heredado su ferocidad, su egoísmo.

No había sido fácil aceptar que se había convertido en aquello que tanto había odiado.

El destino que merecía no era pasarse la vida entre rejas, sino terminar como su padre.

Muerta.

Supo lo que tenía que hacer. Lo había planeado al dedillo los últimos días y estaba lista para aceptar su nuevo destino. Tan solo necesitaba hacer una última cosa.

Decidida, se acercó a los barrotes de su celda e, ignorando los ronquidos de su compañera de litera, llamó a un guardia.

—¿Qué quieres, Hill?

—Necesito papel. Y un bolígrafo. Por favor.

El guardia enarcó las cejas, sorprendido. Era la primera vez que aquella reclusa pedía las cosas con educación y humildad. Accedió porque dudaba que estuviera fingiendo. Ya no había altanería ni locura enfermiza en sus ojos.

—No te prometo nada, Hill. Pero veré que puedo hacer.

CAPÍTULO 22

Ray no podía creerlo. Le parecía tan surrealista, que empezaba a pensar que su vida era una cámara oculta constante. Como aquella película de Jim Carrey.

¿Por qué la vida jugaba con ella de aquel modo?

Se había marchado de Blue Valley y ahora se encontraba de nuevo cruzando sus calles. Habían pasado tan solo tres semanas desde que había decidido subirse al coche y volver a Washington. Pero ahora volvía a estar en el pueblo donde había crecido.

Tendría que enfrentarse a los Montgomery.

No había ido al pueblo por ellos, pero Blue Valley no era tan grande. Y Murphy era un traidor que, probablemente, se habría aliado con el *karma* para darle una lección.

Quién más le preocupaba era Nick. No estaba preparada para verlo.

Sabía que le había hecho daño con su discusión, aunque Ray sabía que no era cien por cien culpable de lo sucedido. Si solo una de las partes quiere gritar, no hay pelea alguna. Pero él también había querido herirla. Tal vez había sido un intento desesperado para hacerla recapacitar, pero la jugada se le había escapado de las manos, igual que a ella. Hacerle frente no iba a ser tarea fácil, pero no podía eludir el funeral de Marian.

El todoterreno que había alquilado en el aeropuerto se detuvo frente la comisaría de Remington Montgomery.

Nick no tenía mejores amigos. Había roto contacto con todos sus compañeros de instituto cuando se fue a la universidad y al volver, nada había sido igual. Se había volcado en su familia. Pese a que sus hermanos eran mayores, el vínculo que había entre ellos los había unido y hecho de ellos los amigos inseparables que todos querían tener.

Así que el jefe de policía seguramente estaba al tanto de lo ocurrido entre su hermano menor y ella. Pensar en encontrarse cara a cara con su mirada de reproche y, quién sabe, tal vez de odio, le revolvió el estómago.

Aun así, se armó de valor y entró en la pequeña casa, que debía tener décadas, pues estaba inspirada en una comisaría de *sberiff* del viejo oeste.

Remington Montgomery alzó la cabeza de los papeles que tenía entre manos y sus ojos plateados se convirtieron en diamantes. Ray no sabría decir si había sorpresa o resentimiento bordeando sus pupilas, más prefería no profundizar en la lectura de su expresión.

Bastante revuelta se sentía de pensar que la familia de Nick ya no la tenía en buena estima.

—Ray... has venido.

—No me quedaba otra —Tomó asiento frente a él después de barrer con la mirada lo que los rodeaba—. ¿Y Rebeccah y Phil?

—Phil está enfermo. Rebeccah está con la comadrona, pero no creo que tarde en regresar.

Lo miró de frente. Él acababa de dejar los papeles a un lado y había entrelazado los dedos sobre la mesa, juntando sus manos en un puño férreo pero nada amenazador. Parecía un director de instituto dispuesto a darle una charla a un alumno rebelde que estaba al borde de la expulsión definitiva.

—No asistiréis al funeral —adivinó ella.

—Tú sí.

Mucha gente hubiera dicho aquellas dos simples palabras con otra entonación. Lo habría preguntado, cosa comprensible ya que Marian y Ray nunca se habían llevado bien. Y, sobre todo, teniendo en cuenta que su madrastra había hecho todo lo posible por dañarla.

Pero Remington solía afirmar en vez de interrogar, Ray lo había aprendido con el tiempo y

apreciaba esa cualidad en él.

—Sí, iré.

Iba vestida para la ocasión. Ni muy seria ni muy informal. Llevaba una blusa negra con las mangas arremangadas hasta los codos. Las botas también eran negras y tenían un tacón alto y grueso para darle estabilidad sobre la tierra árida y con piedras. No sabía exactamente cuándo llegaría el otoño a Blue Valley, así que Ray se había decidido por unos pantalones oscuros con roturas en los muslos y las rodillas.

—Serás la única asistente. Esa arpía no tenía ni un solo amigo en el condado —siseó el policía.

—No hizo nada para ganarse el afecto de nadie. —Con un leve encogimiento de hombros, Ray suspiró—. Pero me pidió que viniera a despedirla y creo que su última voluntad merece ser escuchada.

—¿Cuándo te pidió eso? —Remington se inclinó hacia delante con el ceño fruncido.

—Me mandó una carta desde la cárcel.

Remington se irguió en toda su estatura y sus hombros parecieron ensancharse. Sus ojos eran puro fuego y Ray se preguntó qué había dicho para hacer que se le contrajera la mandíbula de aquella forma.

—¿Sabías qué pensaba hacer y no lo impediste?

—Recibí la carta el mismo día que se quitó la vida, Remington. Si hubiera llegado antes, hubiera dado aviso. No soy tan mala persona como... —Estuvo a punto de decir algo inapropiado, pero se mordió la lengua a tiempo—. Yo no quería su muerte. Sólo que pagase por todo lo que hizo. La detestaba, no voy a negarlo —se levantó—. Pero creo que puedo llegar a perdonarla.

Al jefe de policía se le serenó el semblante, sus facciones ya no eran tan duras.

—La carta debía ser... sincera.

—Creo que es el único pedacito real de Marian que la humanidad ha visto jamás en años —aseguró ella, antes de coger su bolso y colgárselo del hombro—. Solo venía para darte las gracias por llamarme ante lo ocurrido. No tendrías que haberlo hecho, sé que no era tu obligación. Pero gracias.

Remington asintió una vez. No tenía mucho más que decir y Ray sabía por qué. Ahora los Montgomery eran sus enemigos. No porque les hubiera declarado la guerra ni quisiera hacerles daño. Había discutido con un miembro fundamental de la familia y se había ganado la hostilidad de todos ellos. Se lo tenía bien merecido.

No obstante, no pensaba dejar ver lo mucho que le dolía ver como personas maravillosas, que la habían hecho sentir como en casa, ahora no eran más que extraños.

Asume tus errores, pensó.

Salió de comisaría con paso decidido. Se subió al coche y consultó el reloj que había sobre la radio. Todavía tenía tiempo, no demasiado, pero sí suficiente. Desechó la idea de ir a tomarse un café. La cafetería más cercana era la de Cindy y no estaba preparada para enfrentarse también a su mirada reprobatoria.

Así que fue a la floristería. Pero no a la de Roxanne. No quería saber si Nick había acudido a ella tras su discusión, no quería conocer su sonrisa inocente y su mirada jovial. Fue a una que había en la parte alta del pueblo, que parecía otro, pues allí todo eran pisos, áticos y tiendas de diseño, galerías de arte y cafeterías más propias de Houston que de Blue Valley.

Compró un par de rosas rojas, un girasol y un ramo para sus padres. Con cuidado, lo dejó todo junto al bolso, en los asientos traseros. Condujo con la radio apagada hasta el cementerio. La situación pedía respeto.

Observó la verja entreabierta. Le habían dado una capa de pintura en esas semanas y parecía que las bisagras ya tenían aceite, pues el viento mecía una de ellas con suavidad y no chirriaba en absoluto.

Miró las flores para sus padres. Se había marchado sin despedirse, de ningún vivo, de ningún muerto. Se arrepentía de ello, había prometido a su padre que volvería. Y a Amanda, la tarde que les mostró *La Cabaña Azul*.

Era el momento de hacer frente a sus errores.

El párroco estaba comprobando que el féretro estuviera en su lugar, listo para descender hasta el hueco que habían cavado para Marian. La prisión estaba lejos de Blue Valley, pero podrían enterrarla en el último lugar que ella había considerado su hogar.

—Ray, no sabía que ibas a venir.

—Era mi madrastra, pese a todo —carraspeó y agradeció llevar gafas de sol—. Si no le importa, voy a...

El hombre la cortó levantando una mano y con la primera sonrisa cálida que Ray encontró en Blue Valley.

—Haz, hija. Haz. A veces es bueno hacer compañía a los que se han marchado.

Ray asintió y caminó hacia la tumba de Brenda. Dejó allí el girasol, junto el ramo fresco de Nick.

—Espero que me puedas perdonar por no saber querer a Nick. Es un buen hombre. Tú lo sabes mejor que yo. —Cerró los ojos un momento—. Pronto dejará de traerte flores porque habrá encontrado la mujer que lo ame de forma incondicional. Por favor, Brenda: haz que encuentre alguien especial. No merece menos.

Luego, fue hacia los nichos de sus padres.

—Vengo a deciros adiós. No creo que regrese a este pueblo. Para mí, es una maldición, no me ha traído nada bueno —admitió en susurros, mientras ponía las flores en el jarrón y las arreglaba—. Blue Valley me arrebató a mi familia, mi futuro, y me ha condenado a no creer en nadie, en ser demasiado independiente e insegura. A veces me gustaría ser más valiente, coger todos mis ahorros y largarme a Europa —sonrió mientras las lágrimas saladas se perdían en las comisuras de sus labios—. ¿Recuerdas, papá? A los dieciséis te dije que quería vivir en París. Al menos, un año. Perderme por sus calles. Tomar un café cada día frente al Sena y ver los turistas pasar. Tal vez inventar melodías para el piano.

Agachó la cabeza cuando el llanto la dejó sin voz. Deseó tener a alguien que la reconfortase, pero era pedir un imposible.

Siempre había estado sola. Siempre había llorado cuando nadie la miraba, era mejor así. No quería que Jon ni Frank ni Loche creyeran que quería dar pena, pero a veces había extrañado un abrazo salvador.

Necesitaba uno de esos en ese instante.

La soledad era su único amante, su única constante en la vida.

—Ojalá pudiera empezar de cero lejos de América. Y ser otra persona —murmuró antes de levantar la vista y aguantarles la mirada a las fotografías individuales de sus padres—. Os quiero mucho.

Se secó las lágrimas con disimulo y carraspeó para tragar el nudo que estrangulaba su garganta. Dio gracias a las gafas de sol y caminó hacia el reverendo, notando el sombrero de *comboy* que llevaba colgado del cuello botando contra sus omoplatos con cada paso que daba.

—No va a venir nadie, padre —su voz sonó como la de una gallina afónica—. Debería empezar cuanto antes. Así terminaremos pronto.

—Me parece bien, hija.

El reverendo fue rápido. No tenía muchas cosas que decir sobre Marian, no había sido buena en vida y no recibiría ningún halago ahora que ya no estaba.

Era una lástima que Marian no hubiera sabido aprovechar su vida. En la carta que había dejado a su nombre le explicaba la infancia que había vivido. Y pedía perdón por no haber sabido enfocar sus ganas de libertad. Ray también creía, como Marian, que su madrastra podría haber sido mejor persona. Podría haber luchado contra lo que había vivido en primera persona.

Sin embargo, en vez de eso, había permitido que el odio se enquistase en su interior y la volviera interesada y malvada.

Había sido muy valiente reconociendo sus errores, aunque Ray no aprobaba la decisión que

había tomado de quitarse la vida, aprovechando un descuido de la seguridad de la cárcel.

Ray bajó la cabeza cuando el párroco dio la señal de que bajasen el ataúd. Se acercó un paso y le lanzó una rosa a la cubierta. Se volvió a apartar y dejó que los operarios descendieran el féretro de madera.

El sacerdote santiguó el lugar, pidió reposo eterno para la fallecida y se marchó sin darle a Ray ninguna palabra de consuelo. Tampoco la necesitaba.

Se agachó cuando se encontró sola en el cementerio. Dejó la rosa que faltaba sobre el montón de tierra removida que había ante ella y mantuvo allí la mano unos segundos.

—No sé si alguna vez perdonaré lo que hiciste, Marian, pero sí puedo llegar a comprenderte.

—En el fondo, eres toda corazón.

Ray dejó caer la cabeza y no pudo reprimir un tembloroso suspiro. La voz de Nick la hizo cerrar los ojos. Oírla de nuevo era doloroso a la vez que maravilloso. La había echado de menos. Ese timbre tan tejano, la ronquera tan masculina.

¿Cuándo había llegado?

Se levantó y se giró para mirarlo a través de las lentes oscuras, aunque el día era gris. Otoñal. El verano ya se había retirado. Si bien todavía hacía bochorno, Ray notaba una gota de sudor resbalándole por la nuca.

Él no llevaba gafas de sol, pero se había quitado el sombrero como respeto hacia los muertos, y lo aguantaba contra la cadera. Estaba guapísimo. Ray apreció que había perdido algo de peso y lucía más desaliñado. Nunca había creído que Nick se dejaría barba, pero debía hacer más de dos semanas que no se pasaba la maquinilla de afeitar por la mandíbula.

¿Era por ella? ¿Estaba él tan destrozado como Ray por la distancia y la discusión con la que se habían dicho adiós?

Durante unos pocos segundos, la reconfortó pensar que así era. Él también sufría, ella no era la única que lo extrañaba, lo odiaba por su crueldad y amaba por todo lo bueno que habían vivido juntos.

Se aclaró la garganta, obligándose a regresar al presente.

—Nicholas.

—Ray —la saludó con una solemne inclinación de cabeza que le detuvo el corazón durante una milésima de segundo—. Remington me dijo que estarías aquí. No esperaba que fueras a ser tan... benevolente con Marian.

—No creo que sea ni el momento ni el lugar para burlarte de mí, Montgomery.

La dureza de sus palabras lo sorprendió, mas no lo dejó ver.

La leona había regresado y tenía las zarpas listas para lanzarse a la yugular de cualquiera que osase propasarse. A Nick le gustó aquel cambio en ella. Ya no estaba tan apagada ni consumida como las últimas veces que la había visto. Washington le había devuelto la garra, la fiereza. Parecía otra, aunque odiaba verla tan delgada y con las mejillas tan pálidas bajo la fina capa de maquillaje.

—No era mi intención, Ray. Siento si te ha dado esa impresión.

Ella resopló, como si dudase de su palabra.

A los pocos segundos sus hombros perdieron tensión y se encorvaron: le creía.

—No era la mejor persona del mundo, pero me pidió que la acompañase en su último viaje y no he podido negarme —Ray volvió a mirar la tumba una última vez, antes de guardar las gafas de sol en el bolso y calzarse ella misma un sombrero negro de *cowboy* que se había llevado del rancho, semanas atrás—. Lo siento, Nick, pero debo irme. Mi vuelo sale esta noche y todavía tengo que conducir hasta el aeropuerto.

Qué gran mentira, se dijo. Los telediarios amenazaban fuertes lluvias en los siguientes dos días y Ray no pensaba encerrarse en un gusano de hierro con alas. La claustrofobia la mataría sabiendo que tenía que despegar bajo una gran tormenta, que según los meteorólogos no tardaría en desatarse.

Por eso, mientras esperaba que le dieran su coche en la franquicia que los alquilaba, había

llamado para reservar en el hotel más caro de Blue Valley. De nuevo tendría que ir hasta la parte nueva del pueblo, pero lo prefería así. No porque fuera una urbanita consumada, nunca había perdido la humildad que brinda el crecer entre montañas y caballos.

Necesitaba mantenerse lejos de la zona más antigua de Blue Valley, pues en sus afueras estaban los ranchos y Nick se encontraba allí.

—No puedes irte.

—¿Cómo dices?

—Mira el cielo, Ray. Conoces las señales. Eres una London de pura cepa, tejana hasta la médula —una ceja enarcada acompañó sus palabras—. Habrá tormenta, y de las grandes. Volar en estas condiciones te convertiría en una inconsciente.

—Lo sé.

—¿Entonces? No puedes estar tan loca como para irte —Se cruzó de brazos, los dedos estrujando su sombrero marrón.

—No es asunto tuyo.

Le gustaba que se preocupase por ella. Incluso ahora, a pocos pasos de Ray, ésta había olvidado por qué debía estar enfadada con él, por qué se acostaba cada noche llorando por su primer amor. Pero el dolor que latía con su corazón estaba allí y le fue fácil recordar sus palabras de la última noche.

Ray no pensaba ser una molestia para Nick. No pensaba permitir que se arrastrase por ella. Ambos conservarían su dignidad intacta.

Se irguió, envarada por un recuerdo demasiado reciente como para ser olvidado así como así.

—Si me disculpas, Nick, tengo cosas que hacer.

Él no parecía estar dispuesto a despedirse de ella todavía, siempre quería tener la última palabra, como Ray.

La retuvo por el codo en cuanto pasó por su lado. Una corriente eléctrica la sacudió, notaba la calidez de los dedos de Nick pese la chaqueta de cuero.

Era consciente de todo lo que les implicase a ellos. Y su cuerpo lo era todavía más.

¿Alguna vez sería inmune a él?

Claro que sí, Ray. Conseguiste olvidarte de Dawson. También podrás arrancarte a este hombre del corazón, como cuando eras joven. Tardarás, necesitarás tiempo, pero te recompondrás. No serás la misma, todo golpe de la vida te hace cambiar. Pero romperás con el pasado cuando menos te lo esperes.

Con aquellas palabras en la cabeza, se soltó de su agarre con cuidado.

—Antes de irte, has de visitar al rancho. Ha pasado una cosa mientras tú no estabas.

Ray frunció el ceño. Los de la inmobiliaria no la habían llamado, pero se fiaba de Nick, así que asintió y su todoterreno siguió a la *pickup* del *cowboy*. Durante todo el camino, intentó centrarse en lo que le diría al señor Brisbane, que era el encargado de la inmobiliaria. Si había habido algún acto vandálico en la casa y no se lo había comunicado, no pensaba dejarlo pasar...

Abrió la reja principal y él la ayudó a moverla. Los mandos automáticos estaban desactivados, pues había mandado cortar la luz de la finca cuando se fue. No tenía teléfono. Solo agua, porque venía de un pozo de la hacienda, y gas, porque la compañía no atendía ninguna de sus llamadas.

Entraron los coches. Ray tardó en bajar del suyo. Se secó las manos en los pantalones, una fina capa de sudor cubría sus palmas. Hacía mucho que no estaba a solas con Nick y el terreno ya no era tan neutral como lo podía ser un camposanto.

De un salto, las botas tocaron tierra, levantando una nube de polvo.

—¿Vamos?

Nick rodeó el ranchó y se detuvo en un lateral, Ray por poco chocó con su espalda. Se apartó lo más rápido que pudo. Su colonia, mezclada con su olor corporal a hombre y cuero, era una droga de la cual todavía no se había desintoxicado.

—Creo que deberías asomarte tú.

—¿Acaso hay un muerto viviente atrapado en un foso? —preguntó y el corazón le dio un estúpido saltito al ver cómo, pese a la expresión seria de Nick, en sus ojos bailó la diversión.

—No que yo sepa.

—Ya pensaba que te habías vuelto un cobardica.

—Que yo recuerde, eras tú quién tenía miedo a las serpientes cuando salíamos de excursión a los diecisiete y yo quien las apartaba con un palo.

Había echado de menos esas falsas discusiones, eran más entretenidas y ricas que las otras. Ojalá pudiera ser siempre así. Recordando viejos tiempos, echándose pulsos para saber quién era más rápido dando una buena respuesta.

Parecía ser que no se puede tener todo en la vida.

Ray resopló, poniendo los ojos en blanco, y caminó hacia la parte trasera de la casa. ¿Qué era eso tan urgente que había ocurrido en su hacienda? ¿Qué era eso que tenía que ver lo antes posible?

Frenó en seco, casi dando un bote y se llevó las manos a la cara, mientras su cerebro intentaba asimilar lo que veían sus ojos.

Era imposible.

—Llego unas semanas tarde, Ray, pero... —La voz ronca de Nick fue un susurro que acarició su oreja, haciendo que su alma al completo cayera en picado hasta su estómago—. Feliz cumpleaños.

CAPÍTULO 23

Por supuesto que no podía ser posible, pero lo era. Por más que parpadease, estaban allí. No se desvanecían. No eran fruto de su imaginación.

—Dios mío, Nick...

Se giró para encararlo. Trastabilló y él la sostuvo. Le limpió las lágrimas con cariño, sonriéndole con suma devoción, como si nada hubiera ocurrido entre ellos.

—Llamé a Brisbane y le pedí que quitase la casa del mercado. Quería que vieras esto antes de ponerla en venta definitivamente. Me costó mucho convencerle de que me diera la copia de tus llaves.

—No sabías que iba a venir —murmuró, levantando los ojos.

—Ese viejo me debe un par de favores, así que me hizo caso. Y, si se lo hubiera pedido, te hubiera llamado con cualquier excusa para hacerte regresar de Washington.

—¿Cómo has hecho esto?

—Tu equipo es bueno, han hecho un gran trabajo con *La Cabaña Azul*. Pero esto tenía que hacerlo sin que Frank ni Jon se enterasen, o perdería el factor sorpresa... —La hizo volverse entre sus brazos para abrazarla contra su pecho mientras Ray se veía obligada a encarar las cuadras que Nick había mandado construir—. Y en Blue Valley tenemos grandes profesionales.

Los establos que Ray había diseñado ahora estaban allí, ante ella, alzados con maderas reforzadas.

—Me llevé tus planos sin querer. Cuando vi que te habías ido, me di cuenta de que tenías que entender que este era tu hogar. Hacerte ver que aquí es donde perteneces es un buen regalo de cumpleaños, ¿no te parece? ¡Entrando en los treinta por todo lo alto!

—Pudiste llamarme...

—No me atreví a hacerlo, acababas de marcharte y... —Nick se pasó una mano por la cara, parecía sentirse encerrado—. No sé si ha funcionado, rubita, pero...

—Es tu forma de pedirme perdón —lo miró por encima del hombro y al verlo asentir, se refugió contra sus fuertes brazos—. Yo también lo siento. Esos días no estaba bien. Estaba hecha un lío y pagué contigo todo lo que...

—Shh... —La hizo volverse hasta él y le recorrió el perfil del labio inferior con el índice—. Los dos nos dijimos cosas horribles, pero siempre nos ha sido fácil perdonarnos las meteduras de pata. Tú mi debilidad, yo la tuya, ¿recuerdas?

Aquel había sido su lema cuando eran jóvenes y discutían por tonterías; con doce años más sobre las espaldas, Ray podía ver que aquello que los enfadaba eran asuntos banales, estúpidos, insulsos. ¿Cómo podían haber hecho mundos de pequeños granos de arena?

—Me has devuelto las cuadras, Nick.

Le había devuelto mucho más. La vida, la ilusión, las ganas de ser feliz... en Blue Valley.

—Hay más —Nick le guiñó un ojo.

¿Más?

Ella lo miró con las cejas ligeramente fruncidas. Nick tironeó de ella hacia los establos. Ray no tuvo más remedio que seguirlo y se dio cuenta de que lo haría siempre. No pensaba huir más, confiaría a ciegas en él.

—Sólo podrás cambiar y ser más valiente cuando cierres las heridas por completo. Despidete del pasado y ábrele la puerta al futuro.

Las palabras que le había dicho Frank cuando la había visto a su regreso, algo ojerosa y con un par de quilos menos, resonaron en su cabeza. Y, si bien Ray siempre había comprendido su significado, ahora era capaz de aplicarlo.

Decirlo era sencillo, hacerlo no tanto.

Lo detuvo en la puerta de las cuadras.

—¿Ray?

—¿Por qué haces todo esto por mí?

Quería oírlo.

Necesitaba escucharlo.

Nick le apartó alguna cosa que hubiera quedado enredada en su cabellera y aprovechó para acariciarle la mejilla.

—Lo quiero todo contigo.

Fue suficiente para Ray.

Ella sonrió y Nick entrelazó los dedos con los suyos antes de hacerla entrar en las cuadras. Olía a cuero y a heno. Era como regresar a su pasado, a su niñez.

Quiso cerrar los ojos y empaparse de aquella sensación. Era como si la luz y la música de su madre se unieran en un concierto sensorial que la mecía, haciendo que su corazón se ralentizase.

Incluso vio a su padre hablando con el capataz, sombrero en mano. Vio a los mozos ir y venir, silbando, tarareando y hablando con los caballos. Fue como si un *flashback* la golpease, resquebrajándola para luego recomponerla. Aquel lugar había desprendido felicidad durante mucho tiempo. Ella había sido testigo de ello durante años, había crecido rodeada de aquel ambiente que ahora estaba a medio camino de conseguirse.

Oh, papá, pensó mientras se llevaba las manos trémulas a la cara, te encantaría ver esto.

Ray se vio empujada hacia uno de los compartimentos. Cuando había estado en las caballerizas de los Montgomery, que era el triple de grande que aquel establo, se había sentido bien, pero ahora estaba nerviosa.

Aquel lugar pertenecía a su rancho. No era el establo que siempre se había erigido en la parte trasera, pero era uno que se le parecía y que había nacido de su amor por Texas.

Justo cuando apoyaba las puntas de los dedos sobre la puerta baja, una gran cabeza de caballo asomó por ella, obligándola a echarse para atrás.

—Oh, vaya...

El animal era precioso, un ejemplar magnífico pese no ser de raza. Era de un bonito color caramelo y crin albina que a Ray le robó el corazón. Había visto cientos de caballos en su vida, pero había algo en aquel que hacía que su corazón aletease con... orgullo, pues formaba parte de *su* rancho.

Además, algo crepitó entre ella y el caballo. Fue mirarse a los ojos y juraría que ambos sufrieron amor a primera vista, un flechazo en toda regla.

Miró a Nicholas por encima del hombro. No sabía hasta qué punto le brillaban los ojos por la emoción, aunque estaba segura de que estaba sonrojada por la excitación del momento, porque le ardían las mejillas.

Él la animó a aproximarse haciendo un ademán con la barbilla.

—Hola, bonito —ladeó la cabeza y extendió la mano. El caballo acercó el morro, la olisqueó un momento y luego se dejó acariciar sin esperar nada a cambio—. Estás muy solo aquí, ¿no? Bueno, a ver si podemos encontrarte compañía bien prontito...

Nick tragó saliva al escucharla hablar así, con aquel tono bajo y cariñoso, algo más agudo de lo habitual. Conocía bien esa modulación en la voz de Ray. Estaba encantada con el semental, aunque sólo sirviera para monta y no para usarlo con yeguas.

—¿Te gusta?

—Muchísimo. —Ella se giró hacia Nick sin dejar de acariciarlo, su sonrisa era radiante.

—Y parece que a él también le caes bien —Nick buscó en una bolsita de cuero que había en un estante de madera, a su izquierda, y le entregó dos terrones de azúcar—. Hemos practicado mucho para que este momento saliera perfecto.

Ella enarcó una ceja en su dirección, no pudo borrar la sonrisa de su rostro.

—¿Ah, sí?

—No todo iba a ser mérito tuyo, rubita.

Ray se mordió el labio inferior. Que la llamase de aquel modo hacía que su corazón gritase por Nick y sus labios hormigueasen en busca de un beso. Tenía que disculparse como tocaba y pedirle otra oportunidad; si Nick creía que se había arrastrado una y otra vez por ella, ahora era el turno de Ray. Tenía que perdonarla y confiar en que no iba a volver a escapar de lo que pasaba entre ellos.

La felicidad estaba llamando a su puerta. Ray no se había asomado por la mirilla, pero estaba segura de que era ella. Y no pensaba echarla a patadas o ignorarla, esa vez abriría de par en par y la recibiría con los brazos bien abiertos.

Merecía ser feliz, merecía que alguien la escogiera por encima de todo, merecía amar y ser amada.

Se volvió hacia el caballo y le tendió un terrón. Se lo comió directamente de su palma. Ninguno de los dos tenía miedo del otro, habían creado un hilo de confianza fuerte pero estrecho en apenas segundos.

—No le hagas caso al tío Nick. Le gusta mucho alimentar ese ego tan grande que tiene, ¿pero sabes qué? —Le dio el segundo terrón de azúcar—. Sabe que tú eres especial. Y tiene celos.

Lo oyó resoplar. Pero no lo miró, no necesitaba comprobar que, en realidad, estaba sonriendo. Podía verlo pese darle la espalda. Estaría apoyado en una de las columnas de madera, los brazos cruzados, también las piernas a la altura de los tobillos. El sombrero lanzaría sombras sobre un lado de la cara, pero su sonrisa ladeada, de canalla seductor, estaría allí.

El caballo movió la cabeza, parecía asentir en su dirección. Ray volvió a acariciarle el hocico y se rio.

—Menuda extraña pareja —la jocosidad que cubría su voz hizo que, ahora sí, ella lo mirase, y se encontró con la estampa que había imaginado.

Pero había más. En sus ojos cubiertos por sombras había un brillo especial que no había visto nunca y, en aquella sonrisa pícaro y sexual, había un deje de ternura que hizo que su corazón palpitase con fuerza. Dentro del pecho... y entre sus piernas.

Carraspeó y se alejó del caballo pasándose las manos por los muslos.

—¿Macho o hembra?

—Es un macho. Ya verás que *River* es muy tranquilo —Nick se pasó los dedos por la barba, como si pensase, y Ray se encontró devorándole la boca con la mirada—. Algo mayor, eso sí. Lo encontré que querían sacrificarlo porque ya no podían usarlo para montar yeguas de calidad. Si quieres quedarte en el rancho, podrías... salir a pasear con él.

A la colina, pensó Ray.

El lugar donde ambos habían compartido tanto sin saberlo.

—Eso estaría... bien, Nick. Has pensado en todo —se miró un momento la punta de sus botas, ahora cubiertas ligeramente de polvo—. Gracias.

—Pensé que este sería un buen sitio para empezar de cero.

—¿Te refieres a mí?

Nick sonrió. Menuda sonrisa, Ray quiso hacerla suya recorriéndole aquella boca con un dedo. El vaquero dejó el sombrero junto el saquito de azúcar.

—Sí, hablo de ti, Ray.

Se acercó hasta ella con paso lento, como si temiera que se fuera a escabullir. Puso una mano sobre su cinturón y Ray aguantó la respiración. Esperó a que diera el siguiente paso. Un dedo se coló por encima de la tela del pantalón y la mujer apenas pudo tragar saliva.

Nick la acercó a su fornido cuerpo usando aquel punto de presión y el cuerpo de Ray se dejó arrastrar. Levantó el rostro, ladeándolo, para verlo mejor. Ahora estaban muy cerca, sus pechos se rozaban al respirar.

—No quiero que te vayas.

—Nick...

Suspiró su nombre. Ray no sabía decir si él lo interpretó como una aceptación de la proposición velada o una negación llena de resignación y dolor, pero los labios de Nicholas recorrieron su mejilla.

Un escalofrío le puso la piel de gallina, fue como si incluso el alma se le erizase.

A los pocos segundos, la boca de Nick se cernió sobre la suya y sus brazos la encerraron en un abrazo brutal que no le dejaba escapatoria... ¡cómo si ella fuera a buscarla!

Los brazos de Ray subieron por su torso hasta sus hombros, se enredaron en su nuca, lo atrajeron hacia ella para profundizar el beso y sus dedos terminaron enterrándose en su pelo.

¿Por qué se sentía como si estuvieran dándose su primer beso?

Llevaba tiempo lejos de él, demasiado. Lo había echado tan de menos que dudaba poder separarse de Nick. Dudaba poder ir despacio, no estaba dispuesta a seguir el ritmo suave que Montgomery quería plasmar. Él pareció entender que no quería tanta delicadeza. Había algo entre ellos que los conectaba sin palabras: Nick sabía cuándo descender o incrementar la pasión, igual que ella.

Tembló cuando una de las manos de Nick bajó hasta su trasero y la apretó suavemente contra su erección.

Ella recorrió su torso con las manos, deseaba romper cada botón que se interponía entre su piel de bronce y sus dedos anhelantes, pero apenas podía moverse. Su cuerpo era esclavo de aquel beso. Nick estaba siendo tierno, pero la danza de sus lenguas era húmeda y caliente. Ray sólo era consciente de la creciente humedad que empezaba a aposentarse en su ropa interior.

Un trueno los hizo reaccionar. Sobresaltados, se separaron, pero no se soltaron. Estaban anclados el uno con el otro, balanceándose sobre los pies pero sin separarse.

Nick se inclinó una última vez y Ray se preguntó si volvería a besarla. Tuvo que apretar los muslos con disimulo; la lengua masculina estaba rozando una de sus comisuras, una que ella notaba húmeda después de aquel beso tan emocional y visceral.

—Tu todoterreno no aguantará tanto barro —susurró mientras alzaba la cabeza.

—¿Qué sugieres, Montgomery?

—Dejaste las camas hechas antes de irte, ¿no?

La promesa que iba implícita en aquellas palabras engrandeció sus pupilas.

—¿Y qué pasa con la cena? —preguntó mientras Nick se separaba lo justo para ponerle su sombrero, que le quedaba algo grande.

Él le robó un beso que la elevó por encima de las nubes, pero fue tan rápido que no llegó a tocar el cielo.

—*Tú eres mi cena.*

Ray por poco se cayó, le temblaron las rodillas. Sus palabras eran como caricias decadentes que la llevaban al propio paraíso.

Apenas pudo decir palabra, se dejó tomar de la mano y de nuevo permitió que Nick la guiase hacia el exterior. Entraron por la puerta de la cocina, que estaba cerrada pero no tenía el cerrojo interior echado.

Nicholas la tomó de la cintura al ver que se encaraba a un armario y su menuda espalda se amoldó contra su imponente pecho.

—No te voy a dejar escapar, nena.

—Sólo quiero unas velas —con la sonrisa en la voz, se encogió con timidez cuando los dientes de Nicholas tironearon del lóbulo de su oreja.

Él gruñó, extendió la mano, abrió el armario y cogió un puñado de ellas. Casi la empujó hacia el dormitorio que había usado durante su convalecencia. Ray se rio y se estiró a tiempo para coger un encendedor que colgaba de la campana extractora por un imán.

Ray se apoyó en el armario empotrado de la habitación y se carcajeó de nuevo cuando vio a Nick disponer las velas sobre la mesita de noche. Le tendió el encendedor con la diversión curvándole la boca, marcando los hoyuelos de sus mejillas. Nick se volvió hacia ella después de prender las cinco velas y se quedó parado, la llama todavía titilando en el largo encendedor.

Parecía sorprendido, aunque la sonrisa lobuna que se extendió después por su rostro relajó a Ray al punto.

Con la mano libre, le quitó su sombrero y lo dejó sobre la butaca que había en un rincón, lanzándolo como si fuera un *frisbee*.

—Acepto no ser el único que te besa porque así estás preciosa.

Ella ladeó la cabeza, ligeramente confusa.

—¿Y quién más me besa, según tú?

—Estás... en paz contigo misma. La tranquilidad está ahora mismo sobre tu boca —soltó el encendedor, que cayó ya apagado sobre el suelo y la tomó de la cintura con un brazo. La pegó contra él—. Solo podremos besarte ella y yo de ahora en adelante.

—Me parece... correcto.

Nick se carcajeó y ella guardó aquella risa en lo más hondo de su ser. Adoraba verlo así de feliz, sin preocupaciones. No era habitual verle tan a gusto, y se recriminó por no habérselo puesto fácil.

Ray le desabrochó el primer botón de la camisa con deliberada lentitud. Luego levantó los ojos hacia él, apenas sin alzar el rostro. Vio cómo la nuez de Nick bajaba y subía, le afectaba su cercanía tanto como la de él a Ray.

La besó sin previo aviso y la alzó en brazos, obligándola a enredar sus piernas alrededor de sus caderas. Las manos de Ray tomaron su rostro mientras las de Nick se aposentaban en su trasero. El beso la mareó. Era uno de esos que prometen y tientan, y por Dios que Ray London estaba al borde de la tentación y más que dispuesta a caer en ella, zambullirse y ahogarse en aquel océano de placer.

La llevó hasta la cama y la dejó en ella, dejándose caer sobre su cuerpo con cuidado, ya que Ray se negaba a soltarlo. Dejó que le quitase la camisa, que terminó en el suelo. Seguidamente, fue él quien desabrochó la blusa. Apoyando todo el peso en las rodillas, se apartó y rugió al verla con la prenda totalmente abierta, sus pechos encerrados en un sujetador de encaje negro.

Agachó la cabeza y besó la unión de aquellos senos blancos y turgentes. Ray echó hacia atrás la cabeza, ronroneando.

Nick creyó morir de placer cuando, siguiendo un instinto, ella se abrió más de piernas, permitiendo que su inflamada bragueta encajase a la perfección con sus pantalones vaqueros, jugueteando con el punto exacto que la hacía estremecerse y quedarse sin respiración.

La liberó de toda ropa.

—No sé cómo he podido estar tanto tiempo sin ti, rubita.

Ray se mordió el labio inferior. Ella tampoco sabía cómo había podido estar tres semanas lejos de Nick. Habían sido veintiún días tortuosos. Quinientas cuatro horas de dolor y desesperación. Más de treinta mil minutos extrañándolo.

Pero ahora estaba allí, eso le bastaba. Y todas las caricias pendientes entre Nick y ella iban a saldarse esa noche. Ray estaba convencida de que no sería la última, no pensaba permitir que fuera de otro modo.

—No vamos a perder más tiempo, Nick —susurró.

Se acabó encerrarse en sí misma. Por más mal que la hubiera tratado la gente, Nick era diferente.

Siempre había visto más allá de la niña huérfana, del ratón de biblioteca, de la mujer solitaria. Cuando la miraba, la veía. A la verdadera Ray, esa que quería esconderse del mundo y que de él, que era a quién más temía mostrar, no podía.

Lo empujó para que quedase tumbado. Ahora fue ella quien lo despojó de toda prenda. Besó todo su cuerpo. No hubo rincón que no cayera ante Ray.

Sin embargo, pronto se cansó de que fuera ella quien llevase la batuta. Esa noche él era el

cazador y Ray era su presa. Y ella estaba encantada.

—Joder, Ray —se apartó un momento cuando su mano buscó el botón hinchado de su sexo y se encontró con que ya estaba más que preparada para él—. Vas a volverme loco...

Nick vio cómo ella boqueaba, el pulso marcándosele en la base del cuello. Era él quien la hacía estremecer de aquel modo, quien veía su rostro, iluminado por las velas, contraído por el placer.

Al ver cómo las piernas de Ray, que estaban ligeramente cubiertas de sudor, temblaban y se removían, Nicholas supo que la liberación que Ray necesitaba estaba cerca.

El orgasmo fue demoledor. Ray estalló en mil pedazos en silencio, pues se había quedado sin aire en los pulmones. Se retorció contra su pecho y Nick la acunó mientras el latido de su corazón dejaba de ser tan errático. La notó temblar y le besó el pelo mientras su respiración se acompasaba.

—Nick...

No le permitió hablar, había perdido el poco control que tenía en la sangre. La besó.

Lo hizo como si quisiera metérsele bajo la piel. Cosa estúpida, pues ya estaba bajo ella. Estaba en lo más profundo de su ser desde hacía tiempo. Quizá desde siempre, pero no hay peor ciego que el no quiere ver.

Ray dejó de pensar en cuanto notó a Nicholas dentro de su cuerpo; era la primera vez que lo hacían sin la fina barrera que daba un preservativo. A ninguno parecía importarle, aunque el detalle los destrozó. Ahora ya no había nada que se interpusiera entre ellos.

Los restos del orgasmo seguían en su sexo y, con cada embestida, Ray estaba a punto de llorar. Era una mezcla de dolor y placer que jamás había experimentado y temía dejarse llevar demasiado pronto. Aquello era desmedido para su cuerpo, nunca se había sentido tan llena, tan completa.

Nick parecía igual de desesperado, el movimiento de sus caderas se hizo más atropellado a medida que los segundos recorrían las manecillas de un reloj que se había detenido y que ya sólo contaba caricias y gemidos.

—Es perfecto... —murmuró él entre dientes, los brazos temblándole, el pecho cubierto de sudor—. Tú eres jodidamente... perfecta.

—Nick... —le acarició la cara y le lamió el labio inferior, sabía a sal y a él—. Déjate ir.

Se tragó su orgasmo, que fue caliente, violento y arrollador. Él gritó contra su boca y Ray no lo soltó, abrazándolo, besándolo. Aquel momento era de ella, de nadie más, y pensaba adueñarse de él sin vacilar.

Pronto, ardió con él.

No lo soltó cuando Nick cayó rendido sobre ella, respirando con la misma agitación que la de Ray.

No pensaba soltarlo jamás.

CAPÍTULO 24

El día siguiente amaneció con restos de nubes en el horizonte, pero el sol pronto las echó y se coronó como rey indiscutible del cielo.

Con todo, para Nick y Ray la noche seguía su curso. Las velas se habían consumido y la leve luz de primera hora ya se colaba por la ventana, pero ellos siguieron haciendo el amor como si no les importase que la tormenta ya hubiera arreciado.

Él fue el primero en despertarse. Era mediodía. Estaba exhausto por la falta de sueño, si bien nunca se había sentido tan lleno de energía. Se pasó una mano por el pelo y se volvió para observar a Ray. Dormía con placidez a su lado, la cabeza levemente inclinada hacia delante, las manos convertidas en puños escondidos bajo su mejilla.

Tomó esos pequeños puños y destensó los dedos, obligándola a abrir las palmas. La vio removerse, gemir en sueños. Pero sus ojos de gata sólo se abrieron cuando recorrió sus palmas con los labios.

Volvieron a hacer el amor y Nick tuvo que cubrirse la cabeza con la almohada para no ir tras ella. Le torturaba saber que estaba dándose una ducha sin él. Tenía ganas de frotarle la espalda, masajearle la cabeza mientras le lavaba el pelo, y luego darle la vuelta y arrinconarla contra la pared de azulejos...

Ella se presentó con la ropa del día anterior, aunque iba descalza. Le lanzó la toalla, algo mojada, y él gruñó.

—Es tu turno.

—Hubiera preferido compartir el momento, ¿no sabes que no podemos malgastar agua? Esto es Texas.

Ray puso los ojos en blanco y se rio antes de ir hacia la cocina, diciendo que se moría de hambre. Nick tardó unos pocos minutos en ducharse y solo se puso los vaqueros, que ni se molestó en abrocharse. La encontró sentada en la encimera, mirando por la ventana con un vaso de agua en la mano. Se había vestido y calzado, había ido a ver al caballo.

—Has ido a echarle un vistazo.

—Y tú has ido a ocuparte de él a primera hora, mientras dormía —Ray lo miró con una sonrisa—. Gracias.

—No hay de qué.

Nick tragó saliva al verla bajar de la encimera y eligiendo una pizza del folleto que pendía de la nevera. Ni siquiera lo había sacado del imán, sólo seguía con el índice las opciones disponibles.

¿Se habría dado cuenta Ray de lo cotidiana que era la escena?

—Creo que tu tía debería hacer pizzas y mandarlas a domicilio —dijo, tomándolo por sorpresa y sacándolo de la burbuja en la que había entrado sin darse cuenta.

—No sé si es rentable.

—Cindy cocina de maravilla y tu cuñada no se queda atrás —Ray le guiñó un ojo—. Mataría por una pizza de atún, pollo y jalapeños con doble de queso.

Nick rio y se acercó a ella para abrazarla por detrás.

—Es una cafetería, rubita. Creo que no querrán etiquetarse también como pizzería.

Ray echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en su pecho, y también se rio. Una carcajada que resonó en todo su cuerpo, Nick por poco tembló ante aquel huracán tan cantarín.

La mujer se giró entre sus brazos y buscó sus manos.

—¿No ves que estoy famélica, Nick?

Él fingió pensar durante unos segundos mientras permitía que Ray enlazase los dedos con los

suyos y deshiciera lentamente el abrazo sin separarse un milímetro de su cuerpo, como si bailaran una canción.

—Tendremos que pedirla a alguna pizzería del pueblo que ya esté abierta que nos mande un repartidor.

—Si la próxima vez cocinas tú... —ella suspiró teatralmente, sin perder la sonrisa—. Voy a por el teléfono. ¿Cuál quieres tú?

—¿Pretendes desayunar tú sola una pizza familiar?

Ray se apartó y se palmeó el trasero con picardía.

—¿Cómo crees que mantengo este cuerpo? Te aseguro que comiendo lo mismo que tus caballos no. ¡Y ayer no cené!

Nick se puso serio al verla marchar.

No quería que se tomase su broma como un ataque velado.

Le gustaba que Ray comiera. Siempre le había crispado cenar con una mujer que devoraba su entrecot con los ojos y se conformaba con pinchar el tenedor en una simple ensalada. Ella no era así, adoraba la pizza y los tacos y Amanda le había guardado también fiambreras de carne con chili casi a diario.

Cuando volvió, teléfono en mano, pidió su pizza y otra de cuatro quesos para Nick, sin consultárselo, pues él no había llegado a responderle. Que recordase cuál era su pizza favorita era una nimiedad, pero para él fue un mundo. Lo conmovió y lo emocionó.

—Ray —al ver que dejaba el móvil sobre la encimera, la tomó del brazo—. No te lo tomes a mal. Me encanta ver como disfrutas de la comida.

—Y a mí me encanta comer, Nick —Ray le tocó la cara con mimo—. No te preocupes. Sé que no lo decías con mala intención, pero ¿tú me has visto? —un bufido mezclado con una carcajada se escapó de sus labios—. Ya no tengo dieciocho años.

—Yo te veo perfecta.

Ray se puso de puntillas para besarla en la mejilla, todavía sin saber lo mucho que se estremecía él ante semejante muestra de afecto.

—Lo sé. Yo también creo que mi cuerpo es maravilloso.

Nicholas enlazó su cintura con los brazos, no pensaba dejarla escapar.

—Te soy sincero, Ray. Soy un seductor, pero sabes que no usaría esas técnicas contigo. Te lo prometí —le recordó, dándole un sencillo beso esquimal.

Ella le sonrió con dulzura.

—Si no hubieras desplegado tus encantos, creo que no estaríamos así ahora.

—Ray...

—Oh, no —murmuró al ver como sus ojos se enturbiaban—. Vas a ponerte filosófico conmigo, ¿verdad?

—Rubita...

Ray huyó hacia el comedor, negando con la cabeza. Nick la placó y la tumbó sobre el sofá, arrancándole un chillido. Terminaron siendo un amasijo de brazos y piernas entrelazados. Estaba acorralada, él sujetaba sus manos contra el sofá y sus piernas la aprisionaban también, pues estaba sentado a horcajadas sobre sus caderas.

—No vas a huir de esto.

Ella frunció el ceño. ¿Cuándo habían pasado de bromear sobre su cuerpo a...?

—Nick...

—Es lo que siento, Ray —suspiró—. Y ya no puedo callarlo más. Llevo años guardando todo esto para mí, cuando son palabras y emociones que te pertenecen a ti.

El corazón le latía tan rápido a Ray que, de seguir así, iba a sufrir un infarto.

Quería oírlo. Basta de suposiciones, de *todos*, de un abanico de promesas escritas sólo en la piel

—Ray...

—Por favor... —Lo vio borroso y supo que pronto caería la primera lágrima—. Dilo.

—Hace doce años te dejé marchar. Fui un gilipollas que se asustó de todo lo que sentía por ti. Y te dejé y me largué de vacaciones pensando que así te olvidaría. No debería haberlo hecho —reconoció—. Y cuando volví a Blue Valley... tú ya no estabas.

El corazón de Ray estaba dilatado por tantos sentimientos. Ardía, sangraba, lloraba de alegría y de pena. Cuánto había deseado oír aquello años atrás. Él se había agarrado al volante y la había dejado, obligándola a bajarse de la ranchera que había aparcado frente su finca. Su corazón se había quedado allí dentro, al menos un pedazo de él. Cuando había bajado del automóvil, rota de dolor, habría dado lo que no tenía con tal de que Nicholas le pidiera una segunda oportunidad.

Y ahora por fin se la estaba pidiendo. Con todas las letras. Sin humillaciones ni gritos. Sin rencores.

—Éramos niños... no te culpo por ello.

—Si me creía maduro para comprar preservativos, también lo era para no acojonarme ante ti.

Nick le acarició el rostro. Besó sus mejillas, le lamió las lágrimas.

—Ojalá me hubiera quedado. Me hubiera gustado protegerte de la zorra de tu madrastra. Me hubiera gustado ser tu primer amante, tu primer compañero de habitación... y de piso. Tu primera vez en todo, Ray.

Superada por sus palabras, tan cargadas de emociones, cerró los ojos. También le hubiera gustado todo aquello, a ella. Pero no había sido posible, él no lo había permitido.

Y Ray se había encontrado sola, llenando horas muertas leyendo libros, teniendo duchas tortuosas pues cada respiración traía recuerdos demasiado dolorosos. No obstante, había conseguido una vida diferente a la que hubiera vivido de quedarse. Había conocido una Ray distinta a la que había sido. No había sido tan malo alejarse de Texas.

Nicholas le hizo alzar la barbilla y como respuesta, ella abrió los ojos.

—Te dejé marchar —repetió el vaquero, sus ojos brillaban, húmedos—. Me di cuenta de mi error nada más verte bajar de la camioneta —confesó—. Debería haber salido del coche, correr tras de ti y suplicarte que no te rindieras conmigo, pero el miedo volvió a ganarme. Aún hoy me odio por lo estúpido que fui. La cagué a base de bien. Y mírame. Aquí estoy, pidiéndote perdón, diciéndote cuánto te quiero. Dispuesto a ponerme de rodillas para que me perdones por llegar con doce años de retraso.

Antes de Dawson, Ray no se acercaba mucho a los hombres, sobre todo al principio, cuando todavía era virgen. Había amado mucho a Nick y no quería volver a sentir ese tipo de sentimientos. Tan intensos, dolorosos.

El miedo la había controlado durante años, se había acostumbrado a vivir en su escudo de doble pantalla. Todo se reducía a pánico al rechazo, a entregar parte de sí misma para de nuevo caer y golpearse fuerte. Muy fuerte. Incluso había sentido el pánico estrangularla estando en Blue Valley, con él. Todas las discusiones, malas palabras...

Ray había arrastrado a otras personas al fango en su afán por salvarse a sí misma.

Nick la había arrastrado a ella cuando había saboreado el miedo años atrás.

No, no podía echárselo en cara. No cuando ella también había hecho daño a otros hombres por no atreverse a amarlos como merecían.

—Me he pasado años buscándote, preguntándome con quién estarías. Si ya estabas casada... si ya eras madre. He vivido una pesadilla cada día de mi vida desde que te fuiste —Nick volvió a tomarle las manos, Ray no sabría decir cuándo las había dejado libres—. Pero ahora estás aquí y, mírate, ni siquiera me guardas rencor.

—Ya te lo he dicho, éramos unos niños.

—Ya no lo somos. —Y al verla asentir, le apartó el pelo de la cara—. Te daré todo el tiempo que necesites —con una dulce sonrisa, se incorporó y la ayudó a sentarse frente a él—. Llevo enamorado de ti tanto tiempo, Ray, que esperar a que redescubras el amor conmigo no va a ser duro, ni mucho

menos. Estar sin ti sí me ha parecido una eternidad, pero no lo será esta vez. No tengo ningún inconveniente en ser paciente.

Ahí estaba de nuevo, la taquicardia resonó hasta en sus oídos.

—Nick...

—Voy a esperar. Te esperaré.

Sus palabras le daban alas a su corazón, que aleteaba raudo y veloz como hacía tiempo.

No, no le guardaba rencor, su alma solo albergaba luz y amor en su interior. Por él, siempre por él. Ray había descubierto que el sufrimiento del pasado era eso, parte del pasado, y que lo que sentían ambos podía superar cualquier obstáculo.

Nunca había tenido una relación como aquella con nadie, una que uniera amistad, confianza ciega, deseo irrefrenable y una infinita ternura que te inundaba el pecho de forma hasta dolorosa.

Tal vez por eso jamás había tenido relaciones serias. Aunque su miedo a ser abandonada también había influenciado en las pocas parejas que había tenido.

A excepción de Dawson.

Había un conocido escritor que aseguraba que toda persona tiene dos amores verdaderos: el primero y más pasional, el que nunca salía bien pero te dejaba un tatuaje en el corazón; luego llegaría el segundo, que traería seguridad, paz, una calma que se agradecía y que te llenaba de vida. Creyó en esa teoría hasta que Dawson desechó su relación con una facilidad pasmosa, dejándole ver que no era ese segundo hombre de su vida. Por más que Ray se hubiera imaginado casada y teniendo hijos con él.

Ahora comprendía que cada fracaso amoroso la había llevado hasta ahí, de vuelta a Blue Valley.

A Nicholas Montgomery...

A casa.

Se inclinó para besarlo, ya tenía una mano sobre su mejilla. El timbre los interrumpió. Ambos gruñeron y Ray cerró los ojos un momento, maldiciendo por lo bajo las jugarretas del destino.

Él le pidió con la mirada que no fuera, pero Ray le susurró que debían ser las pizzas y que no podían perjudicar al repartidor solo porque estuvieran teniendo una crisis existencial.

—Siempre tan responsable —susurró el *cowboy* antes de palmearle el trasero.

—¡Ay! —protestó, frotándose la nalga dolorida.

¡Cómo si a ella le gustase aquella interrupción, pero la vida era así, muy inoportuna!

—¿Sabes? —Le tiró su cartera de piel y ella la cazó al vuelo—. Creo que es buena idea que vayas a abrir. Si no como pronto, te devoraré a ti.

Ray se sonrojó y se mordió el labio inferior. Veía promesas de sexo desenfrenado en sus ojos y deseó poder ignorar el segundo timbrado, sentarse en su regazo y besarlo hasta que la tomase en brazos y le hiciera el amor en el suelo, contra el sofá...

Por una vez en su vida, dejó que lo que sentía en realidad escapase de entre sus labios.

Quiso ser atrevida, podía serlo, ¿qué se lo impedía?

—Preferiría no tener que abrir, entonces.

Parpadeó a la vez que él y se carcajeó antes de salir corriendo hacia la puerta principal.

—¡Ray! ¡Ven aquí, rubita!

Sabía que la estaba persiguiendo. Si no llegaba pronto hasta el repartidor, terminaría sin almuerzo y atrapada bajo el peso de un vaquero de metro ochenta y tantos...

Abrió la puerta de un tirón, una carcajada enroscada en la comisura de sus labios.

Pero la sonrisa murió tan pronto su cerebro reconoció la mirada que la observaba, curiosa, apenada y anhelante, desde el otro lado del umbral.

Ray no oyó a Nick acercarse, solo pudo parpadear mientras sus pulmones se quedaban sin pizca de oxígeno que respirar. Apenas pudo alejar las lágrimas que empañaron sus ojos. Se dejó caer sobre la puerta.

—Dawson...

Nick entrecerró los ojos y se midió con la mirada con el tipo que había al otro lado de la puerta. Y antes de que Ray pudiera reaccionar, avanzó un paso, apretó el puño y lo estrelló contra la mandíbula de Dawson Shame.

CAPÍTULO 25

Ray se sentó en el sofá y se pasó las manos por la cara y por el pelo, todavía húmedo por la ducha. Si fuera verano, ya se hubiera secado, pero el otoño estaba a la vuelta del a esquina y el tiempo había cambiado.

Igual que su vida.

Levantó la mirada cuando notó la presencia de Dawson. Este se había mojado la cara, aunque el agua helada no lo libraría de que le saliera un buen moratón en el ojo. Ya lo tenía hinchado y rojo, pronto la piel se volvería violeta.

Ver a Dawson en su salón fue como recibir un mazazo en un lugar escondido de su alma, donde todavía lo apreciaba. Cuando lo había conocido, había visto en él un hombre capaz de devolverle la fe en el amor. Lo había logrado durante meses. Incluso había fantaseado con una trona de bebé en el salón.

Pero Dawson se había quedado al margen de aquellos planes de futuro.

Tenerlo tan cerca era... turbador. Al fin y al cabo, había sido importante para ella, por más superada que tuviera su ruptura.

Casi quiso reír. Después de tanto tiempo esperando su regreso, cuando Dawson lo hacía, ella ya no estaba interesada en absoluto en él. Había sido duro verlo parado frente a su puerta.

—¿Estás con Montgomery?

Dawson siempre había sido directo.

—¿Para qué has venido? —preguntó Ray en respuesta, pidiéndole que se sentara con un ademán.

Él se sentó. Parecía vacilar, no le gustaba que no hubiera sido clara en cuanto a Nick.

Cuando Nicholas le había asestado el puñetazo que por poco lo había tumbado en el porche, ella lo había tomado del brazo. En susurros, le había pedido que se controlase y, antes siquiera de preguntarle si podía dejarlos solos, Nick se había soltado de su mano, había ido a por su camisa y a por sus botas y se había marchado sin mirarla.

Le había dolido verlo así de frío cuando cinco minutos antes estaba confesándole su amor. Ella no había protegido a Dawson, lo protegía a él. No quería que Nick tuviera problemas con un federal.

Se lo explicaría más tarde, cuando Dawson se hubiera marchado. Esperaba solucionarlo con Nick. En esa ocasión, fuera lo que fuera lo que había molestado a Montgomery, no iba a quedarse así. La escucharía y Ray se encargaría de hacerle entrar en razón.

—Dawson, ¿qué haces aquí?

Él terminó por suspirar. Le contó el motivo por el cuál la había dejado. El *verdadero* motivo. No le fue sencillo explicarle la verdad, pero Ray se dedicó a escuchar con atención. Intentó que los sentimientos no la dominasen mientras su corazón se contraía, una mezcla de dolor y entendimiento bombeando sangre en su lugar...

Al parecer, un grupo de federales, considerados de los mejores en el FBI, habían empezado a investigar una banda organizada demasiado peligrosa y escurridiza. Cuando empezaron a darse cuenta de que había políticos, artistas y deportistas de élite involucrados, había sido tarde. Habían ido a por ellos para mantener aquella verdad en secreto, pero ahora todos estaban al descubierto.

El escándalo había estallado en el país. Lo había leído el día anterior, mientras esperaba que saliera su vuelo. En el avión no se hablaba de otra cosa, pero no le había prestado demasiada atención: estaba preocupada por Nick y con la carta de Marian reproduciéndose una y otra vez en su cabeza.

Ahora era distinto, aquel caso la había salpicado más de cerca de lo que creía.

Fred y Dawson habían sido vecinos, compañeros de pupitre. Habían crecido juntos y superado la adolescencia sin levantar el puño el uno contra el otro. Habían ingresado juntos en la universidad, entraron en el FBI al mismo tiempo. Dawson lo consideraba un hermano, de corazón, si bien no compartían sangre.

Ray había conocido a Fred, el mejor amigo de Dawson. Le había parecido un buen tipo, aunque sólo lo había visto en contadas ocasiones. Algo tímido, pero divertido y de aspecto amigable.

Ella había asistido a su entierro para acompañar a su chico.

Dawson no había encajado bien su pérdida. Era comprensible que su muerte lo afectase tanto... hasta el punto de aceptar investigar su asesinato, por más peligroso que fuera.

Ella también querría justicia si le pasase algo a un ser querido.

Pero ojalá hubiera sabido en qué estaba involucrado Fred al morir. Ojalá Dawson le hubiera contado la verdad la tarde que le dio la espalda y no ahora.

Ahora de qué sirve la sinceridad, pensó una Ray desolada.

—Yo te hubiera apoyado, Dawson —Se inclinó para tomarle la mano. A medida que él le narraba lo sucedido, Ray se había sentado a su lado para no hacerle sentir tan mal—. Te hubiera pedido precauciones, pero hubiese aceptado que te encargases de ese caso tan complicado. Debiste confiar en mí.

—No podía, Ray.

Ella lo miró con la interrogación esbozada en la mirada. Dawson, que llevaba la americana pues vestía de servicio, sacó un sobre del bolsillo interior de ésta. Esparció sobre la mesa auxiliar un montón de fotografías.

Eran escalofriantes. El federal le contó que esos tipos la habían fotografiado durante semanas para llegar hasta Dawson y amenazarlo. Por eso la había dejado. La verdad se dibujó con tanta claridad ante ella, que tuvo que soltar las fotografías y respirar hondo varias veces.

—Últimamente me llamaban...

—Era yo. —La calmó él, tomándole la mano—. Quería cerciorarme de que estabas bien. Con oír tu voz... me era suficiente para saber que estos cabrones no habían cumplido sus amenazas. Ahora estás a salvo. Están entre rejas y jamás saldrán de prisión.

—¿Por qué no me lo dijiste entonces? —los ojos verdes de Ray refulgieron.

—Porque te hubieras quedado a mi lado y no podía perderte.

—¡Me perdiste de todas formas, Dawson!

Él se levantó, las manos en la mandíbula, en el cuello. Sudaba, estaba nervioso.

Ray suspiró, se pasó los dedos por la frente. No quería explotar, se había intentado contener, pero al final había soltado lo que pensaba a boca jarro.

—Te prefería viva y odiándome, ¿entiendes?

—Yo no te odio —Ray lo siguió hasta el porche y lo abrazó por la cintura. Él se quedó tenso alrededor de sus brazos: había algo en aquel abrazo que ya no encajaba con la relación que antes habían compartido—. Pero me hubiese gustado apoyarte, decidir por mí misma mi futuro... el nuestro, Dawson.

Él se revolvió, se soltó y la miró con la acusación titilando en su boca.

—Y supongo que no hay posibilidad ahora de tener un futuro juntos, ¿verdad?

Ray se sentó en el balancín. Miró el horizonte.

Odiaba las rupturas. Era un momento demasiado delicado, se exponía demasiado el corazón... y las debilidades. Una nunca se acostumbraba a romperle el corazón a alguien querido. Y la cosa se ponía muy violenta cuando el dolor no podía esconderse en la expresión de aquel que es dejado de lado.

Se sentía sucia, como si fuera culpa suya no tener sentimientos correspondidos...

En los libros, en las películas, en las series de televisión, aquella palabrería era fácil de pronunciar y encajar. En la vida real, las emociones apestaban.

—Tu silencio habla por ti, Ray.

—Lo amo —admitió, mirando al suelo. No podía hacerle frente a esos ojos tan familiares—. No sé cómo volví a enamorarme de él, Dawson. No lo contemplé, siquiera. Solo... pasó.

—No andaba tan equivocado entonces. Siempre estuvo ahí.

—Te quise muchísimo. —Ahora sí lo encaró y se levantó con las lágrimas bañándole las mejillas, igual que a Dawson. No iba a permitir que dudase de lo que había sentido por él—. Acepté venir a Blue Valley por trabajo, porque no podía olvidarte.

—Y lo encontraste a él.

—Me ayudó a salvarme.

Dawson la miró durante largo rato, pero al final asintió y se arregló la americana. Ray jamás le había visto tan serio, supuso que era la expresión que ponía en los interrogatorios. Era inquietante.

—Entonces... que seas muy feliz con él, Ray. Lo veo muy enamorado. ¿Para cuándo la boda?

Ray cerró un momento los ojos. No era justo que Dawson la atacase, no cuando había sido él quien la había dejado, arrebatándole toda esperanza, sin pedirle que lo esperara. La había castigado con silencios.

Sin embargo, entendía que en esos momentos escupiera tanto veneno.

Estaba dolido, carcomido por los celos. Posiblemente, de estar en su lugar, Ray también querría devolver todo el daño que almacenaba entre las costillas y el corazón.

Pero Ray tenía fe. Su ex era muy inteligente y sabio. Dawson entendería con el tiempo que, al dejarla escapar, había arriesgado demasiado y que la había perdido de forma definitiva, como había augurado. Ella estaba enamorada de Nick y no era un amor que desapareciera en el tiempo, ni que él pudiera sustituir en Washington con nuevas viejas promesas.

—No es necesario, Dawson.

—Tienes razón, no lo es.

Y eso fue lo último que Dawson Shame le dijo, ya que al momento giró sobre sus talones y se marchó hacia un todoterreno de alquiler, más nuevo que el suyo. Ray se apoyó en la barandilla, notaba que las rodillas no iban a sostenerla. Observó su espalda tensa, sus hombros cuadrados. Imaginó su mandíbula apretada con fuerza.

El desamor dolía, era una enfermedad que corroe y consume, ella lo había probado en sus propios huesos.

Esperaba que Dawson pronto la olvidase. Cuánto antes dejase de quererla, antes podría arrancarse semejante sufrimiento de dentro.

Y esperaba, de corazón, que encontrase a una mujer que le diera lo que ella no podía darle. No merecía amar un fantasma, perseguir quimeras y no tener un futuro. Al contrario. Le deseaba lo mejor.

—Espero que puedas perdonarme —susurró y juraría que el viento llevó sus palabras hasta el federal.

Agachó la cabeza, no podía ver como el todoterreno echaba marcha atrás y salía de su finca a una velocidad que debería considerarse ilegal. Le bastaba oír el rugido del motor para sentir un pellizco en el corazón.

Respiró hondo antes de levantar la mirada hacia la nada, Dawson ya se había marchado.

Se frotó los brazos. No le había resultado sencillo decirle a Dawson lo que sentía por Nicholas, no cuando Montgomery todavía no había podido escucharlo y se había marchado, dolido por su culpa.

Pero eso iba a cambiar.

Tenía que decirle cuánto lo quería, tenía que recordarle que él estaba dispuesto a esperarla. Nick lo había dicho, tenía aquellas palabras clavadas en la mente. Tenía que decirle que ella ya había llegado a la estación de asuntos pendientes y que el tren había partido sin ella.

Decidida, fue a calzarse. Se quedó parada en la entrada, aguantando la respiración. Tocó la

herradura que colgaba de la pared. La última vez que la había visto, había estado tras el escaparate de una tienda de Blue Valley. Era ideal para colgar las llaves. Nick debería haberla visto mirándolo y había cometido una locura. Otra, mejor dicho. El corazón se le inundó de una calidez que la hizo sonreír y casi llorar al mismo tiempo.

Estaba acostumbrada a huir, pero ahora estaba dispuesta a coger el toro por los cuernos. ¿Permitir que Nick cometiera su error y escapase de todo por encontrarse, cara a cara, con Dawson?

No, no, no, mil veces no.

Condujo hasta el rancho de los Montgomery. Esperaba que no la echasen a patadas de allí. Después de tres semanas desaparecida y sin hablar con ninguno de ellos, se lo tenía merecido...

Se encontró con las mujeres Montgomery junto al establo. Estaban con Tanner.

Rebeccah fue la primera en verla. Las gafas no escondieron la preocupación que se dibujó en sus ojos.

Tanner le salió al encuentro en cuanto se percató de quién era ella.

—Ray...

—Tengo que verle, Tanner. Entiendo que me odiéis, pero necesito saber dónde está.

—Tanner, cariño... —Beccah le tomó la mano y le señaló la cuadra, impidiéndole hablar—.

Ocúpate tú de *Verona*, ¿quieres?

Él gruñó pero hizo lo que su esposa le pedía. Ray respiró hondo y contó hasta diez, incluso llegó a levantar las manos como bandera blanca con las cuñadas de Nick. Eran como las madres elefante que querían proteger a sus crías...

Nerviosa por el escrutinio de aquellas dos mujeres, se puso el sombrero que colgaba de su cuello. Las consideraba sus amigas pero era comprensible que se pusieran del lado de Nick. Era su cuñado, como un hermano para ellas.

—¿Vas a hacerle daño, Ray?

—No quiero herirle más, Beccah.

—No te odiamos —Amanda le sonrió con cariño y cargó mejor con Cameron contra la cadera—. En verdad, entendemos que te fueras.

—¿Cómo decís?

La policía la tomó del brazo, como si la encerrase en un abrazo, también sonreía y no parecía enfadada para nada.

—Los Montgomery son hombres con carácter. Remington es más tranquilo, pero Tanner y Nick son más... explosivos. Cuando se enfadan, no se dan cuenta de lo que sale por su boca hasta que es tarde para recular.

Boquiabierta, Ray tardó en reaccionar.

—¿Os contó lo que pasó?

—Lo sabemos todo de ti, Ray —Amanda le guiñó un ojo—. Nick lleva enamorado de ti más de una década.

—¿Tú le quieres?

—Sí —admitió, lo hizo rápido, sin tener que pensárselo mucho.

Las cuñadas compartieron una mirada de felicidad y Rebeccah la abrazó.

—Entonces cuídale —le susurró.

Ray cerró los ojos. Aquella gente era maravillosa, de verdad que sí.

—Lo haré si me deja, Rebeccah.

—Te adora —se separó de Ray y se rio mientras se acariciaba el vientre abultado—. Bienvenida a la familia.

—Ya eres una más —Amanda dejó a Cameron en el suelo y, manteniéndolo firme con una sola mano, pues el niño ya empezaba a caminar, la abrazó con el brazo libre.

Tanner no dijo ni una palabra cuando le trajo una preciosa yegua. Eso significaba que Nicholas había salido a cabalgar y Ray sabía exactamente dónde encontrarle. De seguro había salido a dar una

vuelta, pero sus pensamientos solo podían haberlo llevado a un lugar.

Ray montó a *Verona* y se tocó el ala del sombrero, una vieja costumbre que había aprendido de su padre y que Nick le había devuelto tras años alejada de Blue Valley y sus raíces tejanas.

—Gracias.

—A ti, Ray, por quererle —susurró Tanner, poniendo una mano en su muslo para impedir que empezase a andar—. Nick ha vuelto a ser el mismo gracias a tu regreso.

Así que el mayor de los Montgomery había tenido la oreja puesta en todo momento. Debía haberlo supuesto. Esa familia velaba por sus intereses, y Nick era uno de los más importantes y vitales que tenían.

—Espero que se quede durante mucho tiempo, el viejo Nicholas seguro que no me caería tan bien.

Tanner le guiñó un ojo y la soltó.

Ella puso la yegua al galope y la condujo con maestría hacia la colina de Nick.

El calor del mediodía era abrasador pero ni lo notaba, iba concentrada en el latir de su corazón y en repasar mentalmente lo que quería decirle, aunque terminaría quedándose en blanco.

Lo encontró de seguida, en la roca. Parecía triste, derrotado y se odió por ser la causa de su desánimo.

Nick la miró y ella ni se dio cuenta, gracias al disimulo que le facilitaban las sombras que su sombrero lanzaban sobre su rostro. No podía odiarla. Jamás podría hacer otra cosa que quererla. Detestaba saber que estaba con ese tipo, Dawson, y que probablemente le daría otra oportunidad.

Joder, estaba perdido.

Ray era su primer y único amor.

Pero ella no le había amado como se debía amar al hombre de tu vida, porque Nick no era Dawson Shame. Era muy difícil aceptar que la persona amada se marchaba con otra, pero si ese tipo la hacía feliz... realmente feliz, qué diablos, estaba dispuesto a dejarla marchar.

Otra vez.

Pero en esa ocasión, Nick no se repondría jamás. No sería el Nicholas Montgomery que era antes de que Ray volviera a Blue Valley.

Por aquel entonces, era un hombre medio muerto, sin parte del corazón, sin parte de alma. Porque ella se los había llevado, sin saberlo, a los dieciocho años. Sin embargo, ahora había probado el sabor de su piel y sabía lo que era que lo acariciara con ternura y con pasión. Ahora entendía lo que era hacer el amor. Acostarse con otras mujeres antes que ella no había significado nada, pero ahora era capaz de sentir algo.

Cuando Ray se fuera, se llevaría por completo su corazón, su alma, su capacidad de sentir. Nunca más volvería a fijarse en otra mujer. Estaba seguro de que ni siquiera podría tener una erección si no evocaba su rostro y sus curvas con la mente.

Diablos, estaba condenado, pero nada podía hacer más que resignarse.

CAPÍTULO 26

Se sentó a su lado en la roca y fijó la vista en cómo la punta de sus botas jugueteaban con la arena. Él tampoco parecía muy dispuesto a mirarla. No obstante, Ray juraría que, mientras desmontaba, Nick no había apartado los ojos de ella.

—Dawson se ha marchado.

Nick ladeó la cabeza para observarla de reojo, no pudo esconder la sorpresa que produjeron sus palabras.

Ella sí volvió el rostro hacia él, enfrentándolo. Estaba nerviosa, pero necesitaba mirarlo.

—¿Ha ido a buscar sus cosas para instalarse contigo?

Ray cogió aire y fue a responder cuando él se levantó de la roca, dejando caer el sombrero en el suelo. Se pasó un brazo por la frente, perlada de sudor. ¿Calor o nervios?

—¿Por qué crees que Dawson y yo hemos... decidido darnos otra oportunidad?

¿Tan poco confiaba en ella y en todo lo que los unía como para creer semejante cosa?

Sí, Ray había aceptado a su llegada que Dawson había sido muy importante para ella y que lo echaba terriblemente de menos. Pero luego, las cosas habían cambiado y Ray apenas se había percatado de ello. La amistad que la unía a Nick se había visto reforzada, se habían acostado, habían flirteado como una pareja normal y corriente.

¿Acaso él no veía que Ray nunca jugaría así con sus sentimientos? ¿Qué se había entregado a él porque realmente tenía el corazón libre de fantasmas del pasado?

—Le amabas con todo tu ser. Y ahora que él ha vuelto con intención de recuperarte... porque para eso ha venido, ¿no? Para pedirte que regresases a su lado —la retó a que le llevase la contraria con una sonrisa ladeada—. Nada os impide estar juntos. Yo no seré un problema. Todo lo que te he dicho antes... —sacudió la cabeza, pasándose las manos por los muslos—. El pobre perro apaleado se apartará. No tendrás que seguir aguantando que te vaya detrás, pidiendo atención, babeando por ti.

—¡No hables así!

Ahora fue Ray quien se levantó, indignada. No soportaba que Nick se despreciase a sí mismo de ese modo.

Dolía ver cómo se infravaloraba.

—¡Me he cansado de oírte decir que te humillas, que eres mi perrito faldero! Tú no... No eres... ¡Deja de menospreciarte así! —Se acercó un paso y le apartó un mechón rebelde de la frente—. No quiero que creas que te veo de esa forma. Nunca lo he hecho y nunca lo haré. No sabes lo feliz que me has hecho, Nicholas Montgomery...

Él le impidió tocarlo agarrando su muñeca, deteniendo sus dedos a medio camino de su mejilla.

Lo que empezó como un agarre fuerte, uno que medía las fuerzas de ambos, terminó siendo una leve caricia cargada de suavidad. Nick le besó la palma de la mano y las rodillas de Ray por poco flaquearon.

Se sentía perdida porque él ya lo daba todo por perdido.

—Antes de que llegaras, me había prometido mí mismo que no te iba a suplicar, que aceptaría tu decisión.

—Nick... —Los ojos de Ray se llenaron de lágrimas y él cerró los suyos.

—Fui el primero en tu vida, tu primer amor —dijo Nick, intentando oír su propia voz por encima de los erráticos latidos de su corazón—. Ahora has vuelto y sé que soy el último, que *seré* el último. Me importan un carajo los hombres que hayas amado desde que te fuiste hace doce años, me importa una mierda que Dawson te ame por encima de todo. Porque ahora estás aquí y porque estás enamorada de mí, no de él —la encaró sin miedo—. Lo sé, lo noto dentro de mí. No puedo quererte

así y que tú no me correspondas. Es demasiado... —la soltó al no encontrar la palabra que buscaba, se apartó un paso—. No te vayas con él, Ray. Cometes un error marchándote y regresando con ese tipo.

Ray se tapó la boca con la palma que él había besado. Sentía su sabor contra la piel, olía a cuero y a Nick. Él tomó el gesto como una despedida, pero Ray no pensaba dejarlo marchar.

A la porra su timidez, su miedo a que se le atascasen las palabras en la garganta, a sonar excesivamente romántica. Si cinco minutos de apuro, de nervios agarrotándole el vientre, le entregaban una vida entera junto a ese vaquero, bien estaba dispuesta a salir de su zona de confort.

Lo tomó de la mano y tiró de él, llegando a hacerlo tambalear.

En cuanto el *cowboy* se hubo girado hacia ella, obligado por el tirón de su muñeca, la otra mano de Ray voló a las solapas de la camisa de Nick. Era su punto de agarre favorito. Lo atrajo hacia su menudo cuerpo, sus caderas chocaron. Nicholas no pudo protestar, ni siquiera tuvo tiempo de ver lo que se le venía encima. Ray se puso de puntillas y atrapó su boca con la suya.

Nick quiso fundirse en esos labios y perderse en ese beso, más una parte de su cerebro todavía funcionaba. Un beso de despedida era más de lo que podría soportar.

El sentido común cobró vida y le ganó la batalla al corazón, que pedía a gritos beber de aquella boca. Se apartó. Ray debía saber el daño que le causaba haciéndole aquello, nunca había tenido reparo en confesar que era adicto a sus besos.

Tuvo que quitarle el sombrero para que el sol iluminase los ojos verdes de la mujer, así pudo leer su expresión. Necesitaba saber el por qué de aquel beso, lo buscó en su mirada: ¿era un adiós o una bienvenida?

Y se enamoró de sus ojos brillantes, de sus pupilas dilatadas, de las motitas doradas que cubrían sus iris. Unas motas preciosas y diminutas que gritaban a los cuatro vientos lo que sentía por él.

Te quiero.

A Nick se le había secado la garganta. Tragó saliva, preguntándose si era real o si aquel sentimiento eran imaginaciones suyas.

—No te vayas, Nick.

Él sonrió, notando que una lágrima le lamía la mejilla; ¿quién decía que los hombres no lloran?, ¿o que al hacerlo eran menos varoniles? Dejó caer el sombrero de Ray y el viento lo llevó hasta el suyo. Era algo que sólo sucedía en las películas. Pero, como estaban besándose como si la vida les fuera en ello, ninguno de los dos le prestó atención a aquel detalle de la madre naturaleza.

La soltó porque se vio obligado, fue preciso hacerlo. Sus pulmones quemaban, reclamando oxígeno para seguir respirando.

Y tenía muchos motivos para seguir viviendo, al menos durante unas cuantas décadas más...

—No te vas con él.

—No —Ray rodeó su cuello con los brazos, sonreía feliz.

—Te quedas conmigo.

—Si tú me aceptas, sí.

Nick rio y la alzó en brazos. Ella se enroscó a su alrededor como una hiedra y se carcajeó también, su larga cabellera rodeándoles, captando la luz del sol y brillando como oro.

Nick había escogido el miedo antes que a ella, doce años antes. Su padre había elegido a su segunda esposa antes que a Ray, su única hija. Dawson había preferido apartarla antes que darle voz.

Y ella había optado por ser temor, en todas sus sílabas y vertientes, y escapar de sí misma, antes que atreverse a pelear por su felicidad.

Pero ahora todo era distinto.

Se quería a sí misma por encima de todo, estaba con Nick y tenía una familia.

—Te quiero —le susurró Ray, antes de acariciarle la mejilla y morderle suavemente el labio inferior.

Nick no dudó de sus sentimientos. Había dejado marchar a Dawson para quedarse con él, en

Blue Valley.

Lo amaba.

—No puedo esconder esta felicidad, siento que el corazón va a estallarme —admitió él, sintiéndose estúpido, tales eran sus ganas de sonreír.

Sin pensárselo dos veces, Nick dio una vuelta sobre sí mismo, arrancándole un grito de sorpresa a Ray. Ella se tuvo que agarrar con fuerza a sus hombros, y le dedicó un delicado mohín cuando Nicholas plantó los pies firmemente en el suelo. Él sabía que no le gustaba la velocidad: por algo odiaba las montañas rusas, aunque le gustaba la libertad que le daba salir a cabalgar.

—Gracias por volver a Blue Valley. Me das esperanza, Ray London.

Ray enterró la cara en el hueco de su cuello, más vulnerable que nunca. Nick la cargó mejor entre sus brazos y la llevó hasta la roca, donde apoyó la espalda para sentarla en su regazo. Pegó su pecho a la fina espalda de la mujer y acompasó su respiración a la de Ray.

—Soy yo quien debe darte las gracias, ¿sabes, Montgomery?

—¿Por?

Ray observó sus manos entrelazadas, cómo Nick acariciaba su piel con el pulgar. Era una sensación maravillosa, suave como una pluma pero cálida como el sol que los rociaba.

—Por no rendirte conmigo.

Nick le besó el pelo y aspiró su champú. Era una sensación maravillosa el notarla contra su torso, delicada como un cojín pero intensa como para quedarse grabada contra sus músculos.

—Nunca podría rendirme contigo.

—Siento que sintieras que eras un perro apaleado, que te arrastrabas por mi atención.

—Ray, la desesperación habló por mí. No sentía esas palabras. Jamás las he sentido. Me arrepentí nada más decirlas y prometo que te lo demostraré toda la vida y más allá, porque la muerte no podrá separarnos, rubita.

—¿No te asusta querer... así? ¿Tan fuerte?

La hizo mirarlo poniendo un índice bajo su mentón.

—Me asustó en su momento, pero me he pasado más de una década echándote de menos. Lo que me aterra es perderte de nuevo.

Ray cogió aire con labios trémulos, incluso la respiración se le estremecía ante el torrente de emociones que la asaltaba.

—Hacía mucho que no te veía tan emocionada... —susurró Nicholas, secándole una lágrima que escapó de entre sus pestañas—. Me gustaría verte así siempre.

Le dio un beso, luego otro, le siguió un tercero. Ella ahogó una risita contra su boca al buscar un cuarto.

—Dormirás todas las noches en mi cama a partir de hoy, hemos perdido demasiado tiempo —decretó Nick después de entregarle a Ray un quinto y sexto beso que empezaban a nublarle el sentido.

—Algún día te tendré que mandar al sofá...

—¿Ah, sí?

Nicholas la provocó enarcando las cejas. Como respuesta, ella le dio un leve manotazo en la mejilla. Ya no podía impedir que las lágrimas se deslizasen por sus pómulos, mucho menos ocultar la sonrisa en la que éstas morían.

—No es que seas un santo.

—¡Deberías estar avergonzada! ¡Has arruinado mi proposición! —fingió indignarse.

Ella se revolvió hasta que pudo girarse y quedar sentada a horcajadas sobre él, frente a frente. Ambos ignoraron la erección que empezaba a pujar contra los pantalones de Nick, estaban aguantándose las miradas en un duelo de Titanes. Y es que Ray lo miraba como si acabase de confesarle que ya estaba casado, tenía cinco amantes y varios niños.

—¿Proposición? —casi lo chilló y bien tentada estuvo de darle un pellizco—. ¡Nick!

—¿Qué?

—¿Va en serio? ¿No estás... bromeando?

—Me falta el anillo... pero mi idea es que seas Ray Montgomery bien pronto. Y tener niños.

—Pues... —Ray carraspeó, parpadeando con rapidez en una pose coqueta que poco encajaba con su bronceado tejano—. Vas a tener que esmerarte un poco más. Si quieres conseguir que te diga que sí...

Su tono falso, como si quisiera ponérselo de lo más difícil, le arrancó una sonrisa a Nick. Era increíble. Media hora antes, pensaba que Ray se iría y que él moriría de pena, como los periquitos tras perder a su pareja. Pero ahora estaba ahí, con ella, dejándole claro que quería formar una familia; Ray no le temía al compromiso, parecía encantada con la idea, aunque Nicholas sabía que debería trabajar esa pedida de mano un poco más. Tampoco merecía algo tan soso y escaso.

—¿Sabes? —siguió diciendo ella—. Yo no era cariñosa ni excesivamente romántica. Hasta que descubrí lo que era estar a un milímetro de ti.

—Te prometo que tendrás una proposición jodidamente romántica. Tanto que te avergonzarás de mí y me dirás que sí sólo para hacerme callar —le guiñó un ojo al ver cómo abría los ojos como platos—. Ahora, rubita, olvida el futuro y céntrate en el aquí... y ahora.

Aprovechando que había atrapado su rostro entre las manos, la besó con desesperación. Su cuerpo la reclamaba, pulsaba por tenerla más cerca y Ray salió a su encuentro.

La pasión, hasta ahora latente para dejar hablar al corazón y al cerebro, se despertó y navegó entre ellos. Se les metió bajo la piel, les calentó los huesos. Sus terminaciones nerviosas temblaban, el placer las estremecía.

Un relincho los alertó. La estampa que se sucedía a pocos metros era preciosa e insospechada. Ray se rio, mientras se echaba el pelo hacia atrás y cruzaba los brazos sobre el hombro de Nick.

—La familia al completo —canturreó en voz baja, haciendo que Nick se inclinase para ver qué caballo relinchaba.

El semental que Nick había estado domando y que había huido del rancho estaba junto a sus dos caballos. Los tres se ignoraban. El escapista miraba a los humanos con firmeza, con un detenimiento digno de sus músculos de hierro. Parecía reclamar a su dueño, que dudó. Se le había escapado una vez y le había dolido en el alma perder semejante ejemplar, no porque su valor fuera a ser descomunal. No había querido venderlo tras la doma. Lo habría conservado, el vínculo que había nacido entre ellos había sido, para él, fuerte y emotivo. No sabía si recuperarlo.

¿Y si volvía a romper la puerta de su compartimento en la cuadra y saltaba las vallas?

Cuando Nicholas se levantó, el animal volvió a relinchar y pareció asentir en su dirección.

—Quiere volver —Ray se llevó las manos a la cara, maravillada por la solemnidad del caballo.

—Se fue.

—Pero ha vuelto.

Nick la miró por encima del hombro y siguió hablando en susurros furtivos:

—Ray, se marchó. Puede irse de nuevo, incluso antes que llegue hasta él.

Ella refunfuñó, se golpeó la cara con la palma de la mano.

—Yo me fui. Y aquí estoy. —También se levantó y lo retó con la mirada, una ceja enarcada y una sonrisa de lo más rebelde ladeándose en su mejilla izquierda—. Deberás confiar en nosotros.

Él quiso responder, más gruñó al darse cuenta de que estaba arrinconado. Aquella mujer era avispada y muy inteligente. Tenía respuesta para todo, sabía dejar a uno sin argumentos para rebatirla.

El semental se dejó acariciar, incluso agachó la cabeza, en una actitud mansa que nunca había mostrado. Nick sonrió para sus adentros. Lo había recuperado.

Ray se acarició los labios con los dedos, ya notaba el peso de un anillo de pedida pese a no llevar ninguno. Era curioso que tanto el caballo como ella hubieran regresado al mismo tiempo. Pero lo habían hecho y no pensaban volver a irse, no había mentido al decirle a Nick que debería creer que esta vez todo saldría diferente.

Ella sabía que iba a serlo.

Ese hombre y el rancho de su familia eran su hogar.

Cuando Nick la miró, radiante porque todo parecía haber recuperado el orden que le correspondía, se encogió de hombros. Se sentía tan feliz que las mejillas tiraban, dolían de tanto sonreír.

—¿Nada qué decir? —le preguntó ella.

—No voy a darte la razón, preciosa.

Ray se rio echando la cabeza hacia atrás. Meneando la cabeza, divertida, recuperó los sombreros. Los sacudió y se calzó el suyo mientras sonreía de medio lado, marcando un pómulo en exceso. Se acercó a ellos. Palmeó el cuello a *Verona* y luego le tendió el sombrero a Nick, que se lo puso.

El caballo bufó en su dirección.

—Está celoso porque no le has saludado antes a él —bromeó Nick.

Ray le dio un codazo y luego pasó la mano por el hocico del semental, terminó por acariciarle el cuello y enterrar la frente en su crin oscura. Su voz, suave, emocionada y algo entrecortada, se perdió en el pelaje del animal.

—Bienvenido a casa.

EPÍLOGO

—¿Nervioso?

Nick se volvió hacia sus hermanos mientras terminaba de ponerse la pesada chaqueta. Todos vestían pulcramente de traje. Él también llevaba uno de esos, aunque se había negado a llevar corbata. Y a Ray le había parecido bien, así que no había problema.

De hecho ella se había puesto de su lado, hasta el punto de guardar en el armario los zapatos de tacón...

Tía Cindy y Carla habían puesto el grito en el cielo al descubrir que, bajo el vestido de novia, llevaría botas. Como si ese detalle fuera relevante. Lo importante era que Ray se apellidase Montgomery cuando el día terminase.

—No, no lo estoy.

Tomó en brazos a Roth, que había corrido hacia él. Lo aupó con fuerza y fingió querer morderlo para hacerle reír.

—Estás muy guapo, campeón. Cuando crezcas, no podrás ponerte uno de estos —dijo, haciendo referencia al traje a medida que Tanner le había comprado—. Tendremos chicas haciendo cola para conseguir una cita...

Su sobrino hizo una mueca de desagrado. No le gustaban nada los besos que se daban los papás y las mamás. Estaba en esa etapa, y a Nicholas le hacía mucha gracia ver como Roth rehuía a las niñas.

—Ahora que estamos todos, vámonos —Tanner consultó el reloj y alzó el rostro hacia su casa, donde las mujeres de la familia se estaban arreglando junto a Ray—. La idea es que el novio espere a la novia y no al revés...

Nick asintió y cargó con Roth hasta la camioneta. Al tener solo dos asientos, lo dejó en la parte de atrás. Estaban a la intemperie, pero el pequeño estaba tan emocionado con la boda que no notaba el frío. Nicholas tampoco. Se sentó a su lado y se rio cuando vio al niño coger el sombrero de Tanner, que estaba abandonado en un lado. Se le caía con el traqueteo del camino y Lion, que estaba allí con ellos, le ayudó a ajustárselo.

Roth sería un gran *cowboy* si quisiera seguir el ejemplo de Tanner.

Fuera como fuera, pensó Nick mirando un momento al cielo despejado, Brenda estaría orgulloso de su hijo.

Y también de él.

Su hermana siempre lo había ayudado a superar sus crisis en lo referente a Ray, la mayoría de veces por teléfono, otras cuando se habían visitado. Pero nunca lo había desalentado; si él creía que se reencontrarían, Brenda lo comprendía y le animaba a seguir esperando sin dejar de vivir.

Bajó de un salto de la camioneta cuando esta se detuvo. Roth se lanzó a sus brazos.

—Hijo, deberías quitarte el sombrero...

Nicholas entró en *La Cabaña Azul* dejando a su hermano peleando con el niño. Remington estaba recolocando la fotografía de sus abuelos, que estaba algo torcida. Se giró al oír como Nick se acercaba a él.

Nicholas también observó las fotografías, como hacia él.

Sus padres estaban allí, partiendo una tarta de tres pisos. Sonrientes y enamorados, riendo por alguna broma que un familiar habría gritado. Era una lástima que él rompiera la confianza de su mujer teniendo una aventura esporádica con otra, pero su madre le había sabido perdonar. Joe se había pasado el resto de su vida demostrándole que era lo que más quería y que el error que había cometido no se repetiría.

También estaba allí su tío, besando la mano de tía Cindy justo después de que el sacerdote les

dejara salir de la iglesia.

Al lado de esos retratos, estaban Remington y una embarazadísima Amanda. También unos contentísimos Tanner y Rebeccah, junto a un Elvis con un par de copas de más.

—Ahora es mi turno. Me voy a casar.

—Lo es —Remington lo abrazó con un brazo—. No sé cómo tuviste siempre tanta fe, pero tenías razón. Ray tenía que regresar y se quedaría contigo.

—Nunca dije que se enamoraría de mí otra vez. Quería que lo hiciera, pero no dependía de mí.

—Nadie se resiste al encanto de un Montgomery —respondió tía Cindy, haciéndolos dar un bote. ¿Cuándo había entrado?

—¿Ya está aquí?

Cindy sonrió con cariño al ver a Nick tragar saliva, seguramente un puño estaba usando su corazón como saco de boxeo. Puede que minutos antes no estuviera alterado, más no podía decir lo mismo ahora.

—Falta el juez.

—Ese cascarrabias siempre tan impuntual —se quejó Rebeccah, entrando en la cabaña, sujetándose la gran barriga de ocho meses de embarazo—. ¡Cómo si no hiciera frío en pleno diciembre pretende hacernos esperar!

—A la porra el juez —la voz de Ray hizo que ambas mujeres se apartaran de la puerta—. ¡Rebeccah está de parto!

Entró con Irina de la mano, pero Nick no se fijó en su sobrina o en cómo Amanda también entraba en *La Cabaña Azul*, con su hijo Cameron en brazos. Ni siquiera había reparado en Caroline. Para ser sinceros, tampoco había prestado especial atención a lo que acababa de decir Ray.

No podía apartar los ojos de ella. Estaba preciosa. El vestido era sencillo, liso y recto, con escote barco y mangas de encaje que le llegaban a los codos. El pelo estaba suelto, ondulado, con una simple y pequeña flor blanca sujetándole el flequillo a un lado.

Aquello... era real.

Irina se pegó a su madre y Ray caminó hacia él con paso decidido. De repente, su ceño fruncido desapareció. Con una sonrisa ladeada le quitó la bufanda que se había olvidado quitar cuando había dejado la americana en el sofá.

—Pareces nervioso.

—Voy a pasar las Navidades en Alaska, encerrado en una cabaña con mi esposa —cogió su mano—. No tengo motivos para estar nervioso.

Ella le sonrió, el hoyuelo apareció en su mejilla y Nick lo besó con cuidado.

—¡Ya está aquí!

El grito de Roth los hizo girarse hacia la puerta, momento en que Tanner los fotografió. Los novios supieron que lo que había capturado la lente terminaría en la cabaña, bajo la imagen de los abuelos Montgomery.

—Es un logro que no me tiemble el pulso. —Intentó bromear el hermano mayor, aunque saltaba a la vista que solo quería llevar a su esposa al hospital.

El tiempo corría en su contra y los novios tampoco buscaban una boda larga. Así que, menos de cinco minutos después, Nick besaba a Ray Montgomery con el permiso del juez. Su familia los aplaudía, sus hermanos no podían esconder la emoción que humedecían sus ojos...

—Te quiero —susurró él, hundiendo la nariz en su pelo.

El grito ahogado de Rebeccah los sobresaltó y Ray apretó con fuerza la mano de Nick al ver a Beccah doblada en dos, el dolor ensombreciéndole el rostro. Tanner la sujetaba por la cintura.

—No puedo más. —El pánico agudizaba su voz—. Creo que ya está aquí.

—¡Hay que llamar a una ambulancia! —Cindy cogió la chaqueta de la parturienta, todo eran prisas.

—Tengo la sirena en la guantera, yo la llevo... —se ofreció Remington.

Pero el grito de Rebeccah los paralizó a todos.

—No, no... las contracciones son demasiado seguidas.

—Tiene razón —casi sollozó Amanda.

—Mierda —susurró Nick.

—Yo me ocupo —Lion levantó las manos después de quitarse la chaqueta del traje—. Soy médico y, por Dios, mi cuñada no va a dar a luz en la parte trasera de ninguna ranchera.

Cindy y Carla fueron al rancho a por la bolsa de ropa del bebé y de la madre, mientras Amanda subía al piso de arriba y les ponía la televisión a los pequeños y se sentaba a su lado. Irina y Roth, pero, no podían concentrarse en la película, ¡iban a tener un hermanito!

—Siento fastidiaros vuestro día.

—No digas tonterías —Nicholas le sonrió para tranquilizarla mientras la ayudaba a acomodarse entre los almohadones de la cama.

—Es la guinda del pastel, un día precioso —Ray le apartó el pelo del rostro.

Tanner y ella estaban a cada lado de la cama, sosteniendo a Rebeccah, sujetándole las manos. Nick asistía a Lion, que era el encargado de llevar la batuta. No era ginecólogo, pero había estudiado medicina y estaba seguro de que iba a salir de aquella airoso. Además, su presencia también tranquilizaba a la madre, primeriza, y al padre, histérico. No tenían medicinas, nada que pudieran darle para rebajar el dolor. Iba a ser un parto natural en toda regla y, aunque a Ray se le quitaron las ganas de tener hijos cada vez que veía a su amiga gritar y empujar, una explosión de felicidad la inundó cuando el llanto del bebé invadió el dormitorio.

El milagro de la vida era maravilloso.

Rebeccah y Lion lo habían logrado.

Nicholas tomó al bebé en una toalla que le tendía Remington y sonrió hacia los papás mientras pasaba el bulto a los brazos de Lion. Este comprobó que las vías respiratorias no estaban obstruidas; no quería esperar demasiado a darle el bebé a la madre. Era mejor que la criatura estuviera lo antes posible con la persona que le había dado la vida. Su calor, su olor y su voz eran un calmante para los lloros del bebé.

—Es una niña preciosa. Felicidades.

Se la tendió a Rebeccah, que rápidamente se la puso sobre el pecho. Tanner se volcó sobre ellas, dándoles atención. Los pequeños bajaron corriendo al oír los berridos del bebé y no quisieron separarse de su nueva hermanita.

Después de las felicitaciones, la familia les dio privacidad saliendo al salón.

—Es una niña preciosa —Cindy no podía parar de llorar ni de hipar, y Caroline le tendió más pañuelos.

Remington le señaló a su hermano pequeño la puerta. Lo hizo con disimulo, para luego volver la atención al pequeño Cameron.

Nicholas le puso su chaqueta encima a Ray, que se la sujetó con una mano. Le guiñó un ojo mientras le colocaba su bufanda, y el interrogante que ladeaba la comisura de la boca femenina desapareció.

Sin decir nada a nadie, los recién casados salieron al porche.

Nick le acarició la mejilla al ver que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Me has dado una familia —murmuró Ray, apoyándose en la puerta tras cerrarla.

—Eres mi familia.

Ella sonrió y lo tomó de las solapas de la camisa para besarlo con anhelo, con todo el tiempo del mundo. La familia estaba encantada con Annie. Ese momento, en el porche, era suyo, solo de ellos.

—¿Al final te calzaste las botas?

—No lo dudes ni por un segundo. —A un centímetro de su boca, Ray sonrió como un gatito ante un plato de leche. Se apartó y le mostró las botas de *cowboy*.

La abrazó por la cintura y apartó el rostro cuando ella quiso besarlo de nuevo. Le sonrió para

hacer desaparecer su mohín contrariado.

—Había pensado... ¿qué te parece si repetimos la ceremonia en Washington?

—¿En Washington? —lo miró sin comprender.

—Podríamos invitar a Frank, a Jon. ¿Qué me dices, Ray Montgomery? ¿Quieres casarte conmigo de nuevo?

Ray se rio y se secó una lágrima antes de rodearle el cuello con los brazos.

—¡Por supuesto!

Se besaron. Fue como un big bang, una explosión de emociones que se desbordaban por doquier. Dicen que las almas gemelas se reconocen desde el primer momento, pero Ray creía que sólo pueden respirar tranquilas una vez encuentran el final que merecen. Uno feliz, uno que le demuestra al destino que los obstáculos pueden sortearse. Y eso fue lo que sintió en el pecho mientras un haz de luz titilaba tras sus párpados cerrados y un calor intenso pero inocente ardía en su vientre.

Paz, serenidad, una felicidad única en el mundo que la hizo sentir... en casa.

AGRADECIMIENTOS:

A ti, lector. Muchas gracias. Has creído en mí, en esta novela y en la historia de Nick y de Ray. Espero de corazón que hayas disfrutado volviendo a Blue Valley para conocer su historia. Ojalá volvámos a leernos pronto.

Gracias a Romantic Ediciones y todo su equipo por confiar en mí de nuevo. Gracias por dar vida a los hermanos Montgomery y tratarnos con tanto cariño. Sois fantásticos.

A mi familia, gracias por haberme apoyado en este sueño. Me contagiáis las ganas de seguir escribiendo incluso en esos días en los que al reloj le faltan horas.

Gracias a Marc, mi prometido, mi compañero de vida. Gracias por hacer tuyas mis letras, por poner descripción a las emociones que tecleo: les das sentido. No te dejaré marchar.

Gracias, Carol. Fuiste la primera en enamorarte de Nick y en creer más que nadie en su historia. Espero que siempre le tengas cariño a esta novela.

Lyly, mi Ohana. Gracias por animarme cuando me ofusco y por seguir creyendo en esta aventura.

Hay muchas más personas a las que agradecer. Vicki, Marta Sebastián, compañeros de trabajo... espero que tengáis presente que me inspiráis, que me respaldáis de forma incondicional. Espero poder plasmar vuestra personalidad y el modo en que me hacéis sentir en un manuscrito. Tarde o temprano, pasará.

Gracias.

Gracias todos.